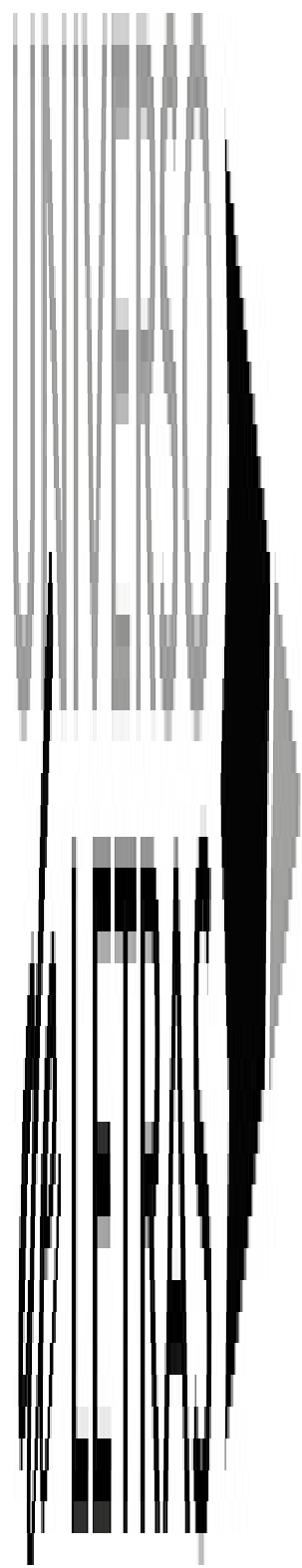
JERÓNIMO MOYA OBES
El último vuelo de la
MARIPOSA AZUL
UNIVERSO de LETRAS

El último vuelo de la mariposa azul

Jerónimo Moya Obes



El último vuelo de la mariposa azul
Jerónimo Moya Obes

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Jerónimo Moya Obes, 2021

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418854781
ISBN eBook: 9788418856761

Para Emile, Silvia y Leire,
mi Particularísima Trinidad

Es verdad, amamos la vida, no porque estamos acostumbrados a vivir, sino porque estamos acostumbrados a amar. Siempre hay cierta locura en el amor, pero también siempre hay algo de razón en la locura.

Friedrich Nietzsche.

1

Hace unos años, no demasiados, el piso albergaba un matrimonio con dos hijas. Disponían de espacio para compartirlo sin agobios, incluso con relativa armonía. Sí, este piso fue hogar de un hombre, de una mujer y de dos niñas. Con el paso del tiempo las niñas crecieron hasta llegar, sin traspiés irreparables, a la adolescencia y en un soplo se encontraron en esa juventud que permite huir del marco familiar con una sonrisa ilusionada. Se quedaron en el piso el hombre y la mujer, aunque por pocos años, ya que pronto sobrevino una nueva ausencia, esta vez de manera inesperada y con una frialdad cruel si se valora sentimentalmente, pero razonable si se emplea la razón, lo mismo que con el alejamiento de las dos chicas. Y es que al tiempo, y menos a la muerte, poco le importan los efectos que provoca, sea para bien o para mal, porque que no le afectan. Al fin quedó sola la mujer. En realidad, el de cada una de las ausencias vino determinado por lo que se llama la edad, sea en un sentido o en el contrario, juventud o vejez. No, protesta la dama cuando alguien le aconseja resignación, no es ley de vida morirse a los cincuenta y ocho años. En parte le dan la razón, aunque los más obstinados apuntan en voz baja que vivir hasta los noventa o los cien no deja de ser una crueldad. Eso no es vida, ronronean calculando que son cifras aún lejanas. Sea como sea, con la muerte no se negocia y ella acabó viuda y con las hijas ausentes por la distancia, cosa de tres kilómetros una y de tres mil la otra, y por una falta de cariño negada cien veces y demostrada según se mire doscientas.

Tras el fallecimiento de su marido, un aneurisma de aorta detectado, ahí está, ¿lo ve?, dictaminó el cardiólogo a posteriori, y dado que uno en poco se parece a cuatro, el tamaño del piso le resultó excesivo. La habitación que ocuparon sus hijas, lo mismo que un cuarto de estar sin ventanas y otro utilizado como taller de manualidades por su marido, tan mañoso en lo inútil, quedaron olvidados tras las respectivas puertas. Se quedó el dormitorio, el baño, la cocina y el salón comedor, una suerte su amplitud puesto que allí pasaba la mayor parte del día. En un lado, la mesa con cuatro sillas de esbeltos respaldos y la vitrina haciendo juego a su izquierda. En el otro, una estantería, un sofá granate de dos plazas y otro individual de cretona floreada. El toque de modernidad lo ponen un equipo de música y una televisión de pantalla plana que compró cuando la anterior, gruesa y panzuda, se despidió con un zumbido. Y en una esquina, lo de mayor importancia para ella: una urna de cristal sobre un pedestal de mármol en cuyo interior permanece una muñeca de porcelana de unos sesenta centímetros, vestida de tul blanco. Sin zapatos ni calcetines. Rubia, dulce sonrisa y grandes

ojos azules. Una muñeca tan preciosa como fría. Lleva allí desde que cerró el taller y es cuanto guarda de aquella época.

Tras la cortina se adivinan el balcón y el callejón. La cortina ha mudado el blanco original por un amarillo añejo que los lavados no corrigen. Ella la mantiene corrida porque no hay otra vista que la fachada del edificio frontero, tan próxima que facilitaría pasarse lo que a un vecino se le olvidó y a otro le sobra, o viceversa, siempre que se encuentren al mismo nivel, en este caso a medio camino entre el de la calle y un primero corriente. Dadas la angostura de las callejas y la altura del piso es oscuro, muy oscuro. En realidad, en Barrio Antiguo todos lo son, cómo si no con esas calles que apenas alcanzan los tres metros de amplitud.

Sus ojos, verdosos, claros, algo fríos en un rostro que fue bello y lo sigue siendo, aunque de otra manera, se han acostumbrado a una penumbra que encuentra incluso acogedora. No pide demasiado ni en este ni en ningún sentido a lo que se llama vida. Se conforma con limpiar la casa, la intensidad depende de las fuerzas y de los ánimos, con la perseverancia de quien persigue un propósito que no acaba de definir, o que no necesita ser definido puesto que no existe fuera de la voluntad de quien lo maneja. Y es que el día es largo y ella no dispone de jardín con el que distraerse, ni siquiera de macetas en el balcón, las flores no resistirían la falta de luz del callejón, ni amistades con las que compartir ilusiones e inquietudes, ni familiares queridos o menos queridos a los que recibir o visitar. En la práctica vive y está sola, o prácticamente sola.

La hija mayor, Liza, se unió a un veterano locutor de radio, ¿no os lleváis demasiados años?, pensó, pero no lo dijo. Es mi vida, le hubiese respondido ella, y con razón. Ahora viven en el norte, donde hay medios audiovisuales menos exigentes que los de Ciudad del Mar. Liza no trabaja porque dos hijos pequeños exigen una dedicación absoluta. Quizá cuando crezcan buscará algo relacionado con el diseño, su pasión declarada. La menor, Mara, se inclinó por la publicidad. De momento la agencia que montó con dos amigas se va haciendo un hueco en un mundo bien difícil. Su compañero, Ginko, es periodista y también una persona amable e inteligente, muy inteligente, que la visita a menudo, y que se disculpa porque Mara se niega a pisar Barrio Antiguo. ¿Los motivos? A saber.

En suma, las dos hijas tienen su personalidad, bien diferente, eso sí, y la van proyectando a su aire en el futuro, palabra esta a menudo difícil de definir. Y hablando del futuro, del de la dama, en ocasiones piensa en hacer algunas muñecas, no por negocio, sino por recobrar sensaciones. Luego rechaza la fantasía con un ¿para qué? El pasado, pasado. Un pasado que se cerró un amanecer en que hacía un frío afilado cuando sentó las noventa y nueve de que disponía, la cien es la que conserva, en la zona comercial fronteriza con Barrio Antiguo y se despidió de ellas una a una. ¿Volver a empezar? Ahí está la edad mostrando las jorobas de sus guarismos. No serán muchos años para según quien, pero al enviudar comprendió que los plazos se acortaban, y el hacerlo la avejentó. En cuanto salir a la calle, no le apetece demasiado. ¿Con qué fin? El callejón es oscuro, solitario y si no fuese por los rumores que de vez en cuando llegan desde lugares indefinibles, silencioso. En consecuencia, el balcón supone el

mundo exterior elegido, o mejor, su puerta al mundo exterior. O al menos una de ellas porque hay tres.

La segunda es Marcia, su asistenta, su amiga y su abastecedora de lo necesario. Marcia anda en los cuarenta y es baja, gruesa y cabezona, con forma de corcho de botella y una melena caoba oscuro atornillada alrededor del cráneo que le gusta ahuecar con bruscas sacudidas de cabeza. Ella es quien la abastece de lo necesario, le hace los recados y se queja sin cesar de las angosturas de Barrio Antiguo. Hay que tener ganas para vivir en un lugar así, acabas tropezando con las fachadas a la que te descuidas. La dama, se limita a sonreír. Marcia se queda lo que tarda en descargar la compra y tomarse un café mientras habla de lo sucedido en los últimos días, en especial de lo que no cuentan en las noticias o lo referido a ella. El tiempo vuela. Llega el momento en que el reloj avisa con la brusquedad de la sirena de una fábrica, chasquea entonces los labios con pesar, pone los ojos en blanco, se ahueca el pelo por enésima vez, recoge el carro y se despide. Desaparece por fin y entonces el silencio, aliviado por su ausencia, vuelve y la dama se queda con los brazos cruzados como si se abrazara. ¿El motivo? Seguramente ni ella misma lo sabe, pero que sus encuentros con Marcia finalizan con esa imagen es un hecho. Quizá melancolía o, por simplificar, abatimiento. Hay momentos en que la soledad aprieta. Son unos segundos, eso sí, que concluyen con un suspiro que se traduciría por vamos allá.

Pero hay una tercera puerta al mundo exterior, la única que hace que la frialdad de su mirada se temple, y se llama Horo. A media tarde sale al balcón. Para entonces, ¡es el pasaje de la Hornacina tan estrecho!, el ambiente ya anda tiñéndose de un color miel vieja que transforma piedras, cemento, yeso, hierros y maderas en lo que no son y por ello parecen algo mejor. Claro que depende de la época del año porque en según cual tiende a lo oscuro. Sumergida en esa luz miel o en la penumbra se acoda en la barandilla y espera. Procura mientras tanto desprenderse mentalmente de lo que ve, de una atmósfera vieja hasta la desolación. Y es que lo viejo tiende a acumular basuras de las que no caben en las bolsas y Barrio Antiguo lo es, y mucho. Igualmente viejas son las puertas de lo que fue *El bazar de las 100 muñecas*, unas puertas ahora medio despintadas que se ven desde el balcón, a unos treinta metros a la izquierda. Están cerradas desde hace cinco años, poco es si se piensa que tras ellas trabajó más de treinta. Cien muñecas, siempre cien. Si se vendía una, hacía otra. Si dos, dos. En ocasiones trabajaba hasta demasiado tarde, y al volver al piso él la reñía con ternura. No dejaba de tener razón. Por entonces la vida transcurría con un ritmo que se acoplaba a lo cotidiano de otra manera. Cuando decidió cerrar su taller desalentada por la muerte de su marido y por lo que se llamaba el nuevo comercio, alquiló una pequeña furgoneta. Llevó las muñecas fuera del barrio y las dejó junto a la fuente, la del pastor niño vertiendo agua desde un jarro que sostiene bajo el brazo izquierdo. Lo hizo antes del amanecer y de que la ansiedad de los compradores volviera a descontrolar los espacios y ensordeciera el aire. Las abandonó, tal fue su impresión, lejos de los contenedores de basuras, no fuera a ser que se produjeran malentendidos o puras maldades, tras colocarles un cartel que decía *Para su hijo o hija. Por*

favor, coja solo una y cuídela. Resultó un episodio doloroso, sin duda, pero por aquellos tiempos mayores motivos tenía de tristeza, y unos taparon o difuminaron a los otros. Es decir, entre las propias tristezas se entendieron y la ayudaron a seguir adelante.

Cuando las farolas empiezan a parpadear significa el fin del barniz meloso que daba el atardecer al pasaje un aspecto engañosamente poético. La dama sabe percibir la vieja soledad a través de la nueva luz, no se engaña. Las fachadas siguen, reaparecen, polvorientas, cenicientas, desconchadas, mugrientas, sosteniendo las maderas de unas ventanas que anuncian abandonos de décadas. Una pincelada gris se extiende en lo alto, en el poco cielo que se deja ver. Empieza a dejarse oír el eco de los pasos de quienes van o vuelven, seres invisibles que pululan por el barrio apenas anochece. Ella espera, sabe que está al llegar.

A menudo lo intuye antes de verlo avanzar por el pasaje. Un día en el que la dama permanecía en el balcón él pasó por la calleja. Empezaron a hablar de las recientes lluvias e iniciaron su amistad. ¿Quién le iba a decir que a aquellas alturas de su vida, en un lugar como aquel y sin salir del piso, haría un nuevo amigo? Qué simple puede llegar a ser la ilusión en determinados momentos. Se la acusa de efímera. Falso, solo lo dicen quienes la confunden con la superficie de lo que llaman felicidad. Sin serlo...

Esa tarde, como siempre sucede, ella ve llegar a aquel joven espigado, alto y algo desgarbado, levanta una mano y saluda.

—Buenas tardes, Horo. ¿Un buen día?

La fórmula que no le importa repetir porque lo importante no está en la pregunta, sino en la respuesta. Él se encoge de hombros o asiente, siempre con un aire de resignación, lo que desdibuja los gestos, se ajusta la bolsa que le cuelga a la espalda, y responde. Por ejemplo,

—Buenas tardes, señora. Digamos que no ha sido ni bueno ni malo. —Y añade—: ¿Por aquí todo sigue bien?

Solo cabe decir que sí. Obligado. Luego recuerda lo que le ha contado Marcia.

—Dicen que alguien ha empujado a un pobre hombre en la Cuesta del Monaguillo. Ha caído mal y...

Horo hace un gesto de fastidio. Otro salvaje haciendo daño, por hacer.

—¿Tu padre...?

—Igual —responde Horo intentando sonreír.

—Paciencia.

En aquel momento no se le ocurre más que esa simpleza. No importa, él lo comprende y se lo agradece asintiendo con decisión.

El encuentro tiende esta vez a lo breve, apenas ha durado un par de minutos, pero la dama prefiere no alargarlo porque al chico se le ve cansado. Sería bonito invitarle a entrar un día, sentarse en el salón y charlar sin premuras. Hablarían de libros y le explicaría a qué se dedicaba su marido en el tiempo libre. La casa conserva multitud de recuerdos de sus habilidades. Pero no, no debe poner en una situación incómoda a un chico tan joven, abusar de su amabilidad. En consecuencia, como si alguien la esperara tras las cortinas, se inclina y susurra hasta

mañana. Él responde con la misma fórmula, aunque sus palabras suenan con mayor claridad. Entra la dama en el piso. Suena en la radio una antigua canción que evoca el fin de un verano que se llevó muchas alegrías y dejó demasiadas tristezas. Me gustaría haberle hablado de las muñecas o de los mensajes que ha recibido de sus hijas últimamente.

2

Una tarde decidí volver a casa por el pasaje de la Hornacina. Supongo que buscaba despejarme después de una tarde de trabajo en las Galerías. Casi al final del pasaje, no lejos de la verja de entrada al pasadizo, había una mujer reclinada sobre la barandilla de su balcón, uno de los que quedan a un metro y medio del suelo. En Barrio Antiguo son frecuentes. Parecía fascinada por la luz del atardecer, como si buscase en ella algún recuerdo. La saludé y me respondió con una inclinación de cabeza. Intercambiamos comentarios acerca de las recientes lluvias y luego del efecto que aquella luz provocaba en el pasaje. Coincidimos en la interpretación de lo segundo y, tras referirnos al silencio que acentuaban los ecos del barrio, entró en mi vida. Desde entonces procuro seguir ese camino de vuelta a casa. Es como una cura, o un paréntesis, que me tranquiliza, incluso sin estar nervioso. Así de simple.

Con el tiempo aparecieron las casualidades, que al fin son eso, casualidades. Casualidad es que al comentárselo a Ginko me hiciera dos preguntas, una relativa al lugar y otra sobre el aspecto de la dama, como yo la llamaba. Así que tienes una nueva amiga cuyo nombre desconoces. Exacto. ¿Prefieres llamarla la dama del balcón? Con ella empleo lo de señora. Bien educado, Horo. Lo intento. Y entonces se rio. ¿Conoces a Mara, mi compañera? Naturalmente que la conozco, ¿a qué viene la pregunta? Viene que estás hablando de su madre. Me costó creérmelo, pero él no es dado a las bromas vacías. Yo sabía que Mara había nacido y crecido en el barrio, y también que a los dieciocho años había decidido huir de aquel lugar, ella emplea esa palabra, huir, y hacerlo con el ánimo de no querer volver la vista atrás. Desde entonces madre e hija no se habían vuelto a ver exceptuando el día del entierro del marido de la dama y del padre de Mara. ¿Y eso por qué?, le preguntó Sena, su hermano. Ni idea.

Aquella tarde, tras el encuentro con la dama del balcón, caminando hacia el piso de la calle del Santo Palio, sus pensamientos derivaron hacia Carlos, y con ellos a cuestas alcanzó el portal de maderas pintadas en su día amarillo, aunque bien podría tratarse de gris o de lila, y cristales polvorientos luciendo parches como empastes de mala calidad. Carlos. Mejor centrarse en la realidad. Lo curioso era que la realidad, ponderada sin sensiblerías, no dejaba de ser otro tipo de ficción. Para empezar, aquella puerta de dudoso amarillo se mantenía en la misma posición en que la habían dejado Sena y él por la mañana al salir. Hacían coincidir su extremo inferior con la esquina desportillada de una de las baldosas, justo en donde un jacinto de cerámica descolorido había perdido varios pétalos. Caían los pétalos y alguien, sin

que se supiera quién, llenaba de cemento los huecos. Parches de cemento donde hubo flores de colores. No deja de tener su encaje con el ambiente. Lo cierto era que ellos al volver encontraban la puerta en el mismo punto, es decir, o nadie entraba y nadie salía a lo largo del día o quienes lo hacían les seguían el juego. Sabían que la posibilidad de que nadie más viviera en aquel edificio no era cierta. Seis de los ocho pisos, dos en cada una de las cuatro plantas, estaban ocupados. Dos por parejas de edad avanzada, un tercero por otra de avanzadísima, un cuarto por una mujer con un adolescente aficionado a escupir, un quinto por un abogado caído en la desgracia y el alcohol, o viceversa, y el sexto por ellos tres. Por otra parte, para corroborar lo incuestionable de aquellas existencias huidizas en sus silencios e invisibles en sus movimientos, bastaba con detenerse en cualquier rellano y escuchar con atención. Al hacerlo llegaban rumores que subían y bajaban por las escaleras, descansaban en los rincones esquivando las sombras de los cristales rojos y blancos y acababan huyendo por la franja de luz plomiza del portal. Inclusive de tanto en tanto se cruzaba con alguien, en general con el chico del segundo derecha o con quien fuese abogado, porque los tres matrimonios, los dos viejos y el viejísimo, no los veía desde hacía años, tantos que ellos nunca los habían visto. Cómo se organizaban, un misterio. Claro que él se pasaba el día trabajando en las Galerías Scheller, Sena en el instituto y para Carlos, su padre, hacía años que la escalera, la ciudad y el mundo como tales no existían.

El chico que escupía no lo saludaba desde que le recriminó que ensuciase la escalera, y su madre se mostraba reservada si se encontraban, como exigiendo que iniciase él el ceremonial. Buenos días o tardes, señora. Entonces sí. ¿Qué tal, Horo? ¿Tu padre mejor? Me temo que no, gracias por interesarse. Por su parte, don Leandro, el abogado jubilado y alcohólico, exhibía su cortesía rancia gesticulando, componiendo anacrónicas reverencias, alzando la barbilla, braceando, boqueando, farfullando tratamientos anacrónicos y deseando copiosos deseos de buena fortuna. Y de paso provocando un penoso espectáculo con sus tambaleos de borracho. Aquel hombre conservaba viejas dignidades y resultaba heroico o patético, a escoger, su esfuerzo por erguirse y mantener la línea recta al saberse observado. Buen día le dé Dios, joven, tartamudeaba levantando unos centímetros un sombrero de película en blanco y negro, de color marrón y con la cinta de seda grasienta. ¿Su señor padre continúa convaleciente?, créame que lo lamento, la vida esgrime unas maldades que le quitan el sentido, eso decía mi santa esposa ante cada adversidad, y fueron muchas con las que lidió. Dios la tenga en su gloria por lo que llegó a sufrir.

En don Leandro pensaba al abrir la puerta y cambiar las tinieblas de la escalera por las del vestíbulo familiar. La cerró tras él sin brusquedades, pero con la suficiente fuerza para que el sonido del golpe llegara al otro extremo del pasillo, a la galería. Oír la voz de Carlos, su padre, significaba que por el momento la situación se mantenía estable. El aroma del ambientador, hierba fresca, resultaba reconfortante. Tener a don Leandro de vecino comportaba pagar un peaje en asuntos de hedores. Transcurrieron unos segundos y Carlos, inclinado hacia el pasillo, acomodando la vista, hizo la pregunta habitual.

¿Quién es?

En ocasiones les llamaba por su nombre, Horo o Sena, dependía del día. Hubo un tiempo en el que cuando sucedía, se preguntaban ¿estará mejor?, luego comprendieron que se trataba de una simple cuestión de probabilidades. Había hasta cuatro nombres disponibles y los habituales ¿quién es? o ¿hay alguien ahí? Sin más.

—Soy Horo, Carlos, acabo de llegar.

Nunca lo había llamado padre, y aún menos papá, ni de niño, a saber el motivo. Al principio todos se lo tomaron como una gracia, después lo de emplear el nombre de pila se enquistó y con el tiempo hacerlo de otra forma le hubiese resultado difícil. Lo mismo había ocurrido con su madre, a la que llamaba Nico. Las costumbres, sean blancas, grises o negras, van dejando huellas que pocos consiguen disimular sin caer en artificios.

Horo abrió la puerta de la habitación situada a la izquierda del recibidor, la suya, lanzó la bolsa sobre la cama y enfiló por el pasillo, a la derecha. Al llegar a la galería encontró a su padre en la misma posición en que le había dejado por la mañana, con la camisa de franela a cuadros y el pelo revuelto. Con lo del pelo no había remedio, incluso habían probado con fijador y el resultado consistió en acartonar el desorden. Sobre la mesa del comedor los restos de migas daban fe de que Sena seguía cumpliendo con sus deberes. Se acercó, le apretó un hombro y se sentó en el sofá de pana que en algún momento se colocó en la galería y allí se quedó a pesar de dificultar el paso.

—¿Qué tal el día? ¿Tienes sed? ¿Hambre?

Preguntar por preguntar. Carlos reaccionó con una mueca de sorpresa o de curiosidad. Después se recostó con un bostezo, los ojos fijos y al tiempo perdidos al frente, buscando anclar la mirada en algún punto diferente del de aquel rostro joven y demasiado serio. ¿Por qué estaba serio aquel rostro tan joven? La pregunta llegó y se marchó de su mente como un soplo, tan veloz que apenas tuvo conciencia de su presencia. Siguió buscando entre los objetos que llenaban los estantes de la pared opuesta, hasta que con gesto preocupado preguntó:

¿A qué hora volverá? ¿No te habrás encontrado con ella y Quino en la escalera?

Hablaba con un desaliento que se mantenía lejos de la irritación. Horo suspiró un no que ni negaba ni afirmaba. Cuanto dijera de nada serviría para iniciar un diálogo imposible. Deben hablarle, deben hablarle. Es importante para moderar hasta donde sea posible el progreso de la enfermedad. Eso aconsejaba Doctor, el psiquiatra, en cada visita mientras hacía bailotear el índice chato de uñas pulidas frente a las gafas cuadradas de concha.

¿Y en la calle? ¿Han vuelto a quedar en la calle?

Horo movió la cabeza a derecha e izquierda en un símil de negación, huyendo del aspecto de aquellos ojos enrojecidos, acuosos, siempre al borde de unas lágrimas que nunca se vertían. Luego se puso en pie y volvió a apretarle un hombro.

¿Hace frío en la escalera? Por lo menos que pasen frío.

Esta vez no hubo respuesta. Las ventanas de la fachada del edificio opuesto, a unos tres

metros de distancia, se encendían y apagaban con un ritmo que invitaba al acertijo, y hasta al festejo, mientras una mujer iba y venía tras los visillos como una sombra chinesca. En lo alto el cielo se anaranjaba en busca de tonos violáceos. Horo respiró hondo. Sabía que las preguntas de Carlos caían en el olvido apenas superaban los labios. Le volvió a apretar el hombro. Al notarlo Carlos se movió, despertándose del letargo en que se había refugiado, y alzó los ojos sonriente, esperanzado ante lo que pudiera llegar.

—Te traeré de comer mientras llega Sena y preparamos la cena. ¿Tienes hambre?

Hambre hambre hambre.

Repetía la palabra sin esperanzas de cuajar la idea. Horo caminó hacia la cocina estirando los brazos hacia delante, desperezándose, luego los encogió y relajó los hombros. Se notaba entumecido y deseaba que llegase la hora de salir a correr. Por la puerta que daba al lavadero, un cristal traslúcido sellado por una suciedad irreductible, penetraban los reflejos del patio interior creando, qué curioso, pensó, un ambiente de placidez, incluso ensoñador. Sin encender la luz cogió una manzana del frutero, la lavó y la cortó en varios pedazos que colocó en un cuenco de plástico transparente. Con él en la mano volvió a la galería y, al pasar junto al interruptor, encendió la luz del comedor. Las bombillas, distribuidas en las cuatro patas de la araña, emitieron una luz incómoda, demasiado blanca. Cada tarde se decía mañana las cambio y cada mañana lo olvidaba. Se sentó y le tendió el cuenco a su padre, quien reaccionó como si de una presencia incómoda se tratara.

¿Ha *llegado?*

Horo negó con un gesto. Cuando las preguntas se hacían en según qué tono, por ejemplo, el de preocupación, mejor responder con negaciones.

Tarda mucho ¿no?

—Las cosas siguen su rumbo y buscan sus tiempos, Carlos.

Respuestas en parte vacías, en parte sin sentido, en parte obligadas. Un despropósito disculpable. No sabes cuánto tardará, Carlos. Una eternidad. Mejor para ti y mejor para nosotros. Miró la descolorida foto colocada, ¿por qué no la tiraban de una vez?, en un estante adosado al arco que daba acceso a la galería. Aquella foto había sido tomada veintitantos años atrás. Carlos tenía entonces el pelo negro y los ojos ilusionados. Incluso daba la impresión de avergonzarse de su felicidad. A su lado Nico andaba tan ocupada con sus risas que le descomponía el cuerpo con una contorsión exagerada. La fecha constaba en el dorso hasta que Carlos la tachó con un rotulador después de que una tarde de enero, uno de esos días que amenazan con un aguacero que al fin queda en llovizna de barro, ella llenara una maleta, escribiera una nota renegando de quienes dudaran de su amor de madre, y se fuera a vivir con su cuñado dando un portazo que aún resonaba en aquel pasillo.

Aquella tarde Horo tenía dieciocho años recién cumplidos, Sena trece y su padre sesenta y tres. ¿Y ella? Ella solía insistir en lo de soy muchísimo más joven que mi marido, por lo que su edad se limitaba a tener menos años que él. Viendo aquella foto recordó lo que le había dicho la dama del balcón unos meses atrás: Suele ser útil tener una prueba de que nosotros también

hemos sido jóvenes, incluso cuando nos entristezca ver lo lejos que queda. Le tendió de nuevo el cuenco.

—¿No te apetece?

Sí, hablar por hablar. Mejor que oiga voces aunque no atienda o no entienda lo que se le dice. Consejos de Doctor. Pero Carlos seguía pendiente de la estantería, buscando lo que no se dejaba encontrar, frunciendo el ceño, molesto. El rostro se le nublaba por momentos anunciando tormentas que, bien sabía Horo, acabarían desencadenándose.

—¿Te encuentras bien?

Mantener el simulacro. Las palabras cambian, los sentimientos tal vez, y en el caso de su padre ambos ocupaban el mismo embalaje. Eso decía Doctor tratando de explicarles la situación, no hay que engañarse con ciertos asuntos, como si con el resto la tolerancia admitiera mayores flexibilidades. No me refiero, aclaraba, solo al deterioro mental y al físico, que siguen su andadura, sino al ámbito emocional. Estos enfermos se sienten indefensos aunque no lo exterioricen, y no lo exteriorizan porque en general no son conscientes de ello. Lo afirmaba, siempre con la coletilla de es posible, mostrando tantas dudas que sonaba poco fiable y en consecuencia nada esperanzador. No hay otra.

En las consultas los protocolos se repetían siguiendo círculos que acababan exasperando a los dos hermanos. ¿Cómo andamos, caballero? Tiene usted un aspecto magnífico. ¿Qué tal lo cuidan sus hijos? ¿Hace ejercicio? No se quede todo el día sentado. Necesita tomar el aire, mover el cuerpo. Cada vez que escuchaba decirle a un Carlos ausente, impávido, lo de tomar el aire y mover el cuerpo, Horo no dejaba de pensar en las calles de Barrio Antiguo, entre dos y tres metros de ancho y alrededor de diez de altura, en el aire enviciado por los años y en las irregularidades del pavimento. Sin perder una jovialidad profesional, Doctor extendía las recetas con el rumboso ánimo de un consumista esgrimiendo la tarjeta de crédito, palmeaba la espalda a su paciente e intercambiaba algunas palabras con ellos. ¿Qué le vamos a hacer? O ánimo. O paciencia. Tenía, eso sí, la delicadeza de silenciar lo de no aguantará mucho. Bien mirado, el hombre cumplía con su trabajo y amabilidad no podía negársele.

—¿Te acerco la foto? —preguntó dejando el cuenco sobre la mesita.

El interés de Carlos se desprendió de la estantería para quedar anclado en el cuenco. Allí se mantuvo, como si buscase la mejor perspectiva para bosquejar lo que veía a modo de bodegón. Horo apretó los labios, voluntarioso en la espera, hasta que escuchó un sí, sí, sí, lo que confirmaba que ni se sabía ni se sabría porque nada tenía que ver con la sugerencia, y vio a Carlos cruzarse de brazos satisfecho de su conclusión, estudiando la fachada vecina, yendo de una ventana a la siguiente en breves recorridos de ida y vuelta.

Por entonces yo conocía a su hermano Teo trabajábamos juntos en la ferretería y solíamos ir a tomar cerveza después de trabajar y un día ella apareció sonriendo ¡qué ridiculez! me enamoré en el acto y no lo supe disimular o lo hice tan mal que Teo me soltó lo de mi hermana no es de fiar la conozco me sorprendió pero supuse que no hablaba en serio...

Horo se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas. Seguía el soliloquio

valorando el equilibrio entre los reflejos de los recuerdos y de las alucinaciones en los ojos de su padre. Recordó las pastillas que debía darle con la cena. De improviso, Carlos se puso de pie con una energía desacostumbrada y se acercó a los ventanales. Su cara quedó desdoblada en una máscara azulada mientras la recorría con un dedo, como si pintara un rostro ajeno al suyo sobre el cristal.

Paul Newman me ha hechizado medio gritó en el cine ¡qué bruta! el primer día que sale conmigo y en el café dale que te dale hasta con la camiseta yo me sentía fuera de lugar Paul Newman y Carlos Gris frente a frente y acabé de mal humor no te enfades so memo sí so memo ese fue el primero de los adjetivos que me ha ido poniendo durante un montón de años.

Horo y Sena estaban acostumbrados a unos soliloquios que llevaban más de cuatro años enrareciendo el ambiente del piso. Que se lanzara a ellos o no, creían, nada significaba y nada interrumpía porque no tenían otro objetivo que redibujar recuerdos. Cuando se interrumpían en cualquier punto, Carlos caía en un mutismo que se prolongaba más o menos dependiendo del efecto, o del agotamiento, que le hubiera causado el recorrido. El labio inferior empujando al superior, las aletas de la nariz tensas, buscando aire, las manos en los bolsillos de la bata. Horo se puso de pie, se acercó y le cogió por el codo para acompañarle de vuelta al sillón. Antes de sentarse Carlos lanzó una nerviosa mirada a la foto del día de su boda, sorprendido de encontrarla en su lugar, o tal vez aliviado. Aquella vieja presencia tranquilizaba en su inmovilidad. Una foto muestra imágenes que ya no existen.

Las seis y media. Horo se disponía a ir a su cuarto para ponerse la ropa de correr cuando oyó abrir y cerrarse la puerta y una luz rectangular iluminó el vestíbulo. Apareció Sena camino de la galería con la mochila en la mano, señalando a su padre e interrogándole con las cejas.

Por costumbre ya que no cabía esperar nada que fuese distinto del día anterior ni de los que le precedieron o le seguirían. Todo igual.

3

Barrio Antiguo de Ciudad del Mar ocupa el área de un trapecio de treinta mil setecientos setenta y ocho metros cuadrados según una revisión realizada a mediados del siglo XX. Posteriormente, por afinar o por mostrar la capacidad de los nuevos medios, se aumentó la cifra en treinta y seis. Poco aumento es, en especial si se considera el desarrollo de la ciudad. Los arquitectos municipales lo atribuyen a lo que llaman enquistamiento urbanístico. Es decir, un espacio habitado que una vez cementado ni crece ni mengua debido a que no tiene áreas de crecimiento, así que si no se cuida, simplemente se deteriora. Explicado de otra forma, Barrio Antiguo, ausente el futuro, se desmorona en el presente con una vejez mal llevada.

Su interior lo forma un dédalo de callejas bordeadas por edificios de cuatro plantas y dos plazas, una de ellas triangular. En general, abunda más la madera que el hierro en los cierres de portales, balcones, ventanas y galerías, lo que siempre provoca una aceleración del deterioro, pues la madera tiende a lo perecedero con mayor convicción que el metal si no se cuida, lo que sería el caso. Cuando un edificio no soporta la carga de los años y muestra parte de sus entrañas, se retira el permiso de habitabilidad y se coloca el oportuno cartel de peligro, prohibido, etcétera. En caso de derrumbe, lo que ha sucedido en ocho casos, se retiran los cascotes, se apuntalan los edificios colindantes y se abandona el terreno al capricho de la vegetación y de su fauna correspondiente. Hace décadas que nadie construye o ajardina los huecos. Con ello nos encontramos en un espacio que ni siquiera los frívolos se atreven a adjetivar de pintoresco. Y ese olvido, menosprecio o prejuicio es injusto porque en Barrio Antiguo nació Ciudad del Mar.

En otros tiempos corría una leyenda sobre un gigante que llegó desde los pantanos del norte, el terreno que ahora ocupa la Zona Zero, y manejaba una brocha de la que goteaban cenizas. Brochazo aquí y brochazo allá, uniformizó los edificios con un color entre parduzco y grisáceo. ¿Por qué lo hizo? Respuesta: ¿por qué hay leyendas? Otras versiones apuntan a su furia al comprobar que los vecinos, aterrados ante su aspecto y tamaño, lo acosaran a pedradas. Se lo tomó mal y decidió vengarse dándole a la ciudad un aspecto semejante al suyo, pantanoso. Son fórmulas sencillas para explicar que los tiempos no fueron según se ven hoy, y a su manera simpáticas para explicar la sensación de sucia uniformidad que impregna ese Barrio Antiguo en el que, fantasías aparte, se perpetúan las mismas penumbras, las mismas humedades, el mismo aire de abandono, los mismos portales oscuros, las mismas escaleras

medio derretidas por el uso afilándose unas sobre otras. Y la misma soledad y el mismo silencio.

Claro que hasta no hace demasiado hubo una excepción a tal paisaje: la calle del Altar. Se encuentra al suroeste, alejada del puerto y próxima a la zona comercial. Allí las angosturas se toman un respiro, al menos en lo relativo a la amplitud de las calzadas. No excesivo, pues apenas aumentan un metro y medio, pero dadas las medidas del resto, supone una considerable mejora que, lamentablemente, dura apenas un centenar de metros. Allí se edificaron los primitivos palacios con sus fachadas policromadas, sus porches abovedados, sus patios ajardinados, sus esculturas de mármol, sus balaustradas y sus ventanas y balcones adornados con delicadas cenefas. En la actualidad la calle se mantiene sin cambios en lo relativo a las medidas, del resto apenas queda el recuerdo, lo mismo que un esqueleto lo hace del hombre o mujer al que sostuvo. Los porches, balcones y ventanas perdieron las verjas, los cristales y las contraventanas que lucieron, los jardines desaparecieron engullidos por la maleza y las esculturas acabaron convertidas en un amasijo de cascotes irreconocibles como resultado de los demoledores manejos de mazos, picos y martillos. Lo mismo sucedió con los interiores de los palacios. De las puertas no cabe ni hablar porque la madera arde con facilidad. Tanto y tan variado desastre no se debió al paso del tiempo, sino al igual que tantas veces ocurre, al ser humano, a esa ira encaprichada en emplear sus fuerzas en la destrucción. Son hechos que a la gente de mayor edad de Ciudad del Mar le ha quedado en la memoria, al menos en aquellos que aún la conservan. Así, el padre de Horo y Sena, Carlos, si no flotase en una laguna brumosa, aún recordaría al suyo alarmado ante los torrentes de furiosos jornaleros que allá van camino de la calle del Altar anunciando el infierno. Si se mantuviera mínimamente lúcido, en su imaginación se reproducirían los alaridos que resonaron en el barrio y el estruendo de los mazazos, y volvería a ver y a oler las cenizas que flotaron durante días sin poder escapar de las callejas. Y en especial evocaría el miedo de quien se ve asaltado por amenazas que no comprende. El de sus padres y el de unos abuelos al borde del llanto resguardados tras la puerta atrancada con una cómoda. Tan ingenuos. Y si el atrincheramiento quedó ahí, se debió a que su abuela, a la que él apenas conoció pues murió pocos días después víctima de una embolia sin duda provocada por la angustia, se negó a que clavaran tablones cruzados para ayudar a la cómoda en su misión protectora.

La historia, afirman unos mientras otros lo desmienten, indica que la sublevación de los jornaleros encontró en los palacios de la calle del Altar un desahogo, una declaración de principios tras siglos de sumisión. Los otros sostienen que todo nació de una maquiavélica maniobra de los empresarios para que sus trabajadores, por propia iniciativa, cortaran los troncos, levantaran la pila, se encaramaran en lo alto y se prendieran fuego a fin de inmolarse en honor a mayores miserias propias y beneficios ajenos. A favor de la primera teoría, los destrozos, tan visibles aún hoy, y de la segunda, los sueldos de miseria que debieron aceptar a lo largo de los siguientes años para trabajar en la construcción de la nueva Ciudad del Mar, una obra que atrajo oleadas de inmigrantes dispuestos a aceptar cualquier empleo y cualquier

salario. También corren versiones de cariz más pintoresco. Por ejemplo, las que se refieren a hechizos de amor o de odio, o a epidemias de locura provocada por los mosquitos de los pantanos. Son hipótesis que hoy se consideran superadas por la ciencia y el sentido común. Al fin, fuese cual fuese el origen, la furia destructora, al menos la extrema, duró lo que duró y no fue demasiado, uno o dos días según se cuente por horas o se siga el calendario. La intervención del ejército consiguió recuperar lo que podríamos llamar la paz. Eso sí, la sublevación, una vez fracasada, tuvo un efecto beneficioso para la ciudad. Así lo afirman diversos economistas. Destruyó, de acuerdo, pero con ello se aceleró su progreso y su transformación. Es lo que tienen las catástrofes siempre que se limiten a lo que está anticuado o viejo: acelera innovaciones, incluso armoniza ruinas y modernidad creando gratas imágenes para las generaciones futuras.

Pronto quienes habitaban los palacios pusieron sus fortunas al servicio de la nueva Ciudad del Mar que se empezó a construir alrededor de las oscuras callejas. Espacios amplios, avenidas, plazas y jardines. Se acabó el sombrío submundo de las callejas. Fue una metamorfosis urbanística que provocó la envidia del resto del país, tan inclinado al tribalismo. Quedaba desgarrado el capullo una vez transformada la crisálida y volaba libre la mariposa. En paralelo, igual que las gaviotas persiguiendo navíos pesados o ligeros, o los cortesanos haciendo lo propio con las casas reales, se fue consolidando otra población, la de los pioneros de la colonización periférica, esa infraestructura social tan necesaria a condición de que se mesuren con acierto los números y se disponga de los espacios adecuados para colocarlos. La ciudad se diversificó. La avenida de los Muelles, Trazo y Nueva Ciudad del Mar, cada cual con un estilo definido y que nada tienen que ver con la Zona Zero, con sus bloques de colorines construidos a molde y empotrados en los descampados del norte. Por lo que respecta a Barrio Antiguo, los inmigrantes no solían ni suelen considerarlo un espacio en donde vivir. Poco aire, cuatro tiendas apenas abastecidas, nulos servicios, agónico. Mucho mejor los pisos de la Zona Zero con todas sus limitaciones, su inseguridad y hasta con esa suciedad de aires más modernos, fruto del consumo y la dejadez. Allí podemos encontrar hasta parques infantiles, desvencijados o no, y un centro comercial con los precios ajustados y una buena gama de productos en oferta.

Barrio Antiguo. Distantes quedan los tiempos de aquel marqués dueño del mejor palacio de la calle del Altar. Lejos sus paseos por el jardín embutido en una bata de terciopelo violácea ajustada a la cintura con una cinta negra. Se dejaba ver desde quince minutos antes hasta quince minutos después del mediodía, que es cuando los rayos del sol adquirían y adquieren la máxima verticalidad. Se trataba de un espectáculo que atraía a un buen número de espectadores, en su mayoría gentes sin edad para trabajar o directamente sin trabajo. Como una mariquita entre la espesura, el marqués aparentaba no verles. Zigzagueaba por el jardín acompañado por un criado de gestos afeminados, marcado por las viruelas y adornado por un peluquín rubio pajizo que despertaba admiración por su espectacularidad. Hoy el marqués no pasa de espectro del que se guarda el recuerdo del nombre y lo que queda de su palacio.

Diferente destino tuvieron las farolas que iluminaban las calles principales en tiempos previos a la sublevación de los jornaleros. Reproducían ángeles portando antorchas, arcos, libros, instrumentos musicales e incluso una calavera con un simbolismo cuyo secreto el maestro artesano se llevó con él a la fosa común. Regordetes, unos se sentaban en una nube, otros cabalgaban sobre grandes pájaros o volaban al lomo de animalillos del bosque. No había dos iguales y acababan componiendo un singular museo al aire libre. Tras la estampida de la aristocracia y la alta burguesía, y a medida que se multiplicaban las nuevas calles y plazas, los ángeles volaron para acomodarse en espacios más acordes con sus atractivos. Los substituyeron unas farolas cuya luz produce la sensación de temor de alejarse demasiado de los muros y acabar perdida en tierra de nadie. Eso cuando hay bombillas, que es lo que sucede con la que pende justo sobre el portal de la calle del Santo Palio setenta y nueve, el mismo por el que ha entrado Horo, el mismo por el que luego lo ha hecho Sena, ese que siempre mantiene la puerta insinuando que nadie entra o sale del edificio a lo largo del día.

4

Sena dejó la mochila sobre la mesa del comedor, se quitó la sudadera con un resoplido de alivio y la lanzó sobre el respaldo de una de las sillas. En la galería el ambiente, siendo el previsible, contrastaba con el de las aulas y pasillos que había dejado hacía unas dos horas, y aún más con el de la zona de bares de la avenida de los Muelles. Señaló el reloj de pared con ambos índices, simulando disparar sobre él, para subrayar su puntualidad.

—Hay una bombilla menos en la escalera, se la han llevado. ¿Quién? O sea, ahora entre el rellano del tercero y el nuestro o subes a tientas o a trompicones. ¿No te has fijado? A lo mejor ha sido cosa del crío de los escupitajos para vengarse de tus broncas. Los adolescentes de hoy en día suelen ser rencorosos y tendentes a la violencia.

—Se lo preguntaré en cuanto le vea.

—Va a ser que no, quiero decir que no te hará caso. El que me preocupa es don Leandro. Le cuesta subir y bajar con luz, así que entre tinieblas ni te cuento. Uno escupe, el otro se emborracha, el resto vive encerrado, papá anda como anda... ¿Tendré razón y en el barrio campa a sus anchas un virus?

Al gesto de cansancio de Horo ante los comentarios de su hermano sobre el barrio, tan recurrentes, este respondió alzando las manos. Vale...

—Lo último y me callo, ¿papá duerme o se ha aislado?

Horo se mantuvo en silencio, sentado, con la cabeza apoyada sobre los puños y el gesto neutro.

—Por cierto, y hablando de don Leandro —continuó Sena, sin ánimos para afrontar el silencio—, casi me cruzo con él.

—¿Y eso?

—Nueva deducción. La escalera olía a taberna a primera hora de la mañana antes de ventilar. Un día ese hombre se caerá, se matará y nos lo encontraremos con la cabeza abajo y los pies arriba. Al tiempo. Solo faltaba lo de la bombilla. Mañana llamaré al administrador de la finca y que proceda.

—Pues ve comprando velas.

Lo había dicho irónicamente, poco que añadir. Sena se acercó a su padre, le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la coronilla.

—Mis amigos se han quedado en un bar —dijo, el tono neutro.

Horo se puso de pie estirando los brazos hacia el techo. Las yemas de los dedos rozaron

una de las declinantes vigas de la galería.

—Lo siento, supongo que te hubiera gustado quedarte con ellos.

Hubo un resignado encogimiento de hombros.

—Tanto da, tenemos nuestros horarios, ¿no? Anda, sal ya, así después tendremos más rato para hablar. ¿Tienes hambre, papá?

La respuesta llegó a través de un nervioso parpadeo. Aquel hombre, al que ahora apretaba un hombro con cuidado, ni siquiera había dado señales de haber advertido su llegada. Continuaba con la vista en la fachada vecina, tal vez intuyendo una oscuridad interrumpida con escenarios débilmente iluminados tras cortinas en donde ondeaban personajes sin rostro. Sena volvió a mover la cabeza rechazando, lamentando, lo que veía sin alejarse de sus pensamientos y palmoteó con suavidad el respaldo del sillón. Al hacerlo advirtió en Carlos una brusca inclinación hacia la derecha en respuesta, como si perturbado su tiempo de reposo, hubiese perdido la orientación.

Fíjate bien.

Carlos liberó las manos del reposabrazos y las enfrentó girándolas, haciendo rodar en su interior un invisible objeto mecánico en apariencia tan simple que resultaba infantil. El manejo del imaginario engranaje y la satisfacción que le provocaba jugar con él le había devuelto a la actividad por unos instantes. ¿Lo veis?, parecía decir, ¿veis qué fácil es hacerlo funcionar? O qué bonito, ¿no? La risa, ligera, tenía más de impaciencia que de alegría, y es que el rostro continuaba apagado, blanco y lacio. La vida se concentraba en las manos.

No mueve las agujas desde hace muchos años y nadie sabe el motivo ahora de pronto quiere volver a funcionar.

Horo y Sena seguían de pie, en el umbral de la galería, pensativo, con los labios apretados el primero, y acariciándose la mano izquierda con la derecha el segundo. Por su parte, Carlos se mantuvo en suspenso durante unos segundos, evidenciando el esfuerzo que hacía por retener un recuerdo que se le perdía a medida que avanzaba. Abrió la boca varias veces, boqueando palabras que no acababan de sonar. *Eso es, eso es*, repitió. Horo empezó a caminar hacia la cocina frotándose el rostro, buscando despejarse o arrinconar sensaciones. Sena le siguió y ambos dejaron a su espalda la prolongación de un relato que nadie escucharía hasta el final.

Los regalos le provocaban una especie de ofuscación y necesitaba tocarlos es una señal de su avaricia al principio yo le veía su gracia me daba la impresión de que seguía siendo un poco niña y pensarlo me aliviaba pronto comprendí que ni graciosa ni infantil una urraca disfrazada Quino no vino a la boda porque no le invité no lo quería ver ni en foto se presentó un día haciéndose el zalamero y desde entonces todo se fue por el fregadero porque ¿no ves cómo se pone contigo? ¿cómo te busca? le advertía yo medio inocente medio acobardado Nico se reía qué simpático qué alegre.

Sena y Horo oyeron apagarse la voz de la galería. Intercambiaron una mirada que tampoco tenía un significado definido más allá de compartir lo que fuese y se quedaron en

suspenso unos segundos.

—Cansa —empezó Sena disculpándose por anticipado, conocía a su hermano.

—Está enfermo —corrigió este, previsible.

—¿Sabes el susto que me ha dado al mediodía? — continuó admitiendo la puntualización de mala gana—. Me lo he encontrado delante de la puerta. Llevaba puesta la chaqueta y tenía la gorra en la mano. Hasta apestaba a colonia.

—¿Apestaba? Hablamos de Carlos, no de don Leandro.

La voz de Horo, tras un tono amistoso, había sonado severa. En ocasiones su hermano lo desconcertaba. Tolerante en general, de vez en cuando se empeñaba en dar toques a diestro y siniestro. Hacía poco le había pasado con el crío de los escupitajos. La bronca despertó una escalera que llevaba un siglo amodorrada, y lo mismo años atrás con algunos compañeros del instituto. Si cada cual se dedica a lo suyo, nos llevaríamos mejor. He ahí su estribillo. ¿Necesitaba adoptar esa especie de papel de padre severo y cariñoso al tiempo, o de profesor riguroso y comprensivo? Sus prontos, nada de gritos o expresiones destempladas, formaban parte de la melodía del piso. Tal vez consideraba que esos prontos lo ayudaban a conservar los restos del espíritu familiar, a controlar una situación cuya responsabilidad había asumido con dieciocho años tras la fuga de la madre y la casi inmediata enfermedad del padre. Hay que seguir adelante juntos, ¿no?, solía decir.

—Lo de apestar es una forma de hablar. Te haces mayor y no comprendes el lenguaje de los jóvenes —bromeó—. Son simples palabras y nos conocemos, ¿sí? Pues con el pantalón y la camisa de estar por casa, con la gorra y oliendo a flores me lo he encontrado. Cuando me ha visto, ha puesto una cara de disgusto muy rara. Es aquello de ¿y este qué demonios hace aquí aparte de fastidiarme? O vaya, ya me ha estropeado el día. Vamos, lo mismo que nosotros cuando entra el de Historia en clase, para que te hagas una idea.

—La diferencia es que Carlos está enfermo y no razona con normalidad, y el de Historia, si es el mismo, se pasaba media clase leyendo el libro, y aparte de ser un cretino con halitosis, aparentaba estar mentalmente sano.

—Pues eso. De todas formas la verdad es que papá últimamente nos tiene con el corazón en un puño. Por ejemplo, ¿y si llegamos un día y no está?

—No ha pasado —dijo Horo y pareció a punto de añadir algo, pero no lo hizo.

—Hasta ahora. —Se dirigió a la puerta de la cocina, la entreabrió, se asomó y a continuación la cerró con lentitud—. Ahora está contando una historia sobre ti, de cuando eras pequeño y le dijiste no sé qué a mamá. Oye, y aunque no sea el momento de hablar del tema, yo ando preocupado con ese asunto.

—No ha pasado –insistió Horo.

—Pues deberíamos empezar a considerar la posibilidad.

—Nadie nos ha dicho que lo haya visto en la calle.

—Ni que no lo haya visto. En este barrio nadie dice nada a nadie. Sea verdad o mentira, y por si acaso, ¿no deberíamos valorarlo de una vez?

Horo no respondió porque no quería volver a una conversación que solía acabar con los dos protegiéndose a través del mutismo. Muy suyo, se decía Sena. No acepta o no comprende que cinco años de diferencia suponen un abismo en ciertas edades y no pasa de anécdota en otras. No es lo mismo tener trece y dieciocho, que casi dieciocho y veintitrés. Ahora tocaba decidir los temas que les afectaban entre los dos, y el principal estaba sentado en la galería. En aquellos momentos viendo a Horo cultivar sus silencios con aire de ausencia con su metro ochenta y siete de altura, el pelo oscilando con cada movimiento de cabeza y el cuerpo que había afilado haciendo kilómetros por las callejas del barrio, pensó en su metro setenta y cuatro, su casquete de rizos lanudos, su labios demasiado gruesos y sus hombros caídos. Mala pata. Nada de repartos equitativos. La voz de Horo alejó unas cavilaciones que no solían hacerle feliz.

—Me toca correr.

—Es verdad. Me tomaría una cerveza, pero me la guardo para la cena. Dicen que beber solo inclina al alcoholismo.

Encogimiento de hombros, otra de sus señas de identidad y de paso una paradoja. ¿Por qué un chico tan seguro de lo que hacía y decía, tan firme, tan convincente, se pasaba media vida encogiéndose de hombros?

—¿Sabes que andamos leyendo Hamlet? Me entran ganas de soltar lo del ser o no ser. El ambiente sombrío lo pone la casa, no necesitamos decorados. Y si salimos a la calle, ni te cuento. De los focos, del vestuario y del público podemos prescindir, en especial del público, porque la mayoría pone carota de intelectual, pero no se entera de la mitad. Es curioso, lo de Hamlet me engancha, ¿sabes? Una tragedia para la pequeña historia de los mortales, nosotros ya tenemos dos fantasmas, mamá y el tío Quino, que se pasan el día revoloteando por los pasillos y torturando a un pobre señor indefenso. Claro que aquí quien pide venganza no es el muerto, sino el vivo. ¿Qué tal me quedaría el papel de Hamlet? Fatal, no doy el tipo. Me sobra barriga y culo.

Al final consiguió provocar en su hermano una sonrisa. ¿Hasta cuándo deberían, serían capaces de mantener la situación? Obligación moral, ética filial, decoro social, escrúpulos ejerciendo de colgajos. Doctor les anunciaba consulta tras consulta el imparable deterioro de Carlos, y lo hacía con el aplomo y el distanciamiento habituales cuando el mal y el dolor son ajenos. Por el momento el enfermo, Carlos, se mantenía entre los planos de la dependencia y la mansedumbre, bien que con débiles conatos de rebeldía como negarse puntualmente a comer o a beber, a lavarse o a peinarse, y algún que otro descuido.

En los inicios de la enfermedad lloraba, lloraba con desconsuelo, hipando, encerrado en una tristeza a la que ellos no tenían acceso, una tristeza hermética, ajena a los consuelos, una tristeza que daba la impresión de no comprender ni él mismo. Ellos le dejaban hablar y le dejaban llorar, que se desahogara. Luego los llantos cesaron, o se quedaron retenidos en el borde de los ojos. Vayan haciéndose a la idea, explicaba Doctor, que en cualquier momento puede presentar reacciones imprevisibles. La patología de su padre nos obliga incluso a prever

brotes de violencia verbal o física. No trato de preocuparles, solo ponerles sobre aviso. ¿Y qué podemos hacer?, preguntó en una ocasión Sena. El sonrosado rostro se iluminó, compresivo. Tenía ante él a los hijos de un hombre enfermo llamado Carlos Gris, sin presente y sin futuro, que seguía de lejos la conversación con la atención pendiente de una jacaranda que se asomaba tras el ventanal. La decisión de internarle o no les corresponde a ustedes, por supuesto. Y con la palabra, internarle, les lanzaba al pozo de las incertidumbres. Un trauma, un trauma, había diagnosticado en su momento, pensativo y hasta preocupado por quien se había llegado a su consulta acompañado por un chico de unos veinte años y otro apenas adolescente. El primero le había tendido un sobre con los reparos de quien no desea desprenderse de lo que considera indispensable y se ve obligado a perderlo por las circunstancias de la vida. Se trataba de una carta, de colega a colega, de un médico de cabecera, del cual Doctor desconocía su existencia, a un especialista. La leyó sin parpadear.

A las pocas semanas, tras sucesivas pruebas que confirmaron que la apatía enfermiza del paciente superaba el desánimo y hasta la depresión, diagnosticó un shock traumático consecuencia de una acumulación de angustias. Por decirlo sencillo, digamos que el globo explota porque no resiste la presión, porque es incapaz de soportar más aire. ¿Comprenden? Ellos comprendían aunque lo sucedido, si aquel médico acertaba, no se debía a otro drama que la fuga de su mujer con su hermano. Se lo habían explicado a Doctor en la primera visita y ahora cabeceaba confirmando cada una de sus palabras. Lo que me dijeron ha debido tener un peso determinante en lo que ha sucedido, quizá ha sido definitivo, en especial si hablamos de una mente propensa a la enfermedad y de años de una situación para él angustiosa. El diagnóstico coincidía con los antecedentes, los antecedentes avalaban el diagnóstico. Todo en orden, que resultase agradable o desagradable quedaba al margen.

—Este año acabo el instituto —dijo Sena, necesitaba romper el silencio.

—Ya.

—Habrá días que no podré venir a comer.

—Lo sé.

Horo consultó el reloj. Para evitar enfrentamientos Sena se repetía que su hermano se consideraba responsable de lo que ocurriera en la casa, en especial de lo relacionado con su padre. Lo había asumido desde que quedó sobre la mesa del comedor una carta que a él inicialmente le escondieron por ser un crío. Sobre la desaparición de Nico lo consoló en su momento Horo con una indiferencia que no supo cómo interpretar. A las pocas semanas se inició el hundimiento de Carlos y la ascensión de la voluntad de Horo para mantener en pie la familia. En suma, Sena respetaba, comprendía y admitía la autoridad de su hermano, inclusive su resistencia a tomar una decisión que acabaría llegando porque resultaba inevitable. Sí, respetaba, comprendía y admitía, pero solo hasta cierto punto. El propio Doctor les informaba de los riesgos de mantener la situación. ¿Pueden permitirse que alguien cuide a su padre? Permanecer solo durante tanto tiempo no es bueno, no. Pero la idea de internar a Carlos les superaba, en especial a Horo.

—Será mejor que salga un rato a correr, se hace tarde.

—No te canses, compañero.

Sena lo vio salir con aquellos andares tan firmes que siempre parecía que le esperaba un destino inexcusable, y se quedó pendiente de la luz que atravesaba la puerta del pequeño balcón que colgaba en el patio interior, como si hubiese detectado tras ella un movimiento extraño. Despierta, Sena. Cogió un plato y los cubiertos y se dirigió al comedor. Mientras disponía la mesa para su padre, vio que este seguía sus movimientos serio, con el ceño fruncido, lo mismo que en otros tiempos cuando pretendía corregirle. Una mueca vacía, se dijo Sena, teatro sin libreto, concierto sin partitura, improvisación sin gracia, lo que no impedía que le resultara incómoda. En primer lugar porque le traía a la memoria los tiempos de silencios intimidantes, y en segundo porque transmitía una locura pegadiza, una locura que él había llegado a pensar que desbordaría aquella mente rota para extenderse por el piso. No debía pensar así, aunque solo fuera para apoyar a Horo, o porque no dejaba de ser su padre, pero aquel hombre enrarecía el ambiente con su presencia. Por ese motivo aquel ceño y aquellos ojos no debían molestarle y aún menos irritarle. Soy un egoísta y un imbécil por pensar de esta forma. Impertérrito, el malestar no retrocedía un milímetro. Me dejo llevar por lo peor de mi carácter. Lo mismo. Tengo dieciocho años, tengo dieciocho años. Igual. Nada que hacer.

Se acercó al hombre que continuaba con el ceño fruncido, y se sentó a su lado, en una esquina del sofá de pana. Como de costumbre, los reflejos de las habitaciones y galerías próximas hacían que su cuerpo, en especial el rostro, se desdoblara en dos tonos, el azulado que llegaba del exterior y el blanquecino de la lámpara del comedor. Dos caras enlazadas por una expresión indefinible, amenazante y atemorizada al tiempo, extraviada en un abandono absoluto. Le palmoteó en las rodillas sin desconsideración ni tampoco con cariño, simplemente con desánimo. De acuerdo, de acuerdo, lo sé, lo admito, hubo un tiempo en que aquel hombre había sido diferente, que se esforzaba por ser un buen padre. Pero por entonces yo era un niño y aquello me queda lejos. Bien que lo sentía porque le hubiese ayudado a soportarlo mejor.

—¿Qué vamos a hacer, papá? Me cuesta aguantar la vida que nos haces llevar, lo siento

No, pensó. No comprende porque su cabeza se ha secado y solo oye ruidos. Hueca, vacía. Lo mismo que una cáscara de nuez. Y de inmediato volvió el malestar. Soy un estúpido, pensó. ¿De dónde me vienen estas ideas?

5

Cerró la puerta con excesivo ímpetu, lo que provocó en la escalera un eco que hizo crujir maderas, cristales y picaportes. Desde la del vecino que ejerció de abogado, le llegó el sonido de unos pies arrastrándose y a continuación el de alguien arañando la mirilla o frotándola con un objeto metálico. Contuvo la respiración. Cada día el hedor que desprendía aquel piso resultaba más insufrible. Al margen de la falta de limpieza, ¿qué guardaba don Leandro? ¿Toneladas de basura? Se sabía, se decía, se..., se..., que el agua la tomaba de la fuente de la calle del Milagro y la luz hacía años que se la habían cortado. El pobre don Leandro aferrado a cientos de pasados y abochornado por miles de presentes. Horo ignoró las sombras de la mirilla y empezó a bajar. Mientras lo hacía comprobaba que los lazos de las zapatillas se mantenían firmes. A partir de la segunda planta empezó a saltar de peldaño en peldaño, danzando en un ring imaginario alrededor de un contrincante pesado y lento, esquivando con facilidad unos golpes que evidenciaban la torpeza de quien los lanzaba. Hacerlo le servía para entonar los músculos. Hacer estiramientos en el portal, y aún peor en la calle, le parecía ridículo por mucho que no hubiese nadie a la vista, y de sensaciones incómodas andaba sobrado. Quedó atrás la imagen de Sena y de Carlos en el comedor bajo la luz blanca de la lámpara de cuatro brazos, separados por el hule de cuadros negros y rojos.

Ya en la calle se encontró entre las fachadas de siempre, las que se inclinaban las unas hacia las otras creando la ilusión de un pasadizo con la parte superior pendiente de cerrar. Se subió la capucha de la sudadera, la ajustó bajo la barbilla y empezó a correr. Había llegado el momento de recargarse, y para conseguirlo necesitaba que el mundo se volviera tan insignificante que desapareciera, de ahí la capucha y mantener la vista baja. Calles estrechas, aire pesado y suelo irregular. Los cuchicheos se refugiaban en los portales entreabiertos o tras las ventanas protegidas por cortinas o persianas. En medio del silencio el nombre de los Gris sonaba con frecuencia de una forma pálida y apenas le llegaban los ecos. El de Carlos quedaba al margen gracias a la usual veneración al caído.

Mientras corría respiraba el aire de los atardeceres de Barrio Antiguo con despreocupación, ignorándolo. Denso, oscuro, amargo para quien no estuviera habituado. Poco conveniente para los pulmones, incluso para unos pulmones tan jóvenes como los suyos. Lo sabía. También que resultaba poco conveniente empezar tan rápido. Las técnicas al uso nada tenían que ver con la furia con la que se lanzaba hacia el fondo del callejón. Corría para vencer ese agotamiento que no se remedia con el descanso ni siguiendo las reglas del

buen entrenamiento, sino las que impulsan a alcanzar lo antes posible el instante en que la respiración se hace agitada y las piernas lanzan quejas que se ignorarán mientras sea posible.

Si te digo lo que me gustaría hacer, no te lo crees. Ginko había afilado los párpados, adoptando un aire de adivinador de feria que no dejaba de tener su gracia. Quiero escribir una novela. ¿Tú, el economista? ¿No escribes tú, por qué no yo? Ginko lo miró, irónico. ¿Porque soy periodista? Tenía razón y se la dio. Tienes razón, es un absurdo. Yo soy periodista, sí, lo que ni me valida a mí como novelista, ni ser economista te invalida a ti. La conversación había tenido lugar dos semanas atrás, un sábado por la noche después de cenar en el restaurante oriental al que solían ir, en los alrededores del Parque Verde. Mara, la compañera de Ginko, la hija de la dama, andaba de viaje buscando localizaciones para un corto y Horo, desde la última experiencia con quién no resultó ser quien decía ser, o como él quería que fuese, lo reconoció tras la ruptura, se había dado un paréntesis sentimental. Tal como andaban con el asunto de Carlos se veía incapaz de una relación, la cabeza ya no le daba de sí.

Alcanzó el último cruce Barrio Antiguo dirección norte, el de la calle del Párroco. Allí giraba a la derecha por una travesía de apenas un metro y medio de ancho, sin nombre y sin portales, apenas con unos ventanucos sempiternamente cerrados y sellados por el polvo, hasta alcanzar la cuesta del Monaguillo. En su circuito se mantenía en general a una manzana de distancia de una ciudad en que las calles se ensanchaban alcanzando con frecuencia la categoría de avenidas, la iluminación deslumbraba y un sonido de oleajes desatados lo llenaban todo. Porque más allá de la oscuridad y el silencio del Barrio había una ciudad poblada por una multitud que deambulaba por las calles en una convivencia masiva y al tiempo anónima, que entraba y salía de portales y de tiendas, que bordeaba edificios de cinco, seis, siete o más plantas, que pateaba las aceras y se confundía y fundía con millares de vehículos. La imagen de esa ciudad que exhibía orgullosa sus parques y paseos al mundo le recordó de nuevo a Sena aconsejándole correr fuera de lo que él llamaba el ambiente malsano del extraño planeta barrio. Lo del extraño planeta barrio había llegado recientemente, hasta entonces se había limitado a preguntarle, irónicamente, si podía respirar en medio de aquel pestazo entre polillas. No exageres, simplemente huele a cerrado, a viejo, y las polillas se quedan en las farolas si están encendidas. No me convences. ¿Correr en el fondo de un pozo?, ¿arriesgar los tobillos con ese suelo? Al decirlo abría los brazos preocupado, indignado. Sena necesitaba ponerle pasión a cuanto hacía y decía. No siempre se requiere una explicación para sentirse bien, le había respondido tantas veces que llegó el punto en que él mismo llegó a creérselo. ¿Entonces? Entonces, nada. Corriendo entre aquellas callejas tenía la sensación de hacerlo por espacios de una falsa realidad en los que reinaba la penumbra, el silencio y la calma, y no la luz, el ruido y la agitación. Le calmaba centrarse en aquel suelo gris a tramos y a tramos amarillento, según se acercara o alejara de las farolas, y no había ningún problema en esquivar los hoyos, agujeros y baches con movimientos de tobillo ajedrecísticos. De tanto en tanto entreveía una sombra, inmóvil o caminando a lo lejos, o interrumpía una conversación tejida a media voz, o le llegaba el chirrido de una ventana abriéndose o cerrándose, o el eco de

una radio o de una televisión, o una risa estridente o un llanto apagado. Siempre a lo lejos. Bajo aquella capucha se corría sin actores ni argumentos, sin escenarios.

Llegó a la triangular plaza de los Mártires. Según la leyenda en aquel lugar siglos atrás hubo una ermita en la que habitaba un eremita que vivía con diez gatos, diez perros y diez lechuzas. Acabaron en olor de santidad los treinta y uno y juntos subieron al cielo en recompensa, y tan piadoso había sido aquel hombre que los ángeles, tras consultar con San Pedro, permitieron a los treinta animales acompañarle en el paraíso. La verdad histórica, nula, y el simbolismo de animales y cifras, a determinar. Se tomó un descanso para recuperar el aliento. Hacerlo formaba parte del protocolo. Manos en las caderas, tronco inclinado, respiración jadeante. Un paréntesis de un par de minutos a menos de medio camino.

En uno de los laterales del triángulo que cerraba la plaza dos chicos y dos chicas, apenas adolescentes, charlaban y fumaban sentados en el respaldo de un banco enterrado en grafitis. Compartían un cigarro húmedo y ocre de larga ceniza. A su alrededor orbitaba un niño que no pasaba de los diez años. Se movía como un satélite mal programado, con hipo en los circuitos, y observaba con humildad a los cuatro casi adolescentes. Se acercaba y alejaba siguiendo protocolos forjados sin duda a través de menosprecios ajenos y aspiraciones propias. Una de las chicas, vestida de riguroso color lila, los labios rojos, el pelo carbonizado y las cejas gruesas, se aplicaba sobre el teclado de su móvil. Mientras, los dos chicos y la otra chica se concedían la palabra por turnos, confirmando o negando lo que se decía con ceremoniosa solemnidad. Los cuatro llevaban una gorra blanca con dibujos dorados, la visera inclinada hacia la derecha violentando sin problemas la parte superior de la correspondiente oreja, del llamado hélix. En los últimos tiempos Sena también solía llevar una similar para ir al instituto, aunque por fortuna menos llamativa y mejor orientada. Es de rapero, había comentado. Se la había encontrado en una papelera de la zona comercial y le gustó. Por lo menos, lávala. ¿Por qué si está limpia, no lo ves? En aquel momento seguiría sentado frente a Carlos, quien en el mejor de los casos articularía otro soliloquio en el que se reservaría un papel secundario, puesto que el principal estaba adjudicado de antemano a Nico y a Quino, y en el peor mostraría una irritación de orígenes difusos que necesitaba aceptarse desde la comprensión. O quizá caería en un estado catatónico forzando a quien lo acompañara a permanecer si no preocupado, sí atento. Malos indicios, según Doctor, pero debe seguir el ritmo que le marque el ánimo, y a los demás les toca atenderlo, como si cuidasen a un niño. Lo contrario equivalía a arriesgarse a provocarle tal ansiedad que, posiblemente, podría acabar en un estado de consecuencias imprevisibles y le doy al término imprevisibles un sentido preventivo, no se confundan. Sena aguardando, harto de esas cenas, de esas comidas y de esa casa, y aún más de este barrio. Harto de la vida que llevaba. No se quejaba demasiado, pero tampoco se escondía. No has tenido suerte, compañero, es tu padre y de momento no tenemos muchas alternativas, le había dicho un par de días atrás. ¿Internarlo? Ya hablaremos.

Los chicos del banco permanecían ahora ensimismados, reflexivos, serios, tal vez repasando problemas personales pasados, presentes y futuros, o los de su pequeño universo.

Mientras tanto, el satélite persistía en orbitar alrededor del banco recordando al perro o al pájaro que espera un despiste o un gesto de generosidad por parte de quienes comen y beben bajo el toldo. También él llevaba una gorra, en su caso roja y con el nombre de una bebida refrescante rotulada sobre la visera. Se la había colocado torcida a imagen y semejanza de los casi adolescentes, sus inmediatos dioses sobre la Tierra. Horo sabía que su aparición, encapuchado y jadeante, no provocaba sorpresa ni desconfianza, ni en aquella plaza ni en cualquiera de las calles por las que corría. Lo conocían. Al principio debió resultarles chocante, y al final quienes reparaban en su presencia, no demasiados, habían comprendido que no había nada que comprender, al menos nada que les afectara, es decir, nada que les interesara. Desde entonces su sombra se había integrado en el paisaje como otra más.

A la izquierda de donde se encontraba, sobre los cristales opacos de una bodega se dibujaban los perfiles de tres hombres, como cada día. ¿Bajos o altos?, ¿gordos o delgados?, ¿viejos o jóvenes? Difícil determinarlo desconociendo las fórmulas que relacionan una apariencia con su realidad. A juzgar por sus sombras se inclinaban sobre la barra, las cabezas medio vueltas hacia quien permaneciera al fondo del local. Un día entraré y comprobaré si son auténticos, pintados o recortables, se dijo. Empezó a trotar, crujieron las hojas rojizas, secas, que cubrían la plaza alrededor del árbol, tal vez una acacia, él de árboles poco entendía. La copa se alzaba impasible en el eje del triángulo isósceles formado por tres desvencijadas fachadas. En aquellas hojas de caída prematura se anunciaba algún tipo de dolencia. Nadie cuidaría de aquel árbol y acabaría con las ramas convertidas en alfileres incrustadas en un tronco que bastante hacía resistiendo las agresiones de quienes deseaban estampar su sello en él, estampar su sello o mutilar lo que no dejaba de ser un vegetal solitario y, como la mayoría, indefenso.

Lanzó una ojeada de despedida a la corteza plagada de cicatrices trazadas a pintura o a cuchillo, levantó una mano en dirección al grupo de adolescentes, una señal de despedida que fue correspondida con desigual entusiasmo, exageradamente cálida por la chica del pelo carbonizado, desganada por el resto y nula por el niño que continuaba con su misión orbital, y se lanzó hacia la calle de los Cardenales, la que conducía a los antiguos palacios. ¿Serían esos casi adolescentes quienes habían empujado al anciano en la Cuesta del Monaguillo? Por distraerse, por divertirse. En según qué situaciones y entre según qué mentalidades la debilidad ajena invita a tales juegos. Ley de vida, de lo que se llama convivencia. ¿Observar o imaginar? Mientras corría, imaginar. Al menos hasta donde fuese posible. Es la frontera que traza una necesidad indefinible, que aparece y desaparece a su voluntad.

Para ese momento Horo llegó al final de la calle del Altar dejando a su espalda lo que fuese palacio de un marqués antes de la sublevación de los jornaleros, hay quien lo llama barbarie o represión, depende de ideologías. De reojo había imaginado el fantasma del noble arrebujado en su bata de raso, deambulando entre los hierbajos como princesa entre jazmines, seguido por el mayordomo de espectacular peluquín. De lo que fue jardín apenas se distinguía su estado porque las farolas no alcanzan a iluminarlo, y tras el arco que da acceso al patio central,

dominaba la oscuridad. Al parecer uno de los herederos del marqués, conocido como el marquesito, ha acondicionado el sótano de aquellas medio ruinas para ensayar con un grupo musical de los llamados alternativos, he aquí un calificativo que pocos entienden, lo que no impide que sea empleado con frecuencia. Y es que en Barrio Antiguo abundan las habladurías, lo que no deja de ser curioso considerando el sepulcral mutismo en el que permanece día y noche.

Giró a la derecha para enfilar la calle del Párroco. Los edificios provocaban la sensación de transitar por una boca desdentada y poco aseada. Sin embargo, en aquel tramo el suelo estaba pavimentado, y no mal, las farolas tenían bombillas y las ventanas de los pisos estaban iluminadas en su mayoría. Tras una se dejaba ver una estantería vacía, en otra la parte superior de un póster mostrando una cima nevada, y en no pocas las lámparas que colgaban del techo. Esta calle enlazaba con la del Santo Palio, la suya, en un perfecto ángulo recto. La proximidad de esa esquina lo devolvió, imposible evitarlo, al interior de la casa cuyas luces tan bien conocía. Temía que Carlos substituyera en cualquier momento la dispersión de su apatía por una actitud bien diferente, a saber cuál y en qué medida. No les sorprendan brotes de brusquedades y groserías, insistía Doctor, acaso curándose en salud. ¿Por qué no nos lo advirtió?, protestarían los parientes si no lo hiciera llegado el momento de constatar la inutilidad de tantos esfuerzos. Apenas dos años atrás el horizonte se lo había dibujado el propio Doctor despejado en cuanto a potenciales violencias, un asunto por el que Sena andaba intranquilo en cuanto intuyó que en la cabeza de su padre los pensamientos no se articulaban debidamente. Hablaba por entonces de apatía. Horo evitaba mostrar su desconfianza ante lo que intuía como un empeño interesado en internar a Carlos en la Fundación Pliffeer. Pero ¿y si lo juzgaba injustamente y tenía razón, si aquel hombre disponía de los conocimientos suficientes y sus diagnósticos resultaban acertados? El médico de familia a quien acudieron, el que les dio un primer y fallido diagnóstico, se lo había recomendado tras consultar una voluminosa agenda. Goza de prestigio en el campo de la psiquiatría. Piensen que es asesor del Departamento de Justicia. Había en sus palabras un respeto exagerado, próximo a la sumisión. Alargó la zancada mientras continuaba preguntándose si estaba siendo justo con aquel hombre de rostro plácido y sonrosado. La feria de los alivios nunca tiene bastantes puertas por las que entrar y salir, pero siempre falta la que necesitamos. Las consultas paralelas en las que se habían embarcado, buscando esperanzas o milagros, conducían al mismo puerto, es decir, no había nada que hacer.

Poco antes de llegar al portal dejó de correr bruscamente, incluso debió forzar los músculos de las piernas para compensar la inercia. Otra mala costumbre, frenar en seco. Con los brazos en jarra, recuperando fuerzas, empezó a caminar con lentitud hacia el portal. La puerta seguía en el lugar acostumbrado. Nadie había entrado y nadie había salido. O alguien había entrado o salido y respetaba las reglas del juego. En lo alto, entre las cornisas de los tejados, no se dejaba ver otro color que el negro, lo que provocaba la falsa impresión de que las fachadas finalmente se habían unido aunque fuera de forma transitoria. Noche sin

estrellas, lo acostumbrado a según qué horas. Y si las había, las nubes o el propio barrio las ocultaba.

6

Las Galerías Scheller gozan de prestigio desde que años atrás, siendo exactos, un grupo inversor de composición compleja adquirió un solar ocupado por media docena de almacenes destartalados en la por entonces periferia de la ciudad. Intuyendo que la expansión urbanística se alargaría hacia esa zona dadas las características de los terrenos, los inversores siguieron el principio de que lo que hoy resulta lejano mañana será céntrico, y acertaron. Sobre aquellos terrenos levantaron una gigantesca mole rectangular de siete plantas, y en colaboración con el Ayuntamiento urbanizaron frente a la fachada principal la gran explanada que es hoy la plaza Oeste. Desde sus inicios basó su estrategia comercial en combinar la moderación en los precios con un toque de distinción. *Su satisfacción, nuestro compromiso*. Tal es el mensaje en cada una de las campañas publicitarias, que son tantas como estaciones tiene el año. Ahí quedan los espectaculares escenarios, los lujosos interiores y los bellos paisajes, presentados por modelos que alternan la languidez y el entusiasmo según demande el producto. Porque se lo merecen o sin merecerlo, lo cierto es que las Scheller se han convertido en un icono de la ciudad.

Son seis las plantas abiertas y una séptima para el personal, incluidos los directivos. A ella se accede mediante teclados numéricos con ascensores cerrados al público. Horo llegaba pronto para ajustar su horario con el de su hermano, al menos hasta donde le resultaba posible. Entrando pronto salía antes. Lo habían destinado al control de los costes fijos junto a otros cinco economistas con y sin titulación. El mayor, Boris, no llegaba a los cincuenta, y el menor, él, se quedaba en los veintitrés. Los dos veteranos, Boris y un hombre de talante bonachón llamado Melo, ejercían el liderazgo formal. Peor formados en un sentido académico que sus jóvenes compañeros, les avalaba una larga experiencia en el comercio. Ellos ejercían la gerencia de hecho, aunque la oficial la ostentase el señor Gas, con cuarenta y dos años en la empresa y otros veinte de añadidura rondando la vida. Tanta historia acumulaba que su jubilación ya se olisqueaba en el ambiente, lo que venía provocando movimientos tácticos entre quienes por antigüedad o por ilusión aspiraban a relevarle en el cargo, es decir, Boris y Melo. En este sentido se puede anticipar que, ante el desencanto de ambos, llegado el momento de los relevos, el nuevo jefe llegó desde una empresa relacionada con el sector cárnico, un economista sobrino de uno de los principales accionistas.

Por edad y experiencia laboral, Horo ocupaba el escalón inferior en sueldo y responsabilidad. Sin embargo, no tenía motivos para lamentarse, y no lo hacía. Aceptaba sin

pestañear lo que los demás trataban de evitar por farragoso o por aburrido. Tenía plena consciencia de que el sueldo llegaba puntualmente a final de cada mes, y ese sueldo paliaba unas carencias económicas que venían de lejos, en concreto desde que su madre dejó el memorial de agravios sobre la mesa del comedor y de paso se llevó los ahorros familiares y dejó de aportar lo que ganaba en una peluquería de la zona comercial. Desde aquel momento hasta que él entró a trabajar en las Scheller no dispusieron de otros ingresos que la jubilación anticipada de Carlos y un paupérrimo complemento por minusvalía.

En las Scheller sus obligaciones habían ido ampliándose en los últimos meses. Pronto los dos veteranos le tomaron confianza, lo que se tradujo en encargos de mayor calado. Le favorecía que no todos sus compañeros, la excepción se llamaba Malena, destacaran por su entrega. Posiblemente fue ese el motivo por el que una mañana, apenas llegar y aún con la bolsa en la mano, Melo se le acercó. Parecía que con su llegada el día nuboso y plomizo que oprimía el ánimo de la ciudad se hubiese despejado de improviso, y que a aquel chico le acompañara un bálsamo capaz de iluminar el despacho. Quien tenía posibilidades de substituir al señor Gas era un hombre de carácter jovial y aspecto envejecido para quien andaba en los cuarenta y pocos años. Grueso, bajo y a punto de la calvicie absoluta, conocedor de su poco afortunado físico, lo compensaba desplegando una simpatía y una cordialidad desbordantes. Vestía con una formalidad nupcial, es decir, traje discreto, camisa blanca y corbata, lo que le daba, contra su voluntad y sus sueños de promoción, un aspecto demasiado próximo al de los dependientes.

—Ya estás aquí —saludó saliendo a su encuentro abrazado a una carpeta beige—. Te daría los buenos días pero, siendo sincero, tal como ha amanecido quedaría fuera de lugar. Esta primavera promete un verano asfixiante de calor, al menos eso dice la tradición. Primavera de plomo, verano de bochorno. ¿Lo habías oído? Mi madre lo suelta venga o no a cuento. Algunas veces le preguntas si se encuentra bien y te responde que primavera de plomo, verano de bochorno. La pobre ya se despista con frecuencia, son ochenta y ocho cumplidos. Mal asunto cuando la gente mayor empieza a decir tonterías sin darse cuenta. Claro que eso también les pasa a los jóvenes y a los no tan jóvenes, y encima se ríen.

Horo devolvió el saludo con un movimiento de cabeza, aceptó la reflexión sin querer darle vueltas y colgó la bolsa y la chaqueta en el perchero. Seguía sin alejar la imagen de Carlos empotrado en el sillón negro de grandes orejas bordadas, a modo de un rey destronado y caído en la miseria.

—Lo de la edad es relativo —dijo por no continuar callado.

—Ya, el corazón joven y esas tonterías que tanto les gusta a los que se saben viejos y se empeñan en engañarse —dijo Melo con los ojos medio en blanco—. Me temo que no es tan sencillo, ojalá todo dependiera del corazón.

Horo asintió, comprensivo. Lo mismo que al resto de sus compañeros, aquel hombre le caía bien. Cumplía con su trabajo y se mostraba siempre amable. Le vio señalar la carpeta beige con la barbilla y supuso que se trataba de un nuevo encargo.

—¿Urgente?

Una señal de disculpa como respuesta y a continuación dejó la carpeta sobre la mesa de Horo, junto a otras similares. El trabajo se acumulaba, pensó a la espera de noticias.

—Veamos. Planta cero, sección de perfumería, cosméticos y demás —empezó Melo bajando la voz—. Hay cosas que no cuadran y a los de arriba les gusta controlar los detalles que afectan a los planes estratégicos de la empresa. Es su obligación, y por lo menos unos cuantos se la toman en serio. Ayer él —señaló con el pulgar al despacho del señor Gas— me hizo el encargo, sin dramas, pero con firmeza. Ya lo conoces. Me dejó claro desde el principio, siendo importante no se trataba de nada trascendental. Los de arriba quieren saber, y le han encargado un informe. Bien, a él no, al equipo, a nosotros.

—¿Falta dinero? —intervino Horo por mostrar su disposición a mostrarse atento.

—No exactamente, pero las columnas muestran cierta confusión, un pequeño lío —puntualizó Melo—. Yo tenía decidido ponerme a ello personalmente. Lo que ocurre es que ando con lo de la distribución y ni te imaginas con lo que me he encontrado. Entrar en el mundo de los transportistas es lo mismo que hacerlo en el castillo de los horrores de una feria. O peor. Me temo, estoy convencido, que los transportistas juegan sucio con los costes de la gasolina y de los peajes, y hablamos de cifras importantes. Entre nosotros, la gente no me acaba de convencer. Ojalá me equivoque y me tenga que tragar la opinión. Ellos siempre están con lo de los precios del combustible y con los impuestos, claro. No cuela.

—¿Líos en los despachos o en el reparto? —preguntó Horo con un interés ahora real, aunque solo fuese por solidaridad con aquel hombre que balanceaba la cabeza tan preocupado.

Melo dio un paso sin sentido hacia su despacho pues lo deshizo en el acto. Resultó un extraño paso lateral, como de baile de salón, que resonó a claqué sobre el terrazo rugoso y blanquecino del despacho. En aquel momento su jovialidad se había esfumado y se mostraba inquieto, cansado de lo que se consideraba incapaz de controlar.

—Me vas a perdonar —dijo tras asegurarse de que continuaban solos—. De momento preferiría callármelo. Pies de plomo hasta completar el informe.

—Tiene razón, disculpe.

Volvió la jovialidad a ensanchar el rostro blando y ovalado. Recobrada la calma, agitó las manos alejando unos insectos imaginarios. Desaparecieron de sus ojos las nubes sombrías con la misma velocidad con las que habían aparecido. Quedaban, eso sí, las de verdad, las que continuaban tras los ventanales. El chaparrón estaba al caer.

—No hay nada que disculpar. Te aseguro que te lo explicaré a su debido tiempo porque conviene irse fogueando en este tipo de problemas. Son cosas desagradables a las que hay que enfrentarse. Hay tanta gente en esta empresa, tanta, que por lógica uno puede tropezar con un susto en el momento menos esperado. —Palmoteó con vigor sobre la carpeta que había dejado sobre la mesa—. A lo que vamos. He hablado con el jefe y le he propuesto pasarte el asunto. Tú has dado muestras de una sólida preparación y sobre todo de sentido común.

Prometes, te lo digo yo. Ascenderás, y rápido —Horo pensó los peldaños de la escalera laboral y fue incapaz de sentirse ilusionado ante la predicción—. Vamos, que hay que darte cancha en los temas espinosos. Bueno, espinoso, espinoso... Tampoco se trata de asustarte.

Se le veía satisfecho. Palmoteó de nuevo sobre la carpeta a falta de confianza y de altura para hacerlo sobre los hombros de aquel chico que mantenía un asomo de sonrisa en los labios. ¿No sería un cínico?, se preguntó. Sabía que se trataba de un joven capaz, educado, agradable y demás, pero con un punto extraño que anidaba por ahí sin dejarse reconocer. Con frecuencia la falta de expresividad de Horo, aunque sin llegar a molestarle, le desconcertaba.

—¡Qué haremos!, lo primero es lo primero —sentenció, y a continuación añadió—: Lo que tengas pendiente se retrasa, de manera que ponte con esto de inmediato. No te quiero engañar, no he tenido tiempo de ordenarte los informes, pedidos, facturas, etcétera. Una madeja un poco enredada, lo admito. En consecuencia, habrá que tirar de los hilos con cuidado para no romperlos, encontrar el nudo o los nudos y deshacerlo o deshacerlos. Un par de días es el tiempo que tienes. En el mundo del comercio se vive así, ¿eh?, de forma trepidante. Ese es uno de sus encantos.

—¿Algo que deba saber y no esté en los papeles? —preguntó Horo intuyendo complicaciones entre tanta palabrería.

— Bien... —dudó Melo dándole a la palabra un tono jocoso a todas luces forzado—, la responsable del asunto es una señora muy particular. Se llama Jana Juez, tendrás que empezar por ahí.

Complacido por la energía que había desplegado, parpadeó. Los insectos inexistentes debían rondarle ahora entre las pestañas. Se quitó las gafas para frotarse los ojos, se las volvió a encajar, abrió los brazos con un significado que no dejaba de ser ambiguo y se giró para encaminarse hacia su despacho, lo que hizo con pasos cortos y rápidos. Horo lo vio alejarse con aquel andar de emprendedor, o el de quien se ha retrasado contra su voluntad a una cita.

Para cuando se sentó, el reloj digital que colgaba del techo evocando una araña con cuatro ojos marcaba las ocho y veinte. Es decir, en diez o quince minutos llegaría el resto del equipo. En cuanto al jefe, el señor Gas, los horarios los regulaba una esfera ciega, sin agujas ni dígitos, y así sucedió también aquel día pues apenas se dejó ver hasta media tarde. El primero en llegar fue Iván, y como siempre, lo hizo móvil en mano.

—¿Te han colado uno de esos asuntos envenenados? —saludó jovialmente—. Porque por la cara con que te lo contaba Melo, es eso, un asunto envenenado.

—No lo sé —respondió Horo sin dejar de mirar aquella carpeta que lo mismo que un bocadillo sobrecargado de ingredientes desparramaba folios por los costados.

Iván lanzó un ligero bostezo, lejos del sueño y cerca del aburrimiento o, concediéndole el beneficio de la duda, el equivalente a el deber me aguarda y no tengo ganas de cumplirlo. Tres o cuatro años mayor que Horo, se jactaba de ser un asiduo de los gimnasios, lo que se reflejaba en su figura musculada, y tendía a la solemnidad en cuanto hacía. Hablaba de lo cotidiano, y

hasta de lo trivial, con tonos dogmáticos. Únicamente él en la sección se resistía a lo de la chaqueta y la corbata, lo que no equivalía a ningún tipo de informalidad en el vestir. Las normas de las Scheller resultaban estrictas en ese aspecto. Marca sobre marca exhibía sin pudor su potencial económico, el suyo y el familiar, y su tendencia a la ropa deportiva de elevado coste la completaba con ese barniz de sencillez que la hace aún más reconocible.

Horo susurró un rápido veamos de qué se trata y cogió la carpeta. Iván recogió el guante. Asintió y se dirigió hacia su mesa. Una vez instalado dejó que su mirada se perdiese tras los cristales, entre las crestas de los edificios del fondo de la plaza Oeste. En lo alto las nubes mostraban sus gigantescas panzas oscuras de una forma borrosa, lo que no presagiaba nada bueno. La tormenta había llegado. No debió agradarle demasiado la idea porque torció el gesto, se acodó en la mesa, apoyó la barbilla sobre la palma de la mano izquierda y compuso una expresión próxima a la melancolía. Melancolía de la que le sacaron al llegar Jonás y Malena.

Tal como le había advertido Melo, si la carpeta destacaba en algo, era en la desorganización. Los papeles parecían haber sido lanzados a su interior sin otro criterio que el de esconderlos. Quiso ser positivo y se dijo que aquel caos le favorecía porque suponía una excusa creíble para justificar tardanzas. Facturas con facturas, comprobantes con comprobantes e informes con informes. Las notas al final. Entrar a continuación en las subdivisiones y por último ordenarlos por fechas. Un trabajo mecánico que le permitiría seguir dando vueltas a otros problemas mientras sus ojos y sus dedos se afanaban con los papeles. De esta forma, divorciados ojos y manos de la mente, las hojas se fueron agrupando mostrando un aspecto de orden al menos formal. Cuando concluyó la primera fase, lo que sucedió cercano el mediodía, tuvo la sensación de seguir la dirección correcta. Ojos y manos habían hecho un buen trabajo. La mente no, la mente continuaba revuelta, estirando en un sentido y en el contrario, negándose a ceder un palmo en su feria de inconvenientes. La figura de Sena se confundía con las cifras y las letras. Su hermano tenía razón al reivindicar su vida, acusarle de egoísta después de los esfuerzos que había hecho y hacía resultaba injusto, claro que tener razón en ocasiones a nada conduce porque nada resuelve. En Carlos lo de la razón tomaba un significado distinto y su falta también. La razón y la sinrazón peleándose, y ahí se sumaba incordiando sin disimulos el sentido de la responsabilidad, ese juez que nunca se sabe si procede con justicia o no porque está condicionado por el carácter, un campo que no suele destacar por su fiabilidad. Él siempre había identificado la responsabilidad con la conciencia, en un juego que no dejaba de resultar discutible y que en muchas ocasiones tampoco conducía a ningún lugar reconocible.

A primera hora de la tarde la escalera laboral, a falta del señor Gas, quedó completa al llegar Boris anunciando que venía de una reunión importante. Lo hizo con aire misterioso y al tiempo entusiasmado, medio escondiendo bajo la chaqueta la gruesa agenda que llevaba en la mano derecha, medio mostrándola a título de trofeo, de prueba de su presencia en una reunión importante y, en consecuencia, de su jerarquía.

—Cuatro horas, cuatro horas me han tenido reunido —se lamentaba, jubiloso.

En cuanto al señor Gas se dejó ver alrededor de las cuatro. Entró cabizbajo, abstraído, en su mundo, levantó una mano y la agitó como si tratara de ajustarse el reloj a la muñeca y a continuación se encerró en su despacho. Los cuatro jóvenes respondieron con un buenas tardes que apenas debió alcanzar a oír. Boris y Melo se limitaron a esperar una llamada que no llegó. Su presencia se prolongó veinte minutos, transcurridos los cuales se repitió la escena en sentido contrario.

Desde la séptima planta de las Galerías, la plaza Oeste extendía su alfombra blanca. Los arquitectos paisajistas optaron por proponer un proyecto diferente, original, y el Ayuntamiento lo aprobó con la esperanza de pasar a la historia local por su espíritu innovador. Una hectárea blanca que de lejos se presentaba impecable en su limpieza. Los defectos y la suciedad quedaban para las distancias cortas. En el centro, el obelisco rematado con una antorcha, una llama distinguible a distancia en los días grises y durante la noche, llamada el Faro del Mañana. No hay quien haya transitado por ella sin la sensación de estar algo desamparado ante la lejanía de las fachadas que la circundan, fachadas entre las que destaca la de las Galerías, de cristal y cemento tintado de violeta con aguas azules. Menudo contraste, suele ser el comentario general. Imponente, opinan algunos.

—¿Pensativo o triste?

Horo se había concedido un descanso y contemplaba las sombras afiladas que transitaban por la plaza cuando Malena apareció a su lado. La sonrisa se integraba en su cara con el mismo derecho que los ojos o la nariz. Le caía bien aquella chica de pelo rojizo cortado estilo bob, eso afirmaba, recién cumplidos los veintiocho años, conforme con los kilos que acumulaba en cintura y muslos, los dulces son mi perdición. Tenía unos ojos oscuros grandes, limpios, despiertos, que manejaba con una determinación que, lejos de molestar, acompañaba.

—Hoy me he levantado animada —dijo fijando su atención en un punto de la plaza, punto que Horo no acertó a distinguir, ¿dos pequeñas figuras frente al obelisco?, ¿una niña perseguida por un padre divertido o asustado?, ¿una figura solitaria cruzando en diagonal?, ¿una pareja cogida de la mano?

—Pues las buenas sensaciones hay que cuidarlas.

—Exacto. Y pensando en la suerte que tengo, te he visto manosear como un poseso esos papeles. Daba la impresión de que querías hacer una pelota con ellos y lanzarlos a la papelera. ¿Me equivoco?

—Pues sí, te equivocas porque sucede lo contrario, quisiera que fuesen imprescindibles del primero al último. Me facilitaría el trabajo.

—Mejor así. La cuestión es que me he dicho pobre, no sé por qué, pero me ha salido lo de pobre.

—Gracias, lo de dar pena siempre anima. Aunque acepto que diera una impresión equivocada porque mientras trabajaba pensaba en otro asunto, es decir, en el fondo no ibas mal encaminada.

—Me vale, pero mi curiosidad no llega al interrogatorio, de manera que nada de preguntas sobre lo que rumiabas. Ni lo pienses, me ofenderías.

—No lo haré.

Al fondo Boris hablaba con Jonás sobre unos precios a corregir en unas remesas de calzado. Jonás se limitaba a ir puntualizando con sucesivos ¿seguro?, a los que Boris respondía con estentóreos ¡hombre, y tan seguro! seguidos de un rosario de argumentos que no parecían demasiado sólidos.

—A lo que íbamos, tema curiosidad dentro de lo políticamente correcto —dijo Malena de un tirón.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tiene cuatro letras: Horo.

—Dime.

—Te llamas Horo, ¿no?

—¿Y tú Malena? Encantado, pero las presentaciones las hicimos hace unos meses.

—No es lo mismo, lo sería si me llamara Xalena o Dalena, como una americana que canta en chino sin tener ni idea del idioma y se ha hecho la mar de popular. ¿La conoces?

La hache que sobra y sorprende cuando se ve el nombre escrito. La obligatoriedad de puntualizar. Paciencia y a repetirse.

—La historia es simple. Hace casi veintitrés años una mujer, mi madre, se empeñó en sentir pasión por la mitología. Eso decía, aunque nunca la vi leer un libro al respecto. Así descubrió unas diosas llamadas las Horas, original, y dedujo que si se trataba de dar nombre a una sola persona mejor sin la ese, es decir, Hora. Luego, sorpresa, nació un chico, y aun así se empeñó en mantener la idea. ¿Solución? Horo. Un proceso absurdo, ¿verdad?, pero tú no la conoces. Lo de las Horas lo sacó de las revistas del corazón.

Malena frunció el ceño como si la revelación contuviera una profunda carga ideológica que debía ser desactivada con cuidado antes de asimilarla.

—Gracias por la confidencia.

—No es una confidencia, es la pura realidad sin adornos. Lo he tenido que aclarar unas cuantas veces, ¿sabes?

—Muy original tu madre.

Horo se frotó el rostro y empezó a caminar hacia su mesa. Los minutos de descanso que se tomaba de tanto en tanto según un acuerdo no pactado se habían consumido.

—Lo de original es una forma de calificarla. Hay otros adjetivos que le encajarían mejor.

Malena conocía parte de la historia de la madre de Horo, porque algo le había contado él. Levantó una mano en señal de despedida y también volvió a su mesa. Él no pudo evitar seguirla con la mirada. Sí, aquella chica le caía bien.

7

La mañana siguiente del encargo de Melo, con la libreta en una mano y caminando hacia el área de una conocida marca de perfumes y artículos de belleza, se notaba cómodo a pesar de tratarse de trabajo. Mientras él sorteaba curiosos y clientes, Jana Juez, la veterana encargada de sección, trabajaba a una distancia progresivamente decreciente. Llevaba allí veinte años y por inercia, por deferencia o por desidia, nadie había tomado la decisión de trasladarla a un lugar más acorde con las necesidades de la empresa, y es que en la planta cero se exige una apariencia que el paso del tiempo cuestiona con frialdad cronológica. Ella tenía conciencia de sus años y, aún peor, de los de las chicas que la rodeaban. Tratando de superarlo, o de disimularlo, cada día se peinaba, maquillaba, perfumaba, vestía y calzaba a conciencia. En general escogía el negro o los tonos oscuros. Zapatos de medio tacón, falda entubada sin exageraciones y antes blusón que blusa a fin de disimular protuberancias en cintura y caderas. En conjunto el resultado era el que era. Ni bueno ni malo, simplemente el que era, tal vez artificioso y un punto alejado de sus deseos.

Horo repasó sus notas cuando se encontraba cerca de la risueña encargada y se acercó presentándose con lo que él mimo calificaba de amable seriedad. Bajando por las escaleras había considerado que no se trataba de un encargo embarazoso, y mucho menos desleal con una compañera, sino de una responsabilidad que le tocaba asumir. Sin embargo, tal impresión no tardó en mostrar su fragilidad, pues apenas se detuvo ante Jana, mostrador por medio, comprobó que algo cambiaba en quien tenía delante. No en la apariencia del rostro que seguía mostrando su predisposición a ayudar a quien lo solicitara e incluso a quien no lo hiciera, sino en los ojos, unos ojos que se ensombrecieron bruscamente entre el rímel de las pestañas, en los ojos y en los párpados que se contrajeron, solidarios, en señal de alarma.

Horo y Jana Juez no eran dos extraños. Cierto que las dimensiones de las Scheller exigían y exigen un ejército de empleados, pero ello no impide que la mayoría acaben conociéndose aunque sea de vista. Él interpretó la reacción, hostil sería un término exagerado, a que se trataba de una visita que a ella no le apetecía recibir. Claro que cabían otras interpretaciones, pero con un pantalón demasiado convencional para su edad, lustrosos zapatos de piel, camisa azul pálido remangada, pero camisa azul pálido al fin, la corbata aflojada, pero corbata al fin, y una libreta abierta en la mano no daba la sensación de ser un cliente deseoso de una crema hidratante con o sin colágeno. Quedaban por averiguar los motivos de aquella presencia, y la interrogante inclinaba a la inquietud por parte de quien no se encontraba demasiado segura

en el cargo, de modo que se mantuvo expectante mientras él se presentaba poniendo énfasis en aclarar quién le enviaba. Porque Horo se esforzaba en seguir el protocolo, y hacerlo de una forma serena. No obstante, su esfuerzo en poco suavizó los resultados. A medida que entraba en los detalles, se acentuaba la sombra en los ojos de la mujer y lo contrario sucedía con la sonrisa, que acabó por congelarse. Advertirlo lo contrarió y decidió que lo mejor sería acabar rápido con la parte más espinosa y aligerar con el resto. Resumió el problema en tres puntos, incluso marcándolos como a, b y c, y lo hizo ciñéndose a las cifras. Con ello finalizaba un prólogo que resultó ser recibido al fin con hostilidad.

—Apenas necesito unos datos para completar el informe —dijo revisando las preguntas que llevaba preparadas.

—¿Datos? ¿Informe? —le interrumpió ella por primera vez, y lo hizo dilatando las ventanas de la nariz.

—Me refiero a los datos para completar el informe que me han encargado —puntualizó Horo bajando el tono, buscando una intimidad profesional que al parecer aquella mujer no estaba dispuesta a compartir a juzgar por los ¿qué?, ¿qué?, ¿qué?, que puntualizaban lo que él le decía.

No lejos de ambos una dependienta se esmeraba en ordenar cajas de cremas diversas. Enmarcándola, el rostro de una conocida y veterana actriz mostraba su entusiasmo ante los milagros de uno de ellos bautizado en un alarde de creatividad *Miracle*. Junto al cartel, casi rozándole los labios de papel resaltaba el rostro huesudo, grave y pálido de una cliente de mediana edad. Las abultadas ojeras que asomaban bajo los lentes descentraron a Horo por unos instantes. Por fin, optó por exagerar el aire de formalidad ante el tono del último qué.

—Deberíamos bajar la voz, ¿no le parece?

—¿Y quién grita? —protestó Jana Juez—. ¿No será que nos rodean miles de personas y que necesitamos hablar un poco alto si queremos oírnos?

La cosa iba mal y las perspectivas no hacían sino prever que empeorarían. Culpa mía, se dijo Horo. Había simplificado tanto lo sucedido que había creído que no iba a ser necesario citarla en cualquier lugar menos en plena planta cero. Aquella mujer pertenecía a la especie de quienes buscan defenderse mediante la agresividad. A saber, la vida es una jungla, la debilidad, una condena, avasallas o te avasallan. Tener razón en esto o en aquello carece de importancia, o la tiene relativa, lo básico es airear, llegado el momento, una personalidad forjada con acero. De reojo Horo percibió que la espontánea espectadora lo observaba esperando su réplica. Necesitaba cambiar de estrategia y a ello se disponía cuando le llegó la voz, quejosa aunque por fortuna a menor volumen, de la encargada.

—¿Le han enviado para hacer un informe sobre los robos? —preguntó con un sentido afirmativo—. Pues le anticipo que es una pesadilla porque aquí nadie mueve un dedo para evitarlos. Llevo denunciándolo desde hace semanas y los de seguridad, nada. —Y ante el temor de haber dado un paso en falso, susurró—: Porque se trata de los robos, ¿no?

Horo movió la cabeza, ni afirmando ni negando, si acaso dudando si aceptar

observaciones carentes de interés, verdades a medias y tonos melodramáticos. En las ojeras de la mujer que seguía la escena distinguió un velo violáceo.

—Una pequeña parte tiene que ver con eso—concedió Horo—. Los robos preocupan porque esta sección se encuentra por encima de la media presupuestada.

—Es... Quien sea la ha tomado con esta sección —interrumpió Jana Juez con amargura —. A las chicas no les puedo reprochar falta de atención, eso quisiera que conste en el informe. Pero si los de seguridad se van a fumar cada diez minutos porque según ellos tienen derecho por convenio, o se esconden en las plantas en las que hay cinco clientes de la tercera edad esperando la hora del aperitivo, hemos llegado a la raíz del problema.

Había alzado una ceja y las sombras de los ojos se humedecían sin desconsuelo al tiempo que cruzaba los brazos con energía. Al hacerlo impulsó el busto hacia arriba moldeando en medio del desorden un nido de arrugas en lo alto. Demasiado maquillaje, demasiado escote, demasiada mirada inquieta y demasiado esfuerzo por enmarañar el trabajo que le habían encargado. Dos preguntas y la citaría en otro lugar. Consultó las notas. Pregunta, respuesta. Pregunta, respuesta.

—Usted es la responsable de esta sección, ¿cierto?

—Desde hace veinte años. En noviembre se cumplen —respondió ella con una nota de frialdad, otra de desafío y no poco de orgullo.

La ceja seguía angulándose como un gusano con vocaciones geométricas. Horo pensó en Carlos, aislado en su aislamiento. No lo pudo evitar. Corrían evidentes riesgos dejándole solo. Deberías instalar una cámara y conectarla al móvil, le había aconsejado Iván. ¿Y luego? ¿Lo pongo encima de la mesa mientras trabajo? Últimamente determinados pensamientos y demasiados recuerdos correteaban por su mente a su antojo. Haciendo un esfuerzo, un segundo, dos segundos, tres segundos, siguió removiendo las hojas en una búsqueda innecesaria. Nueva pregunta, nueva respuesta. Buscó una que hiciera de puente, y al final improvisó incluso siendo consciente de que hacerlo carecía de sentido.

—Si recuerda las fechas de sus informes a Seguridad, intentaré hacer llegar algún tipo de protesta formal a través de...

Se interrumpió, su personalidad se desentendió de aquella estrategia estúpida y lo colapsó. La sombra rojiza de la piel de la llamada Jana Juez traspasó la frontera de la mandíbula, y se extendió por las mejillas hasta alcanzar los lóbulos de las orejas como la cera derretida de un cirio.

—Si me permite decírselo, estos asuntos son responsabilidad de asuntos internos y personal. —Brusca, incluso desagradable, marcaba territorio con un deje triunfal. Luego, cuando percibió el irritado parpadeo del chico, se apresuró a añadir, forzando las modulaciones de quien cede el paso desde la propia voluntad, no porque nada ni nadie le obligue a hacerlo—: Y no me malinterprete, eso no tiene nada que ver con usted.

Horo elevó la mirada hacia las luces que se distribuían a lo largo y a lo ancho del techo haciendo que la planta cero reluciera. Hasta él seguía llegando aquella voz cada vez más

rasposa, ronca, con un deje masculino. Decidió dejar que se desahogara, no por gentileza, sino por cansancio.

—Burocracia, burocracia. —Se iba animando Jana Juez, creciendo, y el tono lo reflejaba —. Por cierto, una coincidencia, los robos se han disparado desde que andan alrededor de la plaza ciertos extranjeros que se dedican a todo menos a hacer turismo.

En ese punto Horo acabó de convencerse de que ella se obstinaría en multiplicar los puntos y las comas para emborronar el texto y hacerlo de difícil lectura y de peor comprensión. Se la veía venir. Se concentró.

—Si le parece bien...

—Si te parece bien, hombre, si te parece bien. Mejor de tú entre compañeros, ¿no?

Horo se acarició la barbilla con un esfuerzo de contención.

—Pasemos al asunto principal, el motivo por el que he venido, que es el relativo a las ofertas que hace por propia iniciativa.

Jana Juez dio un paso atrás, como si la palabra ofertas, colocada en blanco sobre negro, la hubiese empujado con una intolerable brusquedad. Al hacerlo se encontró con la mujer de las abultadas ojeras, la cual se mantenía firme en su puesto. Se separaron con un gesto de mutuo desagrado.

—Las ofertas las organizan desde arriba, así funciona...

—Eso es lo habitual —hurgó Horo, encantado de la oportunidad que ella le daba para subrayar la falta.

Jana Juez apuntó una amarga sonrisa.

—Por supuesto —afirmó sin convicción—. Llevo muchos años en esta empresa y algo sabré. ¿No?

Para Horo la afectación de orgullo frente al inferior aunque fuese en edad, acabó de darle al encuentro el aspecto de un auténtico esperpento, y al ponerse en escena sin el menor ingenio, acababa en comedia basura.

—Nadie duda de su antigüedad, es evidente —ironizó, sorprendido de la satisfacción que encontraba en la mordacidad—, pero sus iniciativas exigen aclararse.

Con el exigen aclararse acababa de delatarse. No le importó, incluso creyó que iba por el buen camino viendo que aquella mujer se descomponía sin remedio. Sí, momento de preparar un segundo encuentro lejos de aquel desbarajuste y sin espectadores. Para ello sabía que las Scheller disponían de los despachos apropiados en la séptima planta. Se lo dijo intentando recuperar no la cordialidad, pero sí evitando una frialdad excesiva. La reacción fue inmediata.

—¿Y por qué voy a subir yo a la séptima planta? ¿Qué problema tienes conmigo, compañero?

El tuteo, el compadreo, su terreno.

—Le agradecería que nos centrásemos en el tema. Yo no tengo nada a favor de usted ni en contra ni soy su compañero. Para mí todo es tan sencillo como que debo elaborar un informe

y necesito que me aclare una serie de cuestiones.

Inútil. Su afán por cambiar de terreno estaba condenado al fracaso porque aquella mujer, ahora pura grana de barbilla hacia abajo, se mostraba decidida a atrincherarse en las cuevas de lo personal. En ellas había encontrado la rendija por donde justificarse y defender su posición con uñas y dientes, y no pensaba abandonarlas.

—¿Me he excedido poniendo mi experiencia y mi esfuerzo al servicio de la empresa? ¿Molesto con mi trabajo? ¿A quién? Llevo tantos años en esto que tú no habías nacido cuando yo cobraba en productos. Eso hasta conseguir que me hicieran fija. Nada de regalos. Yo veo venir a un cliente y sé que si bajo por aquí puedo compensar por allá, o vender tres en lugar de dos. Después ajusto los resultados evitando rebajar artículos con buena salida y que no necesitan de ofertas. Sé muy bien lo que hago. Digan lo que digan los —arrugó la nariz— especialistas de arriba, los que no han tratado con un cliente en su vida. Hechos, números, recaudación. ¿O eso no lo entendéis? Me refiero a los que acabáis de entrar. Mucha universidad, mucho título, mucho máster y acaba faltando lo esencial. Y lo esencial es la experiencia.

Aquel infatigable esfuerzo por componer su retrato tal como lo vivía en su imaginación resultaba patético, y el patetismo suele contrariar a quien no lo comparte como recurso dialéctico. Era el caso de Horo, cuyo fastidio seguía aumentando ante aquella voz áspera apoyada en aspavientos. Sí, definitivamente, aquella mujer le repelía. Una lástima, una injusticia, un defecto sobre el que debería reflexionar, pero le repelía.

—Se lo repito, no es mi problema. Cerraremos el asunto en un despacho. La espero mañana a las nueve. O si lo prefiere, el señor Gas será él quien la cite y le aclarará las dudas.

¿ Gas? No respondió, lo conocía. Por ello el nombre se reflejó en su rostro, si bien trató de enmascararlo bajo una mueca de indiferencia. Horo asintió.

—Entonces hasta mañana. Le haré llegar el número del despacho y la hora.

No hubo otra réplica que un súbito ataque de actividad materializado en un frenético abrir y cerrar cajones. Horo se dirigió hacia los ascensores. A su alrededor la marea humana flameaba al compás de la música y de los reclamos con ofertas. Decenas de dependientas, en la planta cero la mayoría eran chicas más o menos jóvenes, se movían con la apariencia de ir o venir de algún festejo, aguardaban decisiones de compra o limpiaban cristales, cajas y ornamentos varios.

A medio camino se vio obligado a bordear una pequeña multitud que se agolpaba con la expresión de encontrarse ante un espectáculo. Por templar iras Horo se acercó y gracias a su altura no le resultó difícil descubrir qué sucedía. Una chica de unos veinte años permanecía sentada en un taburete alto iluminada por unos focos cuya potencia alguien debía controlar para evitar una desgracia. Dado su aspecto, no vendía al menos no directamente. Se limitaba a estar, lo mismo que los y las modelos lo hacían desde sus carteles de papel cuché. Vestía un ajustado mono satinado de color índigo con el icono de una empresa de cosméticos sobre el pecho. El pelo, oscuro, liso, recogido en una coleta, le caía hasta media espalda. Sin duda

llamaba la atención, pero lo que le hizo detenerse no fue lo llamativo de su figura, sino su rostro. El aspecto tras una sesión de maquillaje que habría acabado en aquel preciso instante, pues dos chicas con camisetas negras exhibiendo el mismo icono, la contemplaban radiantes, una sosteniendo aún un cepillo para el pelo y la otra un fino pincel. Mostraban la satisfacción o el alivio que se supone sienten los pintores frente a sus telas tras hacer constar en ellas firma y fecha. Obra concluida, objetivo alcanzado.

La modelo tenía la piel ligeramente pálida y sobre esa palidez resaltaba el maquillaje que envolvía los ojos y se extendía a modo de antifaz por medio rostro. Reproducía una mariposa azul con las alas desplegadas. El mismo tono de azul había sido utilizado en labios. La modelo, pues sin duda de una modelo se trataba, sonreía radiante, ¿cuánto tiempo estaría obligada a hacerlo por contrato?, exhibiendo unos dientes de una blancura hiriente y una regularidad y encaje de piezas artesanal. De tanto en tanto dibujaba un guiño de disculpa al que seguía otro de agradecimiento, o suspiraba con regocijo de lo que los espectadores sabrían. No, quizá tampoco ellos conocerían el motivo, aunque no les importaba y correspondían con muestras de simpatía y hasta con aplausos. La mirada envuelta por las alas de la mariposa azul le produjo a Horo el efecto de encontrarse con alguien alejado de su mundo y del de cuantos allí permanecían. Aquella mirada y aquella sonrisa se proyectaban como una aureola que resalta la mediocridad de cuanto le queda alejado. Consultó el reloj y se dijo que tocaba volver a la séptima planta. Necesitó repetírselo hasta cuatro veces y se decidió a hacerlo en el momento en que los focos se apagaron y un hombre muy alto y de aspecto atlético, se acercó a la modelo sosteniendo un grueso taco de fotografías. Llegaba el momento de los autógrafos.

8

Carlos, acaso sin tener conciencia de lo que sucedía a su alrededor, percibía que algo no iba bien. Es lo que tiene la angustia cuando se vuelve imprecisa y se esconde en el estómago, prescindiendo de la mente y hasta del sentido común. Recostado en el sillón respiraba con fatiga aprensivo ante lo que intuía serían visitas indeseables. Con los ojos entornados, dejaba ir y venir los recuerdos que se deslizaban sobre la somnolencia. Por extraño que resultara, percibía una sensación de excitación y otra de esa complacencia que anda rondando medio escondiéndose, que convive con la tristeza, la que llega sin previo aviso. Por ello, cuando por fin se decidió a interrumpir el silencio y recobrar los hilos perdidos en un pasado sin fechas, su voz sonó relajada.

Tanta sandez no era lógica quise explicarte quién era Quino tonto de mí ¿te ríes? el filósofo ferretero el intelectual ferretero el soso ferretero llámame como quieras me lo advirtió tu hermano es demasiado excitable vive de excitarse con lo que le pida el cuerpo mi hermana es un mal bicho ¿no te diste cuenta de la cara que ponía Horo cada vez que tú y Quino montabais un numerito? se encerraba en su cuarto apenas llegaba el de los morros porque no soportaba ver a su madre haciendo el ridículo Quino y yo nunca debimos nacer hermanos.

Se removió en el asiento. El cielo había tomado un aspecto desvaído, como si hubiera discutido con las nubes y cariacontecido mostrara las consecuencias. Convenía conseguir que el aire entrara y saliera por la boca sin sonidos roncos, los mismos que lo despertaban por las noches. Se sujetó a los brazos del sillón y cerró los ojos. Le llegó borroso el rostro de un adolescente que le observaba muy serio, atento a lo que le explicaba. Comprendió que aquel chico lo quería, y hacerlo le dolió.

¿Qué tiene que aprender del indeseable de mi hermano? Quino es un borracho un tramposo y un putero ¿así que te gustan borrachos tramposos y puteros? me lo soltaste gozando de tu momento de gloria la gran venganza y ahora el secretito Sena guapo quédate un ratito no Horo no te lleves a tu hermano si él no lo impide se lo hubieras soltado a los dos pues claro que no quise que Quino se quedara para la cena y me lo hiciste pagar ¿estoy exagerando? ¡pero si te fuiste con él al cabo de dos días! ¿has pensado alguna vez en lo terrible que es para un hijo avergonzarse de sus padres?

Un reflejo del exterior redibujó la galería con un súbito trazo resaltando la oscuridad. La luz, aun siendo suave le hizo parpadear. Al otro lado de la calle, tras una ventana, un niño había entrado en su habitación y sacaba de mala gana los libros de su mochila medio rota. Los

dejó uno tras otro levantando una columna sobre la tabla de un pupitre adosado a la pared. El último y, tras una ligera vacilación, lo lanzó sobre o contra la cama. Después realizó una serie de muecas frente al cristal, como si se tratara de un espejo y estuviera ensayando ejercicios de relajación facial o de mímica para principiantes. De pronto debió intuir la presencia de Carlos en la penumbra de la galería vecina porque su cara recobró el aspecto habitual, el de una lánguida formalidad sumada a un evidente fastidio. Lanzó al vacío una mirada de suficiencia, se frotó los ojos y desanduvo el camino hacia un pasillo de tonos anaranjados. Apagó la luz y salió de la habitación. Carlos se hundió en el sillón.

Los recuerdos los vamos haciendo junto a quienes hemos querido y hasta con quienes quisiéramos no habernos encontrado con los lugares en que hemos estado en los que hubiéramos querido conocer y en los que fue un error haber ido con lo que hemos tenido y con lo que nos ha faltado con lo que hemos visto y con lo que hubiéramos deseado no ver con lo que hemos conocido y con lo que nos hubiera gustado conocer o no conocer tanto da dependen de lo que llevamos dentro de lo que no nos abandona y hasta eso me habéis robado.

Esta vez fue un sonido y no un reflejo lo que desprendió unos pensamientos apenas adheridos a la memoria. Sin adelantar el cuerpo, se giró y vio una sombra avanzando hacia la galería. Alguien llamaba a Carlos. La sombra creció y se transformó en la silueta de un chico muy joven y muy alto. Sintió alivio. Aquel chico en nada se parecía a Quino. Aun así, quiso asegurarse y le preguntó:

¿*Te conozco?*

9

Del encuentro quedaba un poso de irritación. Sabía que el incidente no pasaba de anecdótico, y sin embargo no conseguía aparcarlo. Salió por la puerta de la calle Este. Le recibió una multitud que se esquivaba o tropezaba consigo misma ocupando el aire de mutismos, de disculpas y de reproches. Los vehículos se movían por la calzada con la misma torpeza que la multitud lo hacía sobre las aceras. Un hombre de pelo lanudo vestido con unos pantalones descoloridos y una chaqueta marrón grasienta, sin camisa ni camiseta, pecho al descubierto, tiraba de un carro cargado con papeles y cartones, una montaña temblorosa que se mantenía relativamente estable sobre la que ladraba el ánimo rencoroso de un perro cobrizo brincando en lo alto. El perro de tanto en tanto giraba como una peonza, incansable. Esto es mío, o de mi amo, o de los dos, advertía furioso. Cuidado, que llevamos horas hurgando en los contenedores, que llevamos horas burlando a los municipales. El dueño soñaba con una cuadriga tirada por caballos blancos de largas crines, y con un tigre tumbado a sus pies. Nunca lo decía, se limitaba a imaginárselo y a conformarse con su carro y su perro. En lo alto las nubes grises y acolchadas de la mañana habían mudado al blanco, alargándose como si una mano gigante las estirase con mimo para no romperlas. Más allá el cielo se insinuaba, a saber hasta dónde y cuándo. En Ciudad del Mar en materia de cielos no caben los pronósticos, solo son previsibles sus tormentas. El reloj de la plaza Oeste, el del Banco del Progreso, se había colapsado a las doce en punto. Llevaba en ello meses, en una pirueta metafórica que resultaba paradójica viniendo de una institución con tan prometedor nombre. En una hora, se animó, estaría corriendo y pensando en una posible novela. Cambiar futuro por presente, realidad por fantasía estaría bien.

—¡Horo! ¡Eh, Horo!

Al oír su nombre se detuvo cuando aún hubiera podido llevar la cuenta de sus pasos, tan cerca estaba de la puerta de las Scheller. Se giró y se encontró con las mismas gentes yendo y viniendo, las mismas máscaras, los mismos bultos, con una salvedad, la de Sena dirigiéndose a su encuentro a paso ligero. Lo recibió abriendo los ojos, es decir, ¿y tú qué haces aquí? Que lo esperara para volver juntos al piso pertenecía a un pasado no remoto, las edades de ambos lo impedía, pero sí inusual en los últimos tiempos. Entre las cinco y las siete su hermano se tomaba lo que él mismo llamaba el recreo. ¡Tengo dos horas al día para mí!, solía exclamar con ironía. Se quejaba y con razón, lo que tampoco solucionaba demasiado. Sena llegó a su altura y resopló.

—¡Sorpresa! —le saludó pasándose la pesada mochila al hombro derecho, el que quedaba por fuera—. ¿A que no me esperabas?

Horo apretó los labios, mostrando tal vez una sonrisa.

Empezaron a caminar juntos. Uno interrogándose sobre los motivos de la aparición, el otro esperando las preguntas sobre el mismo asunto. Ganó la curiosidad, tal como suele suceder.

—¿Y esto? —preguntó Horo—. ¿Tanto me echas de menos?

Sena contoneaba el cuerpo al andar. Creía que esa forma de caminar lo ayudaba a consolidar su personalidad. Viéndolos juntos pocos hubiesen pensado que se trataba de hermanos. Horo le pasaba a su hermano quince centímetros, y mientras su cuerpo tendía a lo recto, el de Sena lo hacía al caracoleo. Pelo lacio y pelo ensortijado. Piel clara y piel morena. Rasgos faciales angulosos y rasgos faciales ovalados. Tendencia a la delgadez y tendencia a la obesidad. Y las dudas aumentarían si de carácter se trataba. Introversión frente a extroversión, circunspección frente a vitalismo e introspección frente a intuición. Buscar la soledad o huir de ella. En suma, si reconocer los lazos familiares de los dos chicos no pasaba de la intuición en los más perspicaces, una vez se trataba con ellos, la dificultad aumentaba. La madre de ambos, Nico, admitía con una alegría recargada de picardías que nadie los hubiera tomado por hermanos sin aclaraciones previas, aunque ella estaba dispuesta a prestar solemne juramento sobre la autenticidad de su maternidad. De la paternidad que responda Carlos, ironizaba.

Habían llegado a la plaza Oeste y enfilaban por la Gran Avenida con el ¿y esto? junto al ¿tanto me echas de menos? como única conversación. Un silencio que Sena aprovechaba para reordenar el discurso que había estado preparando durante la última clase de la tarde. No necesitaba repasar lo que se sabía de memoria para asegurarse de la coherencia del discurso, pero sí encontrar la fórmula para pasar de lo importante a lo imprescindible. Sin embargo, las dudas empezaban a enredársele con el discurso, envolviéndolo, agarrotándolo, y lo que en el aula veía con claridad ahora se le enturbiaba. La propia irritación que le produjo admitirlo le empujó a empezar. No le demos más vueltas, ahí va. Se ajustó la mochila al hombro.

—¿Te acuerdas de aquel hombre al que empujaron hace unos días en la Cuesta del Monaguillo?

Horo asintió.

—Pues he oído que ha muerto. Era muy mayor y según parece cayó mal. Lo que le faltaba al barrio, tener un asesino.

Horo pensó en los chicos de la plaza. No, imposible.

—Igual ha sido un accidente. ¿Y has venido para contarme eso?

—No exactamente. Aunque a lo mejor las calles del barrio, además de desagradables, no son tan seguras como creíamos. ¿Y si es verdad que papá sale de casa solo?

Silencio, un silencio previsible. Sena continuó.

—Parezco cargante, y bien que lo siento. Hasta te concedo que lo soy, en parte, ¿eh? Lo

que pasa es que el asunto es complicado.

—¿Hablas de Carlos? —preguntó Horo.

—Ya sabes a qué me refiero y he empezado por ahí —respondió Sena firme en el gesto serio–. Lo sabes de sobra, te lo leo en la cara.

Hablaba con un tono rondando una madurez que olía a esa cordura obligada que no tiene marcha atrás y que pocos, por conveniencia, toman en serio. No importaba.

—Ahora tengo la cabeza en plena resaca del trabajo —dijo Horo,

—De acuerdo, pero igual un poco de charla te distrae.

Se detuvieron en el paso de peatones y el bullicio de la circulación les sirvió para intercambiar por primera vez una mirada desde que se habían encontrado.

—Yo tengo ganas —enlazó Sena cerrando el paréntesis mientras, sobrepasado el Camino del Mar, empezaban a bordear la plaza de las Monjas, la Biblioteca a la derecha, las terrazas de bares y restaurantes en el resto componiendo una U multicolor—. He estado pensando y tengo unas ideas que me gustaría compartir contigo.

—No sé si preocuparme o relajarme. ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, nuestro deseo de que papá viva lo mejor posible.

—¿Quién lo duda? —Horo se detuvo. Abrió las manos, palmas hacia arriba, buscando disculparse de lo que en algún momento pudiera haber dicho y sido malinterpretado—. Lo siento. Algunas veces no estoy en lo que debiera. Hoy me las he visto y deseado con una veterana agresiva y me ha dejado de mal humor.

—Pues tampoco yo he tenido un día agradable. En Educación Física nos ha hecho correr a golpe de silbato. Ve y vuelve, ve y vuelve, ve y vuelve.

Continuaron caminando a lo largo de la avenida del Comercio, pensativos. En silencio continuaron al empezar a atravesar la zona comercial, el gran rectángulo cerrado por bloques de color rojizo plagados de entradas a tiendas, bares y restaurantes. Aquel lugar marcaba el pulso comercial de la ciudad y recogía avalanchas humanas a determinadas horas.

—Pues ahí está la bestia moribunda —dijo Sena con una pesadumbre exagerada señalando las entradas al barrio— y antes de que se nos trague, una confesión: tengo dieciocho años y dentro de unos meses estaré en la universidad.

—Lo sé, entre otras cosas porque te encanta repetirlo.

—Haré algo relacionado con nuevas tecnologías. Ese es el futuro, o parte del futuro. Pero volvamos al presente, a nuestro presente. Nos levantamos de madrugada y arreglamos a papá, luego le damos el desayuno y lo dejamos sentado en la galería adormilado por la enfermedad, por la medicación o por la edad. ¿Vale?

—Adelante.

—Vamos siempre a la carrera y salimos de casa con el temor de si al volver no nos encontraremos con un susto. A media mañana intento darme una vuelta por casa para echar una ojeada, aunque la verdad es que me resulta difícil no fallar de vez en cuando. Es más, reconozco que últimamente lo de vez en cuando se ha convertido en a menudo. Tengo los

exámenes encima y si no apruebo, me da algo.

—Aprobarás de sobras y lo sabes.

—Pero hay que pasarlos, y los que corrigen los exámenes no son ni mi hermano ni mis amigos. Mientras, papá a día de hoy por la mañana se pasa un mínimo de seis horas solo. —Se detuvo lo justo para darle aire a los pulmones, a las ideas o a las palabras. Horo se mantuvo a su altura—. Por la tarde te vas directo a casa, sin un respiro. Traducido, por la tarde se pasa otras tres horas sin control.

—Demasiadas horas, lo sé. Y además yo hago una parada para charlar con la dama del balcón.

—¡Unos minutos, qué abuso! Por lo menos yo tengo un par de horas medio libres, y digo medio porque muchas veces me quedo para repasar, ir a la biblioteca o a comprar lo que sea.

—Yo me voy a correr.

—Ya ves, no tienes para ti ni una hora al día. Mientras corres, yo a darle la cena y al mismo tiempo a estudiar. O a intentarlo porque cuando pone el disco de los recuerdos es imposible. Y otra vez los dos juntos. A ponerle a dormir, a velarlo. Eso lo sueles hacer tú porque tienes más paciencia. A mí estar allí sentado oyéndole, qué quieres que te diga, me pone nervioso. En los fines de semana nos podemos turnar y salir una mañana o una tarde, y hasta de noche. ¿Y cuál es el resultado?

—Dímelo.

—Que, nosotros vivimos como vivimos y él sigue demasiadas horas solo. Un hombre enfermo, con la cabeza empantanada se queda horas y horas medio tirado, delirando, destilando tristezas o rencores, llamémoslos como queramos.

Horo apretó los labios. También él se fijaba ahora en la entrada de la calleja por la que entrarían en el barrio, y también él tuvo el impulso de aminorar el paso.

—De acuerdo, hay un riesgo y nuestra vida está demasiado condicionada.

—Es una forma amable de enfocarlo —dijo Sena.

La mochila de Sena recibió un nuevo golpe anónimo que le hizo rotar hasta quedar de lado. Quien lo hubiese provocado, un hombre corpulento, una mujer diminuta, un adolescente acelerado, un alguien violento o cualquier autista social se diluía en la masa granulosa que los rodeaba dando la impresión de impedirles avanzar. Por fortuna o por desgracia, no sucedía así. Salvo alguna parada y muchos desvíos forzosos de la hipotética línea recta que les llevaba hasta el pasaje por el que entrarían en el barrio, avanzaban, y ya se distinguía al fondo la primera de las farolas amarilleando. Daba la sensación de ser la lejana luz de un faro envuelto entre tinieblas. En el barrio las luces se encendían antes que en el resto de la ciudad porque anochecía antes.

—Hay otras. Pronto llegaremos a casa y tú te irás a correr...

—Me toca guardia hasta las siete.

Sena se echó a reír y le dio un codazo.

—No, hoy te vas antes, vuelves antes, lo acostamos antes, cenamos antes y nos plantamos

en la galería antes para hablar con más tiempo.

—Se me hará raro correr con un poco de luz.

—Por la luz no te preocupes, ahí vivimos entre tinieblas perpetuas. Por cierto, he decidido que hoy no estudio. Le daré la cena, cogeré una novela y le haré compañía leyendo. Lo de compañía es un decir porque, nos guste o no, siempre está solo. Con nosotros al lado o con nosotros a un kilómetro o con nosotros a mil, tanto da. Eso apúntalo también.

—Lo de tanto da no lo sabemos. Eso también habrá que apuntarlo.

Sena cerró los ojos y calló el no fastidies que estuvo a punto de escapársele.

10

Dejar atrás la zona comercial y adentrarse en Barrio Antiguo supone cruzar la frontera entre dos mundos. Se apagan las luces, se silencia el ambiente, se pierden las perspectivas y en el aire reina una mezcla de olores diferente, con la humedad como disolvente.

—A veces creo que Carlos tiene paréntesis de lucidez —dijo Horo tras un nuevo lapso de silencio, como si se hubieran quedado pendientes del sonido de sus pisadas sobre el adoquinado del pasaje—, y trata de esconderlos.

—No te engañes, ¿y por qué lo iba a hacer?

—No lo sé.

—Horo, no te pongas imaginativo. ¿No oyes lo que dice? Nos llama Horo o Sena, Nico o Quino, tanto da. Nos ha llegado a confundir con su padre, con su madre o con cualquiera de esos parientes que no hemos conocido. Incluso de tanto en tanto me llama Teo, el hermano de mamá que se mató yendo en moto.

—Era su único amigo.

—Ya. Unas veces usa un nombre y otras, otro. Nombres y escenarios, reales o inventados. Según ese psiquiatra su cerebro es capaz de manejar ideas, o lo que sean, pero lo hace en medio del caos y sus sinsentidos casualmente pueden llegar a encajar con la realidad y provocar espejismos.

—No estoy tan seguro.

Sena movió la cabeza alejando la necesidad de insistir sobre lo para él evidente. Para él y estaba seguro que en el fondo también para su hermano.

—No entiendo por qué no aceptas lo que hay sin rebuscar lo que sabemos que no hay. ¿Recuerdas lo que nos dijo Doctor? No se llamen a engaño con los chispazos de coherencia que pueda aparentar tener. Textual. Papá anda perdido, dando vueltas y vueltas en su mundo, errando por el páramo, dicho en plan lírico.

—¿Te suenan sus discursos a errar por el páramo?

—Me suenan a repetir una y mil veces lo que le carcome, y vete a saber dónde está lo verdadero y lo falso. No te canses. Barajar fotos no es montar una historia ni explica nada.

—Vete a saber lo que sucede en su cabeza, no tenemos ni idea.

Sonó a anotación al margen, a puntualización, mientras el interés se mantiene en un espacio bien diferente. Sena abrió los brazos y durante unos metros fue acariciando las paredes a su izquierda y a su derecha con las yemas de los dedos, dada la amplitud de la calleja

solo tenía que caminar haciendo un ligero zigzag.

—Lo que sí sé —dijo— es que tendría que estar con él alguien de ocho de la mañana a cinco y media de la tarde. Eso como mínimo y si seguimos aguantando este tipo de vida.

—No llegamos para pagar a nadie.

—Ahí estamos, no podemos pagar a quien lo cuide y nosotros no llegamos, ya no podemos hacerlo, y a eso le sumamos riesgos, angustias y la sensación de estar haciendo un sacrificio que no sirve para nada.

—Para nada es mucho decir.

—Pues para casi nada.

—De acuerdo es una situación muy complicada, lo sé.

—¿Complicada? —Sena se ajustó la mochila y durante unos instantes quedó pendiente de lo que no acababa de convencerle. Lo que fuese quedó despachado con una vigorosa negación—. Con el debido respeto, complicada no es la palabra. Horo, sé que duele, pero deberíamos pensar en la otra opción.

—La otra opción —repitió Horo.

—Hay un problema a resolver y necesitamos reconocer que la trampa es repetirnos para no dar un paso.

—No me digas —sonrió Horo.

— No te burles, que no me está siendo fácil. Él se siente solo por mucho que te mire, por mucho que cuente lo que ocurrió tal día y seguiría sintiéndose solo aunque le paseáramos por la zona comercial en hora punta. Ah, y a veces me mira como si fuese su verdugo.

—Me extraña.

— Pues que no te extrañe. Al parecer son reacciones habituales dentro del dichoso proceso.

—Para Doctor todo es parte del proceso y todo es normal. Lo ha desahuciado desde el primer día.

— Las enfermedades no andan con galanterías, no mates al mensajero, no es propio de ti. Por cierto, el tío Quino, otro actor del drama. ¿Tan asqueroso es? Yo era un crío y ni le traté demasiado ni me fijaba en lo que hacía o decía. Confieso que no me gustaba, eso sí.

—Olvídalo, con suerte no lo volveremos a ver. Es perder el tiempo.

Sena prefirió guardarse la opinión- Con lo que estaban pasando sabía que lo mejor que tenía, y con diferencia, se llamaba Horo. Ser su hermano lo consideraba un premio, y necesitaba mantener una complicidad que les permitía seguir adelante, aunque fuese a trompicones.

—¿Te has dado cuenta de que cada vez hay más polillas? Fíjate en las farolas.

—Bueno, algo tiene que haber, ¿no? Llámalas mariposas, suena mejor.

—Pues ten cuidado, no te tragues una cuando estés corriendo.

La noche ya se confundía con las sombras que recorrían, rotas, alargadas o encogidas, las fachadas cuando distinguieron a una veintena de metros la mujer que Horo llamaba la dama

del balcón. Al verlos llegar se apoyó en la barandilla y los saludó con una ligera inclinación de cabeza. Sonreía como una dama, en eso Horo tenía razón, se dijo Sena, tenía clase y un estilo que contrastaba con la aspereza del entorno.

—Buenas noches, Horo —saludó la dama apenas se detuvieron frente al balcón—. Y a quien lo acompaña.

—Su hermano, señora —se presentó Sena alzando la mano—. No sé si le ha hablado de mí. Me llamo Sena.

—Claro que sí, con frecuencia.

Sena sonrió.

—En estos casos se suele decir eso de que espero que bien.

—No lo dudes –dijo la dama.

Horo dio un paso adelante.

—¿Por aquí algo nuevo?

La dama se encogió de hombros, resignada o aliviada.

—Sorprendidos con lo que ha pasado en la cuesta del Monaguillo. No es lo normal, por fortuna.

—Eso dice mi amiga, la señora que me ayuda, pero lo que sucede fuera del barrio apenas nos llega a quienes no salimos de él. Mi marido decía que una vez los jornaleros y los soldados volvieron a sus casas y a sus cuarteles respectivamente, cavaron una fosa para aislar este lugar de la ciudad. Eso si andaba de buen humor, porque si no, según él el problema estaba en que el barrio no era en realidad un barrio, sino un reflejo del antiguo pantano y que la actual gente de Ciudad del Mar lo intuía y por ello lo evitaba.

—Un realista —dijo Sena—. Me hubiera gustado conocer a su marido, hubiéramos congeniado. Lo de la fosa y lo del pantano me parece cabal.

Dicho lo cual se alejó unos metros y se apoyó en la pared, no quería monopolizar un encuentro al que nadie le había invitado. A la izquierda, la casa de dos pisos y la reja que cerraba el pasaje. Tras ella, un pasadizo en cuyo interior se conserva la hornacina que da nombre al pasaje, el Milagro. Contuvo en otros tiempos la cabeza de quien unos decían era un santo a determinar y otros un caballero en igual circunstancia. Santo o caballero, la cabeza fue substituida durante la sublevación de los jornaleros por la de un cerdo. En cualquier movimiento revolucionario, le había explicado Carlos el día en que le llevó allí para conocer el lugar, no se puede evitar que se cuele algún descerebrado, o muchos. A los descerebrados es fácil reconocerlos, pero no contenerlos. El recuerdo de un Carlos didáctico, voluntarioso en sus responsabilidades, le incomodó. A saber el motivo. La casa sobre el pasadizo llevaba deshabitada desde hacía mucho tiempo. Se dice que en ella vivía una mujer que criaba pollos y que subía y bajaba por una escalera de mano con las cestas llenas de huevos para venderlos en el mercado. ¿Y ahora nadie tiene la curiosidad de entrar y ver qué hay?, le había preguntado a Carlos. ¿Para qué?, fue la respuesta.

En aquel momento Horo se le acercó, lo que le hizo volver a la conversación.

—Le daré el recado a Ginko, no se preocupe —decía a modo de despedida.

—Te lo agradeceré.

La dama movió los brazos y mostró las manos, manos que se juntaron en una silenciosa disculpa. La gente mayor, al menos alguna gente mayor, tiene la necesidad de disculparse continuamente. Es instintivo. Lo hacen por su lentitud y torpeza al moverse y al pensar, por su falta de memoria, por su aspecto y hasta por seguir vivos. Recordó que lo había leído en algún libro.

—¿Y vuestro padre? —preguntó la dama ya a punto de entrar en el piso.

—Siendo sinceros, bien no está —respondió Sena adelantándose a su hermano—.El médico está con que sigue su proceso y eso no es buena noticia.

—La vida no siempre sopla a favor, ¿verdad?

—No, señora, no siempre. Pero ahí estamos, navegando a contraviento.

Horo permanecía con las manos en los bolsillos y la vista puesta al fondo, en las escaleras que comunicaban con la zona comercial.

La dama sonrió y penetró en el piso.

Reemprendieron el camino. Sena manejando la mochila como si estuviera a punto de lanzarla contra las sombras que se espesaban en los rincones. Al llegar a la verja Sena la empujó.

—¿Sigue su hija sin querer venir a verla? —preguntó antes de entrar en el pasadizo.

—Sigue.

—¿Y tu dama tampoco dice nada?

—¿Qué va a decir?

—¿No será que no se aguantan y punto?

—La dama es especial y Mara tiene su carácter. Ginko está de acuerdo con las dos cosas, aunque con unos matices que tampoco aclara.

—Anda que no sois especiales también vosotros dos. —Rozó con la mano la base de la hornacina, ahora vacía—. ¿Sabes?, este lugar me encanta. Me imagino a una mujer llena de enaguas y con una bata a cuadros grises subiendo y bajando por una escalera de mano con una cesta llena de huevos.

El pasadizo tenía el techo abovedado y concluía en otra reja similar a la primera. Salieron a la calle Milagro y giraron a la izquierda. Sobre las fachadas se escalonaban las ventanas, unas iluminadas sin convicción y otras oscuras. Correspondían a las partes traseras de los pisos, cuya parte frontal daba a la calle de los Cardenales, un metro más ancha. El resto del camino lo hicieron abstraídos, dándole vueltas a lo hablado. Una vez frente al portal, Sena se detuvo.

—Pues al final la cosa ha quedado lejos del plan que me había montado, pero me vale —dijo en voz tan baja que solo gracias al silencio de la calleja resultó audible.

Horo se frotó el rostro, intentando alejar lo que le había mantenido ausente mientras caminaban.

—Es muy difícil.

—Nadie lo niega, pero no hemos dado un paso en ningún sentido. ¿Lo resumo en dos palabras?

Horo negó con un gesto. Comprendía a su hermano, comprendía la situación, comprendía su inquietud ante la pasividad en que permanecían, las incertidumbres, incluso comprendía los temores. Pero sobre todo comprendía la inquietud que, al menos a él, le impedía avanzar en el único sentido posible.

—Sé que no llevamos una vida envidiable. También que te comparas con tus compañeros y sales perdiendo. Y que no podemos seguir dejando pasar el tiempo. Y lo digo no solo por nosotros, sino por el propio Carlos.

—¿Entonces?

Aquel ceño fruncido, aquella mirada inquieta, pedía respuestas y, una vez más, Horo se sintió atrapado y desbordado al tiempo.

—Entonces lo haremos cuando llegue el momento oportuno. Ni antes ni de cualquier manera.

—¿De cualquier manera? Llevamos años informándonos y pensándolo. En cuanto a la vida que llevo, ¿es mejor la tuya? Que no te quejes no quiere decir nada. Tú eres de los que te lo guardas todo y yo de los que lo sueltan en cuanto se presenta la oportunidad.

—Será el carácter, cada cual tiene el suyo.

—Pues centrémonos en la realidad de una vez.

—¿Quieres que te cuente una parte de realidad que sin haber llegado ahí está?

—Un poco liado, pero adelante.

—Cada vez que quiero dar un paso adelante veo a Carlos sentado en una silla blanca entre otros hombres y otras mujeres sentados asimismo en sillas blancas, todos con el mismo gesto vacío, abatidos, silenciosos o hablando de gentes y de vidas que a nadie importan, o desvariando. Alguno soltará un absurdo y le responderán con cualquier tontería. Veo batas blancas correteando entre ellos diciendo, haciendo, dando, quitando. A comer, a tragar las pastillas, al lavabo, a la ducha. Veo habitaciones enrejadas y asépticas. Veo eso y más, e imaginar a Carlos en ese escenario me supera.

— Ese escenario te lo montas tú. Porque yo al mismo guión le podría dar la vuelta fácilmente,

—Es posible.

—Mira, estoy hasta dispuesto a sentirme culpable si te sirve para purgar lo que sea, ¿pero tú crees que sufrirá de una forma diferente estando sentado en la galería o en una butaca del sanatorio? ¿Que dejará de angustiarse y se olvidará de mamá o del tío? ¿Que estará peor cuidado? ¿Que el marco será peor que esa galería en pleno barrio con una fachada enfrente al alcance de la mano...? Etcétera.

Sena se acercó a la fachada, le dio un golpe con la palma de una mano como si tomara impulso y regresó negando con la cabeza.

—Le he dado tantas vueltas como tú, de veras, y al final me pregunto si con nuestro

esfuerzo, con nuestra vida, ya me dirás, y por escrúpulos lo ayudamos.

—De acuerdo, nos sacrificamos, como tanta gente. Pero, ¿cómo no vamos a dudar? Estamos hablando de meterlo en un sanatorio.

—¿Meterlo? No, hablamos de hacer lo que consideremos mejor para todos. Si quieres, te repito la pregunta. ¿Tú crees que con lo que hacemos él es feliz? ¿Qué vive mejor? Yo creo que no. Vive aislado en una galería con menos luz que sus tinieblas mentales. Es un hombre que sufre de un mal que crece sin darle ni darnos tregua, y ese hombre se queda horas y horas sin controlar, y no hablo de cuidarle porque allí lo harán igual o mejor que nosotros. —Suspiró, agotado o inquieto, por sus palabras y, viendo que Horo callaba, prosiguió—. Vive en una agonía que, loco o cuerdo, le hace sufrir. —Apretó los puños esforzándose en contener el tono de voz—. Pero incluso olvidando, que es mucho, si sufre o no, lo que sí sabemos es que dejándole tanto tiempo solo, porque eso es lo que hacemos, corre un riesgo. Y nosotros también.

Horo dio un paso hacia el portal. Uno. Se giró pensando no en lo que quería decir, sino en lo que debía decir.

—En la próxima visita a Doctor le pedimos su opinión, me refiero a una opinión detallada.

—Vuelta. ¿Pero cuántas veces y de cuántas maneras nos lo tiene que decir? Al principio papá conservaba una mínima lucidez, pequeña, pero suficiente para estar convencidos de que mejor en casa y con nosotros. En aquellos momentos ese psiquiatra tampoco acababa de definirse sobre la evolución de la enfermedad. Eso se acabó hace meses, por no decir un año largo. Desde entonces nos lo ha repetido por activa y por pasiva. —Le cogió del brazo y entraron en el portal—. ¿Esperas que sea él quien tome la decisión y así nos quedamos más tranquilos? Porque vale, se lo preguntamos. Doctor, ¿díganos qué debemos hacer?

Hubo un gesto de duda o de reconocimiento que la penumbra del portal no ayudó a desvelar. Finalmente Horo golpeó la barandilla y empezó a subir la escalera.

—Tengo que correr.

—Con este aire acabarás enfermo.

—Ya lo sé.

La voz había sonado lejana, demasiado lejana dada la escasa distancia que les separaba, apenas dos metros.

Subieron envueltos en los ecos de lo dicho. Al entrar en el piso se encontraron con la oscuridad y la calma previsible. Caminaron por el pasillo hacia el reflejo que recortaba el perfil de Carlos, quien, al oír los pasos, se inclinó hacia el suelo, no hacia el pasillo, como si hubiera decidido encontrar allí el motivo del sonido que le llegaba.

¿Has visto a los chicos?

11

Se subió la capucha y la ajustó con los cordones hasta transformar el rostro en una sombra. Quedaba atrás el guiño cómplice de Sena, su forma de recuperar los ánimos. ¿Sabes lo último que he pensado sobre el barrio? Dímelo. Tú no entras o sales de él, es él quien te engulle o te escupe. Le había dejado sentado, sonriendo con su idea, inclinado sobre la mesa, codo izquierdo sobre el tablero y mentón apoyado en la palma de la mano derecha, enfrentado a los apuntes. Por su parte Carlos masticaba como ajeno a lo que el tenedor transportara, incluso a que llegara vacío a su boca tras verter el contenido por el camino. La espalda arqueada y en la mano izquierda el pan participando de la ceremonia en el papel de invitado desdeñado. Su cuerpo se vencía por días, por horas, por momentos. Parecía que los engranajes que habían mantenido su estructura otro tiempo erguida se aflojaran sin que nadie se tomara la molestia de reajustarlos, incluso daba la impresión de que él mismo encontraba alivio en su propio derrumbe y lo buscaba fatigado de una espera que se prolongaba en exceso y sin sentido. Nada de lagunas, nada de paréntesis, nada de puentes. Nada sin añadidos. Cero.

Horo aspiró hondo y se lanzó calle del Santo Palio arriba, dirección zona comercial. Aquello no dejaba de ser un desastroso sucedáneo de una mala pista de atletismo, estrecha, iluminada no por torres de focos, sino por farolas supervivientes de diferentes lugares y tiempos, restos tomados de los almacenes municipales y fijados a tres metros de altura. Unas tenían tres bombillas, otras dos, una o ninguna. Muchas exhibían avergonzadas sus perfiles deformados, dentados, mutilados.

Un aparente sinsentido apenas alcanzara la última travesía antes de llegar a la zona comercial, justo a la altura de la avenida de los Muelles, con sus espacios abiertos, ajardinados, iluminados, él doblaría a la derecha por la calle del Párroco, y cuando se encontrara cerca del jardín Puerto Mar, verdadera concentración de los vespertinos esfuerzos deportivos, lo haría de nuevo, ahora por la avenida del Monaguillo, no la cuesta, una ironía lo de avenida pues su anchura apenas alcanzaba los acostumbrados tres metros. Lo del nombre, avenida o cuesta, del Monaguillo, resulta difícil de explicar con rigor pues nadie recordaba el motivo exacto, pero hubo quien trató de extender el rumor de que se debía a un niño que por rencor envenenó a un sacerdote añadiendo raticida al vino de misa.

Años atrás, cuando empezó a correr, solía hacerlo en las pistas municipales, pero al margen de unos cuantos pedazos de césped de diverso tamaño repartidos entre calvas de tierra, alumbramiento relativo y voces apagadas de fondo, poca diferencia encontraba con lo

que le ofrecían aquellas callejas al margen del aire. Con todo, la razón principal de optar por el barrio se encontraba en no dejar demasiado tiempo solo a Sena. Al menos así sucedió al principio, más tarde había convertido aquellas callejas en lo más semejante a un refugio. Tierra renegrida, adoquines desgastados o charcos de asfalto extendido sin contemplaciones. Enfundado en un chándal negro, la cabeza baja y oculta por la capucha, con el suelo como único paisaje, dejaba atrás portales entornados, balcones bajos y ventanas. Se consideraba sin problemas un remedo del corredor de fondo, ya que carecía de las cualidades que tantos de ellos exhiben y de la que algunos se ufanan, pero se sentía impulsado por un afán que ni él mismo se explicaba. El recorrido y el ritmo dependían del ánimo. Si se inclinaba a lo negativo, corría más y más rápido. En caso contrario tendía a la lentitud. El guiño de Sena al despedirse, el comentario sobre el barrio, la voluntad con que se enfrentaba a los apuntes, la espalda arqueada de Carlos. Los recuerdos se encajaban y desencajaban en su mente como si poseyeran una autoridad de las que no se discuten. En los mejores momentos los dejaba hacer a su antojo, en otros, como los de aquella noche, optaba por esquivarlos y focalizar el pensamiento en cualquier lugar y tiempo que lo transportara tan lejos como fuese posible. Sin embargo, lo único que lograba consistía en cambiar decorados y personajes sin que ¿la comedia? alterase el guión. No importaba, cuando lo conseguía se daba por satisfecho porque de alguna forma le tranquilizaba, o al menos la parte más dolorosa de su realidad perdía intensidad.

La plaza de los Mártires mantenía su habitual estado de recogimiento y la soledad la ayudaba en lo posible. Ni rastro de los chicos de la gorra ni de don Leandro, el anciano abogado venido a menos escondiendo en cualquiera de los bolsillos de la chaqueta su petaca de licor. Le había acabado cogiendo aprecio. Sus fingimientos apoyados en una voluntariosa y a su estilo señorial formalidad resultaban tristes o risibles, dependía del temperamento de cada cual. A él lo que le provocaba aquella lucha, aquella vieja dignidad de la que quedaba una costura deshilachada, lo apenaba. Don Leandro trataba de aliviar su decrepitud acentuando la gentileza en el saludo o lanzando quejas respecto a la falta de luz en las calles, la dejadez de la escalera que compartían, la humedad ambiental, las polillas que poblaban las callejuelas apenas anochecía o la nula conservación del escaso mobiliario urbano del barrio. ¿Qué costaría adecentar esto un poco?, preguntaba. Resulta ofensivo tanto abandono, declaraba con indignación. Palabras enhebradas con apuros por una lengua torpe, estropajosa.

Tampoco se dejaban ver en aquel momento las hermanitas, dos ancianas que vivían por los alrededores, y que de tanto en tanto, cogidas del brazo, socorriéndose mutuamente, apuntalando la verticalidad de la una gracias a la de la otra y la de la otra gracias a la de la una, vagaban por la plaza temerosas de que los pies que arrastraban les jugaran una mala pasada. A esta edad caer es fatal, se decían entre sonrisas, pero sin ocultar algo semejante al pánico. En apariencia idénticas, la edad suele uniformizar los rostros a base de desfigurarlos, repartían guiños con ecos de disculpa a diestro y siniestro en caso de encontrare con alguien, lo que apenas sucedía. Qué vamos a hacer, no nos acabamos de morir. ¿Lo deseaban? Diminutas,

con el pelo vaporoso y blanco recogido en pulidos moños, vestidos oscuros con delantales a rayas como pincelada hogareña. Para ellas el mundo se abría y se cerraba en aquella plaza con una confianza ganada y perdida al y en el tiempo a costa de una engañosa familiaridad.

En consecuencia, y dadas las ausencias, a la plaza no le quedaba otra compañía que la del árbol con su tronco torturado por inscripciones que por fortuna para su salud no ahondaban demasiado. Al menos en el sentido material, respecto al moral nada habría que añadir a la nada. De cualquier forma no dejaba de resultar lógico que aquella plaza, tan desdeñosa con las presencias, provocara tal impresión de abandono. Y al fondo las tres sombras inmóviles de la bodega jugando el mismo papel que los restos de carteles que resistían en las paredes. Siempre el mismo número, tres, y siempre en la misma posición, reclinadas en la barra, con las cabezas medio giradas, pendientes de lo que quedara a sus espaldas. Sí, volvió a decirse que en algún momento comprobaría que no estaban pintadas sobre los cristales. ¿Sentía curiosidad? ¿De qué? ¿Qué le importaba que fuesen sombras o pinturas? ¿Qué cambiaría? En ocasiones la duda, lejos de convicciones inclinadas a la desilusión, nos trae su encanto, o sin llegar tan alto, o tal vez superándola, su ilusión. Con tal pensamiento a medio construir reemprendió la carrera.

Una triste palabra la de desilusión, se dice Horo. Triste y discutible. Pronto se encontraba al inicio de la calle de los Cardenales, con el palacio del marqués a su izquierda en penumbras. En una ocasión penetró hasta el centro de lo que fuese jardín, y por ello sabía que a la derecha había una escalera de balaustrada de mármol blanco que conducía hasta una galería abovedada. El arranque de la escalera lo adornaba la escultura de una mujer vestida con una túnica, o mejor dicho, los restos de una escultura que reproducía una mujer vestida con una túnica. Llevaba mutilada desde los tiempos de la sublevación de los jornaleros. A falta de capturar al marqués, destrozar el palacio sirvió de desahogo para liberar la rabia acumulada. En lo alto colgaba una farola antes en funciones de tembloroso faro que de eficaz alumbrado, lo que no le impedía dar al conjunto un aspecto si no de habitabilidad, sí de espacio habitado. ¿Sería cierto que el llamado marquesito seguía utilizando el palacio a pesar de su estado? Le costaba creerlo. Flotaba en el ambiente ese desánimo que rechaza soluciones porque considera el problema irresoluble, aunque lo mismo que a convivir con la humedad, la suciedad y la oscuridad, la gente se resigna. La vida hay que tomarla según viene, es lo que afirman quienes exhiben su entereza antes de derrumbarse, porque siempre aparece en empujón definitivo. No, no tengo un día positivo, se reprochó pensando en Sena, en las esperanzas de Sena.

Embocó la calle del Altar con los restos de los palacios a su izquierda y lo que fueron viviendas de criados, tiendas y locales de ocio a su derecha. Al fondo se reflejaban las luces de la zona comercial. Cosa de cien metros. Cerca del cruce con la calle del Párroco, aflojó el ritmo. Necesitaba un respiro. Pensó si la carrera habría sido provechosa para clarificar ideas. Entonces, al igual que un salteador emboscado que surge de entre las sombras y nos sobresalta, recordó la entrevista con la encargada de la planta cero. Fueron unos instantes de

incomodidad, hasta que decidió no amargarse más el resto de la tarde. Sin llegar a centrarse en nada especial, dejó atrás el cruce del pasaje de la Hornacina, ahora sin la dama asomada al fondo. Aceleró a la búsqueda de la siguiente esquina. Sentía en las piernas una fuerza especial y en el estómago el deseo de consumirla. Olvidó las irregularidades del suelo y se lanzó a una carrera desenfrenada, braceando con fuerza. Se aflojaron los cordones de la capucha, que acabó deslizándose y golpeándole rítmicamente en la espalda.

Al girar por la calle del Santo Palio y con el portal a la vista, dio un descanso a aquellas piernas que le habían regalado unos minutos de furia. Las zancadas fueron recortándose, la respiración regulándose y el braceo relajándose. Desde de lo que fuese un taller de relojería, ahora reducido a unas puertas entelarañadas, le quedaban unos treinta metros que recorrió caminando. Al llegar frente al portal giró la cabeza a izquierda y derecha por alargar un paisaje que se había reducido la mayor parte del recorrido al pavimento. Y mientras miraba sin ver, pensó en lo que estaba por llegar sin que ninguna idea destacara sobre otra, únicamente la sensación de incomodidad que todas ellas le causaban o que lo acabarían haciendo. Brazos en jarras, piernas abiertas, el sudor que no quedaba retenido en la ropa deslizándose sobre la piel y un sabor amargo en la garganta. Bajó la cabeza.

Comprenderle no sirve, no le sirve, no nos sirve. Las decisiones no son un juego en el que puedas participar libremente, ni siquiera un reflejo de la personalidad que tenemos o que quisiéramos tener. La mayoría superan a quién eres o a quién quisieras ser. Nada que ver, nada. La imagen de Carlos con el pelo aplastado, deformados los perfiles, los rasgos hundidos y los ojos insistiendo en hurgar desorientados en su mundo, se imponía a cualquier razonamiento que no fuese la imposibilidad de olvidarlo. Hacía años ese mismo hombre se le había presentado en su cuarto a primera hora de la mañana con una hoja de papel azul en la mano. Llevaba puesto un arrugado pijama beige, iba sin afeitar, sin peinar, descalzo. Se mostraba ausente, o apático. Avanzó unos pasos hasta quedar junto a la cabecera y se sentó. Un caminante extraviado, sin destino, desea que las horas se acumulen y se transformen en pasado, aparece en una plaza ni bonita ni fea, una plaza cualquiera en la que nada busca. ¿Y qué hace? No lo sabe, solamente que quedan demasiadas horas por amontonar. Los ojos muy abiertos y la boca ocultando los labios, apretada. Él se incorporó interrogándole con un gesto. Quedaron frente a frente, iluminados por el reflejo de la ventana que daba al patio interior. Carlos vagaba en aquellos momentos por un espacio doloroso, resultaba evidente. Hasta que separó los labios, encogió los párpados y lo dijo: Se ha ido, se ha ido con mi hermano. Horo alzó la barbilla y tuvo el ánimo de reaccionar con rapidez. Mejor. Luego, en un reflejo, añadió: No te derrumbes, te necesitamos. Hubo una negación que llegaba desde la impotencia. Le tendió la hoja azul mientras dos gruesos goterones se deslizaban por sus mejillas. Fueron dos porque borró el resto en el acto con la bocamanga del pijama, luego dejó la hoja sobre la cama y salió del cuarto. Por fin Horo la cogió, la dobló y la guardó en el cajón de la mesilla. Conocía a su madre, a Nico, y para comprender no necesitaba leer una sarta de quejas y de mentiras. ¿Nos ha dejado? Pues adiós.

La cuesta del Monaguillo, a poca distancia, a la derecha, subía envuelta en una niebla extraña, como de costumbre, siempre acomplejada ante lo que le quedaba tan cerca, nada menos que la avenida del Puerto Viejo, lo último en zonas residenciales de Ciudad del Mar. Diseño vanguardista. Dos espigones de mármol rosado adentrándose en el mar, perpendiculares a un paseo pavimentado y arbolado con esmero. Un paseo engalanado con los carteles, los toldos y las mesas de las terrazas, gigantescos banderines de la gran feria de las fiestas. Un buen lugar para correr al atardecer, se dijo con una sonrisa. Ciudad del Mar es un bonito nombre. Eso no se discute.

12

Se reclinó en la butaca colocada junto a la cabecera. Con los codos en los brazos de madera, la mejilla apoyada en el puño derecho, aguardaba paciente a que las palabras de Carlos perdieran empuje y el sueño le llegara. Cuando esto sucediera, se reuniría con Sena. En general ya no escuchaba lo que decía. Aquellos soliloquios desgranados en la penumbra del dormitorio acababan por deprimirle. Sin embargo, la voz sonaba.

¡Anda con el poeta de la ferretería! los dos corrían por aquel campo ¿y si nos vamos a casa en lugar de dedicarnos a verlos correr? no pensaba moverme y empezaste con lo de me voy al coche y así me distraigo con la radio aquí tienes las llaves nada te importa de la vida cuando se trata de la de los demás.

Un eco y el rectángulo tembló en el hueco del marco de la puerta, incluso cambió de forma y de color para volver de inmediato a una quietud que lo tranquilizó. Un mal momento en que el mundo se balanceó. Los párpados se cerraron escapando de ese temblor que acababa mareando. Pero con los ojos cerrados la luz y la oscuridad se alejan. El balanceo cesó y entreabrió los párpados. El perfil del chico seguía a su lado, inmóvil. Se removió en la cama buscando una mejor postura.

Pensé menudo asco de mujer para entonces ni esperanzas tenía me puse de pie y las carcajadas sonaban como un aullidos ¡se me habían dormido las piernas por eso andaba con torpeza! les llamé y se detuvieron corrí hacia ellos y abrí los brazos y ellos hicieron lo mismo y se rieron.

Para entonces el techo de la habitación aparentaba ser negro, o eso creyó. Unos segundos bastaron para desconcertarlo y otros para que el sueño se liberara de sus recuerdos. Mejor. Horo esperó unos minutos. Tocaba recuperar ánimos antes de sentarse con Sena en la galería. Desde el comedor le llegaban los ecos de la televisión, un murmullo porque en aquella casa, en aquellas casas, en aquel barrio, los sonidos disponían de vida propia y deambulaban a su antojo entre techos, suelos y paredes, a salvo de obstáculos, pero siempre de puntillas. Le resultó imposible evitar recordar que la cita con Doctor llegaría en cuestión de horas.

13

Si a Doctor, sin nombre ni apellido, solo Doctor, le hubieran preguntado en aquellos momentos por quien por fin dormía en pleno Barrio Antiguo, hubiese torcido el gesto, dudando. ¿Carlos Gris? Ah, mejor recurrir a los historiales. Entonces sí, ya recuerdo. *Personalidad frágil. Inestabilidad emocional. Trastorno post-traumático por un estrés debido a experiencias negativas sufridas durante años. Evolución a trauma psíquico grave. Proceso agudo. Irreversible*. Y es que tantos pacientes entraban y salían de su consulta, y tan similares, que resultaba difícil poner rostro a los nombres y recordar los diagnósticos.

Complicado hacer memoria con quien se aplasta en el papel hasta desfigurarse. Por supuesto de justicia es aclarar que sí recordaba a un buen número de sus pacientes. La espectacularidad suele aportar un plus a la retentiva. Él conservaba en un fichero bajo llave, el C1, el historial de los pacientes que consideraba representativos. A saber, criminales, pirómanos, violadores, pederastas, maltratadores en diversas direcciones y hasta un magnicida en grado de tentativa que se había ahorcado en su celda temeroso del rigor de la Justicia. Pobre diablo, quería ser famoso, nuevo Eróstrato incapaz de superar el terror que le provocaba su insignificancia. Estado asesino y Estado opresor clamaban los manifestantes cuando la noticia se difundió. Vociferaban sin motivo, él daba fe de que no había muerto a consecuencia de los malos tratos, pues se lo aseguró el alcaide. Esos hombres, esas mujeres, incluso esos jóvenes y hasta esos niños que asesinaban, quemaban, violaban, transgredían o se suicidaban... ¿Desarreglos mentales, mera inmoralidad o rechazo de la ética que rige la convivencia? ¿Dementes o malvados? Hemos llegado al meollo de la cuestión, afirmaba Doctor en las entrevistas, un meollo falso, pero meollo al fin y al cabo. ¿Hablamos de personalidad enferma, de deformación moral o de tara genética? Eso entre otras posibilidades, porque a la que se escarba, las raíces de la llamada maldad se hincan en la tierra hasta volverse invisibles. Con lo sencilla que resulta la bondad, se dirá algún ingenuo a la busca de consuelo. Craso error, pura apariencia, puntualizará implacable Doctor. La bondad es tan compleja como la maldad. ¿Personalidad enferma, deformación moral o tara genética? Una pregunta que, dada su colaboración en funciones de asesor con la Brigada Criminal de Ciudad del Mar, la B.C.C.M., había debido responder en diversos juicios. Determinismo ambiental, cuestión educacional, biológica y hasta teológica si se quiere. ¿El criminal es responsable de sus crímenes? Unas veces sí y otras no. Hay quienes no necesitan estímulos para causar el mal. No nos confundamos, no nos obcequemos. Otros, bien es cierto, no son responsables al cien por

cien de lo que hacen. ¿Merecen entonces el perdón de la sociedad? En opinión de Doctor, no. El perdón no puesto que siguen siendo peligrosos, pero una ayuda científica y coherente, sí. En principio, no se olvide, siempre en principio. Dudar concede rigor a cuanto decimos.

El humo del cigarro se elevaba en espirales azuladas con lentitud. La psiquiatría se practica asumiendo lo que representa en cada uno de los peldaños que nos encontramos ante nosotros y en los que hemos dejado atrás, y al tiempo manteniendo un cortés distanciamiento de la escalera en su conjunto. Se trata de una especialidad de la medicina que exige una praxis diferente. Un traumatólogo, por ejemplo, tiene licencia para permitirse chanzas e incluso destemplanzas mientras ejerce su profesión, al menos en determinados casos, pero un psiquiatra no. La mente permanece ligada a la conducta por un hilo, fino o grueso, que se conoce popularmente como estado de ánimo. Empatía y un sedante ligero, un recurso válido para el noventa por ciento de los casos. Un recurso que él ponía en práctica apenas detectaba una crisis de simple tristeza, por mucho que el o la triste de turno se empeñara en presentarse con la careta de una depresión o, las modas son las modas, preso o presa de un trastorno bipolar. Malos aficionados al desconsuelo acosados por una ansiedad autogenerada, gentes que buscan alivio en la mortificación, lo mismo que los místicos y los ascetas en otros tiempos. Esa tendencia a lo trágico y a lo cómico, a la exageración y a la desmesura, sirve para comprender el mundo y para al tiempo hacerse con un asiento en alguno de sus vagones. Llegado el momento, frente al paciente y sus familiares, él lo traducía mediante una sonrisa amable, tolerante ante un dolor que sabía no pasaba de una obstinada deformación con pinceladas histéricas de lo que ocurría en realidad, y a continuación recetaba un medicamento ligero con un nombre campanudo. Ya eran muchos años desde que un joven esquizofrénico terminó tirándose a las vías del tren mientras en el país se celebraba la llegada del año nuevo descorchando espumosos, agitando alegrías, vociferando tonterías y besándose. Fue su primer paciente, y a simple vista se diría que supuso un nefasto inicio de su carrera. Sin embargo, con el tiempo comprendió que aquel salto trágico y juvenil supuso el perfecto complemento a su formación universitaria.

De vuelta al hogar resultaba lógico que Doctor, ahora lejos de sus informes, sentado frente a la televisión junto a su mujer, una psicóloga especializada en terapias de superación de las huellas que provocan los traumas físicos, le costase recordar el rostro del hombre con el que iniciaría su consulta la siguiente tarde. Y no es que anduviera distraído con lo que veía, no, porque la película que entre anuncio y anuncio se emitía por la televisión resultaba soporífera. Para él carecían de interés las pasiones de una enfermera y un militar, y veía ridículo los revolcones sobre la cama del hospital salpicados de ahogos, gemidos, jadeos y aullidos, de cabalgamientos y descabalgamientos, de desatadas transpiraciones y revueltas melenas adheridas a la piel. Tampoco le interesaba la desolación de la pareja una vez consumado lo que no había dejado de ser un agotador ejercicio físico. Para entonces Doctor no pensaba en el primer paciente del viernes, sino en la chica que le ayudaba en la consulta, en Adoración, un nombre escogido por sus padres no se sabe si con mala fe o por un exceso de

devoción, un nombre que ella había aligerado dejándolo en Dora. Ejercía las funciones de recepcionista, administrativa y secretaria, y con la bata pasaba sin dificultad por enfermera diplomada. Una joya, sí. Y desprendía un encanto sereno y dulce, lo que redundaba en la buena imagen de la consulta. Ni cuarenta años, alta, delgada, media melena negra, rasgos suaves, gafas sin montura, movimientos elegantes y muy femenina. Espalda recta, hombros altos, cintura estrecha, caderas generosas y largas piernas. Mejor para los pacientes y, por qué no, mejor para él. No había malicia en admitirlo. Buenas tardes, Doctor, le dejo el horario y los nombres de las consultas de mañana. Gracias, Dora. Y la hoja quedaba sobre la mesa mientras ella se dirigía hacia la puerta marcando los tiempos de cada paso con las caderas.

La película se había reanudado. Ahora la enfermera corría por un callejón entre humaredas, atravesando una verbena de fuego cruzado mientras Doctor recuperaba recuerdos. Esa tarde había encendido uno de los puros que guardaba en el cajón de su mesa. Melisa, su mujer, la psicóloga con quien compartía la consulta, andaba escasa de pacientes y hacía una hora que se había marchado. Tengo la agenda en blanco, de manera que aprovecho para hacer recados, fue su despedida. Pues adiós. Debía andar molesta con lo que ella sabría. ¿Por los pacientes que desertaban? ¿Por la menopausia? ¿Simples celos profesionales? A saber. Últimamente asistía a un curso sobre los traumas provocados por las minusvalías de origen vírico, y pensaba matricularse en otro sobre los efectos del transporte público en el sueño. Con ello rellenaba unas carencias cada día de mayor calado. Interesante, ha sido interesante, murmuraba al llegar a casa a modo de síntesis de lo tratado. Hace viento, el ascensor sube despacio o me voy a cambiar de ropa. Menos preciso e igual de entusiasta. Se aprende, se aprende, aprendemos, claro que aprendemos, decía de vez en cuando sin dar a entender si ello suponía o no un lamento. ¿Tú crees?, preguntaba él interesándose, aunque fuese por cortesía. Respondía ella revolviéndose como si se encontrara a punto de romper la cinta que marca la meta tras una carrera de fondo. Pues claro, ¿por qué lo diría si no? Psicóloga y pesimista, concluía Doctor, frecuente, pero mala combinación. Entre los psicólogos y los psiquiatras se abre un abismo si de formación se habla. Incluso llegó a pensar que es el mismo que existe entre un aficionado y un profesional en cualquier ámbito de la vida, aunque al instante admitió que los corporativismos suponen un empobrecimiento personal.

De esta forma, manejando las imágenes, seguía recordando desde el sofá de su casa las caladas al puro mientras hojeaba los historiales. Por supuesto acabaría repasándolas antes de cada cita. Mejor empezar prevenido. Pero por el momento, tras una jornada de trabajo, los informes seguían sin asumir un papel importante en el guión del atardecer. Todos necesitamos lo que se llama ocio, descanso o recogimiento según el momento y el carácter. He ahí otro de los consejos que daba a quienes sufrían de ansiedad y se mostraban angustiados. Algunos objetaban que la soledad empeoraba sus ánimos. Créame, necesita relajarse y para conseguirlo debe conseguir un tiempo y un espacio exclusivos. Convencidos o no solían callar. Los pacientes acaban comprendiendo de mejor o peor grado quién posee los

conocimientos y quién no. Cordialidad sí, y saber qué lugar ocupa cada cual, también. En general la satisfacción de Doctor con la conducta de sus pacientes, teniendo presente su especialidad, rozaba casi el pleno. Casi, por supuesto. Seguía sin olvidar el día en que un individuo, colérico que no estresado, o estresado por la cólera, le respondió que lo de sentarse en soledad para relajarse le resultaba absurdo. ¡Cómo voy a hacerlo si me paso el día con palpitaciones! Porfiaba en que le recetara un tranquilizante que fuese potente y distraerse. El individuo confundía una consulta psiquiátrica con a saber qué, ¿un consultorio sentimental?, ¿ una pastosa conversación entre borrachos? El hombre iracundo no volvió, obviamente. Mejor.

Mientras la enfermera y el militar corrían con los ecos del bombardeo de fondo por una calle derruida y humeante medio vestidos, Doctor reflexionaba sobre sus sensaciones en el momento de concluir con el protocolario repaso de los archivos en la consulta. Empezaba a notar una ligera falta de apetencia por su trabajo. Para la siguiente tarde le esperaban ansiedades varias, estados depresivos, desánimos mal llevados, crisis de adolescencia, de juventud, de madurez o de vejez, cada época conlleva lo suyo, y un caso de senilidad patológica. Senilidad patológica, sonrió. La vejez es una forma sutil, en el mejor de los casos, de noviazgo con la enfermedad, en realidad, su pareja de hecho.

El militar avanzaba por un extremo de la calle entre ruinas humeantes con la cabeza vendada, tras él la enfermera con la gabardina tiznada y rasgada, ambos calibrando las posibilidades de escapar de aquel infierno. La supuesta intriga quedó interrumpida por una nueva serie de anuncios. Un musculado joven con una camiseta sin mangas bebía con ansiedad de una botella verde. El sudor le bañaba cuerpo y camiseta con tintes aceitosos, y él bebía y bebía dispuesto a tragarse hasta el envase. Al fondo el cielo brillaba con un azul tan intenso que resaltaba la blancura de una nube alargada como un índice señalando hacia un lugar al que deberíamos acudir sin falta. A Doctor los párpados empezaron a cerrársele con una placidez sensual. Se quedó dormido y con ello se perdió el febril abrazo seguido de un crispado beso entre el militar y la enfermera. Para entonces el paciente cuyo rostro no acababa de recordar llevaba haciendo lo mismo alrededor de dos horas. Al día siguiente coincidirían en la consulta.

14

Sena se había sentado en el sofá de Carlos con la mirada puesta, no el interés a juzgar por el gesto ausente, en la libreta de apuntes. Al llegar Horo, la cerró y se puso de pie exagerando perezas.

—Se me ha olvidado decirte que te ha llamado Ginko mientras estabas corriendo.

—Quiere que escriba algo sobre la vida en el barrio para su periódico.

—Hazlo. En plan anormal o paranormal esto es una mina.

Horo sonrió.

— Me lo pensaré.

Cenaron en la cocina, manejando la comida como si de una extraña experiencia se tratase. Tan en su mundo andaba cada cual. Al acabar, ya en la galería, se dejaron caer en el sofá, uno en cada extremo, intercambiando comentarios sin otro objetivo que aligerar la pesadez del silencio. Cuando el anecdotario de la jornada concluyó, Sena empezó a enlazar y desenlazar los dedos buscando una composición que no acababa de conseguir hasta que, cansado de la inutilidad de sus esfuerzos, se cruzó de brazos. Por su parte, Horo aguardaba con la vista puesta tras el ventanal. Aquella aparente ausencia empujó a Sena a empezar.

—¿Sabes? Creo que lo que nos diga Doctor mañana nos ahorrará discursos que al final no dejan de ser rodeos.

—Es posible. Pero por el momento podríamos centrarnos en los números.

—Y me lo dices tú.

— Eso es, y te lo digo yo. Nada de sorpresas.

Sena asintió. Le sorprendía la reacción de su hermano por lo que de aceptación del futuro implicaba.

—¿Por dónde empezamos? —propuso.

—Hablemos de gastos e ingresos.

El gesto de resignación con que hablaba hizo que Sena se sintiera inquieto. Las sumas y las restas apenas ocuparon diez minutos, transcurridos los cuales, con la sensación de haber cubierto el expediente más que haber avanzado en el fondo del problema, recuperaron el inicio.

—Vamos a ver qué nos dice Doctor mañana —concluyó Horo.

—Eso es, veremos mañana,

Tocaba esperar, aceptado. Y la espera, pues no volvieron a tratar del asunto, se prolongó

hasta que al día siguiente entraron en la consulta. Llevaban haciéndolo regularmente desde hacía cuatro años. Doctor trabajaba a través de la medicación, paliativa, no curativa, insistía, y sus orientaciones habían oscilado entre el dejar fluir la situación tal cual durante los primeros tiempos, y las ventajas del internamiento en los últimos. Si mostraban dudas, sonreía con una benevolencia a la que ellos no encontraban traducción, como sucedía con las palmadas que descargaba sobre el hombro de Carlos acompañadas por un musical qué tal, señor Gris, qué tal andamos, en el momento de recibirlos y despedirlos.

La enfermera los señaló alzando una mano. Llegaba el momento de levantarse, coger del brazo a su padre y guiarlo hasta dejarlo sentado junto a la ventana. Allí se quedaría sordo y mudo mientras durase la consulta. En el caso de acudir a la cita sin el paciente, la gestión de Doctor se reducía a un eficiente manejo de lo socialmente correcto, y los saludos a un cabeceo de bienvenida o despedida. Lo de estrechar manos no formaba parte del ritual, y sobre los palmoteos no cabía ni hablar. Los dos hermanos eran jóvenes, se les veía inteligentes y sus estados de ánimo, aunque diferentes en apariencia, no exigían estímulos de tal índole. Eso sí, en todos los casos, el discurso se mantenía inalterable. La enfermedad sigue su proceso. El propio proceso es una enfermedad. Con la medicación atenuamos, no anulamos, la ansiedad y el malestar físico, lo que dadas las circunstancias es esencial. La mente de su padre se ha transformado en un desierto sobre el que transitan recuerdos e ideas lo mismo que caravanas extraviadas en una tormenta de arena. En ocasiones adoptaba un aire didáctico y disertaba sobre neuronas y corrientes eléctricas, el tálamo y el hipotálamo, los diferentes céfalos y lóbulos, las cortezas y los surcos, las zonas frontales, parietales y occipitales. Incluso había llegado a esbozar dibujos a los que añadía flechas, círculos y polígonos que acababan conformando un galimatías difícil de interpretar. Llegado ese momento, el de la rúbrica del caos artístico, su rostro se mostraba más grave que serio, y al instante, movido por súbitas urgencias, tomaba el talonario de recetas con la resignación de quien extiende un cheque con una cifra que considera excesiva para formalizar una compra que tampoco ve demasiado clara. Sin embargo, esta vez el encuentro con Doctor lo preveían distinto. No por supuestos cambios en sus prácticas, sino porque ellos habían llegado con la voluntad de mover ficha respecto al futuro de su padre, o al menos de prepararse para hacerlo. En el trasfondo, actuando de acelerador y de freno al tiempo, asomaba el centro de internamiento, la Fundación del Doctor Zeus Pliffeer.

—¿A qué hora es la visita? —había preguntado Sena la noche anterior antes de despedirse.

—A las cinco. Teníamos hora a las seis, pero la enfermera me ha llamado para decirme que Doctor se veía obligado a modificar los horarios.

—Tendré que saltarme una clase. —Puso el índice de la mano derecha entre el anular y el meñique de la izquierda y lo dobló—. ¿Y tú cómo te lo vas a montar?

—He pedido permiso. Ya recuperaré mañana.

—Pues yo la pierdo para siempre —sonrió Sena—. Oye... —Aspiró aire, allá voy—. Sabes

qué opino sobre el ingreso de papá, ¿verdad?

—Me hago una idea.

La voz de Horo había sonado irónica, pero Sena se mantuvo firme en la formalidad.

—Dime la verdad, ¿tú crees que soy un mal hijo por pensar como pienso?

Horo negó combinando convicción, cariño y pereza, lo último en calidad de refugio ante las preocupaciones pasadas y en especial futuras. No, nunca había creído que su hermano fuera un mal hijo. Ni de lejos.

—No digas tonterías.

Fue lo primero que se le ocurrió, y Sena comprendió que Horo le decía si no la verdad, sí lo que pensaba.

—Yo nunca he negado que si esta casa aguanta, incluso si yo sigo estudiando, es gracias a ti. Te echaste el problema a la espalda con la edad que yo tengo ahora. El asunto es que no me veo alargando esto, y cuando lo pienso me siento mal. Lo que me lleva a lo de que a lo mejor soy un mal hijo y hasta un mal hermano.

—Pues olvídalo porque no es verdad.

—De acuerdo, sigo. Papá es un vegetal...

—Ahí discrepamos —le interrumpió Horo, serio—, y no tiene nada que ver con lo de buenos o malos hijos. No es un vegetal. Otra cuestión es que sea capaz de concentrarse, de seguir una lógica, que haya perdido la capacidad de relacionarse coherentemente con el entorno. Digamos que se pierde, pero no es un vegetal, algo irracional, es un enfermo y su enfermedad consiste en que tiene el cerebro dañado.

—De acuerdo, no tocaba lo de vegetal —admitió Sena—. Siempre me pasa, me expreso como un patán. Es que me cuesta discutir si está bien de la cabeza o no, y me cuesta porque no le veo sentido.

—Escúchale cuando habla del pasado. A veces se lía, pero recuerda y razona. Es el hombre que quería educarnos, el que se esforzaba para aprender y el que nos empujaba a estudiar y a ser buena gente.

—Claro que sí, pero ahora no es ni un recuerdo de lo que fue. No es él. Es un hombre que nada tiene que ver con aquel.

Horo cruzó los brazos y volvió a poner su atención en la cortina que protegía la intimidad del vecino adolescente, en las franjas de colores pastel que se ondulaban coloreándose al ritmo de la televisión. Una sombra de mujer recorrió la tela.

—La enfermedad no es un defecto, es una desgracia.

—No coordina, Horo, no coordina. A lo mejor puede repetir cuatro recuerdos desperdigados, razonar, no

—Vete a saber.

—Suelta los nombres que conserva en la memoria igual que una grabadora manejada por un niño. Y lo que cuenta sobre lo que le pasó, siempre con mamá o con el tío por en medio, puede ser una interpretación enfermiza de la verdad. Ni siquiera sé si se lo inventa todo, parte

o nada. ¿No te acuerdas de mamá?

Horo suspiró y se frotó el rostro con fuerza tratando de superar cansancios.

—No te sigo.

—No me extraña porque me he perdido. Mañana iremos a la consulta y Doctor nos aconsejará ingresarlo o que busquemos una persona que lo cuide. ¿Y qué haremos nosotros? ¿Volver a hacer números? ¿Seguir dándole vueltas al asunto? Lo de papá nos supera, nos está cavando bajo los pies un hoyo cada vez más profundo y me temo que, llegado el momento, cuando sea, no podremos salir de él.

—Ojalá esto se resolviera fijando responsabilidades y superando miedos.

—Cambia las palabras, yo me quedo con lo del hoyo. Dicho corto y claro, entre los dos sumamos cuarenta años y podemos seguir sumando ochenta y seguir igual porque papá físicamente, eso dice Doctor, no está peor que cualquier hombre de su edad un poco achacoso. ¿Te lo imaginas? Cuarentones y haciendo turnos para cuidarle, soltería incluida. ¿Sales con alguien tú? ¿Salgo con alguien yo?

—No lo mezcles todo porque al final ni sabremos de qué hablamos —corrigió Horo—. Que tengamos pareja o no, nada tiene que ver con Carlos.

—Pues yo creo que sí y también que seguimos en el tema. No quiero consagrar mi vida a cuidarle, en especial porque no se entera, es decir, porque en realidad no nos necesita. Y si hablamos de su bienestar, no de nuestra conciencia, estaría mejor allí que aquí, de eso estoy convencido.

—A lo mejor.

—¿A lo mejor?

—Estamos ante una decisión tan radical que marcará su vida y la nuestra, por eso hay que medir los pasos con mucho cuidado.

—Llevamos años midiéndolos tanto que no nos hemos movido del sitio.

Buscó alguna reacción en el rostro de un Horo ahora atento a una franja de cielo que volaba sobre la oscuridad de la calle. Parecía ausente, pero Sena sabía que escuchaba y tomaba nota. Siempre escuchaba y siempre tomaba nota. Estaban unidos y entre ellos los malos rollos sobraban, seguramente porque lo habían pasado peor que mejor y lo habían hecho unidos.

—Ingresarlo no equivale a abandonarlo. Quiero decir que fijamos unos días para ir a verlo, los que sean, Y luego...

—Y luego, a saber.

La voz sonaba sin reproches, admitiendo lo que a nada obliga, ni siquiera al arrepentimiento.

—Horo, sabes que nunca dejaremos de ir, aunque solo sea porque nos sentiríamos mal. —Suficiente, la decisión estaba prácticamente tomada y con aquella conversación no hacían más que hacerse daño.—Por cierto, ¿te acuerdas del chico que solía dormir en las escaleras del palacio del marqués? El vagabundo que luego supimos que era el hijo de un notario o algo así.

Horo asintió aceptando de buena gana las expectativas de soltar lastre a pesar de no acabar

de comprender el giro de la conversación.

—¿Qué ha pasado con ese chico?

— Pues que lo han matado.

—¿Que lo han matado?

—Fue ayer. El marquesito se lo encontró descalabrado por la tarde, tirado en las escaleras. Le habían aplastado la cabeza con una losa del propio jardín.

—¿Y se sabe quién?

—Vete a saber. La gente estaba harta de verlo ejerciendo de señor feudal o de bandolero, medio colocado y advirtiendo a quien quisiera oírlo y a quien no que no tenía nada que perder en su perra vida. No podéis hacerme nada, miserables cabestros. Esa era una de sus frases favoritas.

—Aunque quede feo decirlo, hay gente por cuya muerte no lloraré.

—Ni yo, y prefiero no completar tu idea con mis propias palabras. Según el tendero, no hace mucho se asomó a su tienda, cogió lo que le vino en gana, y cuando él le exigió que lo devolviera, le insultó. Dice que estuvo a punto de emprenderla a puñetazos con él. No lo hizo, claro, por no buscarse líos.

—Pues se nos acumulan los cadáveres —ironizó Horo, por desdramatizar.

—Yo no creo que sea casualidad —replicó su hermano—. Cuando me lo han contado, enseguida me ha venido la idea de que los dos casos están relacionados. Lo que le faltaba a este barrio, un criminal.

Empezaron a caminar hacia sus cuartos y cuando Horo estaba a punto de entrar en el suyo, la voz de Sena le detuvo.

—Una cosa, y perdona, pero prefiero decírtelo. Papá a veces me mira con odio.

Horo se giró, el ceño fruncido.

—No digas tonterías.

La respuesta fue una sonrisa agotada, paciente.

15

Hacia los lindes del norte de Trazo, el barrio de los edificios de mármol, acero y cristal o de ladrillo oscuro adornado con todo tipo de plantas, con los jardines del Parnaso en el centro, tenía su consulta Doctor. En su corazón, frente al 101 de la calle XIII se detuvo, minutos antes de las cinco de una tarde cualquiera para la ciudad, un taxi del que descendieron Sena, Carlos y Horo. Por este orden. Tras agradecer la propina, el taxista alzó una mano en señal de despedida y continuó calle abajo al tiempo que ellos se encaminaban hacia un portal custodiado por un conserje de artificiosa elegancia. En la consulta los recibió la enfermera de siempre con la sonrisa de siempre, entre cordial y neutra, y los hizo pasar a la sala de espera de siempre. Enseguida les atenderá, informó con voz tan huidiza que apenas se la entendió. Cumplió lo anunciado y volvió al poco tiempo invitándoles a pasar extendiendo la palma de una mano. Momento de levantarse, de coger del brazo a Carlos y llevarlo hasta la butaca azul situada junto al ventanal. Los recibió Doctor, de pie, cerca de la puerta, con su gesto usual, el que evidenciaba familiaridad sin llegar a los abrazos y mucho menos a los besos. Se acercó al paciente, el cual le vio aproximarse como si se alejara y tuviera que forzar la vista para distinguirle. ¿Qué tal, señor Gris, qué tal? Luego, dócilmente, se dejó conducir por aquel hombre envuelto en un olor agrio a colonia y tabaco. Doctor era un hombre grueso, no bajo, de rostro sonrosado y pelo canoso peinado hacia atrás, siempre con trajes en tonos pastel rematados con una pajarita roja o naranja. Las gafas, de montura gruesa, negra y cuadrada, sin duda para compensar tanta redondez, le daban un toque de formalidad excesivo teniendo en cuenta sus modales, cordiales y cercanos. Tras acomodar a Carlos se dirigió a su mesa al tiempo que convidaba a los dos chicos a tomar asiento.

El despacho olía a cigarro puro y algún tipo de ambientador. Tras la mesa del despacho un cuadro de considerables dimensiones reproducía un pantano en tiempos invernales. Doctor adelantó el cuerpo con un suspiro, se acodó sobre la mesa, unió las manos por las yemas de los dedos y, con la sonrisa ahora en un estadio apenas perceptible, echó la cabeza hacia atrás. Había llegado el silencio que precedía al inicio de las consultas, un ritual con su toque litúrgico. Unos segundos, preciosos segundos, que él tenía comprobado surtían un efecto beneficioso en el ánimo de los pacientes y de sus acompañantes. Años atrás había asistido a un congreso sobre el uso de los tiempos en la terapia. Allí se insistió en la importancia de los preludios para potenciar la buena disposición de los pacientes y de sus acompañantes. Encontró interesante la propuesta, procedió a los ensayos oportunos y decidió

ponerla en práctica, excepción hecha de las urgencias. En esta ocasión el lapso lo empleó en estudiar los rostros de los dos chicos que permanecían a la espera, pero un ritual es un ritual. *Ritus*, ceremonial. Los intuía tensos. Los conocía desde hacía tiempo, incluso la noche anterior, tratando de localizar el rostro del hombre que ahora se abstraía con la copa del árbol, a ellos los había recordado con relativa facilidad. Carraspeó. Tiempo de iniciar la consulta, se dijo, tocaba tirar de la cuerda y descorrer el telón. Tosió, encogió los hombros, se acarició la nariz y alzó las cejas.

¿Novedades?

—Sigue más o menos igual —respondió Horo.

Doctor arrugó la boca, comprensivo. Sin embargo, consciente de que es necesario modificar algún pasaje del guión, trató de encontrar un resquicio que le permitiera hacerlo.

—¿Mayor irritabilidad? ¿Brotes de cólera? ¿Desgana? ¿Lamentos sin motivos aparentes? ¿Suspiros frecuentes? ¿Se ha llegado a golpear o castigar de alguna forma?

—Pasividad o distanciamiento de lo que le rodea —respondió Sena con la expresión de quien apenas concibe otra respuesta—. Vive en su mundo y lo que ocurre a su alrededor no existe. Lo de costumbre.

—Entiendo. Esos soliloquios, ¿siguen en el mismo tono? —insistió Doctor en su búsqueda de variantes—. No me refiero solo al fondo, sino a la entonación, al lenguaje. ¿Palabras malsonantes, insultos?

Horo abrió los brazos, aunque no pudiese expresarlo abiertamente, le incomodaba aquella tenacidad en la demanda de síntomas.

—Tal vez se muestra más tenso y da la impresión de una mayor tristeza. No renuncia a sus recuerdos, pero cada vez le cuesta más ordenarlos. Claro que son apreciaciones mías.

—Yo tengo la misma impresión —convino Sena—. Y lo veo muy nervioso.

—¿Cómo excitado?

— Algo así.

—Ah, eso es interesante —dijo Doctor tecleando con rapidez—, y lógico.

—Hay días en que me lo encuentro como si estuviese agotado —prosiguió Sena—, y come menos. En ocasiones incluso aparta el plato y hay que insistir para que acabe.

El tecleo de Doctor se intensificó. Por el gesto, lo que acababa de oír confirmaba algún tipo de suposición que le rondaba la cabeza.

—Es difícil fijar el punto en que nos encontramos —afirmó tras apartar el teclado—. En el campo de la psiquiatría no existe un laboratorio clínico propiamente dicho que permita..., no disponemos de unos recursos capaces de plasmar en números las medidas del problema. Al menos ...

Hablaba como si interiorizara unos desengaños que exigían la correspondiente frustración. Había caído en un estado que bordeaba el desánimo, y en el despacho los papeles de los actores se intercambiaron. Fue un instante, un instante que concluyó con un fuerte parpadeo, el del despertar de quien deja atrás las pesadillas nocturnas para acceder a un nuevo

día que por fortuna ha llegado. Un alivio.

—Bien, ya que no hay cambios significativos, por ahora mantendremos la misma medicación. ¿Su padre —señaló hacia la butaca con un vago aleteo de la mano derecha— ya sale? Como les vengo diciendo, los estímulos externos ayudan, el proceso es irreversible, pero quizá ralentizable. No caben engaños al respecto.

Esperó respuestas y comentarios con gesto paciente.

—Me temo que lo tenemos complicado —empezó Horo dando la sensación de alejar pensamientos que nada tenían que ver con lo que hablaban—. Mi hermano estudia y yo trabajo. Salvo ir a mediodía para lo de la comida, llegamos a casa entrada la tarde. Lo de salir no le gusta y, la verdad, hemos acabado renunciando a insistir. Da la impresión de tener miedo a alejarse de la galería.

—No es la primera vez que lo mencionan, ¿verdad? —Miró de reojo la pantalla del ordenador—. Sí, lo tengo anotado, y también que... —Se giró hacia la pantalla—. Eso es, que creen que sale de casa de vez en cuando. Poco conveniente si lo hace sin alguien que lo acompañe.

—Es posible que baje hasta el portal —indicó Horo—, pero no debe alejarse porque nadie nos ha avisado de habérselo encontrado por el barrio.

—Pues si lo confirman, no será una buena noticia porque hay un riesgo. Supongo que son conscientes.

—Lo somos —afirmó Sena con rapidez.

Doctor pareció sorprendido ante aquel arranque de fogosidad por parte del más joven de los Gris.

—Hace unos meses les di mi opinión sobre el sedentarismo y también sobre las horas que pasa en soledad —continuó tras una nueva consulta a la pantalla—, y sigo creyendo que no le conviene ni lo uno ni lo otro. Los impulsos del ser humano, me refiero a los de un ser humano carente de los equilibrios esenciales son imprevisibles. No pretendo inquietarles, pero en ocasiones las consecuencias resultan calamitosas.

Sena se removió en el asiento.

—¿Se descontrolan en qué sentido?

La pregunta sonó innecesaria por la obviedad de la respuesta. Doctor cerró los ojos y aspiró profundamente. Ya saben, decía a través de su gesto.

—Bien —siguió Sena buscando en su hermano un apoyo que no encontró porque volvía a mostrase ausente, lo que le inquietaba—, precisamente por valorarlo en su debida medida nos planteamos la posibilidad del ingreso.

Doctor asintió y Horo apretó los labios y se miró las manos con curiosidad, dando la impresión de haberlas descubierto de improviso al final de sus brazos y que el encuentro lo incomodaba.

—Hablamos de la posibilidad —se le oyó decir desde la lejanía, y la inquietud de Sena aumentó. Aquella resistencia presagiaba nuevas demoras en la decisión.

Doctor, gesto de extrema formalidad, asintió.

—Ya les he hablado de la Fundación. Un centro excelente, subvencionado en parte si se presenta un informe adecuado y las posibilidades económicas del paciente lo aconsejan. —Pareció arrepentirse de lo dicho, al menos en parte, dado que la referencia a patrimonios escasos y rentas bajas incomoda a quien lo oye si él es el sujeto de la oración—. Teniendo en cuenta el perfil del enfermo, su situación familiar y la política de Sanidad en este sentido creo que no habría problemas.

Una oscilación del cuerpo, hacia delante y hacia atrás, y luego, como si advirtiera lo exagerado de sus movimientos, recuperó la postura inicial. Sena miró a Horo, ahora en la conversación aunque con el distanciamiento de quien poco o nada le implica lo que se está tratando. No, no estaba dispuesto a salir de aquel despacho igual que había entrado.

—El asunto económico es importante, por supuesto, pero lo fundamental es que nuestro padre consiga una mejor calidad de vida.

—Pocas dudas en ese sentido. La Fundación es una garantía, pueden estar seguros —replicó un Doctor voluntarioso—. Recordarán que yo mismo paso consulta en ella.

Sena seguía con atención al psiquiatra jugando con un anillo de madera que llevaba en el anular de la mano derecha y deseando que interviniera Horo. Quien fuese accedió a dichos deseos, y lo hizo con un tono que mostraba, para él, una alentadora admisión de la realidad y también una no menor alentadora resignación.

—En su opinión, en su estado, ¿podría llegar a hacerse daño o mostrarse violento?

—Yo diría que podría suceder. El momento y el grado son difíciles de determinar.

Doctor había alzado las cejas con fuerza, como si con ello pasara un rotulador para acentuar lo manifestado. A continuación colocó las palmas de las manos sobre la mesa, los dedos separados.

—Es decir —intervino Sena, marcando las palabras, tirando de las respuestas—, ¿vivir sin una atención constante o con lapsos importantes de desatención supone un riesgo para este tipo de enfermos, incluyendo a quienes permanecen en su entorno?

El pecho de Doctor se abultó tras la camisa, la corbata se combó y los orificios nasales se redondearon. Se quitó las gafas con parsimonia y las mantuvo entre las manos sujetas por las patillas, pensativo.

—Supone un riesgo que ustedes y él afrontan a diario. Esa es la verdad. —Doctor sonaba dogmático, ronco el tono—. Mi obligación es advertirles que existe un riesgo. Claro que cada paciente es un mundo. Vive en una perpetua inestabilidad emocional y sus esquemas conductuales carecen de consistencia, lo que equivale a que nos movemos en una franja en la que puede pasar cualquier cosa o nada. Todo o nada. Entre ambos límites coloquen la gradación que gusten. Lo evidente es que a un hombre en su estado lo que menos le conviene es permanecer descontrolado durante horas.

Guardó silencio y se ajustó de nuevo las gafas. Horo se recostó sobre el respaldo de la silla y cruzó los brazos, dando la sensación de no saber qué hacer con ellos.

—Al principio la soledad no suponía un riesgo importante.

Lo dijo sin convicción, basándose en una resistencia que él mismo reconocía sin demasiado sentido, pueril. No me gusta lo que oigo, no lo quiero. Infantil.

—Como dice, al principio no había motivos para suponer que llegaríamos a este punto. Ni que no llegaríamos. Me refiero a que tocaba medicar y aguardar resultados. Las alarmas se activan en su momento si hay motivos para hacerlas sonar, en especial por respeto al paciente y a sus familiares. Pero consejos y avisos desde el primer día, y así ha sido. Comprendan, las enfermedades evolucionan y no siempre van de acuerdo con nuestros deseos ni siguen los mismos caminos.

La voz de Doctor había evidenciado incomodidad. Se consideraba un profesional de prestigio ayudando a dos jóvenes con un problema que por sí mismos eran incapaces de resolver. Si al hacerlo despertaba recelos, mejor replantearse los próximos pasos. Por ejemplo volver a las recetas y las citas de seguimiento. Ellos mismos antes que después acabarían rogándole que ingresaran a su padre. Carraspeó y, esquivando reflexiones, miró a Horo.

—Tómense su tiempo porque se encuentran ante una decisión importante, por mi parte poco puedo añadir.

Horo comprendió. Doctor no era el problema. Miró a Sena, que permanecía evidentemente tenso, y concluyó con un gesto que suponía dar su conformidad. De acuerdo, empecemos.

16

Una se inclinaba sobre el rostro de X.R. perfilando los labios con un pincel. La precisión en el manejo hacía que los labios de la modelo se transformasen hasta tomar la ineludible distancia de la realidad. Mientras, su compañera manejaba con igual soltura una varilla y un cepillo erizado de púas plateadas. El pelo se deslizaba entre ellas con suavidad. Serias, concentradas, ¿y por qué no?, felices a pesar de la presión. También nosotras, se decían, estamos dentro del rectángulo de luz por mucho que la presencia de aquel gentío nada tuviera que ver con sus habilidades. Sentían volar su atención pasando apenas rozándolas hasta adherirse a la famosa modelo. Aceptado, pero quién les negaría el mérito de haber clavado la idea del estilista. Los labios azules, el maquillaje de los ojos dibujando una mariposa asimismo azul perfilada en negro. Habían estudiado a conciencia el boceto, y practicado y practicado hasta el agotamiento. Por ello las manos, llegado el momento, se soltaron tras unos ligeros temblores al subir al escenario. Así lo vivieron, es decir, para ellas así sucedió. Cola de caballo recogida a la altura del borde superior de las orejas, a la altura de las cejas, que resaltara el perfil de la nuca y cayera lacia y reluciente sobre aquella espalda trazada con regla y cartabón. Sombra de ojos dibujando un antifaz azul con forma de mariposa. Los labios también azules, que reluzcan. Con ese pelo, esos ojos y esos labios, imposible fracasar. Eso fue lo que les dijo su jefe antes de empezar. Y allí estaban ellas con la fe del predestinado en la segunda de las sesiones programadas.

Negar que X.R. poseía una belleza poco común carecía de sentido y hubiese dejado en mal lugar a quien lo hiciera. Reconocido lo básico, ¿qué mal hay en advertir ligeras imperfecciones en un cutis que con la distancia o en las fotos se mostraba perfecto? Un arañazo apenas perceptible en un pómulo. O las dos pequitas, ni a pecas llegaban, en la parte inferior de la mandíbula, a la derecha. Del pelo, advirtió la peluquera medio admirada medio pesarosa ante la pobreza de su aportación al cotilleo, nada que decir. Ni apuntes de grasa o de caspa, ni siquiera una punta abierta. Abundante, sano, esplendoroso. En eso es tal cual. Según habían leído, X.R., veintidós años, metro ochenta, cincuenta y seis kilos, pelo negro y ojos castaños tirando a color miel. 85, 61, 86. Contad, contad. Nosotras tenemos que respetar el secreto profesional. ¿Como los periodistas y los curas?, les preguntaban de tanto en tanto más en serio que en broma sus amigos y familiares. Más como los maestros, los médicos y los abogados. Lo que sí podían compartir era que la top resultaba una persona normal en la corta distancia. Normal en el carácter, claro, incluso amable. Increíble. Ser una belleza de tal calibre

debe comportar su penitencia, no se piense, aunque menos que ser un adefesio o una vulgaridad, cierto, pero los extremos crean problemas a quienes los practican o los sufren. En resumen, amigos, conocidos y familiares las habían estado agobiando desde que anunciaron que ellas, sí, ellas en persona, maquillarían y peinarían a X.R. en las Galerías Poncio Scheller, y que lo harían en público. Un rayo de luz colándose entre las nubes de los días grises en que sin focos y sin espectadores se esforzaban en arreglar los rostros y el pelo de una larga y anónima cola de clientes. Un paréntesis de lujo. ¿Y si quedaban contentos con su trabajo? ¿Cabía la posibilidad de colocarse como esteticistas en el mundo de la publicidad? Soñar, soñar y soñar, se decían entre risas.

Ahora, mientras peinaban y maquillaban a la modelo, intercambiaban gestos de apoyo. Bien, bien, vamos bien. O repasaban de reojo, apenas en un soplo, el semicírculo de rostros con el objetivo de comprobar la dirección de las miradas, es decir, saber si había quien prestaba atención a lo que hacían. No importaba, o no importaba demasiado. Trabajaban con ilusión, aquello suponía una experiencia única. La maquilladora terminó con los ojos. El antifaz azul, la mariposa, estirándose como si la cola que la otra chica remataba con una delicadeza de agradecer arrastrara las alas hacia la sien y la dispusiera al vuelo. Dio un paso atrás, respetuosa. Alguien inició un ligero aplauso seguido al instante por otros alguien, y ella sintió cada una de las palmadas en el interior del pecho, cerca del corazón. Incluso realizó una pequeña reverencia, agradecida y al tiempo confundida. Porque ¿la aplaudían a ella? En esas estaba cuando su compañera susurró hemos acabado y la vio dar a su vez un paso atrás. Tras unos segundos de inquietud solidaria se reprodujeron los aplausos y, una vez juntas, no pudieron evitar fundirse en un abrazo que hizo sonreír al público. Su reacción, tan tierna, las colocaba en el estante de las buenas chicas y los espectadores lo agradecían.

Y mientras los aplausos y las gratitudes se mezclaban con las luces y otras emociones en la planta cero de las Galerías, Horo se adentraba en el barrio pensando en que el destino o la genética, que no deja de ser otra forma de destino aunque menos dada a los convenios, suele distribuir privilegios y adversidades con puño de hierro. Antes de salir de las Galerías dos chicas de la perfumería habían señalado burlonamente hacia el lugar transformado en un volcán de luz y una le preguntó: ¿Te lo vas a perder? ¡X.R. en persona!, exclamó la otra. Se limitó a encogerse de hombros. Recordaba la anterior exhibición y también la sonrisa con la que aquellos labios azules habían correspondido a los aplausos y emociones del público. Fue el punto culminante de un hechizo que cada cual vivió a su manera. Todo pasa factura, nada es neutro. Observando la reacción que había provocado aquella sonrisa a su alrededor había llegado a la conclusión de que la magia no la ponía la modelo, sino el afán del público por encontrarla. Lo considerado excepcional ante lo considerado vulgar, una batalla tan desigual que exige recurrir a artimañas, artificios y trucos no siempre honestos a fin de evitar desengaños que, ellos sí, crearán raíces profundas en la conciencia de tantos. Cerca ya del balcón en donde lo esperaba la dama, contó uno, dos, tres, cuatro, cinco. Y quiso olvidar el trabajo. La dama le recibió, como de costumbre, con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, Horo, ¿qué tal fue la visita al médico?
—Previsible, señora, previsible.
—Entonces, ¿bien?
La respuesta debió hacer un esfuerzo para toma forma.
—Todo bien, sí.

17

A la hora prevista se dejó oír el taconeo resuelto, decidido, que empleaba Jana Juez como queriendo marcar territorio. Tap tap tap. Tap tap tap. Dinámico en el ritmo, marcial en los ecos. Aquí viene, se dijo repasando sus notas. Tap tap tap. Tap tap tap. Apareció la encargada de la sección de cosmética y lo hizo, justificando el cargo, como si hubiese decidido aplicarse el muestrario al completo. Cuando la puerta se abrió, Horo recibió una tormenta de fragancias tan penetrante que de forma instintiva se apretó la nariz entre las palmas de las manos, un gesto que trató de simular agregando un gesto de concentración. Tuvo la impresión de que el aroma del aceite virgen hubiera sido substituido por el tufo del refrito, esa fue la idea que le vino a la cabeza. Obligado a levantar la vista, se encontró con una Jana Juez entubada en una falda negra, envuelta en una blusa transparente y blanca que revelaba un sujetador a juego con la falda en cuanto al color. Allí estaba, bamboleante sobre sus zapatos de charol con un tacón tan afilado que bordeaba la agresividad. Avanzaba con la decisión de quien pretende hacer creer que controla la situación, de quien considera que caminar levantando ruido es señal de carácter. Horo se esforzó por superar su aversión por aquella mujer, lo reconocía. Así se inició la reunión.

Desde el primer momento Jana Juez perseveró en sus afanes por exhibir su faceta marrullera, lo que a él le obligó a acentuar la formalidad del encuentro. Sin efectos perceptibles. Ella se mostraba inasequible al desaliento y acentuaba su mercadotecnia de recursos desplegando unos tics que podrían perdonársele, con buena voluntad, a alguna adolescente enamoradiza o a un prostituto exigido. Una galería de afirmaciones, sí, claro, por supuesto, seguramente, o de negaciones veladas, quizá sea cierto, no recuerdo, si usted lo dice, ¿de veras? Arqueo de cejas, pestañeos, toqueteos del lóbulo, bien de la oreja derecha, bien de la izquierda. Horo desgranaba preguntas ajeno a lo que sucediera más allá de sus anotaciones y se empleaba a fondo para finalizar la entrevista lo antes posible. Cuando cruzó la invisible meta, dejó el bolígrafo y suspiró.

—Bien, creo que eso es todo —anunció con tono neutro.

—Pues muy bien. Espero que el informe me sea favorable —se despidió ella sonriendo con el alivio de quien acaba de realizar una prueba y confía en haber logrado superarla—. Mucha dedicación merece también mucho reconocimiento, ¿no te parece?

Únicamente cuando oyó cerrarse la puerta y confirmó que el sonido del taconeo menguaba, tap tap tap, lanzó el bolígrafo sobre los papeles, se frotó el rostro y decidió dejar la

redacción del informe para la tarde. Sí, podía demorar la redacción, pero no evitar que aquella entrevista convirtiera en un fastidio que incordiaba en su mente la preocupación por el sufrimiento de Carlos, por la ansiedad de Sena, por la credibilidad de los consejos de Doctor y la necesidad, urgente necesidad, de materializar una decisión que reconocía haber estado demorando durante meses. Y el malestar no empezó a enfriarse hasta que acabó su jornada, ya con el informe sobre la mesa de Melo, y salió de las Scheller.

Caminaba rápido, con la urgencia de quien acude a una cita ignorando si su presencia no resultará inútil pues quizá a nadie va a encontrar. Tras cruzar la zona comercial, en la frontera con Barrio Antiguo, se detuvo lanzando un brusco resoplido con el que trataba de expulsar los malos humores. Mi reacción con esa mujer es desproporcionada, una descarga de malos humores, un sinsentido. Y resoplaba nuevamente. Empezó a deambular por la simbólica frontera que dividía las dos ciudades, o por lo menos dos formas de vida, y acabó frente a los escaparates de una zapatería emparentada en cuanto a decrepitud con las tan inmediatas callejas de BarrioAntiguo. *Desde 1929 a su servicio*, rezaba un rótulo de madera descolorido sobre la puerta de entrada. Tras los cristales un enorme arlequín de trapo ejercía de anfitrión de los clientes sentado en una mecedora pintada de lila. También la encargada de la perfumería reflejaba a un payaso mal afeitado, maquillado de cualquier forma, con la piel agrietada, los párpados hinchados por la bebida y una colilla pegada a la comisura de los labios. El rostro embotado, el cuerpo fofo y un disfraz que exige ser renovado, o por lo menos lavado por respeto a los niños que esperan una broma, algo simpático. El payaso Jana, de mala gana, se acerca a unos y a otros tambaleándose sobre sus enormes botas con tacones de aguja, tendiendo globos, vendiendo tickets, respondiendo con muecas, parodias de cariño, a los padres que sacan la cartera y pagan. Entretanto, el niño o la niña sostiene unos globos que no tardarán en deshincharse en el mejor de los casos. En el peor explotarán y dejarán aturdido y lloroso a quien con tanta ilusión los había recibido. Hasta aquí y basta. Debería calmarme. Mi reacción no tiene sentido ni es justa, esa mujer hace lo posible por encontrar su espacio en las Galerías e incluso en su vida, y yo me porto como un crío dejándome arrastrar por mis prejuicios. Me fascina una modelo y me asquea una encargada de planta. Vamos mal. Volvió a fijarse en el arlequín de trapo. Lo habían colocado con las piernas cruzadas, los brazos en el regazo y la cabeza bien erguida. Sé paciente y vivirás mejor, como yo, parecía aconsejarle. La mirada de los ojos de cristal se perdían en un tinte melancólico que incluso le hacía resultar gracioso. No tenía boca, apenas aguantaban las costuras y sin duda también necesitaba un lavado. Se dirigió hacia las escaleras del pasaje. Seamos razonables, se propuso sin demasiada confianza en su determinación. Ella tiene miedo a perder su nivel laboral por incompetente o por anacrónica, y lo defiende empleando las armas que imagina tener a su disposición en lugar de replantearse conductas. ¿Merecía respeto o no? ¿Necesito posicionarme ante lo que no me interesa? La respuesta, clara, no. Entonces, ¿dónde está mi problema? No me afecta, no debería afectarme. Ni el encanto de una veinteañera feliz con unas prebendas llovidas del cielo, ni el naufragio de una cincuentona ahogada entre sus grietas. Sin embargo, me molesta.

Y sin saber tampoco en este punto ni la causa ni el efecto, los supuestos encantos y las supuestas grietas, recordó las palabras de Doctor sobre Carlos, y creyendo que a la composición del cuadro le faltaba una figura, colocó los sueños de Sena en el hueco. Completo.

Para entonces caminaba entre las sombras del pasaje de la Hornacina. A lo lejos distinguió como cada día la silueta de la dama aguardándolo apoyada en la barandilla. Hizo un esfuerzo por pasar página y uno, dos, tres, cuatro, cinco, levantó una mano en señal de saludo. De inmediato, o simultáneamente, se encontró con el acostumbrado amago de inclinación de cabeza, ese movimiento en el que tanto empeño pusieron los advenedizos de las viejas cortes en su momento y siguen poniendo los de las nuevas cuando reconocen, por motivos diversos, la superioridad social de quien tienen ante ellos.

—Buenas tardes, Horo —saludó la dama en cuanto llegó frente al balcón—. ¿Qué tal va lo de tu padre?

—Seguimos en ello —dijo, y le sonó a justificación.

¿Qué iba a decir?

—Una situación difícil, créeme que siento que la estéis pasando

Esta vez Horo se limitó a mover la cabeza, un movimiento indefinido y al tiempo fácilmente interpretable. De nuevo, ¿qué iba a decir?

Comprendió la dama y prefirió no insistir en tema, ya volverían sobre ello cuando él lo considerara oportuno. Cerró los ojos y alzó las manos, disculpándose por lo que hubiese tenido de intromisión su comentario. Mejor cambiar de tema, aunque no fuese demasiado agradable al menos alejarían otros más tristes por ser más personales.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado? Fíjate, este es un lugar en el que nunca sucede nada, y si algo sucediera, lo haría con tal discreción que nadie se enteraría. La señora que viene a ayudarme me dijo una vez que estas calles tienen algo de laberinto y mucho de amenaza.

—Exageraba —consideró Horo.

—Hay que conocerla, pero esa es su forma de verlo.

—¿Y qué ha sucedido?

Ella repitió gestos, orientándose hacía lugares indefinidos del pasaje al tiempo que asentía pensativa.

—Tienes razón. Empiezo algo y me pierdo en anécdotas que nada tienen que ver con ella. Me refería a lo del chico que han encontrado en el patio del marqués.

—Mi hermano me ha explicado que el hijo de alguien importante se había instalado allí y ha acabado mal.

—Ha acabado muy mal —musitó la dama, como si quisiera liberarse de lo que la atormentaba—, y tan cerca de aquí... Lo de la cuesta y ahora esto. ¿Qué está pasando?

Horo se acercó al balcón. El pasamano de la barandilla quedaba apenas por debajo de sus ojos. Observó a la dama tratando de relacionar la forma de expresar tristeza y preocupación con aquella mirada azul que por sí misma se mostraba lejos de tales emociones. ¿Por qué una

mujer tan cálida tenía unos ojos tan fríos?

—No lo sé, pero no es normal.

—Por mi amiga sé que los padres de ese chico lo habían echado de su casa porque no lo soportaban. Se rumorea, vete a saber la verdad, que lo odiaban y que él los odiaba a ellos. Fíjate, unos padres y su hijo odiándose mutuamente. ¿Habrá motivos suficientes para llegar a tal punto?

Horo no fue capaz de evitar pensar en su relación con Nico. ¿También era de odio? Él nunca se lo había planteado en esos términos. El distanciamiento puede tener muchos rostros, y cada uno será diferente según quien lo valore. Luego se dijo que en los últimos tiempos su mente se había ido transformando en una terminal de dudas, lo que no resultaba conveniente para nadie, ni siquiera práctico.

—Supongo que lo de quererse o no depende del carácter de cada cual, de lo que hayan vivido juntos, de cómo les haya ido y a veces ni siquiera de eso. Te viene dado.

Se arrepintió de lo dicho apenas pronunció las últimas palabras. Seguramente tendrían un sentido en determinadas circunstancias, un sentido del que en aquel momento carecían. La dama intuyendo que su amigo se había alejado de la conversación, se ajustó el chal y quedó a la espera. Cuando vio que se frotaba las manos y la miraba directamente, aquí estoy, prosiguió.

—Según me ha dicho lo encontró un pariente del marqués. Al principio se decía que se trataba de un nieto. Luego que no. Luego que sí. En fin, nadie sabe y nadie calla. —Entornó los ojos—. ¿Por qué se han sublevado los jornaleros?, repetía el pobre marqués cuando sus hijos se lo llevaban a toda prisa en un coche para huir del barrio. Otro rumor.— Elevó los ojos hacia lo alto, después cerró los ojos y movió la cabeza, negando—. Otra vez me pierdo en el pasado. Perdona, con la edad se acumulan los recuerdos.

—No se preocupe.

—Este barrio, decía mi marido, es un lugar antes dado a morir que a matar. A todo le encontraba su frase —suspiró cogiéndose con fuerza a la barandilla—. Aquel anciano y este chico...

Horo recordó a Sena explicándole lo que sucedía. En el barrio, le había dicho, siempre ha flotado una especie de maldición difusa y, de pronto, esa maldición se ha materializado y empieza otro tipo de tragedia, una tragedia a la que pueden ponerse titulares, una tragedia que se adapta a los nuevos tiempos, los del espectáculo. La dama parecía haberse recuperado de la tristeza difusa que la había dominado por unos instantes.

—El barrio será sombrío, extraño para según quien, pero aquí la realidad nunca ha desbordado su propio decorado, el decorado es una cosa y esto, otra. ¿No crees?

—No es lo mismo, cierto. Estos edificios, por sucios y arruinados que estén, no invitan a la criminalidad. Los pobres no llegan a tanto. Y quienes los habitan, tampoco.

—La maldad asusta, Horo. A mí me asusta y me desconcierta. Nunca he sabido reaccionar ante la maldad. Mi amiga, no podía callarla, me comentó que el chico estaba

destrozado. Le pedí que no siguiera y por fin me hizo caso.

—Tal vez estemos convirtiendo todo en espectáculo. Confundir la realidad con la ficción, deformar los pensamientos y hasta los sentimientos parece ser rentable en uno u otro sentido.

—Protestamos ante lo inútil, lo pasajero, y aceptamos sin valorarlo lo que de verdad nos marca la vida, y no para bien. —Agitó la cabeza, despertando de un mal sueño—. Nos estamos poniendo tristes, Horo.

—Pues habrá que confiar en que la tristeza igual que viene se va.

Ella rio y lo miró con ternura.

—Lo mismo decía mi marido. Va a días, y seguramente el de hoy ha llegado cargado de desánimos. ¿Oyes el silencio de esta calle?

Horo asintió, lo oía perfectamente.

—El silencio es lo mejor que nos da el barrio, ¿no crees?

—Es verdad.

—¿Puedo decirte algo aunque tenga un punto de indiscreción?

Horo sonrió. No se imaginaba a la dama siendo indiscreta.

—Por supuesto —respondió.

—¿Y añadir un consejo que nadie me ha pedido?

¿Indiscreta y poco delicada? La sonrisa se hizo más amplia.

—Estaré encantado de oírlo.

—Ginko siempre me ha dicho que eres una gran persona con una gran personalidad, lo que no siempre coincide, y yo estoy de acuerdo.

—Ginko no es objetivo y usted demasiado amable. ¿Y el consejo?

—La dama alzó la mirada hacia la franja anaranjada que se apretaba en lo alto. Había algo en ella que pedía disculpas.

—Saldrá bien o saldrá mal, pero cuando una gran persona con una gran personalidad toma una decisión, la decisión habrá sido la correcta.

18

Lo convinieron sus padres y lo apoyaron los tres abuelos supervivientes sin rechistar. Así se tomó la decisión de inscribirla en el Registro como Nicolasa. Lo hicieron en recuerdo de una amiga de la que guardaban juveniles afectos, fallecida con veinte años en un accidente de circulación. Durante la primera infancia la niña exhibió una chispa que encandiló a sus padres, una chispa que se mantuvo hasta la segunda. Entonces empezaron las dudas, no sobre el físico o el carácter, es muy mona y muy simpática, se decían los padres, sino en relación al nombre. Y es que con su contundencia tan campestre parecía incomodarla. ¿Cómo te llamas? Nicolasa. Cuando la incomodidad pasó a mayores por culpa de las llamadas burlas de sus compañeros, hoy conocidas como acoso escolar, la niña cayó en una crisis que la llevó a restar chispa y sumar malos humores. Busquemos alternativas, le propusieron sus padres culpándose por la ligereza con la que habían decidido en su momento.

Los primeros intentos, descartados los apodos por falta de creatividad, ¿buscamos el nombre a un perro?, llegó a cuestionar una de las abuelas, la otra ya había acompañado a su marido al cementerio, se basaron en los recortes. Y puestos en apócopes y aféresis pronto llegaron a Nico y a Lasa, o a Lasa y a Nico, y en ellos se fundamentaron las primeras tentativas que la propia niña realizó en el colegio, pero ambos fracasaron bien por identificarse con otros como pico o masa, bien por la tenacidad en no soltar la presa por parte de esos dos o tres que siempre aparecen allá donde vayamos, A otras tentativas, estilo Nicola o Colasa, ni siquiera vale la pena referirse.

Fue al cabo de algunos años, no lejos de sus veinte, cuando sucedió lo que ella calificó de milagro. Fue a través de una actriz esbelta, de jovial sonrisa, verde mirada y melena oscura, pelirroja o rubia, según. Nicole, un hallazgo. ¿Cómo no lo había pensado antes? El paso de Nicolasa y sucedáneos a Nicole, con su adaptación a Nicol, garantizaba la modernidad y superaba la vulgaridad de Nico. Ya Nicol, sin acertar con el motivo, impulso, demanda somática, ganas de jugar, o por buscarse un nuevo campo de libertades, tras una serie de aventuras amorosas que tenía pícaramente contabilizadas, se casó a los veintitrés años con un hombre mayor que ella, un ser callado y melancólico de nombre Carlos y de apellido, una premonición afirmaría ella con el tiempo, Gris. Encontró en él tantas debilidades, una ventaja poco desdeñable en el mundo de la manipulación, que lo arrastró sin problemas hasta la propuesta de matrimonio, proposición que aceptó después de hacerle pasar un calvario a fin de que el estatus de las relaciones quedara claro desde el primer momento. Tú suplicas y yo

concedo, y esto vale hasta que la parte dominante, yo, decida dar el trato por finiquitado.

El paso, sin duda de incierto futuro, pronto tuvo una contrariedad imprevista, la de verse obligada a recuperar domésticamente el descartado Nico. Perdona, se disculpaba Carlos Gris, es que me siento ridículo llamándote Nicol. Ante su irritación el pobre hombre añadió: ¿Y si te llamo cariño? Ella tuvo que morderse la lengua, en los primeros tiempos de matrimonio aún lo intentaba, para no tacharlo de estúpido. Además, ¿por qué no se lo había dicho antes de casarse? No, antes de casarse Nicol por aquí y Nicol por allá. Y faltaba lo peor: encontrarse con que a su primer hijo, Horo, le faltó tiempo para añadirse a la disidencia inaugurada por su padre, y resistiéndose a lo de mamá arrancó con un balbuceante Nico. Evidentemente el niño lo había aprendido de su padre. Ni con el nombre me ha podido hacer feliz, se repetía una vez huyó de la insufrible vida que llevaba en la calle del Santo Palio. En su liberación dejó atrás a quienes con ella vivían, el marido y los dos hijos, y se abrió al futuro con un hombre tan divertido y complaciente como Quino, el hermano de Carlos, y el nombre dejó de ser un problema.

Pues bien, aquel anochecer Nicolasa, Nico, Lasa o Nicol aguardaba frente al portal del que fuese su hogar mientras Horo departía con la dama del balcón. Y allí se mantuvo hasta que las farolas se envolvieron en una nube de polillas punteando las luces temblorosas, y desde allí vio llegar al fin la espigada sombra de su hijo mayor, manos en los bolsillos y melena balanceándose al compás de sus pasos y cayó en la cuenta de lo alto que había sido desde niño. ¿Cómo se pueden olvidar esos detalles de un hijo? En ese momento no importaba, sí el recuerdo de los modales que solía gastar con ella. Se tranquilizó recordando asimismo que huraño, sí, pero no agresivo, cáustico, pero no grosero. Aspiró profundamente, se cruzó de brazos y alzó la barbilla en un esfuerzo por mostrar una dignidad rayana en la altivez, pues para la naturalidad hubiera necesitado rescatar demasiadas hojas del calendario y volver a su infancia. Se había arreglado a conciencia. ¿Te vas con otro tío?, le había preguntado Quino al verla salir. Pues sí, y bien joven. ¿Y quién es el afortunado?, bromeó él. Horo. ¿Qué vas a ver a tu hijo? ¿A estas alturas? ¿Y para qué? Alguien tiene que arreglar esta situación antes de que nos muramos de hambre, ¿no? ¡Qué exagerada! Ten paciencia y confía en mí, mujer. Odio la miseria, ¿no lo sabías? Pues no sé qué pinta tú hijo en este tema, y si piensas pedirle dinero, lo tienes claro. Tú déjame hacer a mí.

Horo advirtió la presencia de su madre cuando apenas los separaban veinte metros. Hasta ese momento aquella mujer que permanecía frente al portal apenas había sido una figura imprecisa, probablemente la vecina del segundo esperando a su hijo, el de los escupitajos. Se detuvo por unos segundos, parpadeó, estiró hacia atrás los hombros y apretó los puños sin sacar las manos de los bolsillos. Una sorpresa desagradable provoca determinadas reacciones, cada cual tiene las suyas y los demás, si prestan la debida atención, las advierten antes que el propio interesado. He ahí el peor cierre de un pésimo día, pensó. ¿No se había marchado para siempre? Eso juraba en la hoja azul que les había dejado cinco años atrás. En aquel momento no supo ni quiso separar las presencias de las ausencias. No le interesaban ni unas ni otras. Ni

ella. Tampoco sintió curiosidad. Incluso valoró entrar en la escalera directamente, sin un saludo. Transparencia en los sentimientos, simplicidad en las formas. Debió intuir ella ese rechazo que se muestra queriendo o sin querer, porque con la precipitación de quien ha recibido un empujón se colocó frente al portal atajando caminos.

—No esperaba un buen recibimiento y no te culpo.

Horo sonrió, irónico. No te culpo. Nos abandona, se va con el hermano de su marido, se lleva el dinero y no me culpa.

—Pues gracias.

—¿Ni buenas tardes después de tanto tiempo?

Horo carraspeó y buscó en aquellos ojos enmarcados en rímel señales susceptibles de ser interpretadas, en especial para evitar descontrolarse, que por otra parte bien sabía resultaría inútil frente a una firme coraza de victimismo. El mundo entero se equivocaba con ella, el mundo entero tenía la culpa de lo que le sucediera. El mundo entero, ese injusto espacio que no se dejaba pintar con los colores a capricho. La miró, inclinó la cabeza y suspiró.

—Nico. ¿Qué te trae por aquí?

Hubo un repliegue de labios, labios que se extendieron de inmediato en un intento de sonrisa, malogrado a pesar de la aparición de los dientes.

—Nico... —repitió, pensativa.

—¿No esperarás que ahora empiece con lo de mamá?

La agresividad de costumbre disimulada tras una apariencia de contención que ella sabía falsa. El intento de ironía se transformó en una mueca con aires juveniles, tan fallida como la sonrisa anterior. Cerró los ojos, los abrió con lentitud y sujetó con ambas manos la correa del bolso que le colgaba del hombro izquierdo. Tiró de ella. No quería empeorar la imagen que bien seguro tenían de ella sus hijos. Durante los últimos años el hecho no le había preocupado en exceso, los daba por perdidos gracias a las mentiras que les habría contado su padre. Dio un paso hacia atrás y a continuación recuperó la distancia con otro hacia delante.

—Te preguntarás por qué he venido, por qué he venido a verte a ti en concreto. A Carlos lo dejaré al margen por el momento y Sena es un crío.

Las puntas de los zapatos de Horo oscilaron ligeramente. Primero hacia los lados, después alternando derecha e izquierda, golpeando el borde de un adoquín que sobresalía del conjunto.

—Nico, haz los cálculos bien y suma los años —dijo finalmente sin abandonar la atención que le reclamaban los zapatos—. A eso le añades lo hecho y lo no hecho, y el resultado te situará con exactitud en dónde estamos.

—Por supuesto sé que han pasado cinco años desde que me fui. Por cierto, la carta que os dejé deberías haberla leído con atención porque también puse en ella cosas importantes, sentimientos muy profundos. Y para que lo sepas, la escribí llorando. Deberías haber entendido lo que pasaba y ser un poco justo conmigo.

—Justo contigo —repitió Horo como si madurase una idea que exigía una reflexión

sosegada.

—Sí, justo conmigo. —La expresión de Nico quería ser un reflejo de lo dolida que se sentía, y de nuevo sus esfuerzos cayeron en el vacío—. Te lo creas o no, no tenía alternativa y no estoy dispuesta a pedir perdón. Si acaso que me lo pidan a mí porque yo fui la que sufrió durante años, la que tuvo que renunciar a sus hijos, la víctima de una situación insostenible.

Horo esbozó una sonrisa evidenciando sus esfuerzos para que resultara contenida.

—Pues no creo yo que tengamos la menor intención de pedirte disculpas por haberte ido, aunque podría discutirse respecto a lo de haber estado.

—Muy cínico por tu parte. ¿Es eso lo que os dice vuestro padre?

—Nuestro padre no nos dice nada porque nosotros también tenemos memoria y no necesitamos que se nos explique lo que hemos vivido.

Nico se revolvió clamando en silencio a un dios que seguía escondiéndose en los rincones de las azoteas, jugueteando con sus barbas blancas y burlándose de las dos sombras que discutían a sus pies, al fondo de la zanja. Ajeno a las plegarias, Horo se olvidó de los zapatos para echar una ojeada a un escenario que incluía a su madre. Tocaba acabar con aquella parodia de encuentro.

—Bien, tú dirás o buenas noches.

—De acuerdo. Volvamos al principio. Te preguntarás qué hago aquí esperándote durante una barbaridad de tiempo. —Alzó las manos mostrando las palmas, dedos tensos, y solicitando un silencio que tenía garantizado de antemano—. Déjame acabar. Me explico y tal vez me entenderás.

Se anunciaron las palabras, pero llegaron los desplazamientos en el pequeño espacio del callejón. Nico o Nicol o Nicolasa empezó a caminar en cortos trayectos de ida y vuelta frente al portal, bloqueada en su desazón, o esforzándose en aparentarlo. Había odiado aquellas calles desde el primer día. Hasta el cielo huye de este barrio, le dijo a Carlos un día preparando terrenos propicios al abandono que llegaría poco después. Horo volvió a dudar si dejarla en su teatrillo de cartones recortables o darle un margen, no tanto por una curiosidad que no sentía, sino por evitar motivos para una nueva andanada de quejas. De improviso la oyó hablar. Un rezo, o mejor, un conjuro en el que nadie cree, pero que debe oírse.

—Me marché porque no me quedaba otra salida. Mejor dicho, no quedaba otra salida para nadie.

— Eso ya lo has dicho —interrumpió Horo sintiendo una sorprendente satisfacción al hacerlo—. Pero es verdad y fue lo mejor para todos, aunque el portazo sonase raro.

—¿Portazo? —Las manos volvieron a aletear como sombras difusas—. Consideré que la separación necesitaba ser total, al menos en un plazo medio.

Horo se echó el pelo hacia atrás, luego metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los pies.

—Perdona, pronto llegará Sena y prefiero evitar una reunión familiar tan improvisada —dijo buscando que su voz sonara neutra.

Un paso decidido en su dirección, y después otro, y otro, hasta quedar a una distancia que a ella misma le resultó incómoda por su proximidad.

—¿Sabes que estamos en la antigua casa de tus abuelos, en donde tu padre y Quino vivieron de niños?

—Algo he oído.

—Pues sí, allí vivimos. Nuestra idea al principio era la de cambiar de ciudad y hasta de país, pero...

—Nico, no me interesan vuestros proyectos, ni los que os han salido bien ni los que os han salido mal.

—Me lo imagino —se vio obligada a decir buscando no ceder nivel en cuanto a sarcasmos —. Bien, pues para tu satisfacción te diré que últimamente las cosas no nos están yendo bien, me refiero a económicamente

—Oye...

—¡Déjame acabar! —gritó ahogadamente Nico—. Quino ha perdido el trabajo y en la peluquería cobro por horas una miseria.

Esta vez no hubo encogimiento de hombros, sino un gesto casi violento de incredulidad.

—¿Y apareces después de cinco años para contarme que se os ha acabado el dinero que te llevaste o que Quino anda sin trabajo?

—No, corto y claro, vengo para decirte que el piso en que vivís está a nombre de Carlos y mío.

La opereta mudaba a novela negra, la del absurdo quedaba a un paso. Las callejas del barrio componían un buen marco para desarrollar intrigas con un trasfondo social, asequible a quien le interesen tales argumentos. La miró y ella intuyó una ira que le hizo dar un paso atrás. Pues bien, si la odiaba, que la odiase, pero ella no había vuelto al barrio para recuperar amores.

—Repito, el piso está a nombre de los dos y eso quiere decir que la mitad es mío.¿Ahora comprendes por qué he venido?

—¿Qué debo comprender?

Rencor, insolencia, humillarla. Ella tenía una personalidad que la diferenciaba de la mayoría de las mujeres, ella sabía lo que quería. Alzó cuanto pudo las cejas y sujetó el bolso con fuerza.

—Pues no es tan difícil, vivís en un piso que también es mío sin que yo reciba nada.

Por primera vez Horo sonrió lejos de muecas forzadas. Cualquiera lo hubiera advertido, y a ella según qué detalles no se le escapaban, que la sonrisa tenía trampa.

—Si te crees lo que parece, harás el ridículo, Nico. Ni te lo imaginas. En pocas palabras, es una sandez. Te lo garantizo.

—Pues aunque no te lo creas me he informado y tengo derecho a cobrar un alquiler.

Horo entornó los párpados y apretó los labios.

—Estás loca —dijo, el tono cansado.

Luego se giró y entró en el portal.
—¿Loca? Pues la próxima vez vendrá Quino y ya se pondrán de acuerdo entre hermanos.
Fue lo último que oyó.
La bombilla fundida seguía sin reponerse.

19

Mi sonrisa es irresistible para las mujeres decías y soltabas carcajadas que sonaban a aullidos la cogiste de los hombros y le plantaste dos besos y soltando solo te faltó verla riéndote las gracias y yo me quedé tan desplazado que no supe qué hacer por vuestra falta de delicadeza me faltaban las palabras y seguía tragándome ¿y debo pronunciar Nicole o Nicol? ese fue el principio del suplicio ¿pero qué te imaginas?

Golpeó con la cabeza el respaldo de la butaca y apretó los puños. A su alrededor el silencio parecía palpitar al ritmo de las sienes.

¿Qué está pasando con Quino? pues nada os lo estabais montando ante mis narices ¿qué *está pasando con Quino? y tú encogiéndote de hombros ojos en blanco no se trataba de celos porque no te quería sino de recuperar mi dignidad yo hablaba tú abrías los ojos yo seguí doliéndome de las palabras que se me escapaban te debiste divertir aunque comparado con lo de la noche de fin de año aquello no pasó de ser un mal ensayo.*

Se iluminó la ventana al otro lado de la calle, la del chico que reivindicaba a gritos y a diario poner un candado en la puerta de su habitación, ¡tengo derecho a mi privacidad! Son historias de vecindad que se saben o se sospechan a partir de lo que se ve y se oye. El perfil de Carlos recogió aquella luz con una fina línea de color ámbar que le turbó las ideas y congeló el discurso. Se apretó contra el respaldo del sillón, empujando, la cabeza porfiada en tantear la zona superior, golpeándola. La lámpara que colgaba del techo de la galería, pantalla cuadrada, continuaba apagada a pesar de que en el exterior el atardecer declinaba. Apenas necesitaba alargar el brazo, pero encender aquella lámpara equivalía a admitir la noche, y la noche le atormentaba. Cerró los ojos. La ventana del vecino emitía una luz lejana que le daba a su rostro un brillo diferente.

Las mujeres me buscan porque ellas se divierten conmigo y yo me divierto con ellas la gente quiere pasárselo bien entérate yo me decía que no que es una barbaridad que me engaño que exagero lo negabas y hasta me consolabas ¿en qué concepto me tienes? ¿y eso piensas de tu propia mujer? ¡qué ridículo debí resultar!

La puerta se abrió con un sonido metálico y se cerró con ecos de madera reseca. El respaldo del sillón se alejó de la espalda, el cuerpo inclinado con un esfuerzo que no distinguía las articulaciones ni las respetaba. El rostro enfocando el pasillo, los ojos hurgando en la penumbra, atravesándola. Apenas se distinguía el movimiento de una mancha oscura, el sonido lejano de una voz saludando. No supo reconocer de quién se trataba, ni siquiera al oír

una voz que llamaba a Carlos, porque si las imágenes y las sensaciones se enmarañan, qué no conseguirán los sonidos. No sentía temor, tal vez, curiosidad. Sin embargo, quería preguntar a la sombra.

¿No serás tú?

La luz blanca del comedor se encendió con tal fuerza que él se vio obligado a cerrar los ojos. Fue un fogonazo deslumbrante. La luz molesta a la oscuridad, ¿o es al revés?

—Hola, Carlos.

20

Llevaría tiempo averiguar quién llamó a la comisaría y poco aclararía dado lo que sucedió. Lo cierto es que a media tarde una llamada anónima provocó una escena inhabitual en Barrio Antiguo, la de un coche patrulla circulando, nada de luces parpadeando ni sirenas ululando. El policía que conducía temía la irrupción de otro vehículo en cualquiera de las esquinas que se veía obligado a superar, una irrupción que provocaría un choque puesto que para comprobar que la vía quedaba libre él se veía obligado a invadir los cruces a ciegas, ¿qué si no?, y siempre de acuerdo con sus quejas, si otro conductor hacía lo propio en el mismo momento y lugar, allí se encontrarían.

—Pues pon la sirena, hombre —le aconsejó su compañero.

—Si lo hiciera, con estas estrecheces se montaría lo que ahora llaman alarma social, y ya sabes lo que ocurre con cualquier lío si la policía anda por medio. Carnaza para la prensa. ¿No ves que entre fachada y fachada hay poco más de dos metros?

— No te pases.

—¿Paro y lo medimos?

—Anda, sigue, y tranquilo porque no nos hemos encontrado con nadie.

—¿Y esta gente no tiene coche? Ni un aparcamiento hay.

—Los dejarán por los alrededores.

—Aquí viven miles de personas y por lo menos necesitarán meter y sacar sus cosas, digo yo, no sé, la compra, traer o llevar muebles, trasladar enfermos.

—Pues emplearán furgonetas de las pequeñas.

—¿Y qué pasa con el reparto? ¿No les traen paquetes? ¿Y con las ambulancias o con los bomberos? Imagínate que hay un incendio, aquí no cabe un camión cisterna.

—Pues lo tendrán estudiado.

—Esto —profundizó su compañero aprovechando el recuerdo de las últimas vacaciones — es lo mismo que ocurre en Venecia y bien que se apañan.

Eso es verdad —admitió el otro de mala gana—, la comparación es buena. —Luego lo repensó y recortó concesiones—. Verdad en parte porque los canales son más anchos que esto.

Sin aclarar el primer punto, llegó el segundo: los portales, unos portales entreabiertos que mostraban una oscuridad impenetrable y amenazaban con inesperadas apariciones.

—¿Y si sale quien sea de pronto corriendo o de un salto? —preguntó quien conducía

reduciendo la velocidad hasta poner el motor al borde del colapso—. La gente va directa a la calzada, qué remedio, y eso es peligroso. Además, seguro que con la idea de que no pasan coches, ¡hala!, afuera.

Esta vez su compañero no le respondió, lo que, con o sin motivo, le incomodó, pues la tensión de conducir por aquellas callejas se le iba acumulando en el estómago.

—O un viejo de esos que ni saben por dónde andan —insistió en su desahogo—, van despistados, en un mundo que no es este, y ya la tenemos liada.

—Los niños saliendo a lo loco, esos sí que son un peligro —reconoció su compañero—. Tú atento al frente que yo controlo los portales —propuso decidiéndose por fin a compartir desasosiegos. Él tenía otro carácter. No hay por qué ver siempre el lado negativo de la vida. Es un error que se paga en salud.

El coche patrulla frenó frente el 79 de la calle del Santo Palio. Incluso medio oculto por una suciedad de décadas, el número, metálico y centrado sobre un dintel de madera, resultaba legible. Habían recibido la orden de indagar respecto a un mensaje recibido media hora atrás. Una voz de adolescente aseguraba haberse encontrado con un viejo muerto, un vecino, lo de vecino se le escapó y lo delató. Debió advertir su error porque cortó la comunicación en el acto tras lanzar una palabrota. Como la mayoría de ese tipo de avisos, el clásico de la bomba aquí o allá, no se tomó muy en serio, sin embargo, en palabras del sargento de guardia, en este caso se hacía necesario asomar la nariz antes de tirar la nota al cubo de la basura reciclable, así llamaban al archivo temporal de falsas alarmas. El protocolo es el protocolo. Una broma de mal gusto, una entre tantas, otra de las que obligan a malgastar tiempo y energías. Por supuesto las filtraban, en especial aquellas tan groseras en su engaño que se eliminaban por sí mismas. Otras, las de mejor composición, las derivaban hacia distintas áreas, en general hacia los psicólogos o especialistas en comunicación verbal, a ver qué deducían. Tonterías, líos, y para nada. La llamada de un crío que suelta una memez y cuelga antes de que le coja la risa. Antes ni se registraban. ¿Entonces? ¿Por qué esta vez los enviaban a un barrio por el que no se debería circular? ¿Porque en aquella zona había habido un par de incidentes graves en los últimos tiempos? ¿Porque determinados medios de comunicación hurgaban en la porquería para satisfacer a sus lectores, oyentes o televidentes y llenar espacios entre anuncios y anuncios? En fin, se dijeron con resignación, mala suerte. Y es que ellos preferían el trabajo disuasorio. Les gustaba la expresión. Paseando entre miles de compradores y curiosos, con gente en las terrazas de los bares e incluso haciendo deporte cumplían con el objetivo de alejar descuideros y eso sí tenía sentido. En Barrio Antiguo no les gustaba ni entrar, y menos en coche. ¿Y para qué vigilar si no había nadie en la calle? ¿Ladrones? ¿Y qué iban a robar? ¿Cascotes polvorientos? Y los cuatro golfos de siempre tenían mejores lugares en donde divertirse.

El teléfono, lo habían discutido con frecuencia, es una tentación para los gamberros y los liantes, y con la locura de los móviles sin contrato el problema se había disparado. Y lo del número oculto habría que prohibirlo. El de la centralita intuyó lo que fuese en la voz de

quien había dado el aviso, una especie de excitación, de euforia contenida, eso al margen de delatarse como un vecino, y dio curso a la llamada. Conclusión, código naranja. Es decir, el sargento no se la iba a jugar porque nunca se sabe dónde se oculta el premio. No se había justificado demasiado al darles la orden, simplemente un no me ha gustado lo que me ha dicho el cabo, así que os dais una vuelta, os aseguráis que nada de nada y luego os vais para la plaza de las Monjas a ver qué pasa con los robos en las terrazas. Atentos a los que van en bicicleta y tienen mala pinta. Dicho y hecho, qué remedio, y encajando las porras en el cinturón y las gorras en las cabezas, avanzaron hacia el portal. Empujaron la puerta y penetraron en un espacio tan sombrío que casi tropiezan con el arranque de la escalera. Menudas casas, se quejó uno y su compañero prefirió dejarlo estar, sin comentarios. Una vez se adaptaron a la oscuridad, descubrieron una tira de buzones metálicos, cuatro a la derecha y cuatro a la izquierda, y los restos de una cenefa con leones descascarillados enlazándose por la boca y la cola caminando en sentido ascendente.

Se encaminaron hacia el primer ventanal, vidrios rojos y blancos formando un tablero de ajedrez. Desde allí se asomaron al hueco, escuchando.

—¿Y ese olor a podrido? —se preguntó uno arrugando la nariz.

—Lo normal visto el paisaje. ¿Nos vamos? —propuso el otro—, estamos perdiendo el tiempo.

—Espera —respondió el primero—, ya que hemos venido, echaremos una ojeada no sea que la fastidiemos.

Le sucedía lo mismo que al cabo de la centralita y al sargento. El por si acaso, en según qué circunstancias, supone un buen argumento en la toma de decisiones. Alcanzaron el primer rellano y pasaron frente al segundo ventanal en silencio, evitando referirse a la peste que se intensificaba con cada escalón. Esto es como andar por un cementerio abandonado, pensaron los dos aunque ninguno lo dijera. Alcanzado el tercer rellano se detuvieron. Dieron varios pasos en una dirección y en la contraria y se miraron. Para satisfacer la curiosidad, suficiente, y para cumplir con el expediente, también. El que conducía habitualmente, tras estudiar las puertas con sus timbres y picaportes de latón a los que el tiempo había dado la pátina de un valor del que carecían, empezó a bajar. Su compañero hizo ademán de seguirle, pero antes, a saber si para coger impulso o para acercarse al cuarto ventanal dado el cambio de colores, el rojo y blanco cedía su lugar al azul, subió un par de escalones y entonces le vio.

—Vaya por Dios —avisó—. Sube, me temo que nos vamos a quedar un rato.

Tras tantos servicios formando equipo se conocían y se apreciaban, por lo que su compañero se limitó a bufar y a obedecer.

—¿Qué has encontrado? —preguntó por el camino.

La respuesta no llegó y él prefirió no insistir porque por el tono ya había comprendido. Ni un gamberro ni un imbécil, o un gamberro y un imbécil que esta vez decía la verdad. Mal asunto y buen ojo el del cabo. De tanto en tanto sucede y entonces toca ejercer el oficio en su versión menos agradable, y es que él no se acostumbraba a ver muertos. Ni con uniforme ni

de civil.

—¡Joder! —exclamó al llegar.

El anciano, que desprendía un fuerte hedor, permanecía estirado en una postura que recordaba antiguas danzas tribales o regionales. El cuerpo, tendido sobre los últimos escalones del tramo intermedio de la escalera, justo bajo el ventanal, bañado por una suave luminosidad azulada, tenía la pierna izquierda estirada y la derecha doblada, como si se dispusiera a ejecutar una pirueta o lanzarse al ingrávido vuelo de los bailarines clásicos. Los brazos permanecían alzados, casi paralelos. La cabeza, que en principio se había llevado la peor parte, de perfil, torcida hasta certificar quiebras, pegada a un charco de sangre que negreaba por los bordes. Un sombrero marrón y mugriento asisitía a la escena impávido desde un rincón. Los dos policías se arrodillaron a la altura de la cabeza con un gesto que pretendía ser de desolación, lástima de hombre, y se quedaba en contrariedad, qué asco de hombre. Uno le colocó la mano frente al rostro, la dejó allí unos segundos y después negó con un soplo. Nada que hacer, muerto. Por su parte, el cadáver, abiertos los ojos con un asombro un punto infantil, mantenía la boca torcida, enseñando lo que le quedaba de la dentadura, cuatro o cinco dientes amarillentos, dando la impresión de querer sonreírles, de agradecerles su presencia en aquellos momentos sin duda difíciles para él, sin acabar de conseguirlo por falta de ánimos. Sobre su cuerpo flotaba un olor acre que combinaba lo dulzón con lo amargo, incluyendo lo que no dejaba de ser la peste propia de quien anda sucio por la vida.

—El pobre se esforzaba en ir lo mejor arreglado posible —comentó el policía que se lo había encontrado señalando la corbata apoyada del revés sobre un hombro, como una mano amiga.

Su compañero asintió, respetuoso ante quien no dejaba de ser un muerto, aunque la suciedad de la chaqueta, de la camisa, de la corbata y de los pantalones cuestionaba tal opinión.

—Estas casas a lo mejor no tienen ni baño y a su edad no iba a andar metiéndose en un barreño —justificó aquel intuyendo el desacuerdo—. Yo me refiero a que se esforzaba. Fíjate en los zapatos, brillan, y bien gastados que están. En la ciudad hay miles de estos miserias. No los meten en un cubo de basura y fijan la tapa con tornillos porque perderían sus votos, el de los viejos, y en este barrio hay muchos.

—Y apesta a vino —añadió su compañero tratando de evitar que el cruce de opiniones se convirtiera en un poco respetuoso contrasentido dado el motivo de su presencia en el lugar—, a vino rancio o a licor de garrafa. ¿Y a qué huele la escalera? A humedad no.

La opinión fue acogida con un movimiento de hombros, a saber o no importa. Tras lo cual ambos se pusieron en pie.

—Hay que dar parte —sugirió quien conducía habitualmente—. Ya voy yo. Si alguien sube o baja, mejor tomarle los datos. Se le identifica y fuera. Entre que llamo, avisan a la ambulancia y al juez y demás tenemos para un par de horas largas.

—Como poco —respondió lacónico su compañero.

Oyó alejarse los pasos. No le gustaba quedarse solo con un cadáver en medio de aquel escenario con toques lúgubres, evidente, pero llevaba un uniforme para el que lo de los gustos ante determinadas situaciones no dejaba de ser un capricho que no se podía permitir. Uno puede hacerse el despistado ante ciertas incidencias, un grupo de energúmenos de juerga, unas prostitutas marcando cuerpo, un crío fumándose un porro, grupos de vendedores ambulantes, un par de manteros desorientados, etcétera, pero con un muerto por en medio, no. Rodeó el cadáver en busca de nuevas perspectivas que le permitieran añadir algo relevante llegado el momento, tipo marcas o una tarjeta, un papel, lo que sea. Sin tocarlo, por supuesto. En un primer plano las suelas de los zapatos, con grietas extendiéndose como varices ennegrecidas sobre una piel marrón rugosa por el uso. Los calcetines se enrollaban alrededor de los tobillos y dejaban al descubierto la fragilidad de las espinillas. La chaqueta se había abierto en forma de alas de mariposa exponiendo un deshilachado forro que en su deterioro movía a la compasión. Pobre viejo, se dijo contemplando aquel rostro que examinado desde arriba quedaba dominado por la parte inferior de la dentadura, lo mismo que esos perros enrabiados con la mandíbula desencajada.

Su compañero reapareció al cabo de unos minutos, con la gorra puesta y gesto de preocupación. Bien sabía él que tras aquel rostro abotargado y reflejando fastidios había un buen tipo que detestaba la violencia y que para ocultar su timidez se parapetaba tras una capa de agresividad. Con tantos años de patrullar juntos son cosas que se acaban sabiendo.

—Ahora vienen —saludó, serio.

—¿A quién le toca?

—Creo que a Dusco.

—¿No anduvo él por estos barrios hace poco investigando el crimen de un chaval, un pijo metido a antisistema?

—Exacto, y desde entonces anda de mal humor. No lo resuelve y los de arriba le presionan.

—Lo recuerdo, el hijo de un pez gordo, un niñato que se les salió por la tangente, la típica oveja negra que se realiza amargando la vida a los demás y luego aquí no ha pasado nada. Pero a este le salió rana el invento porque le machacaron la cabeza.

—¿Y lo de aquel viejo que tiraron al suelo y la palmó?

—Bueno, para eso mandaron al sargento, cuatro fotos, dos preguntas y a otra cosa. Era un pobre diablo que no se aguantaba ni los pantalones. Y eso que este barrio parece más tranquilo que un cementerio al amanecer.

—Eso es verdad.

Quien solía conducir se arrodilló junto a la cabeza de quien aún no sabían que se había llamado en vida don Leandro. Desde su nueva ubicación empezó a estudiar los dientes que seguían pugnando por escapar de una boca amoratada. Sacó un pañuelo y se tapó la nariz con él.

—¿Sabes qué intuición acabo de tener?

—Adelante.

—Juraría que a este hombre le han empujado.

—¿Y eso?

Señaló la cabeza que seguía en una posición imposible si del mundo de los vivos tratáramos.

—Cuando te empujan, tiendes a agarrarte a lo que sea, en este caso a la barandilla, y si andas flojo de fuerzas, que me imagino es, era, el caso, hacerlo únicamente sirve para girarte antes de seguir cayendo. Vamos, que bajaba y le dieron por la espalda. Subiendo sería más difícil que se hubiera quedado en esa posición. Seguro que tiene señales en la espalda.

—¿Que si tiene señales? Estará de morados hasta la coronilla.

—Y te diré más, teniendo en cuenta el escenario del óbito, este hombre conocía a quien lo hizo. Aquí no hay donde esconderse.

Hubo unos instantes de abstracción compartida.

—¿Quien sea apareció por detrás cuando bajaba?

—Algo así.

—O que le diera un mareo, o que estuviera tan borracho que perdiera el equilibrio y entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Pues entonces lo mismo, trató de agarrase a la barandilla y al hacerlo la propia inercia hizo que se le girara el cuerpo.

—O le dio un síncope y se cayó en plancha y de espaldas, o le empujaron de frente y ni agarrarse a la barandilla pudo.

—No lo creo, pero muchas veces las cosas no son lo que parecen.

Hizo un gesto de aprobación ante sus palabras tras el cual se desplazó a los pies del cadáver.

—Por la postura sigo creyendo que lo del empujón es lo más probable, Me da que sí. —Miró a su alrededor—. Además cuadra mejor con el escenario, ¿no crees?

—Podría ser, ¿pero no crees que si subía el cuerpo hubiera quedado más centrado, incluso un poco de lado?

—Piensa, si hubiese caído subiendo, de espaldas, lo hubiera hecho planeando, y fíjate en que se ha quedado espatarrado.

—A ver qué dicen los peritos.

Iban a empezar a cuestionar la valía de dichos peritos, pero en ese momento les llegó el sonido de un coche frenando.

—Ya están aquí —dijo uno y se caló la gorra—, mejor será que baje para ir poniéndolos en situación.

De nuevo su compañero se mostró de acuerdo, es lo que tiene el reparto de roles, aceptarlos sin complejos facilita la relación.

—¿Así que Dusco? —casi gritó porque le había perdido de vista.

—El mismo —le respondió una voz a medio eco.

—Pero si este hombre es... —empezó mientras de nuevo se acuclillaba junto a los zapatos.

Se quedó estudiando las suelas desgastadas y las espinillas, tan frágiles, a la espera del inspector Dusco, un buen profesional atosigado por un trabajo que él consideraba inútil. Nos pueden, compañeros, nos pueden, solía decir. La mala gente se reproduce como las ratas y cada vez son más y peores. Nos hemos convertido en el adorno de una sociedad que se cae a pedazos, que ha perdido el norte, y encima somos un adorno que cada vez luce menos. Por eso no nos quieren, porque resultamos poco lucidos y no demasiado útiles. Así hablaba en los momentos de mayor desánimo, momentos que se habían convertido en frecuentes en los últimos tiempos. Una lástima porque tenía un buen historial, o por lo menos nadie podía reprocharle haberlo hecho mal en un momento o en otro. Una hoja sin borrones merece una medalla al mérito policial. ¿Y yo pensaré igual dentro de veinte años?, se preguntó el policía sin dejar de estudiar aquellas canillas de cristal. Se negaba a aceptarlo. Soy un hombre fuerte, se dijo. Dusco solo se desahogaba y nadie le discutía el derecho a hacerlo de tanto en tanto. Demasiados años pisando mierda.

21

El encuentro con Nico le había dejado un regusto amargo, y en unos tiempos en los que su ánimo no andaba de subida. Poco le importaban los motivos de su aparición, tan ridículos, tan en su línea, ni haberse encontrado con ella tras cinco años, pero sí los problemas que traería su reaparición, lo presentía. Si no había cambiado, lo que excluía, su madre poseía una especial habilidad para complicar cuanto le quedara al alcance de la mano, y tenía la mano muy larga. Que no los marease, que no los marease. Que los dejara en paz. En especial a Sena, que andaba resistiendo a duras penas. El bueno de Sena. Días atrás le había comentado la aparición en su vida, siendo exactos, en su aula, de una chica llamada Olga. Al principio él había tratado de darle al asunto un aire festivo, pero pronto comprendió que se equivocaba porque para su hermano suponía algo serio.

No sé qué me pasa, la veo y me quedo bloqueado. Me digo que no deja de ser una chica, ¿verdad? Y chicas hay a montones. Me lo digo y me lo repito, es como las demás, pero a mí no me parece como las demás. Eso sí, como las demás, no me hace caso. Mira, al entrar en la clase la vi sentada al fondo y me dije es Ella, con mayúscula. Una cursilada, vale, pero hay situaciones que no se pueden explicar sin que parezcan tontos a los demás. ¿A ti no te ha pasado? No sé, cuando tenías mi edad. Así, según lo cuentas, pues no. Sena había suspirado, resignado. Me lo imaginaba, tú vas de sensato, en el buen sentido de la palabra, y yo voy de romántico en el peor, de romanticón. Quiero decir, de romanticón frustrado, fracasado. En aquel momento Horo comprendió que tocaba fortalecer ánimos y lo intentó. Inútil. Sena tenía una considerable capacidad para ser infeliz. Sí, Carlos y Sena lo necesitaban y Nico no pasaba de anécdota.

Al doblar el cruce que enlaza la calle del Párroco con la del Santo Palio, se encontró con una serie de resplandores naranjas, blancos y azulados. Frente al portal, su portal, tres coches permanecían estacionados con las luces encendidas, como si se estuviera celebrando una pequeña verbena sin música ni excitaciones. Una estampa inusual en un barrio en donde apenas circulaban cuatro pequeñas furgonetas de reparto. De los tres se dejaba ver el primero, una ambulancia con las puertas traseras abiertas, casi ocultando a los otros dos, uno de la policía a juzgar por el color de los reflejos que teñían intermitentemente las paredes de los edificios. Del tercero apenas asomaba parte de una puerta abierta. Junto a la ambulancia un hombre y una mujer vestidos de blanco discutían con acritud a pesar de que, en apariencia, se concedían mutuamente la razón. A su izquierda, frente al portal, dos policías uniformados

montaban guardia, uno de ellos con gesto severo, el otro reteniendo un bostezo a base de retorcer la boca. La policía y una ambulancia. ¿Carlos? Pasó junto a los enfermeros, que se hicieron a un lado, y se detuvo frente a uno de los policías, el de aspecto severo, porque se movió ligeramente para cerrarle el paso.

—¿Vive usted aquí? —le interrogó, pues a interrogatorio había sonado.

La voz no desprendía dejes ni autoritarios ni amables, si acaso destacaba por ser neutra y espesa. Horo asintió insistiendo en dirigirse hacia el portal, lo cual provocó una discreta aproximación preventiva del segundo policía, liberado de anteriores sopores. Aquel chico tenía un aire altanero, fuese por su altura, por la manera de moverse o por la mirada. Demasiado elegante para vivir en Barrio Antiguo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Horo, poco pendiente de las formalidades, señalando con la mano hacia lo alto del edificio.

De inmediato advirtió lo inadecuado de la pregunta, lo evidenciaba el gesto de contrariedad de ambos policías. Aquí las preguntas las hacemos nosotros, querían decir.

—¿Vive usted aquí? —repitió el policía, el mismo tono.

—Sí, vivo en esta escalera y mi padre...

—¿Es su padre Leandro Coro Car... Car...? —preguntó el segundo policía dando un paso hacia delante a fin de dejar patente que nada de actor secundario.

—¿Don Leandro?

Hubo un acuerdo compartido, sí, don Leandro, y a renglón seguido quien había decidido tomar la iniciativa se dirigió hacia el portal, entró y al cabo de unos segundos se oyó su voz gritando:

—¡Inspector! ¡Aquí hay un chico que afirma conocer a la víctima!

—¿Víctima?

No obtuvo respuesta, el segundo policía permanecía pendiente de lo que sucediera en el portal. Reapareció su compañero ajustándose el cinturón y la cartuchera que le colgaba con rigidez del costado, maniobrando como si saliera del lavabo y necesitara recomponer la vestimenta camino de la barra del bar. Hubo un cruce de miradas seguido de un gesto de aprobación.

—Ahora viene —le dijo a su compañero mientras le dirigía a Horo un revoloteo de mano, tipo espere. Él sintió el impulso de protestar, pero no lo hizo. Los problemas se le acumulaban y ya pesaban demasiado. Mejor obedecer, lo que hizo en medio de un incómodo silencio llevado con suficiencia por los policías y con una indignación contenida por su parte. ¿Qué había hecho o qué le había pasado a don Leandro para provocar aquel despliegue de fuerzas? Habían dicho víctima. ¿Le había dado un ataque de lo que fuese? ¿Se había caído tal como temían que acabaría sucediendo? Y si de un ataque o un accidente se trataba, ¿quién había avisado? Fue lo primero que pensó. Pero no, nada de accidentes. Por el accidente de un anciano no se organiza tanto jaleo. Se decidió por fin a preguntar, aunque no esperaba que le respondieran.

—¿Qué le ha ocurrido a don Leandro?

Los policías le observaron repitiendo los gestos iniciales, cejas, inclinaciones, y acabaron por desnivelar la balanza hacia una sospecha en apariencia menos firme.

—El inspector le informará. Nosotros no estamos autorizados.

—¿Cuánto debo esperar? —preguntó dando a entender que la situación le disgustaba—. Mi padre está enfermo y quisiera comprobar que sigue bien.

Se disponía a responder el policía de la misma forma, espere, y él a insistir, a saber los tonos de la nueva insistencia y los de la respuesta, cuando surgió del portal un hombre de considerable volumen horizontal y regular vertical. Vestía según los cánones que se esperan encontrar en un inspector de la policía. Pelo peinado hacia atrás resaltando unas considerables entradas, barba cerrada de un par de días, ojos pequeños, nerviosos, nariz chata y considerable papada. Daba la impresión de encontrarse presto para corregir conductas ajenas, con esa palpable tensión que amenaza con descontrolarse si el ambiente no lo considera el adecuado. Uno de los policías se le acercó hasta quedar a su altura.

—Inspector, este es el joven que afirma conocer a la...

El inspector alzó una mano silenciando explicaciones ante lo obvio y caminó con lentitud hacia Horo. A pesar de lo moderado de la temperatura sudaba, o al menos la frente le brillaba con una humedad grasienta. Se detuvo a poco más de un metro, tosió, tos seca de fumador, bronquial, elevó los ojos hacia una de las farolas, ¿de dónde salen tantas polillas?, pareció decir y volvió a toser.

—¿Le han tomado los datos? —preguntó con el cansancio de quien se sabe cautivo de la inoperancia y los despistes ajenos.

—Decidimos esperarle a usted —respondió sin vacilar el policía más inclinado a tomar la iniciativa—. Afirma vivir en esta escalera y conocer a la víctima. Por lo de la vecindad, cabe suponer.

—De acuerdo. ¿Lleva aquí...?

—Lo que he tardado en darle aviso.

La respuesta acompañada de un paso atrás satisfizo al inspector, y al tiempo que asentía con lentitud, fijó sus ojos en los de Horo. Lo hizo juntando los párpados, afilándolos como si quisiera penetrar en los secretos de quien, en apariencia y sorprendentemente, se mantenía imperturbable ante una situación que al menos debería incomodarle. Nada impresionado, sino molesto ante la situación, aquel joven esperaba empezar y acabar con las preguntas que le hicieran. Se le notaba.

—Veamos, ¿se llama...? —empezó hinchando el tórax hasta igualar su perfil con el de una barriga que superaba con apuro la falta de elasticidad del cinturón.

—Horo Gris.

—Veamos, señor Gris, al parecer usted conocía a ese infortunado anciano.

¿Había muerto don Leandro?

—¿Qué ha ocurrido?

Don Leandro. Desaseado, alcohólico, trasnochado o cargante con sus revoltijos entre la historia real y la falsa en tantas ocasiones, no dejaba de provocarle ternura. Aquel hombre resumía una legión de ancianos maleados por las malas experiencias y los fracasos. A su favor, nunca había perdido la aureola de luchador en perpetua derrota, y mostraba sus heridas con el orgullo de quien se mantiene firme gracias a ellas. Yo no sé qué me traerá el futuro, decía a menudo, pero sea lo que sea me encontrará de pie. De pie, insistía zarandeado por el alcohol, apuntalándose entre la barandilla y la pared de la escalera para mantener la verticalidad, o su palabra.

—Me temo que tenemos malas noticias si usted le tenía aprecio. Mucha edad, pocos reflejos, a lo mejor iba bebido, perdió pie en la escalera y...

Don Leandro sujetándose a la barandilla al subir o bajar por las escaleras, don Leandro apoyándose en las paredes de las callejas para recuperar el aliento, don Leandro sugiriendo en las tiendas su estado de necesidad y negándose en un primer momento a la caridad para ceder de inmediato, don Leandro encendiendo las velas para orientarse por el basurero en que había convertido su casa, don Leandro evocando los buenos clientes y mejores minutas de otros tiempos, don Leandro dejándose caer con alivio en algún banco de la plaza de los Mártires cuando lograba llegar hasta allí.

—Comprendo —dijo Horo balanceándose sin separar los pies del suelo—. Es raro y lógico al tiempo. No sé.

El inspector asintió.

—Por el olor que desprende bebía, o al menos hoy había bebido. Y sumando embriaguez a la torpeza propia de la edad y hasta a la inseguridad de esos escalones, porque subir y bajar por esta escalera exige lo suyo, estamos donde estamos. En fin, hemos intentado contactar con algún vecino y o no están en casa o prefieren no abrir. Silencio de camposanto, se diría, porque, sin ánimo de ofender, hay por aquí una cierta sensación a digamos ausencia de vida.

Tras recordar a Sena y sus opiniones al respecto, Horo se limitó a escudriñar el interior del portal tratando de distinguir el cuerpo de don Leandro.

—Bien —prosiguió el inspector dejando de lado su última observación—, de momento lo dejamos en que no están. Para qué engañarnos, en según qué ambientes cuando decimos lo de policía, abran, provocamos una reacción de alarma o de recelo, depende de temperamentos y de la situación de cada cual. Los oyes respirar y no conseguimos ni que respondan. En mi opinión no se les puede culpar demasiado según van las cosas en esta ciudad. Bien, en esta ciudad y en todo el país. Por no decir en el mundo.

El discurso fluía lo mismo que el discurso de quien necesita liberarse de una preocupación, y lo hace entre el intimismo y el distanciamiento, como si él mismo fuese el destinatario de sus palabras.

—Perdone, inspector —dijo aprovechando una pausa debida en apariencia al efecto hipnótico que había provocado en aquel hombre su reflexión—, les decía a los agentes que mi padre está enfermo y debo asegurarme que sigue bien lo antes posible. Es el cuarto izquierda.

Algo hubo en tan razonables palabras que alejó al inspector de sus ensimismamientos. Volvió a buscar los ojos de Horo, intrigado súbitamente por lo que él sabría.

—¿Ha dicho...?

—¿Perdone?

— Me refiero al piso.

—Es el cuarto izquierda.

—Y el difunto, ¿vivía?

—En el cuarto derecha.

—Les incomodaría el olor del piso, ¿no?

La simple insinuación, si lo había interpretado correctamente, a Horo le resultó una sandez con ínfulas insultantes.

—Sí, es cierto. Solemos dejar la ventana de la escalera entornada.

—Ahora estaba cerrada.

Horo se encogió de hombros.

—No es lo habitual.

—¿Y quién que no sean ustedes va a subir al cuarto piso para cerrar la ventana? —continuó el inspector.

—Lo siento, inspector, no tengo ni idea.

El inspector tosió y a continuación, dando a su tono un aire ligero, casual, decidió lanzar lo que parecía un comentario sin importancia.

—Nadie ha respondido en el cuarto izquierda.

Horo se tomó de nuevo unos instantes antes de responder. Mejor controlarse.

—Como le he dicho, mi padre está enfermo y nunca tenemos visitas ni nos traen nada. Es decir, aunque llamen, él no abriría, mi hermano no ha llegado y yo sigo aquí.

—¿Permanece su padre en cama?

Horo rebuscó entre los restos de su paciencia y allí, en el fondo, encontró las fuerzas suficientes para no buscarse problemas.

—El hecho es que no suele moverse del sillón. —¿Por qué tantas explicaciones? ¿Porque se trataba de un policía y le reconocía un derecho inquisitorial?—. Es complicado de explicar. Padece un tipo de demencia...

—¿Alzheimer

—No exactamente. Según el médico ha perdido el sentido de la realidad.

Hubo un súbito reconocimiento de la responsabilidad, de la seriedad o de la profesionalidad, todo propio o ajeno, en el rostro del inspector. El resultado fue un giro en la orientación del intercambio de preguntas y respuestas, tal vez buscando recuperar objetivos, o se habían acabado las maniobras de distracción y llegaba el interrogatorio.

—¿Qué sabe usted de...?

—En la documentación consta como Leandro Coro Caramel —se oyó articular a uno de los policías desde un segundo plano.

Al hablar había dado un paso adelante, paso que desanduvo con marcialidad al instante. Horo se movió hacia un lado y apoyó la mano sobre la reja lateral del portal, una ligera caricia. Que menospreciaran sus problemas cabía en una lógica que él mismo trataba de aceptar, de modo que volvió a rebuscar entre los restos de su paciencia y se dispuso a dar cuanta información poseía. Se trataba de abreviar.

—No demasiado. Imagino que habrán advertido el estado de su ropa, su falta de aseo, su estado físico, y si entran en el piso, se asustarán.

—Falta la orden judicial y sin orden judicial es ilegal —afirmó rotundo el inspector y luego buscó la conformidad del policía más cercano, el cual asintió con gravedad.

—Cuestión de diez o quince minutos —respondió este—. Está en camino.

—Cuando entren —enlazó Horo intentando evitar todo lo que comportara retrasos—, se encontrarán con tal suciedad que han llegado a denunciarlo. No me pregunte el motivo, pero hace años que don Leandro no bajaba la basura a la calle. Al menos eso se dice.

—¿Se dice?

—Por el barrio, es una forma de hablar.

—Lo de denunciarlo, ¿podría darme algún nombre? ¿Usted, por ejemplo, llegó a hacerlo? Se supone que ustedes eran los principales perjudicados.

Horo negó con lentitud. Lo de principales perjudicados había sonado a principales sospechosos.

—Nosotros no. Si me enteré fue porque se presentaron hace unos meses los de Sanidad y me dijeron que había una denuncia, y que no era la primera. A nosotros nos daba lástima y hasta nos caía simpático. Muchas veces nos preguntábamos cómo podía soportar vivir de esa forma. Según él había cumplido los noventa.

—Lo de la peste lo hemos comprobado nosotros mismos. Prosiga. ¿Familia? ¿Conocidos? ¿Amigos? ¿Enemigos?

Horo consultó el reloj buscando evidenciar sus premuras ante quien le observaba con gesto neutro.

—Con los hijos no se relacionaba. Decía que ni siquiera sabía dónde estaban ni si seguían vivos. Ya se cuidan ellos de mantenerme lejos, bromeaba. La mujer, siempre según él, murió pocos años después de dejarle para cuidar de los nietos. Según él la atropelló un tranvía hace algunos años. Si tenía otros familiares, lo ignoro. En cuanto a amigos le garantizo que no. En algunas tiendas le daban comida de vez en cuando y poco más. Era el típico vecino al que muchos conocen y nadie trata. Para la gente del barrio no dejaba de ser un ser marginal, y él nunca consideró su gente a la del barrio.

—¿Hablamos entonces de un indigente con ínfulas? —preguntó el inspector entre cuyas manos había aparecido una libreta en la que escribía sin pausa.

—¿Ínfulas? No, creo que no. Y sobre lo de indigente, es posible que técnicamente lo fuese. Como le he dicho aguantaba gracias a lo que le daban unos y otros, y procuraba llevar su miseria con dignidad. Según decía y repetía cuando nos cruzábamos por la escalera en sus

tiempos ejerció de abogado de gente importante. Creo que es cierto, lo contaba con demasiada tristeza para estar mintiendo.

El inspector frunció las cejas e inclinó la cabeza, como si quisiera recomponer una imagen que de pronto se hubiera distorsionado. La libreta esperaba.

—En sus tiempos...

—Hablamos de los anteriores a la sublevación de los jornaleros —prosiguió Horo obviando fruncimientos e inclinaciones, y poniendo la atención en un profundo desconchamiento de la fachada opuesta, justo sobre el techo de la ambulancia—. Aquellos días, los llamaba nefastos, supusieron para él el principio del fin. Sus clientes abandonaron el barrio y se olvidaron de él. Se culpabilizaba por no haber tenido el coraje de trasladar su despacho fuera de aquí.

—Una historia curiosa, pintoresca —sonrió condescendiente el inspector.

Instintivamente Horo negó con la cabeza, y lo hizo con mayor brusquedad de la que hubiese deseado.

—Más bien triste, habría que ponerse en su lugar.

Comprensivo, el inspector se mostró conforme.

—De acuerdo, concluya.

—Sin clientes y olvidado por quienes habían salido huyendo—abarcó la calleja a derecha e izquierda con la mano—, empezaron las desgracias. Al principio, confiado en que los malos tiempos serían pasajeros, mantuvo su nivel de vida, un abogado necesita una buena imagen, aseguraba cuando la suya ya resultaba deplorable. Es decir, fue gastando el dinero que le quedaba hasta que se le acabó. Se le acabó el dinero y siguieron sin llamarle los viejos clientes. En consecuencia, las maldiciones le cayeron encima en perfecto orden de combate. Eso también es suyo, literal.

—Un hombre resignado, o derrotado —concluyó el inspector.

—Quizá ambas cosas —convino Horo—. Después, cambió de piso, velas, agua de la fuente, caridad, asistencia social y cualquier tipo de alcohol que pudiese conseguir. Todo bajando por la escalera de la vida, explicaba, no crea que me veo donde me veo de la noche a la mañana. Yo no creía ni creo nada, sin embargo, siempre lo he conocido en el último escalón. Bien, en el penúltimo visto lo visto. Faltaba este accidente.

El inspector se inclinó hacia adelante, las cejas formando una sola y abultada arruga en el entrecejo, el índice de la mano derecha señalándole en una vuelta a las sospechas.

—¿Y quién le ha dicho a usted que se trata de un accidente?

La paciencia exhaló un último suspiro antes de doblegarse. Con la vista puesta en aquel índice grueso y corto Horo replicó sin buscar las modulaciones de voz apropiadas.

—¿No llevan diciendo desde que he llegado que don Leandro se ha caído por las escaleras y está muerto?

No aparentó molestarle al inspector el cambio de tono, muy al contrario. En el fondo, el chico tenía razón.

—Caído, se ha caído y se ha golpeado la cabeza con el rellano, o fue rebotando en los escalones y se acabó. Punto uno. —La sonrisa del inspector tenía un deje triunfal, de satisfacción ante el truco de magia que despierta los previsibles asombros—. Lo que sucede es que a lo mejor no se ha caído porque sí. Se lo explicaré claro y sencillo, es una suposición y desde luego no tendría por qué compartirla con usted, pero igual de esa forma consigo que recuerde algo que nos ayude. Verá, podría ser que a ese hombre le hayan empujado. ¿Comprende? Si ha sido así, se trata de encontrar un motivo, y si lo encontramos, será más fácil resolver el asunto.

Mientras hablaba los ojos del inspector escrutaban el rosto de Horo a la búsqueda y captura de reacciones.

—¿No ha sido un accidente? —preguntó este mostrando una sorpresa demasiado sincera como para ponerlo en la lista de sospechosos.

—He dicho a lo mejor. ¿Sabe usted que no hace mucho mataron a un joven por estos lares? ¿Y que semanas atrás a otro hombre de edad lo tiraron al suelo, y no lejos de aquí, y como resultado de ello falleció?

Horo no respondió, se limitó a aguantar la mirada que brillaba entre aquellos abultados párpados. Intuía que cualquier comentario que hiciese alargaría la situación.

—Muchas casualidades, ¿no? —El inspector señaló el portal de una forma imperativa—. Deje su teléfono al agente. Si lo necesitamos, nos pondremos en contacto con usted. Y ahora vaya a ver cómo se encuentra su padre.

22

Horo decidió no salir a correr. La acumulación de circunstancias poco agradables, la necesidad de aclarar los pasos a dar y lo de don Leandro le habían dejado casi sin tiempo y aún menos ánimos para hacerlo. Su vida había entrado en una espiral cuyo control exigía serenidad y reflexión, y eso intentaría hacer. Encontró a Carlos más excitado de lo acostumbrado, con las manos temblorosas, sin duda debido a los gritos y timbrazos de los policías.

—Todo va bien, tranquilo.

Si no hay receptor, no hay mensaje. Una vieja historia a la que por el momento no quería renunciar. Palmeó la larga y huesuda pierna de su padre y lo miró con desánimo, en ocasiones le resultaba imposible evitarlo. Carlos se mantenía en silencio, con los ojos entornados, la cabeza apoyada en el respaldo y las manos enlazadas sobre el regazo. Respiraba con lentitud, como si necesitara recobrar el aliento. Probablemente, al margen del bullicio que le hubiera llegado, habría andado enredado con uno de sus soliloquios durante demasiado tiempo y cuando eso ocurría, acababa extenuado. Todo lógico, todo habitual, todo previsible. Al menos en este punto.

—Yo he tenido un día largo y pesado poco agradable, ¿sabes?

Años atrás, no demasiados, aquel mismo hombre se mostraba muy interesado cuando él le decía algo similar de vuelta del instituto. Carlos, he tenido un día terrible. Cuenta, ¿qué ha pasado? El rostro, aquel rostro, reflejaba el afán por comprender, el esfuerzo por encontrar palabras de apoyo. Horo se cruzó de brazos y puso su atención en las manos que temblaban a pesar de permanecer apretadas entre sí. ¿Tantas venas y tan oscuras acabamos teniendo? ¿Tanto cuesta mantenerse sin temblores llegado un momento de la vida? De la calle llegó el eco de un coche al ponerse en marcha. Ojalá se tratara de la ambulancia llevándose el cadáver de don Leandro. Un deseo pobre, incluso egoísta, pero ahí estaba. Había tenido que pasar por su lado y, aun ya en el interior de un saco de aspecto metálico y cerrado, la proximidad resultaba inquietante. ¿De veras le habrían empujado? Imposible, absurdo. Aquel policía andaría con el aparato reflexivo averiado por haber lidiado con tantas y tantas barbaridades a lo largo de su vida profesional. Pero si tenía razón, la pregunta mudaba a ¿con qué materiales se elaboran los cerebros de ciertas personas? ¿De desecho? ¿Pero quién iba a hacer una cosa así? ¿Por qué? El maldito por qué que nadie sabe responder, o lo hace esgrimiendo tópicos en unos casos y en otros meras estupideces. Ya vale, se riñó, desvariar no me ayudará y dudo que

me sirva de desahogo.

Volvió a poner su atención en su padre. Con excepción de las manos, continuaba inmóvil, los ojos cerrados. Desde el fondo del pasillo, el eco de una voz, ¿la del inspector?, repartía instrucciones con entonaciones de mariscal de campo. Otras, menos tronantes, tropa de base, le respondían. Se intuía un trasiego constante en un espacio muy limitado. La escalera no dejaba de ser un lugar pequeño, dentado e incómodo incluso para cumplir su función original. Acaso había llegado el permiso del juez autorizando forzar cerrojos, romper puertas y adentrarse en el laberinto de basuras de la casa de don Leandro. O se quejaban por la tardanza de dicho permiso, o del propio juez, y se desplazaban de un lado al otro del rellano sin saber qué hacer. Súbitamente los sonidos aumentaron y se dejaron oír con claridad las quejas del inspector. ¡Que horror! Coincidió ese momento con la aparición de Sena al fondo del pasillo. Cerró la puerta como si alguien la empujase en sentido contrario, resistiéndose a quedarse fuera, y acto seguido hizo un gesto brusco con un brazo, ¡anda ya!, antes de avanzar mascullando quejas hacia el comedor, la mochila bamboleándose en su mano izquierda.

—¿Tú qué sabes de ese follón? —saludó prescindiendo por esta vez de la presencia de su padre—. En el portal han montado un concilio incluyendo dos policías que van de matones. Ah, y he tenido que identificarme. Ahora mismo hay un tío gordo delante de la puerta de don Leandro, para mí que la han forzado, con otro tío igual de gordo que de vez en cuando se asoma por la barandilla y suelta dos gritos. Menudo pestazo...

—Es por don Leandro —le interrumpió Horo.

—¿Y qué le pasa a don Leandro? ¿Con qué derecho han forzado la puerta?

Horo se levantó, le tomó del brazo y lo llevó hasta la cocina en un esfuerzo de discreción estéril porque nadie más atendería a sus palabras.

—Don Leandro ha muerto.

—¿Don Leandro qué? ¿Muerto?

—La policía dice que se ha caído en la escalera o que lo han empujado. No lo tienen demasiado claro.

Horo cogió un vaso del fregadero, lo llenó de agua y empezó a beber lentamente.

—Menuda memez. ¿Quién va a entrar en esta escalera y subir hasta el cuarto para empujar a un anciano que no se metía con nadie?

—Estamos de acuerdo, parece una memez.

—¡Mierda! Habrá sido un accidente, o una embolia o un infarto. Ya te dije que esa maldita oscuridad nos iba a dar un disgusto. Y con lo que bebía lo otro se veía venir. Pues menudo asco.

Sena salió de la cocina marcando los pasos. Mierda, repetía. Tocaba poner la mesa y llevar a su padre al comedor, lo que en ocasiones exigía tiempo y paciencia y, dado que en aquel momento lo veía dormir, o simularlo, el asunto se preveía peliagudo. Dejó platos y cubiertos sobre la mesa y se acercó al sillón dispuesto a las insistencias. Sin embargo, y ante su sorpresa, apenas notó su mano en el brazo, Carlos abrió los ojos y obedeció con docilidad poniéndose

de pie. A continuación se dejó conducir hacia su silla y se sentó, palmas abiertas sobre la mesa, esperando. Aliviado, Sena volvió a la cocina.

— A papá no hay quien lo entienda.

—¿Por...?

—Nada, es igual. —Se detuvo, como si tratara de recordar qué hacía allí—. ¿Hoy darás una vuelta o dos? Así me organizo.

—Hoy no salgo, se me ha hecho tarde y de paso con ese lío, entre otros —señaló hacia la puerta— se me han ido las ganas.

Sena sonrió con amargura, una expresión frecuente durante los últimos tiempos.

—Pues mira, te lo agradezco.

Ya en la mesa, por una vez los tres juntos, la escalera había recuperado el silencio. Sena, quizá intentando dejar de lado lo ocurrido, encadenaba anécdotas del instituto y de tanto en tanto invitaba a su hermano a que hiciese lo mismo sobre su trabajo. Declinaba este la propuesta, aquello tiene poco interés, te lo aseguro, y en consecuencia continuaban las historias de alumnos y profesores. De improviso Carlos, que hasta ese momento se había mantenido en una de sus fases de mutismo, dejó los cubiertos en el plato y susurró algo que no se entendió. Parecían ser antes letras que palabras.

—¿Qué dices?, preguntó Sena.

No hubo respuesta y las posibles letras continuaron sonando, cada vez más espaciadas. Horo advirtió que las manos le temblaban de nuevo y se las cogió.

—Venga, Carlos, tranquilo. No pasa nada, todo va bien.

—No se le entiende —dijo Sena con desánimo—, esto va a peor por días.

—Está nervioso por el jaleo que ha habido.

Decidieron acostarle antes de lo habitual. Sabían que la medicación le haría dormir hasta que lo despertaran por la mañana. Apenas se metió en la cama, los ojos cerrados, la respiración empezó a sonar pausada. Horo se inclinó y ajustó la colcha para cubrirle la espalda. Esperó. Por su parte, Sena, sorprendido por la rapidez con que había llegado el sueño, permanecía junto a la puerta. Salieron juntos del cuarto.

—Voy por un par de cervezas —dijo Sena encaminándose a la cocina.

Con ellas en la mano se reunió con su hermano en la galería. Visiblemente nervioso, y con un aún más visible esfuerzo por no evidenciarlo, empezó a hablar, y lo hizo recuperando el tema de su nueva compañera, Olga.

—Según la pintas, tendrás competencia —ironizó Horo.

—Dura, demasiado dura —admitió él—, pero ya me conoces, soy impermeable ante la derrota. Bueno, me gustaría serlo. El truco consiste en interpretar con esperanza las señales. Al final, la esperanza queda en nada, lo acepto, porque la realidad es tozuda y poderosa, pero mientras tanto uno encuentra ilusión en la pelea.

—Si la estrategia te funciona, ¿por qué no?

—Ojalá. Por ejemplo le pasas un ejercicio y va y te da las gracias sonriendo. Lectura

positiva, le caigo bien y esa sonrisa es una buena señal. Fantasía. Lectura negativa, es una chica sociable, es decir, hace lo mismo hasta con los profesores, lo que ya es hacer. Realidad.

Horo cruzó los brazos y contempló a su hermano con ternura. Un buen chico. Luego corrigió, no la opinión, sino su actitud. No le gustaban las posturas paternalistas, en especial con Sena. No se las merecía porque implicaban un sentimiento demasiado próximo a la compasión.

—Tú dame unos días y verás —continuó Sena lejos de tales reflexiones—. Lo malo es que, entre nosotros, llevar a cabo una maniobra de aproximación me cuesta porque supone abandonar el área de fantasía y a la que lo hago, me pierdo.

—¿Y se te ha ocurrido alguna idea para superar lo que llamaríamos timidez?

Sena movió la cabeza, dudando entre bromas y veras, y apretó los labios hasta liberarlos con un chasquido.

—Ando en ello, no te creas. Pero ¿voy a invitarla a venir a estudiar a casa con la excusa de ayudarla? Significaría el fin de mis sueños porque me obligaría a dar el maldito paso hacia la realidad.

— Planteado así...

Sena se inclinó, los codos en los muslos, las manos enlazadas bajo la barbilla. Ya no había picardía en sus ojos, sino una fría franqueza que presagiaba el fastidio que le provocaban las perspectivas de su inmediato futuro.

—¿O traerla a este barrio? ¿A este piso? Olga, te presento a mi padre. Papá, esta es Olga, una compañera. Venimos a estudiar.

—Eso no es justo, Sena, y son ganas de amargarse.

Hubo una desganada mueca de reconocimiento.

—A lo mejor tienes razón y si te apetece, te la doy. Lo de las ganas de amargarse, es más discutible. —Apuntó con la barbilla hacia el pasillo. Carlos hablaba en sueños—. Vete a saber si la suma de inconvenientes me sirve de coartada ante el predecible fracaso.

—No entiendo que te lo plantees así.

—No importa, déjalo, que tú también llevas lo tuyo a cuestas.

Punto final. El déjalo lo pedía. No insistas. ¿Empezamos a hablar en serio? ¿Superamos la pereza que nos da hacerlo? Y es que hay días y días, y hoy no es de los mejores. ¿Vamos dibujando paso a paso el plan? En realidad los dos sabían que el acuerdo únicamente debía firmarse, que el texto estaba redactado desde hacía meses. En unos minutos la presencia de la chica Olga quedaría oculta tras la luz que penetraba del exterior. Lo que se dejaba ver del cielo se había aclarado en un extravagante anochecer con un resplandor rosáceo de una dulzura inhabitual. Sena estiró el cuerpo hasta convertirlo en una tabla, brazos y piernas rígidas. Arqueó la espalda tomando aire y lo expulsó con un ritmo atlético, a pequeños resoplidos.

—Lo echaré de menos, era de lo poco simpático que había en este asco de barrio, y no se merecía morir tirado en la escalera. ¿Cómo era capaz de vivir de esa forma?

—Será que uno se acostumbra a lo que sea. Basta con sentarse en el declive y dejarse ir.

Por comodidad, por flojera y hasta por convicción. Haber razones, las habrá. Por ejemplo, salvar el día y no enredarse con el pasado ni con el futuro.

No pareció Sena estar de acuerdo porque negó con un vigor que alteró la calma que había controlado hasta ese momento.

—Si insinúas lo que sea relacionado con papá, es que no.

Horo lo miró, sorprendido.

—¿Y eso a qué viene?

Sena levantó las manos en señal de disculpa.

—Lo siento, pero me ha parecido entender no sé qué en la forma de decirlo, como una insinuación.

—¿Qué insinuación?

—Ni idea.

Horo respondió con un vaya apagado y señaló hacia la franja de cielo.

—Fíjate en esa luz, hoy toca día extraño. Son las primeras horas de la noche y da la sensación de que amanece. ¿Pasará lo mismo fuera del barrio?

La respuesta fue un encogimiento de hombros que presagiaba la vuelta a la calma con las obligadas dosis de sinceridad.

—Horo, lo siento. Un mal día. Tema papá, tema estudios, tema barrio, lo de don Leandro y hasta, y no te rías, lo de Olga. Por cierto, se decida lo que se decida, ¿podríamos buscar otro piso, aunque sea en la Zona Zero? De eso hemos hablado poco.

—Hay temas prioritarios, ¿no?

—Tú sabes colocarlo todo en su sitio. Hasta mis quejas. Yo soy de otra forma. Por ejemplo, reconozco que soy un pesado, un latoso que se consuela contándole sus quejas hasta a los charcos del camino. Es mi forma de enfrentarme a los problemas, quejarme, y, siendo franco, empieza a resultarme agotador, agotador y penoso.

—No te castigues.

Había tanta calma en aquella voz que Sena no pudo por menos que sentir un soplo de alivio, como si hubiese llegado al acuerdo de una rendición razonable tras una permanente batalla. No importaba ganar o perder, sino que acabara.

—El día ha sido un asco, de acuerdo, pero lo que te decía, esa chica ha alborotado mis frustraciones. Siendo una tontería, es verdad.

—Hay muchas tonterías que son verdad. Últimamente pienso que la mayoría de las verdades, bien pensadas, son tan tonterías como las mentiras.

—Lo dicho, eres un tío listo, y yo, con mis limitaciones, solo veo claro y estoy seguro de ciertas cosas. ¿Sabes qué creo?

Horo se recostó en el butacón y, aun consciente de que su hermano no lo miraba, le hizo un gesto invitándole a continuar.

—Por ejemplo, necesito salir de aquí. Esto es tóxico. Lo noto. Siempre lo he llamado extraño planeta barrio por poner titulares, encabezados. Sin embargo, ¿quién negará que

tanta estrechez, el aire enrarecido, la falta de luz, el estado de los edificios, un silencio que agobia, los millones de polillas nocturnas y etcétera no acaba pasando factura, que todo eso tiene un efecto negativo sobre la gente? ¿Recuerdas lo de los jornaleros?

—¿Y eso a qué viene?

—Viene a que quisieron arrasar el barrio. No se trató de una algarada al tuntún, no. Hay momentos que llegan porque deben llegar sí o sí. Piensa en la revolución francesa, en la rusa. O en Gandhi y en Mandela. Los movimientos se gestan durante años, eso he leído, me han dicho o me acabo de inventar, y nacen con un reventón. Los jornaleros se limitaron a dejarse llevar por la necesidad de reventar esto. Mal o bien, lo intentaron. Fracasaron, sí, pero un punto para ellos.

—Oye, ¿y si hablamos en serio?

—Estamos hablando en serio.

—Te estás desahogando en serio.

—Va a ser que no, pero vamos a dejarlo antes de que empiece a desvariar de verdad. —Sena se dejó caer sobre el sofá abriendo los brazos— ¿Qué tal anda tu dama hasta este momento ?

—Ahí sigue, igual de dama y en el mismo balcón.

—¿Y la encargada plasta?

—Supongo que seguirá de encargada e igual de plasta.

Se hizo el silencio, un silencio brusco. Horo consultó el reloj. Tarde. Sena contemplaba el suelo como se hace con un paisaje en el que nada se busca, que ni siquiera interesa. Viéndole dudó si acabar la velada lanzando fuegos artificiales como fin de fiesta. Hasta ese momento había preferido dejar de lado la aparición de Nico en la convicción de que Sena no pasaba el mejor de sus momentos. A pesar de ello ¿tenía derecho a ocultárselo? No, claro que no.

—Por cierto, voy a darte una sorpresa.

Hubo un parpadeo que significaba me he pasado de frenada o me he desahogado demasiado, lo siento, pero ando fastidiado, compréndelo.

—Ahí va, así te distraes de lo del barrio o de lo de esa chica. ¿Preparado?

—Preparado.

—¿A que no te imaginas quién me estaba esperando en el portal ayer?

—Ni idea, ¿quién?

—Nico.

La voz entrecortada por la risa le dio a entender que había acertado. Aquella noticia taparía otros pensamientos, otras preocupaciones. Al menos inicialmente.

—¿Mamá? ¿Mamá ha venido?

—Tal cual.

—¿Y a santo de qué?

—Pues a lo suyo, a decir tonterías.

23

Si el día anterior había serpenteado entre lo duro y lo desagradable, el siguiente se presentó diferente en los detalles y complejo en el conjunto. Implícita o explícitamente solicitar el ingreso de Carlos estaba decidido, lo sabía Sena y lo admitía él. Por desgaste de las perspectivas en sentido contrario o por acumulación de las desesperanzas había llegado el momento de admitirlo. Lo harían en cuanto Doctor lo considerara oportuno. Por ello, apenas se sentó frente a su mesa de la oficina tomó el móvil y llamó a la consulta. Respondió al instante la voz grabada de ¿Eloísa?, ¿Melisa?, recordando que el horario de consultas de psiquiatría se iniciaba a las cinco de la tarde, y las del gabinete de psicología, a las seis. Consultó el reloj, apenas las ocho y media de la mañana. ¿Qué esperaba? ¿Qué aquella chica se pasara doce horas en la consulta? Malena entró al cabo de unos minutos y, creyéndole pendiente del contenido de una de las muchas carpetas que permanecían ante él, le saludó levantando el pulgar de la mano derecha. El día se le haría largo.

Esa misma tarde, y ya en tiempo de consulta, la enfermera le recordó que para la visita programada faltaban tres semanas. Quisiéramos adelantarla si es posible, le dijo él. Se debió interpretar la petición en sintonía con recaídas, crisis y urgencias, por lo que se mostró comprensiva. Entonces trataré de encontrarle un hueco. ¿Algún retroceso en el estado de don Carlos? Me temo que podría llamarse así. Quede tranquilo, lo arreglaremos. Gracias. Y volvió a darle las gracias minutos más tarde pues cumplió lo prometido. En dos días y a las cinco, ¿va bien? Va perfecto, gracias. Dos días se harían largos pensaba una vez cumplido el horario camino de la salida de las Galerías. Ya en la planta cero una dependienta con la que solía intercambiar cuatro palabras de vez en cuando, le advirtió que X.R. andaba en aquellos momentos con una nueva exhibición.

—Lo que cobrará —suspiró, pesarosa—. Hoy han venido periodistas de esas revistas de chismes.

Aparcando por unos instantes remordimientos, ya andaría más rápido después, tomó la dirección contraria a la puerta por la que solía salir y se aproximó a la plataforma. ¿El motivo? En aquel momento ni se lo planteó. Allí se afanaban de nuevo dos chicas, las mismas o diferentes, una con los ojos y otra con la melena de la modelo. Los curiosos, los mismos o diferentes, rodeaban el escenario y colapsaban los pasillos colindantes. La actitud general, una vez más, conciliaba el respeto y la pasión de quien asiste a una ceremonia protegido por una fe que al ser compartida se transforma en una realidad.

X.R. permanecía con el cuerpo erguido y la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca sugiriendo recuerdos o sensaciones placenteras a través de un apunte de sonrisa. Para entonces los labios estaban perfilados con el azul que Horo recordaba de la vez anterior, ¿una semana?, ¿dos?, y el antifaz mostraba con claridad una mariposa de color azul, la misma que había visto tantas veces en adornos, fotografías y dibujos. Debía ser una especie popular, aunque no tanto como aquella modelo, una chica de facciones de una perfección quizá excesiva que le daba un aire distante, irreal. Los brazos descansando en los reposabrazos, las manos enlazadas sobre el regazo, el cuerpo a la espera, las interminables piernas juntas hasta las rodillas y separándose a partir de ellas en forma de tijeras abiertas, con el tacón de una pierna encajado en el reposapiés y la otra alargándose hasta el suelo.

Sin motivo aparente, incluso resultaba absurdo, la escena le recordó el encuentro con Nico. La noche anterior al explicarle el encuentro a Sena le había dado el aire de divertida anécdota, ¿Y a santo de qué? Ya hablaremos, una tontería. Por fortuna, tal vez gracias al cansancio, no hubo insistencias al margen de un no te olvides de contármelo mañana. Por fortuna porque con ello marcaba el bajo nivel de la preocupación de Sena ante la resurrección materna. Mejor así. ¿O en realidad no sucedió de esa forma? ¿Y si su falta de insistencia no se debía a la despreocupación, sino al temor a la respuesta? Suele suceder. Sobre las tres chicas que sufrían aquella luz blanca se alargó la sonrisa de Sena, una sonrisa que buscaba ser irónica y se quedaba a medio camino, como perdida en tierra de nadie. Recordaba que al pasar frente a la puerta del dormitorio de Carlos se había detenido para comprobar que todo seguía bien. En principio se trataba de mera rutina, pero se demoró tanto que acabó con Sena pegado a su espalda. ¿Ocurre algo? Horo suspiró, equivalente a no, y siguió hacia su habitación. ¿Con qué fin decirle que se había imaginado a Carlos en una cama de cabecera impersonal, bajo una colcha color regimiento y una sábana azulada con el anagrama de la residencia en la que lo iban a ingresar?

Consultó el reloj y comprobó lo que ya sabía: le tocaría andar a paso ligero y reducir el encuentro con la dama a un saludo. Pero no se movió del lugar porque los recuerdos, otros recuerdos o los mismos, le retuvieron. ¿Vendrá el señor Gris?, había preguntado por teléfono esa misma tarde el propio Doctor. Él había vacilado antes de decir que en principio no. ¿Cuál es el motivo?, y la pregunta sonaba a respuesta. Con sinceridad, respondió, nos resultaría incómodo tratar del ingreso con él delante. Su padre es incapaz de seguir una conversación, había razonado Doctor conduciendo el discurso hacia lo didáctico. Lo sé, y sin embargo para nosotros es difícil. Entiendo, ahora bien, llegados a este punto quiero hacerle una aclaración. Hubo una pausa. Verá, resulta conveniente que en el momento de tomar determinadas medidas sobre un ser querido este se halle presente. En estos asuntos hay que estar convencido de actuar correctamente, valorar lo positivo y reflexionar acerca de lo que se supone negativo. No se confunda la tristeza por la decisión, lógica, con la sensación de estar haciendo algo indebido. Créame, no conviene. Nadie duda del cariño ni de la honradez de nadie, y el nadie incluye a los familiares o tutores que optan por el ingreso del ser querido por

motivos más que justificados. ¿Me sigue? Quizá tenga razón, había admitido Horo recordando su voluntad de seguir juntos de años atrás. Les será duro, pero créame, no tienen nada que perdonarse. Pueden estar seguros de ello porque sé de lo que hablo.

Consultó de nuevo el reloj y, esta vez sí, se dirigió hacia la salida a grandes zancadas.

24

Llegado el día y la hora, y en presencia de los tres miembros de la familia Gris, Doctor desmenuzaba las formalidades pendientes, legales, económicas e incluso facultativas del internamiento. De tanto en tanto esgrimía ambos índices con una armonía que hubiera recordado, si los ánimos hubiesen sido otros, a un director de orquesta. No lejos de ellos el sujeto principal contemplaba la copa de la jacaranda que se asomaba por la ventana. Unas veces frondosa y otras desnuda, esa copa decoraba los escenarios de cada una de las visitas. Hojas tenaces en otoño e invierno y ausentes apenas apuntaba la primavera. La explosión llegaba en verano con el verde acero.

Tras desgranar lo que llamaba recomendaciones esenciales, Doctor, incansable en su afán por allanar caminos, se ofreció para obtener los permisos de un organismo de larga denominación que se iniciaba con la palabra Servicio y concluía con Salud. Tras lo cual añadió que el estado actual del paciente confirmaba anteriores diagnósticos.

—Su mente se agota y el esfuerzo incluso para expresar sus desvaríos cada vez es mayor. —Carraspeó—. Qué puedo añadir que ustedes ignoren. Lo viven a diario.

Sus valoraciones mostraban la sensatez de quien se sabe convincente en el ejercicio de la profesión. Los especialistas y los profanos suelen formar parejas de fácil relación siempre que cada cual acepte, conforme o resignado, su papel. Hacen ustedes lo correcto, créanme, es lo mejor para su padre, intercalaba a modo de estribillo con frecuencia. Así se cerró la primera parte. A continuación Doctor arrancó con una descripción de la futura vida de quien seguía pendiente de los juegos de luces y sombras sobre los cristales con un proyecto de sonrisa que no acababa de cuajar. De tanto en tanto los labios de Carlos se movían en un ligero temblor, como si rezase o el sistema nervioso le jugara malas pasadas articulando palabras y alejando significados. Para entonces Horo ya le observaba con gesto neutro y la voz del psiquiatra le llegaba desde una lejanía borrosa.

—Tendrá una habitación individual orientada al parque. Enrejada, cierto, con la seguridad del enfermo no caben riesgos, pero que puede abrirse desde el interior. En las clínicas suelen sellarse las ventanas, un error si de residencias hablamos porque crean un ambiente claustrofóbico. Son detalles que deben cuidarse. ¿Les vamos a impedir respirar aire fresco? Carecería de sentido. Por cierto, el parque tiene dos hectáreas y un hermoso arbolado, infinidad de macizos de flores, setos, senderos, bancos y hasta una pérgola en la que al atardecer hay música, una música relajante. Son recopilaciones encargadas a un musicólogo

que al tiempo es diplomado en arteterapia, o al revés.

En situaciones similares la enumeración de las ventajas, música incluida, comportaba reacciones de relativa satisfacción en los familiares del futuro interno, tal vez porque suponía un aligeramiento de la carga moral que se veían obligados a soportar. ¿Lo ves?, se decían, estará mejor que en casa. Sin embargo, en esta ocasión los hermanos asentían sin mostrar emoción alguna, ni de alivio ni de pesar.

—El edificio dispone de un comedor amplio y luminoso —anunció con un tono que a Horo le recordó el de los agentes inmobiliarios al uso, lo que desechó de inmediato harto de sus recelos—, de una sala de descanso, otra de juegos y un gimnasio adaptado a las necesidades de los internos. Nos encantaría que visitasen las instalaciones antes de proceder al internamiento. Estoy convencido de que les ayudará a considerar la situación de otra forma.

—¿Y cuántos internos hay? —preguntó Sena, voluntarioso en encontrar factores de convicción—. ¿Cuáles son las patologías más frecuentes?

—Una pregunta difícil de responder con brevedad porque entre los casi ochenta internos nos encontramos con diferentes patologías.

—¿Ochenta? —se sorprendió Sena.

Doctor asintió, se diría que orgulloso, ante la reacción provocada por el dato.

—Sí, en números redondos. Si no se controla la cantidad de residentes, la atención individualizada, básica, disminuye incluso aumentando el personal. Y eso afecta especialmente a los pacientes cuya estancia se prevé prolongada.

Lo dicho, con su carga de sentencia, pareció exigir un espacio para la reflexión, espacio que fue respetado hasta que, con un golpe seco sobre la carpeta, Doctor recuperó su discurso. Tomó una de las hojas. Llegaba el momento de entrar en los detalles del capítulo económico, un terreno resbaladizo para quien no se mueve con soltura en el campo de rentabilidades, intereses, pérdidas y ganancias. Horo y Sena tenían una idea aproximada pues habían buscado y encontrado información a través de un amigo de Ginko también psiquiatra, y habían dedicado muchas horas a afinar los cálculos. No obstante, llegado el momento apreciaron en el gesto de Doctor esa sombra que precede al anuncio de novedades poco halagüeñas. Un engaño de los sentidos puesto que sus temores quedaron en una errónea interpretación. No hubo sorpresas. Todo según lo previsto.

—Como ven —concluyó Doctor, animoso—, la ayuda estatal cubre una parte considerable. Por lo menos en este país este tema funciona.

Doctor les tendió la carpeta y se reclinó en el respaldo de su butaca. Dedos enlazados sobre el abdomen, gesto ahora serio, concedía un descanso a quienes permanecían al otro lado de la mesa antes de iniciar el protocolo de las despedidas. Mientras, dirigió su atención hacia el paciente, y se encontró con un rostro que no mostraba ni irritación ni complacencia, sino una concentración extraña, como si estuviese considerando lo que allí se debatía sin acabar de comprenderlo. Le llamó la atención el vacío que expresaba su mirada. La dirigía hacia sus hijos, pero en lugar de con sus cuerpos parecía haberse encontrado con la transparencia

absoluta.

—Va a estar usted bien atendido, señor Gris —le dijo, por ocupar el vacío—, me ocuparé de que así sea. Conocerá gente, gente con problemas, lo mismo que usted y que yo, pero buena y amable.

Finalizadas las aclaraciones se dirigió a los dos hermanos, que aguardaban el siguiente paso.

—En cuanto estudien y cumplimenten los papeles —les dijo recuperando el hilo de la reunión y su compostura usual—, me los hacen llegar. Lo mejor es que se los entreguen a Dora y en unos días me pondré en contacto con ustedes para fijar la fecha del ingreso y darles las últimas indicaciones.

Salieron de la consulta con los pensamientos dispersos y los ánimos revueltos. Ya en la calle Horo se lanzó a la búsqueda de un taxi dejando a Carlos al cuidado de Sena. Le costó más de lo deseable conseguir uno dada la hora.

—Vamos, papá —dijo Sena, y estiró con cuidado de un brazo que caía indolente y que no respondió a la invitación.

Sí lo hicieron los pies, arrastrándose con tal torpeza que despertó la curiosidad de no pocos transeúntes. No gusta, no, percibir la enfermedad de cerca y menos si se muestra con crudeza. Sena no lo advirtió pues seguía más pendiente de su hermano que de la actitud de quien hacía mucho tiempo, años, había quedado al margen de valoraciones o conclusiones en lo relativo a su conducta. Él tenía claro, muy claro, que su padre se había transformado en un hombre al que debía cuidarse con cariño a ser posible y con cuidado en cualquier caso. Trataba de cumplirlo hasta donde le daba la voluntad. Se esforzaba en lo primero y ni se planteaba no practicar lo segundo. Tan concentrado estaba en saber qué hacer, que apenas fue consciente de la sucesión de suaves tropezones de quien conducía del brazo.

25

El taxi avanzaba por la avenida de los Muelles, entre las doradas rejas del Parque Verde y el horizonte de colores mestizos del mar. Horo y Sena permanecían absortos en sus pensamientos, por otra parte muy próximos, con la cabeza girada hacia la derecha y la izquierda respectivamente. Entre ambos Carlos se estudiaba los dedos con el ceño fruncido. De tanto en tanto los movía como si quisiera comprobar que seguían dependiendo de su voluntad, y a ello continuó aplicándose hasta que atrajo su atención la radio que brillaba junto al codo del taxista. Una voz gangosa, como si le costara vocalizar, repetía incansable el mismo discurso. ¿Creía quien hablaba en cuanto decía? El juego contenía suficientes ingredientes para llegar a irritar o a entretener, dependía del carácter o del humor de quien escuchara. No era el caso de los dos hermanos, porque ignoraban aquellos arabescos verbales de molde. Tampoco parecía muy atento el taxista, que tarareaba la sintonía de un popular concurso televisivo. Solo se mantenía interesado en aquella radio quien permanecía entre sus dos hijos con las manos ahora ocultas entre las piernas. Eso sí, no le interesaba lo que se decía, sino las luces del ecualizador. Barras rojas, naranjas y amarillas danzaban con la viveza de una pequeña hoguera digital. La boca le temblaba, como si intentara pronunciar palabras que no encontraba y se resistiera a la rendición o, con menor probabilidad, que pretendiera embarcarse en un simulacro de dúo con la voz anónima. Eso por fuera, por dentro el discurso fluía.

Cediendo cediendo me tragué lo de ¿y eso lo piensas de veras?¿de mí?¿de tu hermano? ¿de ella? ¿de tu mujer? sois un par de... y el resto se me anudó en la garganta y te levantas camino de la puerta y te paras en el pasillo y te giras para soltar otra vulgaridad si no soy bien recibido sobro ¡pues no eres bien recibido! ingenuo de mí pensé que después de aquello todo se había acabado y es que nunca he sabido controlar las manos.

El taxi se detuvo a corta distancia de una de las entradas de Barrio Antiguo, no la de la calle del Santo Palio, pues las escaleras impiden el tráfico, sino en la de las Indulgencias. El ecualizador continuaba dibujando una alocada escala rojiza, anaranjada y amarillenta. El taxista bajó el volumen, las barras se comprimieron hasta quedar palpitando en la base y él se volvió rascándose una mejilla y mostrando una expresión de respeto a todas luces forzada. Recordaba la de tantos pordioseros profesionales, los de la malicia oculta bajo una mueca que se evapora en un instante al comprobar la inutilidad de la argucia.

—El setenta y nueve de Santo Palio queda cerca, ¿verdad? —preguntó con voz rasposa.

Tenía el GPS a la espera, la voz insistiéndole en que girase a la derecha, y se le adivinaba incómodo.

—A unos diez minutos andando —respondió Horo sin acabar de comprender a qué venían la parada y la pregunta.

El taxista volvió a rascarse la mejilla, luego se pasó la mano por los ojos como si padeciera una molesta conjuntivitis o necesitara despejarse de un pegadizo sopor.

—Me disculpo por anticipado, pero si puedo evitar meterme por estas calles, lo evito. Quede claro que no tengo nada contra este barrio. —Horo se disponía a intervenir, pero él aceleró el discurso para evitar unas palabras que preveía de disgusto—. Me explico, me explico.

—Se lo agradeceríamos —refunfuñó Sena, belicoso, sin el menor ánimo de ocultar su malestar—. ¿Qué pasa con este barrio?

—Me explico, me explico —insistió el taxista comprendiendo que sus pasajeros no se mostrarían demasiado comprensivos ante sus argumentos. No quería líos con la Corporación del Transporte de modo que, tras el tanteo, inició unos movimientos de cabeza con los que trató de ilustrar una disculpa—. Verán, esas calles son muy estrechas y en los cruces te ves obligado a avanzar a ciegas. Lo sé por experiencia. Claro que si hay que hacerlo, se hace. No quiero que me malinterpreten.

—Pues se encuentra ante un caso de fuerza mayor, a lo mejor se ha fijado en el estado de mi padre —intervino de nuevo Sena señalando a su padre.

—Excepto furgonetas de carga y descarga, y a estas horas no suele haber ninguna apenas habrá coches circulando —terció Horo pensando más en calmar a Sena que en complacer al taxista.

El hombre palmoteó sobre el respaldo y asintió sin convicción.

—Normalmente procuro dejar al cliente en la entrada más próxima a su destino. Este barrio es complicado para circular, muchas calles de pronto se cortan, o no tienen salida, y a ver quién da la vuelta sin tener el espacio necesario. Y para salir...

Horo se inclinó hacia el taxista. Llevaba días, o semanas, en que la vida no acababa de mostrarle su mejor perfil, y aquel hombre añadía unas gotas que no dejaban de ser amargas. Lo miró a los ojos simulando que se estaba dominando, simulando porque en realidad se sentía más abatido que furioso.

—Yo le indicaré por dónde ir y por dónde salir. Lo que tiene ahí delante, estrecho o ancho, oscuro o luminoso, es un barrio de Ciudad del Mar y estamos en un taxi de Ciudad del Mar con su licencia municipal en regla según leo ahí. —Mientras hablaba no dejaba de señalar la célula en la que aparecía una foto del taxista peinado con esmero y exhibiendo una expresión rayana en la desolación—. Y este hombre, que es nuestro padre, está enfermo. En consecuencia haga el favor de llevarnos a la dirección que le he dado. Nadie se juega la vida por circular por esas calles, créame.

Hubo una inspiración larga, profunda, ruidosa, propia de quien debe tranquilizarse antes

de tomar una decisión porque teme su carácter, o eso pretende hacer creer a quien no le conoce, seguida de un intraducible guiño dirigido primero a los ojos de Horo y luego a los de Sena. Para entonces la humildad se había esfumado y un fondo de agresividad contenida ocupaba su espacio. Sin embargo, se encontró con una determinación superior a la suya, y tuvo los reflejos suficientes como para cerrar sin coletazos, mejor así, el papel que a lomos de su apresuramiento había estado inclinado a interpretar. De manera que cedió con un arrastrado de acuerdo.

Al cabo de unos segundos el taxi avanzaba con lentitud entre las fachadas de Barrio Antiguo. Los faros encendidos y las manos del taxista aferradas al volante. Desde el asiento trasero se veía la cabeza morena y alopécica tironeando del cuello a derecha e izquierda sin darse una pausa. Cerca del cambio de marchas la radio permanecía en silencio, sin cejar en su parpadeo, pero sin barras de colores ejerciendo de acordeón,

De tanto en tanto, el taxista preguntaba si seguía la dirección correcta. Lo hacía con un tono jovial y aparentaba haber aceptado su destino de buena gana. Es un laberinto, ¿eh? Hasta la puerta del coche habrá que abrirla con cuidado, ¿eh? Y por aquí pasan furgonetas de reparto, ¿eh? ¿Y ambulancias? No hay dos calles diferentes, ¿eh? Posiblemente su cambio de actitud carecía de sinceridad, pero su esfuerzo fue respetado por los dos hermanos, y a cada pregunta le daban respuesta. Solo si no lo conoce, tendremos cuidado, claro, pues sí, la verdad es que no, vamos bien, recto, a la derecha, es esta calle, siga, le avisaremos al llegar. Por fin el coche se detuvo. Con cuidado al abrir la puerta, ¿eh?, repitió el taxista. Y añadió de inmediato: por favor. Esta vez no le respondieron. Carlos se dejó ayudar para bajar y una vez junto al portal se mantuvo a la espera. Había adoptado una postura de indolencia absoluta, el rostro orientado hacia la puerta de rejas y cristales polvorientos entreabierta, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, las piernas separadas. Cuando Horo le cogió por el codo invitándole a dar el primer paso, él avanzó dócilmente. Entraron en el portal y fueron subiendo por la escalera, peldaño a peldaño, con Carlos siempre apoyado en su hijo. Sena los seguía. El recuerdo de la caída de don Leandro seguía vivo. Al llegar frente a la puerta del piso, tras un largo resoplido, Carlos exclamó:

¡*No!*

Al oírlo, Horo se detuvo y viendo que el grito no parecía pasar de un desahogo, lo cogió del hombro. Sena se apoyó de espaldas en la barandilla contemplando los cristales azules como si los viese por primera vez. Desde el piso que fue de don Leandro llegaba un fuerte olor a desinfectante. Procuren no demorarse en el rellano, hemos ventilado y sellado la puerta, aun así es mejor ser prudentes, les habían advertido los operarios de la brigada de Sanidad. Por mucho que tomemos todas las medidas de seguridad, no dejan de ser productos tóxicos. Horo abrió la puerta, encendió la luz y entró precediendo lo que tenía el aspecto de una comitiva dirigiéndose a la celebración de un rito triste, tal vez el entierro de un ser querido.

En la calle los pilotos traseros del taxi centelleaban frenada a frenada mientras se alejaba, pero la historia de aquel coche y de su ocupante pertenecía a un pasado ajeno a la memoria de

quienes se disponían a entrar en el cuarto izquierda del número 79 de la calle del Santo Palio.

26

—Atentos. —Colocó el móvil sobre la mesa y, manos en los bolsillos, gritó—: ¡Camile!

En la pantalla apareció la foto de una sonriente chica morena.

—¡Dirección!

Desde su mesa Malena le lanzó a Horo un guiño cómplice. No te preocupes, es así. Al mismo tiempo una voz cantarina dictaba una dirección.

Iván abrió los brazos en señal de agradecer un reconocimiento que nadie mostraba e hizo dos leves inclinaciones, la primera en dirección a Malena y la segunda a Horo.

—Llamad.

Sonó una música de ecos electrónicos seguida por una serie de tonos cortos que dieron paso a otros más largos, y el rostro de la foto tomó vida.

—¿Iván? Venga, tío, que estoy trabajando –dijo con una voz sorprendentemente áspera dado su aspecto, tan frágil–, ¿Qué pasa?

Con un gesto de triunfo Iván se inclinó sobre el móvil, guiñó un ojo y susurró:

—Prepárate esta tarde para la conmoción tecnológica y no digas nada a los demás.

Dicho lo cual dio un paso atrás, y volvió a meter las manos en los bolsillos.

—Fin.

La pantalla se oscureció.

—¿Lo último de lo último? —preguntó Malena cortésmente.

—Ni ha llegado a las tiendas—respondió Iván—. Hablamos del futuro.

—Del futuro de los próximos meses, claro —ironizó Malena—. O semanas.

—Pues señal de que el progreso continúa imparable.

Con la pequeña exhibición de un móvil de novísima generación había empezado para Horo una jornada laboral que se prolongó enlazando carpetas que iban y venían, se abrían y se cerraban, usos del teléfono en ambos sentidos, y que se alargó tras la pausa del mediodía para concluir con el recorrido por la planta cero camino de la salida. Recordó a Jana Juez. Sabía, vía Melo, que su traslado a la planta de ropa para el hogar estaba confirmado.

Al abandonar el edificio se encontró la calle sumida en una luz especial, difícil de calificar. Sin otras razones que las de la costumbre, esperaba tonos que, siendo diferentes según hora y nubosidad, resultasen los de siempre. Pero no, la calle y la plaza Oeste al fondo se habían sumergido en unos lánguidos reflejos pastel que abarcaban del blanco marfil al gris ambarino y perfilaban y al tiempo difuminaban edificios, transeúntes, vehículos y árboles. El fenómeno,

que sin duda aclararían en los noticiarios, ofrecía un bello espectáculo a quien le atrajera lo inusual o se inclinara por las interpretaciones fantasiosas. Pasada la primera impresión, llegó la segunda, más previsible, la de comprobar que pocos viandantes, tantos como ninguno a primera vista, se mostraban interesados en lo que sucedía. Caminaban abstraídos, charlaban animosos o apesadumbrados, esperaban alicaídos o discutían acalorados. Horo se miró las manos y sintió como si se hubiera puesto unos lentes con un cristal sin color definido, quizá próximo al siena, y ligeramente rugoso. El rostro de Doctor se materializó ante sus recuerdos en forma de busto pendiente del maquillaje. No se inquiete, es el proceso, decía. Doctor y el proceso. ¿Y lo de Nico? Seguía sin noticias, por fortuna. El tiempo cambia casi todo, pero en lo relativo a la relación de las personas lo tiene complicado. Ahí está la memoria sentada junto al carácter, sea este comprensivo o rencoroso.

Una vez en el Barrio Antiguo, bajando por las escaleras del pasaje de la Hornacina, camino de su encuentro con la dama del balcón, observó que la inusual luminosidad del atardecer se había quedado atascada a la entrada de la calleja. Ni una luz propia de fantasías osaba competir con unas sombras tan antiguas y profundas. Llevaba las de perder. Y en ese día de vaivenes, buscando respetar la coherencia con que se escriben las pequeñas historias, se encontró con la penúltima sorpresa en forma de balcón vacío. En ese momento ignoraba que la última le aguardaba en la bodega de las siluetas de la plaza de los Mártires, un lugar que por fin conocería. No, la dama no le esperaba con su chal verde, su pelo plateado, su elegante sonrisa y su ininteligible mirada. Las ventanas que alcanzaba a ver desde la calle permanecían con las contraventanas cerradas. La primera idea le resultó inquietante. ¿Qué edad tendría? ¿Sesenta y pocos? ¿Sesenta y muchos? La compañera de Ginko, la hija, le pasaba a él algunos años, ignoraba cuántos. No menos de cinco o seis. ¿Veinte y muchos? Así pues, su madre... Comprendió que por ese camino no llegaría a ninguna conclusión razonable. Los hijos se tienen con menos de veinte o con más de cuarenta. La dama se movía con agilidad y pensaba con lucidez, se animó. Sin embargo, a la primera idea, triste y sombría, le siguió otra igualmente desagradable, la de la soledad. Un desmayo, una caída, una enfermedad. No, se forzó a pensar, habrá una explicación que convierta su ausencia en anécdota.

Entró en el portal y en dos zancadas subió la media docena de escalones que llevaban hasta una puerta barnizada de un marrón con una placa dorada en la que se leía Doctora V. Laval. ¿Doctora? Encontró el timbre, una flor metálica de cuyo centro sobresalía un botón blanco. Lo pulsó consciente de tomarse demasiadas libertades. De acuerdo, no actuaba correctamente. Volvió a pulsar el timbre. Borrosa por el óxido, en el dintel había pintada una palabra: Portería. Si la primera, la de Dra. V. Laval, le había extrañado, la segunda le desconcertó. Fue apenas un instante porque el misterio que trataba de resolver nada tenía que ver ni con placas ni con trabajos. Las placas pueden ponerse, quitarse o permanecer en su lugar sin tener sentido de pertenencia alguno. Puso su atención en la oscuridad de los peldaños que ascendían hacia los pisos superiores. Tenía lógica pensar que, si algo había sucedido, los vecinos lo sabrían. Los vecinos se enteran incluso, o en especial, de lo que no les

incumbe, y las malas noticias se llevan la palma en ese concurso. Empezó a subir las escaleras con unas urgencias ausentes en aquel lugar desde tiempos inmemoriales, penetrando en una oscuridad espesa que retrocedía a medida que él avanzaba. Alcanzó el primero de los timbres, madera y porcelana, y lo pulsó. No hubo respuesta. Con el segundo se dio el mismo resultado. Y lo mismo uno tras otro hasta llegar al de la cuarta planta. Empezó a bajar repitiendo las llamadas, hasta que una vez de nuevo en el exterior, admitió lo evidente, el recurso razonable, lo que cualquiera en su situación hubiese automatizado en respuesta a una preocupación igualmente razonable. La compañera de Ginko, Mara, sabría si algo había sucedido, porque verse no, pero llamarse, sí. Pero ¿y si lo único que conseguía era alarmarla por algo intrascendente? Porque su ausencia podía deberse a multitud de causas. Temiendo precipitarse, que la resaca anímica de los últimos días le pasaba factura en forma de un desahogo a destiempo, sacó el móvil del bolsillo y llamó no a Mara, sino a la policía. Mejor equivocarse indirecta que directamente. Arrepentimiento por arrepentimiento, escogía lo primero. Al final dudó de haber acertado en la elección, porque la llamada resultó tan improductiva como el recorrido por la escalera y de paso más desagradable. Y es que apenas había preguntado si les constaba algún incidente en la dirección dada, llegaron no las respuestas, sino las preguntas, en cadena y siguiendo un formulario sin duda trabajado con tesón en diferentes despachos por técnicos obsesionados con el control. Por lo visto una simple consulta, una preocupación, requería un proceso que, empezó a temerse, concluiría frente a puertas sordas y mudas. En su precipitación, intuyó, había saltado al interior del mundo de la burocracia, sección equis, y los errores se pagan. No era familia, no, sino un amigo. No tenía constancia de que le pudiera suceder nada, no. Que él supiera no estaba enferma. Ignoraba la edad con exactitud. Sí, por fin pudo responder afirmativamente, conocía a un miembro de su familia, a una de sus hijas. Admitía que llamarla hubiese sido lo lógico. ¿Es importante llamar antes o después de informarme? De acuerdo, usted pregunta. ¿Usted pregunta?, pensó deseoso de enterrar la conversación con la imagen del inspector rechoncho de fondo, mirándole con desconfianza junto al portal. Unos días sí y otros no, en general se veían de lunes a viernes y charlaban unos minutos. En el balcón. Bien, ella en el balcón y él en la calle, se trataba de un balcón bajo. Si quería que se lo explicara con mayor detalle, no tenía ningún problema, pero él sencillamente quería saber si tenían noticia de algún incidente en la dirección apuntada. Para ese momento Horo maldecía la llamada e, irritado, buscaba la forma de concluirla. Debió opinar de otra forma el policía porque al reanudarse la conversación se notó en él un cambio de tono, sutil pero perceptible, y a partir de ese momento se pasó de tratar la presunta desaparición de la dama del balcón a confirmar la personalidad y los motivos quizá ocultos de quien llamaba. En consecuencia, se vio obligado a dar nombre, número de carnet, domicilio, etcétera. Lo necesitamos para registrar la llamada, caballero, explicó el policía acentuando lo de caballero por educación, por mantener las distancias o por simple sarcasmo. Su número de teléfono ya lo hemos registrado, por si tuviéramos que ponernos de nuevo en contacto con usted. De cualquier forma, si en

unos días comprueba que la señora sigue sin dar señales de vida, una desafortunada frase, se dijo Horo, póngase en contacto primero con la familia. Lo haré, replicó de mala gana y sin ningún propósito de cumplir lo dicho. Se despidió y lo despidieron.

Se encaminó al piso de la calle del Santo Palio con la preocupación de molesta compañía. ¿Y si llamaba a Ginko? Dudó, dudó tanto que el último tramo del recorrido lo hizo con el móvil en la mano. Sin embargo, ya en el portal optó por la prudencia y no precipitarse. Esperaría. Al cabo de unos minutos abría la puerta del piso, tomaba aire, entraba y le recibía una voz apenas sostenida por una queja cadenciosa:

¿No serás...?

—Hola, Carlos —dijo, siempre por decir.

Caminó hacia la galería y encontró a su padre reclinado, el rostro hacia el pasillo buscando lo que o a quien quedase a su espalda, frente a la puerta. Al llegar a su altura, le acarició un hombro.

—¿Cómo te encuentras?

Una pregunta que no solía tener otra respuesta que el silencio, y así sucedió también esta vez. En realidad, los días de Carlos, que continuaba atento al fondo del pasillo, debían ser todo menos agradables, es decir, la pregunta en sí misma resultaba un sinsentido. ¿Cómo se va a encontrar? Horo se acercó al ventanal, se apoyó con las palmas sobre el cristal, juntas, dedos unidos. La fachada opuesta le pareció más cercana que nunca. ¿Tres metros? Mejor uno. Los inusuales colores del atardecer, aquellos que le habían dado a la ciudad el aspecto de disponerse a alzar el vuelo hacia el arco iris allá donde se encuentre, habían desaparecido y el cielo lucía tonos anaranjados.

—¿Sabes, Carlos? He tenido un día de esos que deberíamos retirar de la circulación o al menos multarlos. Y en el fondo el día no ha hecho nada especial, se ha limitado a ser.

Se giró. Carlos se había recostado contra el respaldo de su butaca negra y se concentraba en la foto del día de la boda. Ahí seguía junto a Nico, cada cual con su estilo, inclinados el uno hacia el otro como si las cabezas se atrajeran y los cuerpos se rechazasen. En la boca de Carlos apareció una mueca de dolor y Horo le puso una mano sobre el hombro. Volvió a pensar en la dama, en su desaparición. No llamaré a Ginko, pero esta noche entraré en la bodega. ¿Dónde si no voy a preguntar? Igual tienen idea de si ha habido un accidente en el barrio, si ha venido una ambulancia o les ha llegado un chisme. Lo que sea. Lo pensó, y al hacerlo se sintió mejor.

27

La plaza de los Mártires aún conserva entre sus tres fachadas el aspecto plácido y melancólico de quien sabe que a nadie importa y lo acepta con naturalidad. El anciano transparente, la madre frustrada, el padre fracasado, el libro desencuadernado, el jersey roto, los malos recuerdos, la casa envejecida o el juguete arrinconado. Horo llegó corriendo, la capucha cubriéndole la cabeza, acompañado por el silbido de un viento que no encontraba su camino entre las callejas y rebotaba de aquí para allá levantando el polvo aletargado de los rincones. Atrás quedaba una rápida charla con Sena en relación a los papeles del ingreso. ¿Cuándo nos ponemos en ello?, preguntó Sena. Se le veía inquieto. Después de cenar, le tranquilizó. Le había comentado de pasada la ausencia de la dama. Me pareció una mujer diferente, reconoció Sena. No te preocupes, estaría de visita o habría ido a donde fuese, a cualquier recado. ¿Y no deberíamos echarles una primera ojeada a esos papeles antes de que salgas?, insistió retomando el tema. Horo negó con la cabeza. Ahora no, los papeles no se van a escapar, hay que leerlos con calma y yo necesito correr. Sena lo aceptó con un encogimiento de hombros. ¿Y por qué no te vas a correr por el puerto?, había preguntado tratando de dar a la despedida un aire intrascendente. Hubo un vaivén lateral y rápido del índice. No, me quedo con mi circuito, me concentro mejor si me siento protegido. ¿Protegido por quién? Por las fachadas. Tú no eres normal, Horo, no sé si para bien o para mal, pero no eres normal. Un día te tragarás una de esas asquerosas polillas.

Ahora, recuperando el aliento en la plaza con la acacia ejerciendo de testigo y uno de los chicos que solían rondar por allí sentado en un banco y repasando, aburrido, las costuras de la gorra con la que jugueteaba, admitía que habría podido dedicarle unos minutos a aquellos papeles, los suficientes para tranquilizar a Sena. Se disculparía. Sí, lo haría apenas volviera y después de la cena completarían los apartados que hiciese falta juntos, despacio, con calma y hasta con desánimo, pero sin tensiones. Ni hablar, suspicacias y tensiones, no. Pasó junto al chico con la intención de saludarle, pero este no le dio la oportunidad. Ni la sombra de su cuerpo ni el sonido de sus pasos alteraron su ensimismamiento en aquel obsesivo juego con las costuras de una gorra que de cerca se veía sucia, y de lejos, en medio de la plaza, recordaba una mancha de lejía sobre un tejido oscuro. Tampoco tenía importancia, ni la gorra ni su desinterés ni el propio chico. Sin embargo, al pasar junto al banco, sintió el impulso de dar un manotazo a aquella estúpida gorra. No lo hizo, por supuesto. Lo hubieran tomado por un loco y de paso se hubiera buscado un problema innecesario. Ciertas formas de violencia no se

perdonan con disculpas basadas en el estado de ánimo y son juzgadas con severidad. Es justo. Otras tienen mejor cartel y reciben aplausos y hasta subvenciones. Es injusto. De manera que se limitó a caminar hacia la puerta de la bodega con sus siluetas recortadas sobre un cristal amarillento, una imagen que empezaba a presentársele como una muestra de las esencias de Barrio Antiguo. Recordó a Platón y su interpretación del mundo. A saber si al final tenía razón y aún andábamos medio encadenados en una caverna empeñados en dar una cualidad equivocada, engañosa, a lo que percibimos, ignorantes de la auténtica realidad.

La puerta de la bodega cedió con una suavidad impropia de su aspecto, tan herrumbroso. Al entrar percibió una mezcolanza de aromas entre los que dominaban los del vino, la humedad y el moho. En la barra efectivamente había tres hombres, en consecuencia no estaban pintados en el cristal. Conversaban con un cuarto que permanecía al fondo del local apilando unas cajas de cartón grasientas con una corona estampada en el lateral. Frente a la barra, a la derecha, varias mesas de madera con sillas de plástico desperdigadas a su alrededor. En dos de ellas se sentaban un quinto hombre y la única mujer que se dejaba ver. Él tenía un aire desenvuelto, con ese punto de suficiencia que venga a cuento o no algunas personas llevan colgado en el rostro y en la postura. Fumaba despacio, por tiempos bien marcados, y sostenía en la otra mano una copa con un líquido oscuro. Ella, mayor en edad a pesar de sus esfuerzos en vestido, peinado y maquillaje, se mantenía atenta a descifrar un mensaje que parecía llegarle desde muy lejos, un mensaje que no impedía que siguiese con la cabeza el ritmo de la conversación que se trenzaba entre la barra y el fondo del local.

Apenas había cerrado la puerta a su espalda, advirtió que continuaba con la capucha puesta. Se descubrió mientras se preguntaba ¿en realidad qué pinto yo aquí? La respuesta, innecesaria por obvia, le invitó a marcharse. ¿Qué sabría aquella gente si se pasaba las horas en el interior de la bodega? Bien, por lo menos había satisfecho por fin la vieja curiosidad de las sombras en el cristal. Examinados de frente componían un catálogo de edades que evocaba el cuadro de Giorgone, *Las tres edades del hombre*. El primero un adolescente, el segundo de mediana edad y el tercero con la vejez asumida y la resignación deformándole las pupilas. Los rostros tendían a lo pálido, a lo mortecino, y la ropa a lo desgastado. Pantalones deformados en caderas y rodillas, camisas a rayas descoloridas y zapatos encubriendo su deterioro bajo una capa de polvo. El pelo seguía la previsible escala: negro y abundante, gris y escaso y blanco y ralo. Tras girarse hacia él sin mostrar excesiva curiosidad, movieron la cabeza en señal de saludo. Horo alzó una mano en respuesta y se dispuso a justificarse por su aspecto y por su presencia. Tenía la sensación de haber sido añadido a brochazos sobre un lienzo en el que las demás figuras permanecían perfiladas desde tiempos remotos. Sí, disculparse sería una buena presentación. No lo hizo porque la voz del hombre que se movía en el fondo del local se le anticipó.

—¿Tomará usted algo, joven?

No hizo falta ni responder a la pregunta ni sonreír, si es que hubiera estado dispuesto a hacerlo. No tuvo tiempo, lo hizo otra voz.

—Algo fresco será —se oyó al joven de la mesa. Había perdido por un instante sus ausencias y apartaba con síntomas de hastío la cabeza de la mujer, empeñada en apoyarse en su hombro—. Viene acalorado, ¿no te das cuenta?

Si pretendía ser gracioso, los de la barra no lo supieron interpretar. Muy al contrario, asintieron con una gravedad que incluyó a quien debía ser el dueño de la bodega quien, tras acercarse calmosamente, se había situado tras la barra y manejaba sin destino fijo una bayeta de tonos grises y aspecto pringoso.

—Pues a ver qué se toma el joven —susurró dirigiéndose al trapo—. Porque seis clientes sería un lujo.

Horo forzó su lado más cordial con una sonrisa que no acabó de cuajar. Es lo que tiene apartarse del propio carácter, que no suele dar buen resultado.

—La verdad es que solo quisiera hacerles una pregunta —dijo.

Los de la barra asintieron. Parecían pendientes de tomar una decisión importante y se mostraban concentrados ante la necesidad de evitar errores. Horo, buscando tiempo para ajustar las palabras de la mejor forma posible, se volvió hacia la pareja que quedaba a su derecha. El hombre había retomado su ensimismamiento y la mujer confirmaba con parpadeos y suspiros el mal trago al que se veía condenada ante tanta displicencia. No hay derecho, es injusto, es cruel, se lamentaba con la mirada. ¿Por qué no me dejas poner mi cabeza en tu hombro? La inseguridad la mortificaba, el no saber. Horo comprendió que aquel ambiente en el fondo no dejaba de ser el previsible. ¿Qué esperaba encontrar al cruzar aquella puerta sino la presencia de unos personajes como aquellos?

—Suelo pasar corriendo por la plaza cada día...

Hubo un asentimiento general y tolerante ante lo que no necesitaba justificación. No interesaba.

—Y hoy, al llegar frente a la bodega, he pensado que quizá podrían ayudarme. Yo vivo en la calle del Santo Palio, pero de conocer gente y saber qué pasa en el barrio, por aquí, poco.

—Usted dirá, no se corte —intervino el de mayor edad al tiempo que movía el vaso que mantenía entre los dedos en un brindis dirigido a las vigas que se intuían en lo alto. El líquido, tal vez vino tinto, brilló sobre su circunferencia antes de recuperar niveles.

—Se trata de una señora del pasaje de la Hornacina.

—En tiempos esos pisos los ocupaban las capas más humildes –apuntó el dueño de la bodega–, y como quedaban cerca de la del Altar, la de los ricachones, pues perfecto. Pobretones y ricachones juntos y no revueltos, la combinación perfecta desde un punto de vista práctico. Usted me entiende, ¿verdad?

No, no entendía, o sí, pero tampoco importaba.

—Habla de cuando había un montón de servicio que trabajaba para los ricachones —explicó el más joven de los tres molesto ante las dudas que intuía en el recién llegado, en el intruso–. Lo sé aunque yo no lo haya visto directamente. Nací tarde para según qué, y pronto para todo lo demás. Por eso estoy aquí. Mi abuelo sí, y creo que mi padre conoció a alguno.

Solía hablar de un loco que acabó barriendo la calle desde el alba hasta el atardecer. Lo hacía para limpiar los malos vientos del barrio.

—Se refiere a lo de los jornaleros, que una vez y basta, que ya vale —sentenció el de mayor edad.

El dueño de la bodega escurrió el paño sobre la pica y luego lo dejó colgado de un gancho que se colaba entre las botellas.

—Laval —dijo Horo tratando de reconducir la conversación— Uve Laval, no sé el nombre de pila, pero empieza por uve. Tuvo una tienda de muñecas hace años, aún sigue el rótulo sobre la puerta porque nadie ha alquilado el local. Viuda, elegante, no sale demasiado y tiene dos hijas. Su marido murió hace años.

El hombre de mayor edad se frotó la barbilla. Mal asunto, daba la impresión de querer decir. Posiblemente lo de la muerte le había aproximado inquietudes que prefería no avivar. Sus compañeros aguardaban resignados. No obstante, la espera, que parecían dispuestos a mantener cuanto hiciese falta, superó al dueño de la bodega. Manos sobre la barra, nariz arrugada, intervino aflautando la voz.

—¿Laval? La Laval, claro. Fabricaba muñecas y las vestía de ricachas. Con melenas onduladas y unas preciosas caras de porcelana. Ella también era resultona, y una artista. Una pena. La pobre soñaba con ser médico. Mala pata, no lo consiguió. —Sus ojos tenían un color violeta pálido que daban a su rostro abotargado y ajado una inesperada dulzura—. Tres o cuatro días, o dos, hará de eso.

—Dos, tres o cuatro días, ¿de qué? —le interrumpió Horo, desconcertado.

—No le dejaron cumplir sus sueños, y claro, esas cosas quedan dentro —prosiguió el dueño de la bodega, ignorando la pregunta—. Un drama. He ahí el motivo de ese rencor que siempre tuvo al arte, al don que Dios le había dado. Ella no quería hacer muñecas, sino curar enfermedades. Quería curar a la gente, no distraer niños.

—¿Quería ser médico?

Empezaba a sentirse partícipe de una farsa en la que cada cual improvisa la primera locura que le viene a la cabeza, y los demás le siguen hasta componer una representación desquiciada. Por su parte, el bodeguero alzó los hombros, resignado, y los dejó caer bruscamente.

—Alerta, lo dicho, quiso ser médico y se quedó en artista, lo que no es poco. Lo que sucede es que cada cual sueña su vida según le da, eso es inevitable. Muerto el marido, un buen tipo, simpático, trabajador, ella acabó renegando de su don y tiró sus muñecas por ahí. ¡Una lástima! Las pobres muñecas, tan preciosas, abandonadas a su suerte, ojalá no fuera a su mala suerte. Sobre si lo que hizo estuvo bien o mal, prefiero no opinar.

Horo intentaba seguir el hilo del discurso aventando la montaña de hojarasca que intuía tapando lo que tuviera de cierto. Aquello empezaba a superarle. Dispuesto a penetrar en un ambiente nada usual, incluso para quien se había criado en Barrio Antiguo, ni pudo ni quiso contener el tono de su voz en un arranque de fidelidad que a él mismo le sonó fuera de lugar.

—Perdone, pero no acabo de comprender su forma de hablar al referirse a ella.

Su irritación no llegaba a través de las preguntas, sino de la necesidad de unas respuestas que seguían ocultándose entre la oscuridad de los rincones, de las botellas y del polvo. Debió entenderlo el dueño de la bodega porque estiró el cuerpo, lo que provocó que el estómago tomase una nueva dimensión, alzó la barbilla, cruzó los brazos y lejos de pasadas resignaciones exclamó con la firmeza de quien afronta desgracias ajenas con entereza propia.

—A la Laval se la llevaron hará tres días. Nada de dos, tres o cuatro. Tres.

Las palabras alcanzaron a Horo golpeando un ánimo que empezaba a dar síntomas de tambalearse.

—¿Se la llevaron? ¿Adónde?

Pregunta equivocada. Por ello nadie la atendió.

—Se la encontró la mujer que le echaba una mano con la casa, una especie de asistenta. Vamos, y para entendernos, la mujer de hacer faenas.

La tristeza tiene muchas formas de presentarse, una es a través de imágenes que se refugian en la incredulidad. Y Horo la sintió a través de la figura ausente aguardando en el balcón. El recuerdo le dolió.

—¿Se la encontraron...?

—Colgada –concluyó aquel hombre alzando la barbilla hasta la exageración. A continuación bajó la cabeza en una concluyente señal de afirmación. Punto.

—Hombre, un respeto, tuvo un mal momento y decidió acabar con su vida —intervino el hombre de mayor edad, atemperando ánimos—. Reconoce que lo de colgada no resulta adecuado. El joven probablemente tenía algún lazo de amistad con ella, de ahí su preocupación, y con estas cosas mejor ser delicado.

Había un sincero reproche en su voz. El bodeguero reaccionó negando con tozudez y al tiempo reconociendo con humildad. No se le veía ofendido ante la crítica, sino decidido a rechazarla con el debido respeto.

—Lo que hay que ser es honesto y llamar a las cosas por su nombre. Lo siento, pero así sucedió. La frustración, el desengaño, la desilusión y de cabeza a la tragedia. Se lo he dicho con todas las letras, y bien ordenadas, ella quería ser médico y después de tantos años sola, muerto el marido, con las hijas a lo suyo, no lo superó. Aquí nos conocemos todos, yo diría que hasta demasiado.

—¿Quiere decir...?

La pregunta tenía el mismo sentido de lo que estaba oyendo, es decir, ninguno. A quienes poseen la información y el poder de esconderla o de transformarla sería justo ponerles límites, incluso cuando no pueda evitarse su influencia en tantas y tantas mentes ansiosas de cederles la propia capacidad de opinar y hasta de pensar. Instintivamente, en otra reacción sin demasiado sentido, Horo se subió la capucha. Quedó el rostro en la penumbra, recortado por la luz de las bombillas que colgaban de las vigas. Dio las gracias en voz tan baja que nadie lo oyó. Comprendió que debía hacer algún comentario. No lo hizo. Alzó ambas manos en señal de despedida, se giró y salió con una sensación de ridículo pegajosa y desagradable. Una vez en

la plaza caminó de espaldas hacia el árbol que continuaba rumiando sus soledades. El chico de la gorra blanca y sucia había desaparecido y en el cristal de la bodega se dibujaban de nuevo las tres siluetas de unos hombres a los que acababa de poner rostro y voz, no sabía decir si conocido. Pensó en el bodeguero, en el joven repasando los brillos que el licor provocaba en su copa y en la mujer madura tan pendiente y tan lejos de él. Lo que acababa de decirle aquel hombre sobre la dama del balcón olía a mentira por los cuatro costados. Desconocía el motivo de tal convencimiento, pero aquello apestaba a mentira. ¿Colgarse? Un accidente, sí, pero ¿colgarse? Y ni un accidente, Ginko le hubiera llamado consciente del cariño que sentía por ella. Por otra parte, lo de vivir angustiada, frustrada, por no ser médico o lo de vivir sola y desamparada resultaba absurdo. Todo respondía a la forma de percibir la realidad del bodeguero. Horo la conocía y nada tenía que ver con lo que acababa de describirle. Las dudas sobre aquel hombre, admitiendo que fuese su forma de percibir el mundo en que vivía, se reducían a los motivos. ¿Qué le llevaba a lanzar tales desatinos? ¿Querer acomodar ese mundo a sus imaginaciones? ¿Compartir con los cinco clientes lo que él sabría? ¿Sentirse su cabecilla? Por el momento, a él le tocaba dar tiempo al tiempo. Uno o dos días. Empezó a correr de nuevo buscando alejar unas palabras que resonaban en su cabeza componiendo nuevos sonidos de fondo. Aparto los fantasmas y sigo. Sí, aparto fantasmas y sigo. Hasta aquí.

Sin embargo, y a pesar de su voluntad, las sombras de lo sucedido en la bodega se alargaban sobre el empedrado. Su ritmo de carrera se estaba acelerando tanto que tuvo que frenarse cerca del portal. Una vez allí se repitió que lo que le había dicho aquel hombre no tenía sentido, que era una distorsión del propio barrio, una burda caricatura. El barrio creaba extrañas criaturas y acababa incorporándolas en el ánimo de quienes allí vivían. Mantenerse ajeno como él siempre había tratado de hacer, apenas permitía mitigar sus efectos. Allí la historia se escribía con textos anónimos, en ocasiones estrafalarios. Posiblemente Sena, a su manera, tenía una parte de razón cuando se refería al extraño planeta barrio.

Al entrar en el piso, como siempre, vio a Carlos al final del pasillo. Estaba sentado a la mesa, sin el plato delante. Al fondo, en el sofá de la galería, Sena sostenía un libro cerrado entre las manos. El libro cerrado y él demasiado serio.

28

Por la noche rellenaron juntos los formularios para el ingreso, juntos dieron su conformidad a un catálogo de compromisos y renuncias, juntos acordaron que hacían lo correcto y juntos bosquejaron el futuro inmediato. Lo último por templar ánimos. Sena apuntó la posibilidad de vender el piso y trasladarse a otro barrio. La idea no obtuvo una respuesta ni positiva ni negativa por parte de su hermano, pero devolvió con toda su dureza o ridiculez la conversación con su madre de hacía pocos días. Ya veremos, vayamos por pasos. En consecuencia cambiaron de tema, y la conversación derivó hacia la última de lo que Sena llamaba mis frustraciones, su compañera Olga. Hacerlo supuso un descanso pues aligeraba la tensión, al menos en principio. ¿Cómo llevas el asunto? Sena abrió los brazos alargando con ello la respuesta y subrayando dudas. No muy bien, para qué vamos a engañarnos. Hay mucha competencia, o sea, que pronto me tocará lo de emprender una digna retirada. Es lo que se llama ponerse a un lado antes de que te aparten, o irse antes de que te echen. De eso entiendo bastante, es lo mío. Ánimo, hombre, igual lo hace para despistar. Demos tiempo, ¿eh? Y las horas siguieron transcurriendo.

Mañana será otro día, una obviedad siempre que ese mañana amanezca para quien lo diga. En cualquier caso puede suponer un consuelo si ese mañana se toma por diferente y diferente por mejor, que es lo que ocurrió con Horo. Así, el día siguiente en su caso resultó menos complicado que el anterior, aunque la preocupación por la desaparición de la dama siguió en aumento. ¿Desaparición? ¿No exageraba? En la oficina, Melo le habló de Jana Juez, definitivamente sentenciada al cambio de planta, sus compañeros bromeaban intermitentemente y el trabajo fluía con facilidad. El tono se mantuvo hasta finalizar la jornada cuando camino de la salida se encontró con unos carteles que anunciaban para el día siguiente una nueva presencia de la famosa X.R. en las Galerías. El tamaño del cartel, considerable, permitía distinguir con detalle la mariposa azul que la modelo había llevado maquillada alrededor de los ojos, mariposa que sin razón aparente le provocó una tristeza de orígenes difusos. Dada la hora prevista para el acto, para él la de la comida, no tendría problema en comprobar cómo concluía aquel espectáculo. ¿Por qué no? Aquella chica desplegaba una magia, o proyectaba una ilusión, de la que en aquellos momentos le apetecía participar. Hay quien lo hace con una película o una novela, pues él lo haría con otro tipo de ficción.

Una vez en la calle se encaminó hacia la plaza Oeste, la gran extensión de mármol blanco

con el obelisco central, el Faro del Mañana, punteando el centro. Desde que se instaló en aquel lugar una de las tradiciones de los turistas consistía en acercarse para fotografiarse junto a su base y de paso comprobar si al tacto resultaba tan suave como aparentaba. La plaza se mantenía inmersa en su blancura habitual, nada de mudanzas en el color. La luz del día anterior, que había tenido mucho de premonición y no agradable, había desaparecido. Avivó el paso y pronto bordeaba la plaza de las Monjas esquivando las correrías de niños y adolescentes, recorría a continuación la avenida del Comercio y acabó rodeado por los curiosos y los compradores de la zona comercial. Nuestra vida va a cambiar, había dicho Sena entre esperanzado y excitado antes de ir a dormir, la vamos a cambiar de los pies a la cabeza. Vamos por pasos y no nos aceleremos, le había respondido él. Sena se limitó a asentir molesto por sus efusiones, quizá sintiéndose culpable por el origen de sus esperanzas y su excitación. Pensando en su hermano dejó atrás el bullicio comercial y, con la sensación de que se apagaban los focos y se acallaban los altavoces siguiendo una orden de la propia ciudad, bajó al pasaje de la Hornacina. Se decía que si todo seguía igual tocaba ponerse en contacto con sus amigos para dar o recibir noticias. Sin embargo, pronto comprobó que el día mantenía su cara amable porque pronto distinguió a la dama apoyada en la barandilla, envuelta en su chal verde, con el pelo blanco poniendo un punto de luminosidad en la penumbra, esperándole, mostrándose aliviada al verle llegar. Horo alzó una mano en señal de saludo y ella, como de costumbre, respondió con una inclinación de cabeza.

—Qué alegría verte, Horo.

—Lo mismo digo, y créame que no es un formalismo. Me alegro de veras.

La dama sonrió, asintiendo.

—Te creo. ¿Un buen día?

La imagen del bodeguero relatando historias de frustraciones, de suicidios, de recogida de cadáveres, le dificultó el gesto de satisfacción que pedía paso con fuerza. ¿Por qué habría fabulado aquel hombre de una forma tan estúpida? ¿Por llenar de palabras oscuras los anocheceres en su local?

—Pues un buen día, sí. Y viéndola de nuevo en el balcón, diría que mejor.

—La verdad es que hemos pasado unos días sin vernos. Te debo una disculpa. ¿No te llamó Ginko?

Recordó Horo sus ausencias en la última semana, y tomó a bien aquel tono más cómplice que crítico.

—Hace tiempo que no hablo con él, y pensaba llamarle hoy para pedirle noticias sobre usted. —Respiró hondo, disfrutando del alivio que sentía—. Y puestos a disculpas, vayan por delante las mías. He tenido unos días realmente agitados y no he podido venir a saludarla.

Ella cerró los ojos aislándose de recuerdos poco agradables o buscando argumentos que ayudaran a superarlos. Luego, alcanzado o no el objetivo, los abrió y enlazó las manos. La mirada seguía neutra, pero la expresión del rostro transmitía calidez.

—Aunque ni yo me lo acabo de creer, he pasado unos días días en casa de mi hija —dijo

sonriendo ante la expresión de asombro de Horo—. Lo sé, es sorprendente, pero una noche me llamó con tal cariño y tales insistencias que tuve, no, que quise aceptar la invitación. Además me explicó por vez primera el porqué ella no venía a verme. Sus argumentos resultaron extraños, pero quise respetarlos.

—Pues crea que me alegra oírlo.

—Lo sé, y la verdad es que han sido unos días felices. ¿Y Ginko no te ha llamado para advertírtelo? Le reñiré.

—También habrá andado liado —bromeó Horo—, aunque seremos dos en lo de reñirle.

La dama señaló hacia el cielo que se apretaba en lo alto, entre las cornisas de los edificios, un gesto al que Horo se había habituado y que en ella reflejaba la presencia de pensamientos que exigían ponerse en orden.

—¿Sabes qué decía mi marido sobre la tranquilidad?

—Adelante, me interesa.

—Él tenía la costumbre de buscar lo que expresara el lado oscuro de lo que se dice, y lo hacía en un sentido positivo, lo llamaba paralelismos. Para empezar solía emplear una palabra tan inquietante como corromper. Por ejemplo, decía que la corrupción de la tranquilidad es el aburrimiento. O del amor es la monotonía. O de la amistad es la descortesía. O de la naturalidad es la dejadez. O de la del júbilo es la histeria. Disponía de una lista enorme, y en ocasiones apuntaba lo que se le ocurría en papeles. La idea se la dio un político que a pesar de su profesión o gracias a ella había sido un gran hombre. —Inclinó el cuerpo hacia la barandilla y frunció los labios—. ¿Y tu padre?

Horo se frotó las manos y esta vez, de forma instintiva, fue él quien elevó la vista.

—Seguiremos el consejo del psiquiatra y lo internaremos en un centro especializado en el cuidado de este tipo de enfermos. —Se tomó una pausa y concluyó—. No quedaba otra.

La dama asintió.

—Estoy convencida de que habéis tomado la solución correcta.

—Creo que era la única, y no sé si eso la eleva a la categoría de mejor, ni siquiera la de correcta.

—¿Y tu hermano cómo lo vive?

La pregunta sumó alivios. Multitudes de polillas revoloteaban alrededor de todos y cada uno de los faroles de la calle. Un día te tragarás una, le había dicho Sena no hacía demasiado. La imagen resultaba desagradable, pero el recuerdo le animó y aún más la respuesta si optaba por la sinceridad absoluta.

—Si no fuese por el tema conciencia, se empeña en mortificarse hasta el agotamiento en todo lo que puede, yo diría que está entusiasmado. Digamos que presiente que se abre ante él un futuro diferente. Se equivoque o no, por el momento nadie le quitará esa ilusión. Lo ha pasado muy mal.

—Sois muy jóvenes, ¿cuándo si no vais a tener ilusiones?

Horo balanceó la cabeza expresando unas dudas que la dama situó en su lugar a través de

su característica sonrisa.

—Vivimos unos tiempos peculiares, ¿no crees?

—Tiene razón.

—De eso también estuve hablando, y mucho, con mi hija.

—Pues volviendo a lo de ayer, le tengo que confesar que hasta entré en el portal y llamé por si tenía algún problema.

—¿De veras? ¿Eso hiciste?

—Eso hice, doctora V. Laval.

Esta vez la sonrisa cedió su lugar a una risa breve y apagada.

—Eso puede explicarse, pero se hace tarde y sé que estás restando tiempo a tu afición de correr entre estas calles, una costumbre que mi marido hubiese analizado con mucho cuidado, hasta con respeto. Y vete a saber si hubiese llegado a algún tipo de conclusión.

—Simplemente me gusta este silencio y esta soledad y me apetece hacer ejercicio después de pasarme el día sentado en la oficina —dijo Horo lanzando una mirada hacia el pasaje—. No hay otro misterio.

—Tú no conociste a mi marido, de verdad. Seguro que hubiese descubierto algo.

—Crea que me hubiera encantado conocerlo y que hubiera escuchado con interés sus conclusiones.

—Seguro. Seguiremos hablando mañana si todo va bien.

—Aquí estaré. —Vaciló—. Si, como usted dice, todo va bien.

29

Dos semanas. La inmediatez del internamiento de Carlos, según propuesta de Doctor, no por menos esperado les cogió desprevenidos. Por ello, cuando lo de Nico surgió de nuevo en una de las conversaciones con Sena, Horo decidió empezar a cerrar las carpetas de lo secundario, dejarse de medias palabras y poder centrarse en lo importante, el asunto de Carlos.

—De acuerdo. ¿Te expliqué a qué vino?

—No demasiado. Supongo que para saber cómo nos va.

—Pues no —empezó Horo reclinándose en el sofá—, vino a proponernos que le pagásemos un alquiler.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Eso es una memez.

—Pues ella asegura estar muy bien asesorada en los aspectos legales.

—¿Y en los mentales?

—A saber.

—¿Tan en la miseria están o tan miserables son?

—Supongo que ambas cosas. Parece ser que Quino anda sin trabajo.

—Pero si no ha trabajado en su vida, al menos eso decía papá. —Se puso en pie con la risa y el temor dibujándose al tiempo en su rostro—. Esto merece otro vaso de cerveza. Un momento,

Horo esperó con el pensamiento vagando tras los cristales, olvidando la fachada vecina, tan cercana, apartándola de su camino. En su imaginación Nico asomaba con las formas de un pájaro multicolor de trinos escandalosos y pico inmenso, y la imagen le resultaba desagradable.

—¿En qué piensas? —le interrumpió Sena tendiéndole un vaso con cerveza.

Horo sacudió la cabeza, bebió un trago y se quedó con el vaso entre los dedos.

—En que celebres la noticia con otra cerveza.

—Qué menos. ¿También ella ha perdido el juicio? Empezaría a sentirme preocupado, por lo de la genética.

Bromeaba en apariencia, un rasgo muy suyo, pero se sentía inquieto. Horo hizo un gesto ambiguo, imposible saber a qué pregunta daba respuesta.

—Asegura que defenderá sus derechos y creo que al final sugirió que el asunto lo debían

resolver los dos hermanos. Ah, y culpa a Carlos de todo lo sucedido.

—Qué obsesión, ¿no?

—Llámalo obsesión. ¿Paso siguiente?

—Adelante.

—También ofrece la opción de vender el piso y repartir el dinero.

Sena se inclinó hacia delante. Párpados entornados.

—Otra estupidez, pero ¿por qué vino a hablar contigo? Tú siempre te has llevado con ella peor que yo. Quiero decir que a la hora de protestar que venga a hacerlo conmigo parecería más razonable. Conmigo se atreve todo el mundo, será porque he engordado.

—Si vinieras a correr conmigo por esas callejas que tanto desprecias te pondrías en forma.

Una ironía que, aun buscando relajar la conversación, provocó en Sena un efecto relativo. En relación a su físico su sentido del humor tenía un vuelo corto.

—Mejor hago régimen o bebo menos cerveza. ¿Y hablar directamente con papá ni se le ocurrió? Porque ella no sabe cómo está.

—Sé que poco después de la huida se vieron un día porque ella se lo pidió. Me lo contó Carlos antes de empezar a perder la noción del mundo. Él fue creyendo que se encontraría con un torrente de disculpas y lo hizo con un chorro de reproches. Es posible que aquello fuese la puntilla.

El hermano menor atento a lo que el mayor pudiese decirle, confiado y confiando. Una ventaja para la convivencia en algunos períodos de la vida, sin embargo, en ocasiones a Horo la fe de Sena le pesaba, en especial cuando creía que no encontraba el camino adecuado y las fuerzas suficientes para seguir adelante, lo que venía sucediendo últimamente demasiado a menudo.

—No lo sabía. A mí nunca me contaba ese tipo de cosas.

—No quería preocuparte, tenías catorce años.

—Hizo bien, por entonces andaba traumatizado, hasta abochornado por lo que había pasado. De todas formas lo de que haya venido con esa historia sigo sin entenderlo.

—Digamos que representó una tragicomedia que necesitaba concluir con una amenaza que hiciera temblar los cimientos del barrio, o al menos los de este piso, incluidos sus ocupantes.

—Me la imagino en acción y me da grima, aunque creo que te buscaba a ti porque tiene claro tu carácter. A Carlos, sabiendo o sin saber cómo se encuentra, no quiere ni acercarse. Y a mí me seguirá considerando un niño llorica y blandengue. Lo dicho, no le quedaba otra que ir a por ti.

—Supongo que prepara el terreno. Nunca ha sido inteligente, pero es lista. Además de rencorosa, claro.

—¿Es decir?

—Está convencida de que algo sacará, me refiero a algo de dinero.

—Resumiendo, espera que Carlos o nosotros para evitarnos líos le demos una cantidad,

ella la coge por hacernos un favor y hasta la próxima.

—Algo así.

Guardaron silencio. Horo volvió a centrarse en la fachada vecina y Sena se perdió entre las borrosas flores del suelo, repasando líneas y pensando en los colores que tuvieron en su día. Hasta que alzó la cabeza y se cruzó de brazos.

—En el fondo y en mi opinión —dijo—, andan mal de dinero y se lo tienen merecido. Por vagos y por ladrones. ¿Le contaste lo de papá?

—Claro que no, ellos no forman parte de nuestra vida. Nada, cero.

Sena asintió. La alegría había ido templando intensidades y su rostro reflejaba que no conseguía acabar de trenzar los hilos que manejaba, al menos no con la limpieza deseada.

—Y si pone una denuncia, ¿tú crees que le harán caso?

—La tomarán por una chiflada que llega con una historia rocambolesca culpando a su marido, al que hace un montón de años abandonó, a él y a sus hijos. ¿Quién con dos dedos de frente se lo tomaría en serio?

Sena torció el gesto y mostró una nueva chispa de alegría, maliciosa.

—¿Y si para decidir basta solamente con uno? ¿O con medio?

—Si así fuera, vendrían para hacer unas preguntas de formulario.

—Desagradable, desagradable. —La frase se le había escapado de entre los labios a juzgar por la señal de disgusto que hizo con la boca—. Ella se fue sin que nadie la echara, ¿verdad?

—Verdad.

—Tampoco dejó un álbum lleno de buenos recuerdos, yo diría que lo contrario.

—Y yo también.

Asunto concluido. Quedaban preguntas, evidente, pero asunto concluido. Horo cogió el vaso de cerveza, se puso de pie y se acercó a los ventanales. Oscuridad absoluta. Si los cristales hubieran estado pintados de negro, el efecto hubiese sido idéntico porque se limitaban a actuar de espejo oscuro. Quedaban interrogantes por responder, sí, interrogantes que no plantearía en voz alta para evitar preocupar a Sena. Sin embargo, una de esas interrogantes que había decidido no plantear sonó a su espalda.

—¿Sabes qué se me ha ocurrido? —dijo Sena—. ¿Este piso es de papá al cien por cien?

—No, creo que está a nombre de los dos.

—¿Y eso cambia nuestros planes?

Horo negó con mayor rotundidad de la que sentía.

—Ni añade ni quita una coma.

—Mejor, porque lo de venir a sacar dinero ya sería demasiado.

—Si sucede, se le dice que no y fin de la historia.

—Lo único es que nosotros hablamos de vender este piso y salir del barrio y si la mitad es suyo...

—Ya veremos. Habría que preguntar a quien entienda de estos temas.

—Porque eso, lo de papá —Sena señaló los documentos que habían rellenado—, ¿no

tendrá nada que ver con que haya aparecido de pronto por aquí?

—Si lo supiera hubiera empezado por ahí.

—Igual se lo huele.

—No creo.

30

Deambulaba por el pasado culpabilizando a su mujer y a su hermano de lo ocurrido. Lo de costumbre. Horo continuaba en el comedor, sentado de espaldas a la galería tratando de ignorar una voz que le llegaba apagada, monocorde, hundida en el desánimo precursor de esas derrotas que se acompañan de una dolorosa resignación. *Yo no era el encargado del pan*, empezó a repetir. Y la palabra pan acabó convirtiéndose en una letanía que flotaba en la penumbra del comedor molesta como un zumbido. P*an, pan, pan*. El resto de palabras se adherían a ella en desorden. Y siguió dándole la espalda hasta que se hizo el silencio. Entonces se volvió. Carlos había cerrado los ojos y respiraba plácidamente. Sena se había marchado a su cuarto al inicio de aquel soliloquio y lo había hecho con un gesto de disgusto o de pesar, en ocasiones le costaba distinguir los sentimientos de su hermano en su relación con Carlos.

Esa mañana Horo se había levantado antes de lo acostumbrado. Quería dar un rodeo y dedicar el tiempo camino de las Scheller a relajarse observando a la gente, un ejercicio que no solía practicar. Cuando se cansó ante la monotonía del espectáculo, puso su atención en los edificios. Al cielo no llegó, demasiado gris para su estado de ánimo. Balcones y ventanas, ventanas y balcones. Algunas buhardillas, pocas. De tanto en tanto, un cartel, un rótulo, un anuncio, un ocioso medio vestido y despejándose entre bostezos con el trajín de la calle desde su balcón. Llegó a las Galerías y se dirigió a las escaleras mecánicas. La sexta planta, el largo y blanco pasillo de distribución, el suelo pulido. Al entrar, creyendo que sería el primero, se encontró con Boris, quien al verle se apresuró a salir a su encuentro.

—Buenos días Horo,—susurró al tiempo que señalaba su despacho.

Apenas entraron, cerró la puerta, le indicó que tomara asiento y abrió una carpeta que tenía sobre la mesa.

—Sé que suele ser el primero en llegar y le estaba esperando porque debo hacerle un encargo —empezó. Respiraba fatigosamente, como si el trayecto hasta su silla lo hubiese dejado exhausto o acusara por anticipado la fatiga que le causaría lo que iba a decir—. Jana Juez, la del informe sobre las irregularidades en los descuentos, ¿la recuerda?

Horo asintió intentando mantenerse profesionalmente inexpresivo. La idea de empezar de nuevo lo que fuese relacionado con aquella mujer de protagonista lo incomodaba. Al margen, Boris, no le acababa de convencer. A diferencia de Melo vivía su trabajo con ansiedad, exhibiendo sin descanso sus méritos y encubriendo sus deméritos, en especial ante sus superiores, en un desagradable ejercicio de servilismo.

—¿Todavía es un problema?

—Vamos a ver, esa mujer ha estado montando líos desde que la trasladamos y ya tiene en contra a la mitad del personal de la planta, al menos eso es lo que me ha llegado. Y digo la mitad porque el resto la ignora y no le dirige la palabra. Vamos, que nadie la traga. Bueno, en la sección de la planta cero en que trabajaba tampoco despertaba muchas simpatías.

—Un carácter difícil —coincidió Horo y de inmediato lamentó haberlo dicho. Sabía por experiencia que entrar en valoraciones personales, en caso de ser negativas, nunca dejan en buen lugar. Sin embargo, Boris se limitó a mostrar su acuerdo con el comentario sin darle mayor importancia.

—El traslado de planta, la pérdida de categoría, lo que sea, la señora Juez sigue sin digerirlo. Además están las críticas a la empresa delante de los clientes. Y claro, hasta ahí podíamos llegar. El señor Gas ha sido tajante. Esa mujer se está jugando una sanción importante.

—Entiendo.

En realidad intuía más que entendía, pero la preocupación que percibía en su jefe y la abundancia en los preámbulos auguraban problemas.

—Concreto —dijo Boris leyéndole el pensamiento—, y disculpe el desahogo, lo siento, porque lo que quiero decirle poco tiene que ver con la señora Juez. Al grano, ¿sabe usted quién es X.R.?

—¿La modelo? —respondió Horo cogido a contrapié. No comprendía el giro de la conversación.

—Justo —confirmó Boris—, la misma. El señor Gas... Verá, esa chica hoy hará otra presentación de los cosméticos que la patrocinan, la última. Se trata de actos publicitarios, y no baratos, se lo aseguro. Es asombroso lo que cobra y lo que mueve esa gente, ¡y tan jóvenes! En fin, paga la casa patrocinadora, luego lo carga al precio final de sus productos y fuera problemas. Abreviando, el caso es que habrá una especie de cóctel de despedida y vendrán esas gentes que nunca faltan a la que huelen a la prensa. Vamos, que se alargará hasta..., la hora exacta la desconozco, pero se alargará. Y en este lío del que, como ve, no ando muy enterado, entra usted.

—No comprendo —dijo Horo.

—Bueno, en realidad debería entrar yo —siguió Boris ignorando la interrupción. Se mostraba concentrado, como si estuviese repasando un guión que tampoco él acababa de comprender—. El señor Gas me ha pedido que organice un poco el asunto. Bueno, gente de la empresa habrá, jefazos, pero van para estrechar manos, beber y comer. En fin, no está bien hablar así, disculpe. Es decir, necesitan un responsable para estar pendiente de los detalles. Según el señor Gas, lo hablaron en no sé qué reunión y decidieron que fuese él quien eligiera a la persona. Total, puesto que él es el responsable de esta sección, ha optado por seguir la cadena de mando y ha delegado en mí. Porque a pesar del trabajo desarrollado por Melo, una excelente persona y un gran profesional al que tengo en estima, yo ocupo el primer lugar del

escalafón tras el señor Gas, pero, y le agradecería discreción, no me veo en ese papel. Lo mío son los números, el rastreo de problemas y la búsqueda de soluciones. Lo social, en este caso con publicistas, modelos, mandamases, accionistas y políticos me desborda. Y le ruego de nuevo que esto quede entre nosotros y que juzgue en su justa medida el lenguaje que empleo.

Resopló dándose un respiro. Se secó la frente con un pañuelo que apareció repentinamente entre sus manos y se quedó absorto, clavada la vista en la carpeta que seguía esperando sobre la mesa. Horo intuyó el fin de su transitorio y breve periodo de paz, al menos en lo relativo al trabajo. En consecuencia, cuando le tocó hablar fue incapaz de evitar un deje de fastidio que apenas consiguió disimular.

—Necesitará alguien que le ayude.

—Eso, exacto —se animó Boris—, ha sabido usted verlo a la perfección. Pero, siendo exactos, no que me ayude —sopló con fuerza—, sino que me sustituya. Eso es, que me sustituya. Los motivos oficiales los tengo pensados y nadie los cuestionará. Al fin y al cabo se trata de garantizar la presencia de alguien competente y usted viene demostrando que lo es día tras día, y el señor Gas, créame, es consciente de ello.

Hubo una negativa invisible con tintes de consternación. ¿Qué pintaba él haciendo de maestro de ceremonias en un cóctel de las Galerías Scheller? Pensó que por probar a desmarcarse del asunto nada perdería, de modo que buscó el mejor argumento disponible, utilizar parte del empleado por aquel hombre que ahora le observaba con fijeza.

—¿Y no sería lógico que se lo dijera a Jonás, a Iván o a Malena? Recuerde que por antigüedad estoy al final del escalafón.

Boris dio un respingo y su rostro anunció rechazos, pero de inmediato recobró la calma balanceando la cabeza. Cerró la carpeta y la empujó hacia Horo. Asunto decidido, eso quería decir con aquel movimiento que a Horo le recordó el de una escena similar con Melo de protagonista poco tiempo atrás.

—Lo he considerado, es evidente, y por motivos diferentes en cada caso, motivos que me permitirá guardarme, en mi opinión la persona apropiada es usted.

Un último intento.

—¿Y no cree que Malena es una persona ideal para tratar con la gente y tiene una capacidad de organización fuera de cualquier duda?

Boris agitó las manos. Las palabras de Horo parecían haberle escandalizado. Se puso de pie tras haber desplazado la carpeta unos milímetros más hacia el otro lado de la mesa.

—Amigo mío, es necesario cuidar los detalles. Por ejemplo, ¿sabe usted cuánto mide esa modelo? ¿Y cuánto pesa?

—Perdone —empezó Horo con la voluntad de aferrarse al no lo entiendo, pero sí lo entendía, al menos entendía lo rancio del argumento—, no creo que unos centímetros de menos o unos kilos de más la descalifiquen.

—Habrá fotos, ¿entiende? Tenemos una cuestión de estética, de composición, y con ello no le niego atractivos a esa chica, a Malena. Entiéndame. Simpática, mona, etcétera.

—No acabo de ver el problema —se defendió Horo abrazándose a su perfil de empleado responsable.

—Usted me conoce y sabe que no acostumbro a andar con medias tintas. Créame, hay una lógica que pone a cada persona y cada cosa en el lugar que le corresponde. Por lo demás, si estoy hablando con usted, no es solo por una decisión personal. Ha sido uno de los patrocinadores quien ha tomado la decisión final. Cuando le consulté qué perfil preferían, me preguntó a su vez si se podía confiar, es una forma de hablar, en los trabajadores más jóvenes de esta sección, y yo le contesté que sin duda en dos, en Malena y en usted. Entonces me pidió las fotos, lo que me sorprendió. Fui a buscarlas al archivo, y tardó un segundo en decidirse. Él, dijo, y él es usted. Y le ruego que lo mantenga en secreto. —Hizo un gesto de amargura—. No sé por qué se lo cuento.

—¿Para que comprenda la situación y le sustituya? —dijo Horo escondiendo ironías y preguntándose si podía negarse sin consecuencias.

—Pues mire, digamos que sí. Para mí es esencial que me sustituya. Y ahora, ya puestos en confesiones, la última. Imagino que cuento con su discreción.

—Por supuesto.

—Hemos empezado hablando de Jana Juez, ¿recuerda? Pues volvamos con ella porque en realidad citarla no era casual. Esa señora ha presentado a registro una petición, y con sellos del sindicato, no me pregunte de cuál porque hay demasiados y no me aclaro, en la que expone que, dado su pasado en la planta cero, quiere colaborar en el acto. No sé si porque le hace ilusión, por figurar, por las dietas o por fastidiar. El señor Gas ha aceptado su propuesta en reconocimiento a su dedicación a la empresa. Considera que haciéndolo, una vez inflada como un globo y la mar de realizada, los de personal hablan con ella y le exigen que se tranquilice. La verdad, lleva tantos años aquí que ponerla en la calle resultaría un inconveniente. No solo en el tema de indemnizaciones, también está lo de la imagen de la empresa. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—Acabemos. Primero, ¿acepta hacerme ese favor? No admitiré un no.

La voz de Boris sonaba tan amistosa como concluyente, y en respuesta Horo hizo un gesto vago, que fue tomado por un sí de inmediato.

—Y lo secundario, ¿se encargará de darle alguna ocupación a la señora Juez para que se quede contenta?

Horo repitió el gesto, que fue tomado en el mismo sentido del primero y produjo iguales efectos.

—Un consejo de veterano, desde el primer momento, en cuanto aparezca, debería tener algo que la mantenga muy, pero que muy, ocupada.

—Con franqueza, no me resultará agradable trabajar con ella y supongo que tampoco a ella conmigo. Creo que me considera el principal culpable de su traslado.

—¡Exacto! —exclamó Boris, recuperando entusiasmos—. Otro punto a favor de que sea

usted quien se encargue del trabajo. Si tiene con ella un par de detalles, creo que dejará de dar la vara con que la han desterrado en parte por su culpa. Jana es de esas personas que manejan amores y odios sin demasiado criterio, lo hace con el estómago. Eso, créame, lo sé de primera mano.

—De acuerdo, no se preocupe —concluyó Horo, jugando ya sin reparos el papel de empleado comprometido con los objetivos de la empresa. En lo personal, no llegaban tiempos para añadir problemas.

—¿Preocuparme dice? Fácil de decir, fácil de decir.

—Si le damos una responsabilidad concreta, se aplicará en ello y lo hará bien. En el fondo se trata de una empleada eficiente a la que le pierde el carácter.

El rostro de Boris le indicó que alguna parte de aquella reflexión no le acababa de convencer. Le vio cabecear, pensativo.

—Eso es muy generoso por su parte. Sin embargo, hay otras opiniones y son bien diferentes.

La conversación entraba en un carrusel de luces y sombras que a Horo empezaba a resultarle mareante.

—Perdone, Boris, me he perdido.

Hubo un súbito estremecimiento que a uno sorprendió y al otro, a quien lo sufrió, incomodó. Algo similar a un tic nervioso o una descarga con igual origen, los nervios. Horo no conocía aquella versión del hombre que permanecía al otro lado de la mesa dando una sensación de desamparo que resultaba penosa.

—Yo sí la conozco porque mantuvimos una breve relación. Es mayor que yo, sí, pero fuimos pareja durante una temporada. Hace tiempo que acabó, por fortuna. —La firmeza retornó a través de una mueca que ascendió plana hasta quedar fija sobre las arrugas de la frente—. A pesar de mis cuarenta años soy un hombre soltero, y ella, diez años atrás, en sus primeros cuarenta, tenía su atractivo.

—Yo no soy nadie para opinar sobre la vida privada de los demás, se lo garantizo. Bastante tengo con la mía.

La explicación templó ánimos y el rostro de Boris recuperó su aspecto acostumbrado. Se inclinó hacia adelante, buscando intimar recortando distancias.

—Es usted un hombre joven, educado, agradable y en cuanto a la modelo, y no me malinterprete, supongo que será una experiencia compartir con ella un rato, aunque sea en medio de una multitud. ¿O no? Adelante, ya hay dos chicos esperándolo en el área de personal de la planta cero. Ellos tienen la información necesaria para ponerse de inmediato manos a la obra, tipo horarios, control de los pases, protocolo, seguridad, etcétera. Vaya tranquilo, son unos chicos muy competentes. Y naturalmente hay una prima por el favor que hace a la empresa. Además, lo dicho, ¿no? Una experiencia. Una vez más, gracias.

Horo dejó el despacho de Boris centrando ideas. Lo primero antes sentarse para ordenar, por lo menos ordenar, el trabajo previsto, consistía en delimitar el encargo y ponerlo en su

sitio, porque no pasaba de ser otro encargo, estrictamente otro encargo. Trabajaba en una empresa y le decían qué tocaba hacer en cada momento. Para eso le pagaban. Pura ley laboral. En principio su responsabilidad se reduciría a comprobar que todo marchaba según lo previsto. Una fiesta, por mucho personaje que bailoteara alrededor de alguien popular, era eso, una fiesta. ¿Y Jana Juez? Se sentó pensando en qué ocupación darle, y decidió que cualquiera que pareciese importante sin serlo. Se puso en pie y antes de salir se despidió de Boris alzando una mano, quien le respondió haciendo lo mismo con un pulgar. En la puerta se encontró con Malena. No se detuvo.

—¿Adónde vas tan acelerado?

—Te lo explico mañana.

Ya en el espacio que habían habilitado como centro de operaciones, un despacho situado en una esquina de la planta cero, se encontró con los dos chicos, que resultaron tan dispuestos como Boris había anunciado. Apenas se presentó, y tras estrecharle la mano con firmeza, lo llevaron ante una pizarra blanca repleta de esquemas, textos y gráficos. Sobre ese fondo y alternándose sin interrupciones, Leo y Caén, así se llamaban, lo pusieron en antecedentes respecto a los horarios, las actividades a desarrollar en cada franja, el personal disponible y las funciones específicas que convenía adjudicar a cada uno.

—¿Y los de seguridad? —preguntó Horo dejándose llevar por una preocupación que había ido creciendo a medida que bajaba pisos hacia el nivel cero. Lo relativo a la seguridad se veía incapaz de controlarlo. El gamberrismo y las malas formas lo superaban, lo que no equivalía a que desaparecieran del mundo ni de su vida. Un problema.

Leo, un chico de unos veinte años, sonriente y rollizo fue quien respondió.

—La seguridad la lleva un tal Martos. Habrá tres seguratas a la vista, en las puertas, los armarios menos barrigones que hemos encontrado. No más de tres.

—Lo que no equivale a que no mantengamos un retén con otros seis —completó Caén con una sonrisa amarga mientras limpiaba vigorosamente las gafas con un pañuelo a cuadros.

Caén daba la impresión de ser lo contrario de su compañero. Alto, seco, de nariz afilada y ojos entornados transmitiendo un permanente desengaño ante la vida. Sin embargo, entre ambos existía una complicidad que los aproximaba, una tensión controlada, la de quienes desempeñan su responsabilidad con esa naturalidad que lo hace todo más sencillo. Horo llegó a preguntarse cuál sería su misión dada la eficiencia de sus teóricos ayudantes. Caén sacó del bolsillo trasero de los tejanos una libreta roja con el anagrama de la empresa patrocinadora en la portada.

—Esto —se la tendió— es un resumen. Y otra cosa. Tú coordinas y nosotros te echamos una mano.

—Os agradezco el detalle de plantearlo así —bromeó Horo.

Caén movió la cabeza y el largo flequillo se descorrió en forma de cortina sedosa cubriéndole medio rostro. Allí lo dejó.

—No, no, no es que seamos amables. Tú coordinas quiere decir que la responsabilidad es

tuya, ¿comprendes? Si algo va mal, tú pagas.

Leo empezó a reírse mientras palmoteaba en el hombro a su compañero. No tiene remedio, parecía decir.

—Anda y que no eres cenizo, chico.

Caén se tiró el flequillo hacia atrás con un golpe de cuello y ronroneó lo que sonó a que lo decía en broma. Viéndoles, Horo tuvo claro que aquel iba a ser un día diferente y hasta distraído. Romper la rutina le apetecía. Al encontrarse con la palabra rutina le vino a la memoria la necesidad de llamar a Sena para advertirle de que llegaría tarde.

—Tengo que hacer una llamada. Será un momento.

Se dirigió a la puerta manipulando el móvil, pero antes de salir le asaltó una curiosidad y se giró.

—Por cierto, ¿vosotros trabajáis aquí, en las Galerías?

Leo negó con la alegría de quien queda liberado de un compromiso desagradable.

—En absoluto, nosotros estamos acabando un máster en marketing y organización de verbenas tipo esta. Nos han enviado porque hubo una petición desde las Scheller.

—Eso sí, somos alumnos de primera, los mejores —añadió Caén—. Eso que ves —apuntó hacia las pizarras con un vago gesto de la mano—, pulido, embellecido y añadiéndole una memoria lo presentaremos en la Escuela. Es parte de la nota.

Sonaban confiados y convencidos, optimistas. Tenían suerte de poder ser así. Horo salió a la zona comercial. El rumor de voces y música le daría la necesaria intimidad para llamar a Sena.

31

A medida que transcurrían los días las esperanzas de Sena con su compañera Olga se escapaban del cobijo de la fantasía, lo que le suponía encadenarse a la realidad y conducirle al desánimo. Menos mal que cambiaremos de vida, se consolaba a la hora del descanso saliendo del instituto, y punzado por el remordimiento, añadió: Y papá también, y a mejor. Siempre que pensaba en el internamiento de Carlos con alivio, sintiendo algo semejante a una liberación, se tachaba de miserable. Bajo esa sensación, inevitable a pesar de sus razonamientos y argumentaciones en sentido contrario, se encaminó a uno de los bancos que el Ayuntamiento había colocado en los jardines que separaban el instituto de la avenida de los Muelles. Su relación con la vida la consideraba complicada, lo que le hacía pensar que en asuntos en que se mezclaban las ilusiones y las realidades mejor no forzar. Aún no había superado la etapa de mortificación que algunos, no todos, viven en ciertos momentos de su vida y otros se empeñan en conservar para siempre, lo que le mantenía en un estado similar a la tristeza sin estar propiamente triste. Al sumar el internamiento de su padre, los exámenes y las incógnitas que le presentaba el futuro, acababa preguntándose por dónde le tocaba empezar a asentar las ideas. Y el tema de Olga de añadidura. Se dirigió al banco en el que precisamente ella y otros tres compañeros de clase charlaban animadamente. Con pequeños empujones hacia aquí y hacia allá ayudados por comentarios cáusticos, venga que estoy delgado, consiguió un espacio en el centro. En tan ventajosa posición consultó el móvil y lo primero que encontró fue un mensaje de Horo pidiéndole que le llamara en cuanto pudiera. Con pesar se apartó unos metros del banco y lo hizo. Le llegó una música metálica de fondo y la voz de Horo dirigiéndose a alguien advirtiéndole que no se olvidara de avisarle. ¿Avisarle de qué?, se preguntó, entre divertido e intrigado.

—¿Horo?

—Sena, hoy llegaré tarde por culpa del trabajo. Lo siento.

Ese fue el saludo. Lo que faltaba, pensó, pero dijo:

—Sin problemas. Yo me saltaré el recreo y me iré directo a casa.

—¿No me preguntas qué pasa?

Sena miró hacia Olga, que en ese momento se echaba los rizos hacia atrás. Emergió una cinta ancha y negra y él sintió una punzada de desánimo. Nada que hacer.

—Prefiero que me lo cuentes directamente, con calma —suspiró—. Además, no tengo ningún compromiso ni para hoy ni para mañana ni para dentro de un mes.

—¿Andas bajo de moral? —oyó preguntar.

—Hay días que se soportan mejor que otros y hoy toca de los otros. Nada, tranquilo.

Hubo un breve lapso de silencio, tras el cual se dejó oír de nuevo la voz de Horo, potente, tratando de imponerse a los ruidos de fondo. Encantado, señor Martos, ahora estoy con usted. ¿Señor Martos? Le sonaba al rival malo del policía bueno.

—Bueno, en plan resumen, ¿qué pasa?

La voz alejándose. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en empezar a llegar? Y a continuación:

—Pues pasa que voy a pasar la tarde con X.R.

—¿Con X.R.? ¿La modelo?

—Ajá. Ah, y tenemos una gratificación a repartir.

Y colgó.

Será cafre, se animó, y me deja a medias.

Cuando volvió al banco, la conversación giraba alrededor de los próximos exámenes. Trataban el tema con un desenfado que a él no dejó de molestarle porque viéndoles tan seguros de sí mismos le colocaban un escalón por debajo, lo que no se ajustaba a la verdad porque de los cinco él siempre conseguía las mejores notas. ¿Entonces? Pues entonces los exámenes no le provocaban la juvenil alegría que ellos compartían entre carcajadas, sino una obligación que no admitía errores, y ese era el problema. Por no parecer distante, reír no, sonrió la última gracia que le llegó, luego consultó el reloj y tras comprobar que faltaban menos de diez minutos para el inicio de la siguiente clase, se despidió del grupo y se encaminó hacia el edificio. Voy a pasar la tarde con X.R. Dicho así, impactaba. Horo a veces hablaba medio en serio y medio en broma y, sabiendo de la presencia de X.R. en unos actos publicitarios, no le costó llegar a la conclusión de que efectivamente lo retenían asuntos del trabajo.

El resto de la mañana anduvo disperso. Las ventanas del aula le ofrecían un marco ideal para vagar por aquel paisaje rectangular, un fragmento de tronco y otro de muro, marrones y blancos, luces y sombras. Desde otras aulas, no desde la suya, se distinguirían unos cuantos edificios desperdigados bajo un cielo que en aquellos momentos intuía intensamente azul. Intensamente azul y amplio para un habitante del extraño planeta barrio. Lo del azul, bien pensado, tampoco resultaba habitual en Ciudad del Mar. Las corrientes en las capas altas, explicación pormenorizada del profesor de Geografía reforzada por unas imágenes preparadas con celo, en combinación con la orientación de la costa y la función de cierre de las montañas a norte y sur, tendían a crear masas de aire húmedo, masas que al ser empujadas hacia la troposfera se enfriaban y el proceso acababa como acababa. Más niebla que nubes, más nubes que lluvia, más lluvia que tormentas. O al revés, tanto daba. La realidad, cavilaba mientras el profesor se aplicaba en una integral de tipo logarítmico, es que en nuestra ciudad el clima es bueno, regular y malo, que es lo normal, y en el barrio, no. En el barrio tanto da verano que invierno, primavera que otoño, porque allí lo de las estaciones no cuenta.

Terminaron las clases y él se sentía irritado por haber perdido el tiempo. Intentó consolarse diciéndose que había tomado apuntes. Mecánicamente, sí, pero los había tomado y los estudiaría por la noche mientras Carlos cenaba. Tampoco ayudó la presencia de Olga charlando y riendo con dos compañeras mientras recogían. Nada que hacer, nada. Salieron todos y él la siguió por los pasillos aprovechando que llevaban la misma dirección. Ya en la calle, protegidos los ojos por las gafas oscuras, tuvo la oportunidad de mantenerla dentro de su campo visual durante un tiempo que no fue excesivo porque también las gafas tenían sus límites. En el siguiente cruce lanzó una despedida muda, a la que dio un aire definitivo, y empezó a caminar hacia la calle del Santo Palio. Menudo nombre. Hasta en eso el barrio recordaba una catedral desmantelada, abandonada y sombría habitada por sombras sigilosas. O ni eso. Pensó en lo que Horo andaría haciendo y sintió la tentación de desviarse del camino y acercarse a las Scheller. Nada, apenas un momento, asomar la nariz para preguntarle de qué iba lo de X.R. y de paso pedirle que se la presentara. Tampoco lo hizo. Ni siquiera se lo había comentado a sus amigos, y seguro que se hubieran quedado pasmados. ¿X.R.? ¿Tu hermano va a estar con X.R. esta tarde? No, mejor callado y a esperar. ¿Y si a pesar de que conociendo a Horo le costaba creérselo, resultaba que era una broma? Supondría su retrato definitivo ante el resto de la clase, de frente y de perfil. Con cara de tonto por los dos lados.

Cuando dejó de castigarse con una tenacidad que no resultaba usual dado su carácter, que tendía a la mortificación intensa y breve, no al tormento prolongado, ya caminaba por los callejones del barrio con la sensación de exiliarse, de alejarse de donde la vida respiraba sin ahogos, ajena a las milagrerías del oscurantismo, e internarse en un cementerio, en un enrejado de sombras empeñado en recordar por comparación que existe otro mundo, y que sin duda es mejor. Este silencio no es normal, se decía. Lo mismo le había pasado el día anterior y la mayoría de los que le precedieron. Los sonidos que le llegaban, voces, golpes, silbidos, rasgueos, no rompían el silencio, lo acentuaban. No es normal. A menudo intentaba encontrarle algún encanto a tanta estrechez, a la lejana claridad que navegaba alrededor de las últimas plantas incapaz de descender hasta el suelo, o al olor que en los momentos optimistas calificaba de rancio y en el resto de peste. Esfuerzos puntuales, en general vanos, que concluían en un suspiro de resignación. Huele a cloaca inundada tras una tormenta. Exageras, le amonestaba Horo. Siempre que hablaban del barrio, él le decía lo mismo. Exageras. Comentando con sus compañeros en dónde vivía, pues llega un momento en que uno debe identificarse aunque sea con recortes, advertía reacciones que no siempre se tomaba a bien. Es como cualquier otro sitio, ¿no?, mentía. Claro, le respondían ellos por respeto o por cariño y mintiendo a su vez. Bien, es más antiguo que el resto de la ciudad, ahí aparecía la palabra clave, antiguo, no viejo, no ruinoso, no decrépito, y también tiene su encanto, no creáis. Así, confiando en la solidaridad o la buena educación de aquellos chicos y chicas que en su mayoría sabían del lugar por oídas, daba el asunto por zanjado. ¿Y no había otro estudiante en el centro que viviese en el barrio? Pues que él supiera, no. Esa era la realidad, siempre a cuestas con la realidad.

Empezó a subir por una escalera que, prolongación al fin y al cabo de las callejas, seguía oliendo a ese tiempo que se congela porque hoy por hoy carece de interés. Lo hacía despacio, al ritmo de un hombrecito con cuerpo de puño y piernas de índice y corazón que corría por la barandilla. Supongamos que lograra hacerme su amigo. ¿Qué haría después? ¿Invitarla a casa? ¿Hacer un tour por el barrio mostrándole la singularidad de las fachadas, la originalidad del suelo, la escasez de cielo? ¿Disfrutar juntos de la ausencia de aceras? ¿Del tufillo de las calles? No. El porqué no importaba, la respuesta se mantenía firme. No. Se detuvo ante la puerta con la llave en la mano. Capítulo mil de una novela con trasfondo histórico. Un chico llega a su casa, abre la puerta y le recibe una voz que llega desde una lejanía difícil de localizar. El chico responde con palabras que no encajan con las que le han recibido, y sucede así porque las direcciones, mejor, los sentidos de ambas voces andan perdidas en una confusión irremediable. Horo tenía otro carácter, otro aguante. Pero yo, se decía metiendo la llave en la cerradura, estoy harto de esta casa y de este barrio. Y le costaba enfrentarse al hombre que le recibiría asimismo sin rumbo, haciendo preguntas al pasillo, al comedor, a la galería, a la lámpara, a una mosca. Ya vale. Estoy peor que él, que por cierto es mi padre y está enfermo. Ergo, soy una mala persona. Se lo decía a menudo buscando la comprensión de un jurado dividido entre tendencias a las culpabilidades y a las inocencias, siempre presuntas y ajenas, cada miembro esgrimiendo sus pruebas y todos teniendo razón y todos equivocándose.

El pasillo se refugiaba en la penumbra de la hora y la galería, única posibilidad de disfrutar de luz natural en aquel momento, reproducía un escenario a la espera de encender las candilejas. Cambió la mochila de hombro y caminó intentando dejar detrás humores que, además de negativos en sí mismos, únicamente le empeorarían el día. No, no hay nadie en la puerta o ¿por qué no has encendido la luz? o ¿tienes hambre? o entierra al tío Quino o ponle un sello a mamá y métela en un buzón, o lo que fuera siempre que formara una idea basada en automatismos y empleada mil veces. La creatividad acaba agotando. Hacer ruido, que oyera una voz. Consejo de Doctor. La ciencia no dispone de un calmante tan eficaz como unas palabras afectuosas, Freud dixit. No le curarán, pero le ayudarán a sentirse mejor. A Sena le sonó a una de esas medio verdades o medio falsedades que se dicen con una sonrisa caritativa en los labios, solo en los labios, cuando lo que se busca es quedarse tranquilo y feliz con uno mismo.

Al llegar al comedor lanzó un ¡no, por favor! que borró de golpe toda la composición con la que había estado amargándose. Sus razonamientos, deseos, tristezas y malos humores se desplomaron sobre su moral como un castigo que algo en su interior calificó de merecido. No es verdad, tranquilo. El sillón negro encarado a la cristalera estaba vacío.

—Eh, papá, ¿por dónde andas? —gritó girándose hacia el pasillo—.Venga, ya puedes empezar a contarme la última que te hizo mamá o cualquiera de las perrerías del tío.

—Eh, papá, ¿por dónde andas?

Lo repitió tres veces. Una en el comedor, la siguiente a medio pasillo y la última en el cuarto de Carlos mientras abría la puerta del armario. Lo siguiente fue mirar debajo de las

camas de los tres cuartos.

—No está —dijo en voz alta, y que no pasara nada ni hubiese nadie para rectificarle lo estremeció.

Abrió el resto de los armarios del piso, comprobó que las ventanas seguían cerradas. Volvió a la galería. ¿Dónde narices se ha metido? ¿Una de las temidas escapadas? Si era así, la situación cambiaba porque perdía su consolador carácter de hipotética. Y justo el día en que Horo trabajaba hasta tarde. ¿Lo llamaba? Calma, precipitarse supone caer en el error de hacer tachones sobre un resultado quién sabe si correcto. Sospechaban y temían que salía a la calle, seguramente sin un objetivo concreto. En ocasiones al volver uno de los dos encontraba la puerta abierta, pero él seguía en la galería. ¿Y quién nos dice que solo se limita a abrirla y no se va?

Decidió salir a buscarle, ¿qué si no? La gente en estos casos echa una mano, ¿cierto? Como no se lo acababa de creer, se lo repitió y siguió sin creérselo. Los tiempos tendían hacia los despistes frente a los problemas ajenos, pero se lo dijo por tercera vez. Nada, inútil. Se dirigió hacia la puerta. Al abrirla se encontró de nuevo con el olor agrio de siempre. Sin embargo, esta vez ni siquiera recordó a quien fue durante noventa años don Leandro.

32

Encontró la calleja sombría y solitaria, lo que siendo previsible, aumentó su inquietud. Imaginaba a Carlos desorientado, vagando por una maraña de pasajes sin entradas ni salidas, sin direcciones ni sentidos definidos. Si hasta entonces había concebido el barrio en clave de madrigueras y escondrijos, repentinamente se encontró frente a un laberinto enroscado en sí mismo, sin salidas. Una forma de tenerte atrapado. Intentó mantenerse firme en lo de no llamar a Horo. Uno de los riesgos con estos enfermos, les había advertido Doctor, es desaparecer de improviso. Se esconden o se escapan aprovechando cualquier descuido. Y si salen y se alejan, es un problema. ¿Comprenden? Comprendían tanto que ese había sido uno de los argumentos de peso, quizá el mayor, para que Horo se decidiera por el ingreso. Hasta aquel momento Carlos no había pasado de romper o tirar a la basura lo que no debía, dejarse un grifo abierto o la nevera sin cerrar, encender las luces en pleno día o, sospechaban, abrir la puerta. Poco más. Respiró profundamente.

Acaso el susto tendría un final feliz con Carlos avanzando hacia él, aturdido por encontrarse lejos de la galería, o encontrárselo en la entrada del portal equivocado. Se daba media hora. Después decidiría qué hacer. ¿Y si el cielo se ensombrecía y amenazaba lluvia? No había relación entre el cielo y la situación, pero no pudo evitar asociarlo. Lo último, avisar a Horo. Lo último. Claro que el orden de las decisiones, reconoció, dependería de los estados de ánimo. Empezar. ¿Empezar? Sí, empezar a correr hacia la izquierda en dirección a la calle del Párroco. ¿No lo hacía Horo cada atardecer? Pues ahora le tocaba a él. ¿Y si había salido del barrio? La duda le frenó antes de alcanzar el primer cruce. No, el barrio acababa de transformarse en un laberinto y de los laberintos no se sale, y menos quien se desorienta incluso en el pasillo de su casa. Decidió cambiar los ritmos y la carrera desbocada cedió ante un paso rápido, más adecuado para escrutar los callejones que se sucedían a su derecha e izquierda. Fue dejando atrás los cruces y en cada uno de ellos comprobaba que la silueta de su padre no se correspondía con las que se movían a lo lejos, invariablemente a lo lejos. Así llegó a la primera tienda en la que pensaba preguntar, un portalón en el que habían distribuido latas, botellas y cajas de fruta y verdura sobre estructuras metálicas pintadas de rojo. Al fondo un pequeño mostrador con una balanza de pesas de las que apenas se encuentran hoy en día, sucias en rastros o limpias en anticuarios. Dos mujeres hurgaban en el interior de los cajones. Una manoseaba manzanas y la otra estrujaba pepinos. Tomaban una pieza, la giraban y regiraban esmerándose en detectar defectos, y al fin la devolvían a la caja para ser substituida

por otra similar. Tras el mostrador, dos tablones en forma de T en su día asimismo de color rojo a juzgar por los restos de pintura, un hombre ni joven ni viejo, ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso, de calva reluciente y vestido con un guardapolvo gris seguía las maniobras de sus clientas con gesto ausente. En apariencia no le molestaba aquel maltrato del género, sino que le aburría.

Quizá se encontrara en ese aburrimiento la razón por la que la aparición de Sena le provocó una reacción cercana al júbilo. A aquel chico lo conocía desde niño, y de tanto en tanto compraba en su tienda. Sena se acercó tratando de recuperar el aliento, y el tendero lo recibió alzando una mano a modo de saludo. Lo hizo sin dejar de estar acodado en el mostrador, sosteniendo la cabeza con la otra mano. Últimamente el cuerpo le pedía holgazanería.

—¿Buscas algo?

Las dos ancianas interrumpieron los sobeos a la espera de una respuesta que en realidad bien poco les interesaba. Por saber y por tener temas de conversación. Sena se sintió incapaz de responder a una pregunta tan simple si se tomaba en su sentido literal Responder a mi padre hubiese supuesto un toque de humor negro del que en aquel momento se sentía lejano.

—¿No habrás visto a mi padre hoy? No sé, pasar por delante de la tienda.

El hombre se rascó la calva bajando la cabeza, no subiendo la mano, hasta que por fin, en un arranque de coraje, separó los codos del mostrador y enderezó el cuerpo.

—¿No andaba malucho?

El tono coloquial y hasta cariñoso, y la palabra, malucho, desactivó el interés de las dos ancianas que volvieron a las manzanas y los pepinos.

—Pues sí. Por eso le busco.

—¿No está en casa?

Pregunta absurda, hecha con buena voluntad, pero absurda. Como tantas otras que se intercambian a lo largo del día. Si estuviera en casa, ¿andaría preguntando por él?

—Me temo que no —respondió Sena tras una ligera vacilación.

El tendero miró a las ancianas, que de común acuerdo habían intercambiado posiciones con una parsimonia que recordaba bailes camperos de películas antiguas.

—¿Señoras, no habrán visto ustedes a Carlos Gris esta mañana?

—¿Carlos Gris? —respondió una esgrimiendo un pepino—. ¿El de Santo Palio?

—Exacto. —Sena sintió acelerarse el pulso—. ¿Lo ha visto?

La otra mujer tomó la palabra, y lo hizo con un asentimiento pesado y torpe, como lamentando reconocer cualquier culpabilidad. Me estoy delatando, parecía decirse.

—Hará cosa de media hora.

El tendero, animoso, decidió avivar esperanzas y dio una palmada que resonó seca, sin ecos.

—Media hora. Eso no es nada, Sena. —A continuación se dirigió a las ancianas con tono apremiante, alzando la barbilla y reforzando con ello la autoridad de la que se había investido

—. El chico necesita saber, ¿no lo entiende? A ver, ¿dónde estaba?, ¿qué hacía?

La anciana dejó los ojos medio en blanco, dudando si responder al tendero u olvidarse de sus preguntas y volver a las manzanas. Necesitaba una para la merienda y seguía sin decidirse. Por fortuna para Sena optó por lo primero. Chasqueó con la lengua.

—Pues sí, lo he visto. Me largó una parrafada episcopal, pero hablaba raro, así que no le entendí demasiado. Además parecía incapaz de fijar la vista, como si estuviese bebido. Oye, chico, hace tiempo que no lo veía y anda muy envejecido. Sin ser gran cosa, antes tenía aires de caballero. Tan alto y tan esbelto, con el pelo hacia atrás, tipo Gary Cooper. Siempre bien aseado, bien peinado, bien vestido, con los zapatos lustrosos.

—Ahora está enfermo, señora —la interrumpió Sena intentando mostrarse amable—. ¿Dónde estaba?

—Yo fui muy clara, directa. Es mi carácter, y a quien no le guste, que no se me acerque —respondió la anciana esgrimiendo con brío la manzana que seguía sosteniendo en la mano—. Déjese de pamplinas, señor Gris, le solté. Ahora se va a su casa, que tiene mal aspecto, y se mete en la cama después de tomarse un vaso de vino templado con canela, miel y limón. No haga como una de mis primas que ni razona ni entiende, pero siempre consigue hacer su santa voluntad. Es una caprichosa, una consentida.

—Entiendo —contemporizó Sena —. ¿Y él que hizo? ¿Le dijo algo?

—Pues me miró enfadado, como ofendido. Para mí que bizqueaba.

—Enfadado, no, mujer, enfermo. El señor Gris está enfermo —la interrumpió la otra anciana antes de volver a poner su atención en los pepinos—. Y no bizqueaba, tenía sueño y se le cerraban los ojos.

—Bueno —se corrigió la primera—, digamos que pintaba raro, eso no se discute. Después soltó no sé qué acerca de su hermano, pero que no me preocupara, que nadie se preocupara porque lo había resuelto. Eso medio entendí. Andaba medio de lado, pero yo estoy para que me ayuden, no para ayudar. Faltaría más.

Sena trató de responder, pero el tendero, resistiéndose a abandonar su papel de mediador, intervino de nuevo. Esta vez lo hizo con un tono que se inclinaba antes a la conciliación que a la reprimenda.

—¿Y sabe adónde se fue?

Hubo un despectivo encogimiento de hombros.

—Supongo que lo normal hubiera sido a su casa.

—Vamos a ver —insistió el tendero, cargándose de paciencia—, dígame por lo menos dónde se lo encontró y qué dirección tomó.

Hubo algo similar a un gruñido que no se entendió.

—¿Decía? —le preguntó Sena acercándose.

La mujer carraspeó y tragó saliva. Tomó y dejó varias manzanas hasta que eligió una llamativamente roja.

—Las rojas están blandas, igual han empezado a pudrirse.

—Mis manzanas son de lo mejor y están frescas —protestó el tendero.

—Hace una semana a lo mejor.

Sena hizo un esfuerzo por controlarse.

—Perdone, ¿pero dónde lo encontró y hacia dónde cree que se fue?

La anciana lo miró, desconfiada al principio y divertida después, quizá al comprobar la angustia que reflejaba aquel rostro tan juvenil, y no respondió. Fue la otra clienta la que, de nuevo pepino en mano, tomó la palabra.

—No seas así, mujer, ¡qué ganas de fastidiar! Chico, ¿tú conoces la de los Mártires? —susurró arrugando los párpados.

Sena asintió. Cómo no iba a conocerla si solo había dos plazas en el barrio y la otra apenas llegaba a patio.

—¿Y recuerdas unos bancos que hay junto a ese árbol que nadie cuida, el que sigue vivo de milagro desde que lo plantaron para reemplazar al que quemaron aquellos salvajes?

Sena volvió a asentir, controlando el impulso de exigirle que fuese al grano. Prefería no arriesgarse.

—Escúchame, yo conocía a tu padre. Tú no te acordarás de mí porque por entonces eras un crío, pero yo conocía a tu familia, e incluyo a dos de tus abuelos. Fíjate que hasta sé lo que pasó con tu madre y el hombre aquel con pinta de frescales con el se largó, creo que es tu tío. Menudos dos.

—Señora, que está preocupado. ¿No se da cuenta? —intervino el tendero avanzando con energía hacia ellas, los brazos abiertos y la paciencia agotada.

La anciana compuso un mohín de disgusto, el de quien quiere dejar claro que hace caso por educación, no por temor a las reacciones ni a las consecuencias.

—Pues en uno de esos bancos debe estar. Hacia allí se fue y ¿para qué va a ir a esa plaza un viejo si no es para sentarse en un banco y sestear? ¿Para fumarse un porro?

Fueron minutos, pocos, los que Sena tardó en aparecer en la plaza de los Mártires. Él lo ignoraba, pero su estructura triangular fue impuesta por la nobleza un par de siglos atrás. El promotor de la idea fue un alcalde cuyo nombre nadie recuerda, hombre con inclinaciones masónicas y propenso a las ciencias, obsesionado con la importancia de los triángulos y las pirámides. Llegó jadeando, pues esta vez se había decidido por la carrera y su cuerpo, aunque joven, no estaba habituado a ciertos esfuerzos. Al llegar, el alivio le hizo olvidar cansancios, sustos y angustias. Tenía ante sus ojos la esencia del cuadro que se repetía al llegar a casa desde hacía años. Variaba el entorno y la iluminación, lo que en aquel momento carecía de importancia. Pronto volvería la normalidad, la de cada día, y por una vez se sintió afortunado al pensarlo.

Sentado en el banco, no lejos del árbol, con los brazos cruzados, la cabeza ladeada y los ojos cerrados, se le hubiera tomado por cualquiera de los miles de jubilados que descansan en los bancos de Ciudad del Mar, unos rumiando recuerdos que nunca parecen alegres o dormitando, otros conversando en parejas o grupos o cuidando nietos con la preocupación

de quien duda de su capacidad para lograr que sus desvelos no acaben en problemas. En el caso de Carlos su semblante invitaba a pensar en un sueño agitado. Los labios no dejaban de temblar, como si discutiera con quien no le acompañaba, ni las manos de moverse incapaces de contener lo que recordaba la indignación. La plaza estaba desierta, lo que para Sena amplificó el aspecto de abandono de su padre. Con la serenidad recobrada, de los males, el menor, caminó hacia él y se sentó a su lado. Codos en las piernas, inclinado hacia delante, movió la cabeza a izquierda y derecha, a derecha e izquierda, y al fin la dejó enfrentada a aquel perfil que con la luz del día, incluso con una luz como la de Barrio Antiguo, parecía haber envejecido aún más en unas horas. Sin duda andaba en uno de sus soliloquios y por su cabeza andarían a trompicones quien fue su mujer y quien seguía siendo su hermano. Del fondo de la plaza llegaron unos sonidos sordos, el de unos pies arrastrándose acompañados por jadeos arrítmicos. Cabía esperar la aparición de alguien cargado con un bulto de considerables dimensiones, y sin embargo, nada sucedió.

—Este barrio..., —dijo sin encontrar el modo de concluir la frase.

El eco de su voz fue suficiente para que Carlos despertara si de veras dormía y abriera los ojos con un parpadeo sobresaltado. Como un pájaro que se cae del nido antes de poder volar, pensó Sena y se sintió peor. La alegría por haberle encontrado perdía fuerza y la tristeza le comía el terreno. Lentamente el presunto pájaro asustado se giró hacia él y afiló los párpados buscando aclarar las formas del rostro que había surgido de pronto de entre sus sueños. Una aparición que aparentemente no resultaba de su agrado.

¿Tú?

Sena asintió consciente que en aquel tú cabían muchos nombres. Por un instante tuvo la tentación de preguntarle qué hacía lejos de casa, por qué se había ido y hasta pedirle que no diera más sustos. Iba a hacerlo, por inútil que resultara, cuando advirtió en el puño derecho de la manga pequeñas manchas rojas, como una salpicadura ¿de sangre?—¿Te encuentras bien, papá? ¿Te has cortado?

Paciencia y nunca pierdan los nervios al hablar con él. Otro consejo de Doctor y ellos lo seguían hasta donde les resultaba posible. Carlos alzó el rostro y señaló hacia el triángulo de cielo plomizo que se abría sobre sus cabezas. El día tendía a la oscuridad y, lo mismo que si un niño hubiese jugado con un rotulador, sobre su superficie grisácea las nubes se dibujaban en torpes trazos anaranjados que se estiraban interrumpiéndose con los edificios. Allí permanecían suspendidas a la espera del viento. Mientras, Sena trató de encontrar algún rastro a la vista que explicara aquellas manchas. No lo encontró. Al llegar a casa intentaría..., algo.

Nadie comprende que nos engañan desde que nacemos y que nos lo merecemos por creer que el cielo es una sábana para tapar las desnudeces de Dios y eso es una tontería.

Sena le cogió del brazo. Ver desvariar siempre resulta triste, y si ese alguien es parte de tu vida, la tristeza se convierte en un dolor que acaba haciéndose necesario para no dejarse vencer por la incomprensión, y no cometer errores de los que arrepentirse posteriormente.

—Vamos a casa. ¿Sí?

Carlos suspiró, paciente.

Dios no está desnudo porque Dios no existe se lo han inventado unos sinvergüenzas para seguir a lo suyo sin problemas ¿hablamos de lo que existe de verdad?

—En casa, papá.

No le gustó la respuesta a Carlos, o no la entendió, y señaló al árbol, lo mismo que podría haberlo hecho en cualquier otra dirección. Sena se puso de pie y estiró del brazo de su padre con suavidad, ayudándole a levantarse. Comprobó con alivio que no se resistía pues se incorporó y se quedó inmóvil, aguardando el siguiente impulso.

La mentira y el miedo pero es inútil porque de la mentira del miedo no se escapa.

La respuesta tanto daba. Dios o el diablo, la mentira o la verdad. Palabras reunidas alrededor de una locura que seguía creciendo.

—Anda, papá, vamos.

Empezó a guiarle en dirección a la calle del Santo Palio. De camino las dos palabras, la mentira y el miedo, se repitieron incansables. Para Sena, por fortuna para sus ánimos, la sensación de alivio, incluso debilitada, se resistía a abandonarle por completo. La vida podría haber sido de otra forma, se decía intentando conservar al menos un resto de lo que había sentido al comprobar que todo seguía igual. No bien, igual. Y disponía del tiempo suficiente para decidir si se lo contaba a Horo o no. Lo primero comprobar lo de la sangre. Aunque quizá, se dijo, sea otra cosa.

33

La vida de Ximena Raff transcurrió sin grandes alteraciones hasta cumplir los once años. Su padre, arquitecto y al tiempo constructor, promovía sin tregua edificios personalizados, exclusivos, destinados a clientes con una notable capacidad económica. Nada de encargos oficiales, ni del Ayuntamiento ni del Gobierno, ni regional y aún menos del estatal. Mil reuniones, cien consejos, diez asesores, ningún responsable. Ni los quería ni los necesitaba. En su estudio los encargos llovían, como si en vez de exigir considerables sumas por sus proyectos, los regalase incluyendo un premio sorpresa. En cuanto a la madre, una espigada mujer de singular belleza, herencia de mi abuelo, se justificaba ella con la sencillez que proporciona una esmerada educación, dirigía una escuela de diseño. A creatividad su marido no la ganaba. Eso decía medio en serio y medio en broma cuando se presentaba la ocasión, lo que solía suceder con frecuencia dada la intensa vida social de la pareja. Tanto daba una mesa, una cortina, un sacacorchos, una bicicleta, una jarra, la portada de un libro o una barandilla. Marcaba estilo, creaba moda.

Con tales padres consagrados a la creatividad y a la exquisitez, no extrañará que a los once años Ximena llevara ocho educándose en un colegio cuyo coste lo convertía en exclusivo. Es decir, desde los tres años había asistido, y lo seguiría haciendo hasta los dieciocho, a las clases de una autodenominada cooperativa escolar con un equipo docente cuyo promedio de edad rondaba en sus inicios la treintena y contaba con más doctorados, y másteres que profesores. Espacios abiertos, actividades compartidas, enseñanza bilingüe primero y trilingüe después, y un abanico de actividades destinadas a desarrollar el criterio, la iniciativa y el espíritu de colaboración. Sus fundamentos se aplaudían incluso entre quienes, compartiendo ese espíritu, se veían incapaces de sufragar los gastos exigidos. Por su parte, los hijos de los afortunados acababan sus estudios con una formación académica impecable y una personalidad tolerante y cosmopolita, lo que es de agradecer cuando los tiempos tienden a la esclerosis mental. Esto último solía decir, sin ocultar su amargura, el padre de Ximena cuando alguien ponía pegas a alguno de sus proyectos.

La primera alteración del guión en la biografía de Ximena tuvo lugar el día en que cumplía los once años. Para entonces, al margen de mostrarse inteligente, de nuevo por herencia de su bisabuelo materno según la madre, apuntaba a ser tan espigada como esta y a superarla en atractivos. La historia se inició en los momentos de los platos sucios, las servilletas arrugadas, las botellas vacías, los manteles empapados y los envoltorios de regalos

transformados en pelotas multicolores. Es decir, en el ambiente propio del final de un cumpleaños. Entre los invitados se encontraba el hijo de un conocido publicista que buscaba por aquellos días una niña con encanto para protagonizar la campaña de una marca de ropa infantil y juvenil. Cuando llegó el momento de las despedidas, ya con su hijo al lado, se acercó a la niña y entre veras y bromas le dijo: Ximena, serías perfecta para el anuncio que estoy preparando. De inicio, al arquitecto y a la diseñadora la idea les hizo gracia, tenía un punto fresco y moderno, con estilo. ¿Saldré en la televisión?, preguntó ella. Pues claro, prometió el publicista, y en las revistas y en los carteles y hasta en las vallas de publicidad. Al oírlo, se mostró tan entusiasmada que se llegó a un acuerdo apenas en unos minutos. Fue un buen fin de fiesta. Aplaudieron los asistentes adultos y gritaron divertidos los invitados de menor edad.

A lo largo de aquel otoño, exclusivamente sábados y domingos para no perder clases, la niña se fotografió y se filmó con cien vestuarios diferentes de primavera y verano. Los anuncios se presentaron a finales de invierno. Decir que su imagen resultó un éxito fulgurante resultaría exagerado, pero no que Ximena ahora riendo, ahora seria, ahora ensoñadora, ahora enfurruñada, con un conjunto tejano, o una falda estampada, o un chaleco bordado, o una camiseta granate o malva con estampado o sin estampado, o unos piratas, o unos pantalones cortos, o con cinta en el pelo o sin cinta en el pelo, o con enormes gafas de color o sin ellas, cayó en gracia, qué mona, qué naturalidad, y la decisión tomada al sabor de una tarta de cumpleaños derivó en no pocas llamadas de unas agencias siempre al acecho de descubrimientos. ¿Pero cuánta gente se dedica a la publicidad en este país?, protestaba sin enfados el arquitecto. ¿Y quién arreglará los coches o hará de cajero si todo el mundo trabaja en publicidad?, completaba la diseñadora entre risas. A la niña ni una palabra de las llamadas, aconsejaba un psiquiatra infantil amigo de la familia. Se ha divertido, es la alumna más célebre del colegio y punto. Tiene once años y esos ambientes acaban creando frustraciones. El arquitecto y la diseñadora se mostraron de acuerdo, sensatez les sobraba. En consecuencia, agentes y agencias recibieron sucesivas negativas. Si lo reconsideran, llámennos, se despedía la mayoría con un pesar que duraría el tiempo necesario para marcar otro número de teléfono. Bien sabían ellos que críos guapos y padres deslumbrados ante la posibilidad de verlos convertidos en una celebridad, o por mera avaricia, los hay a miles. Por lo demás, muchas de las potenciales estrellas se estropean llegada la adolescencia. ¿Cuántos niños y cuántas niñas que despertaban admiración a los diez se transforman a los quince y caen en el olvido a los veinte? La mayoría.

En el caso de Ximena tan negros presagios no se cumplieron, más bien sucedió lo contrario, y años después se había convertido en una alta y atractiva adolescente. El publicista, que siguió asistiendo a los sucesivos cumpleaños, observaba el proceso tomando nota de las posibilidades de la chica. La consideraba una apuesta ganadora, no tenía la menor duda. Ahí estaba el éxito a un clic. Al cumplir diecisiete años Ximena había decidido estudiar Traducción e Interpretación. Dominaba tres lenguas gracias a su talento y a las estrategias pedagógicas de los profesores de la Cúpula, la cooperativa de enseñanza, y planeaba estudiar

tres más para completar su formación. ¿Qué empresa se resistiría a contratar a quien hablaba seis idiomas con aquella planta? Sus padres la apoyaron de inmediato.

En esas se encontraban unos y otros, cuando a mediados de invierno el publicista recibió el encargo de una firma dedicada a la cosmética, desde el pelo hasta los pies, pasando por los glúteos y los muslos. Y de glúteos y muslos se trataba en ese caso. En concreto la campaña, firmada y comprometida la entrega en el plazo de tres meses, tenía el objetivo de convencer al mayor número posible de mujeres que vencer la celulitis era posible con un pequeño sacrificio económico y algo de voluntad. Él, desde su estudio en el distrito de Trazo, había repasado el fichero de las modelos con las que solía trabajar sin acabar de encontrar lo que buscaba. Finalmente, tras horas de reunión con su equipo frente al material acumulado, seleccionó tres candidatas. Pensemos que la elegida saldrá con un pantalón muy corto, precisó un miembro del equipo. Y si hace falta, con el Photoshop lo acabamos de pulir, quiso ayudar otro. No hace falta y eso no es legal, recriminó la secretaria, que de publicidad poco sabía, pero se había añadido al grupo como solía hacer en el momento de seleccionar los y las modelos. Tiene razón, la ley prohíbe falsear las imágenes, corroboró el publicista al tiempo que contemplaba desanimado las fotos que esperaban decisiones sobre la mesa. Les falta frescura, ¿no estáis de acuerdo?, compartió temores con los ayudantes. Yo sí, intervino la secretaria. El publicista vaciló. Treinta, treinta y dos y treinta y cuatro. Hablo de años. Pues eso es lo que hay, ¿no?, reflexionó un ayudante y la campaña no va dirigida a las adolescentes, porque las adolescentes en general no tienen celulitis. O tienen poca, puntualizó la secretaria que de ello sí sabía algo. Hacemos publicidad, somos profesionales, les respondió su jefe, esto no es una reunión de amigos ni una ONG. Y fue en ese instante, al referirse a la reunión de amigos, cuando le vino a la cabeza Ximena caminando hacia la piscina que el arquitecto y la diseñadora habían puesto en el jardín. Los publicistas gozan de ese don, si aparece en su campo visual alguien con gancho, no se emboban como tantos hacen, sino que lo estudian bajo el punto de vista profesional.

En principio, al margen de las dificultades presumibles, la idea le resultó absurda a él mismo. Una chica con diecisiete años, y de paso la hija de sus amigos, anunciando un anticelulítico. Le llamarían tramposo y con razón. Además los padres podrían molestarse, también con razón, por intentar resucitar una historia pasada. Sin embargo, la posibilidad caló con una fuerza que su carácter, poco dado a las rectificaciones, propiciaba y las modelos que tenía delante, las supuestas alternativas, apoyaban. Bien pensado las fotografías se tomarían de la cintura a media pantorrilla. No se le vería la cara, ni tan siquiera el pelo. O el pelo sí, y es que la chica tenía una melena lacia y oscura admirable. A ver, dijo entre dientes, ¿qué pasa si nos ponemos valientes y nos basamos en una imagen atrevida de veras? Medias tintas fuera, que se vea que es alguien joven. ¿No sueñan las que ya no lo son con parecerlo? Si lo pensáis bien, resulta incluso más honrado. Se mostraron cautelosos los ayudantes y la secretaria y él empezó a temer oírse, admitido, lo de tramposo. ¿Y qué? Hacían publicidad, no impartían justicia, y habría que reflexionar sobre la catadura moral de los jueces. No te

entiendo, dijo la secretaria ya consolidada en su papel de asesora aunque fuese de forma transitoria, ¿adónde quieres ir a parar? Pues es fácil, recurrimos a una chica joven y adelante. ¿No hablabas tú del Photoshop? Uno de los ayudantes insistió en lo de la adolescencia y la celulitis. Huele a camelo, apuntó, vacilante ante su atrevimiento. Pero para entonces el publicista ya no escuchaba, solo pensaba en la estrategia para conseguir llegar a un acuerdo con los padres de Ximena.

El acuerdo llegó por caminos menos tortuosos de los previstos, y es que Ximena hacía seis años que había cumplido los once, es decir, el tiempo había pasado y la mayoría de edad quedaba a unas hojas del calendario. No sin mala conciencia, el publicista decidió puentear a los padres inicialmente, con ellos cumpliría en el siguiente paso, porque intuía que antes necesitaba ganarse la voluntad de la interesada, y su estrategia resultó ser acertada. Al primer intento, consistente en lanzar la idea entre lo hipotético y lo factible, ella respondió con tal entusiasmo que al momento vio la batalla ganada. ¿Qué iban a hacer unos padres tolerantes por vocación ante tanta felicidad? ¿Cómo oponerse si habían hecho pancarta de la tolerancia? Y los profesores que enseñaban en tres lenguas e improvisaban sin tregua, ¿qué opinarían ante una rotunda negativa a lo que en el fondo no dejaba de ser un proyecto creativo? A pocos meses de la mayoría de edad, ¿se cuadrarían un arquitecto minimalista y una diseñadora creativa con la rigidez de los conservadores artríticos? Dicho y hecho, a los pocos días se firmó el contrato y poco después Ximena se calzó un breve pantalón blanco, se colocó frente al decorado, cielo azul y arenas doradas, y se colocó de espaldas al fotógrafo siguiendo las indicaciones del publicista. Perfecto, decía este ante cada toma. Perfecto, repetía el fotógrafo. Así arrancó su fulgurante carrera, porque esta vez, tras la difusión del anuncio, se reprodujeron las llamadas y con mayor intensidad, y las respuestas dieron un giro absoluto. Ahora decidía ella.

Bien es cierto que inicialmente las agencias solicitaron imágenes que superasen la visión de glúteos y muslos. La armonía global que preveían había despertado su curiosidad, o su interés, pero faltaba comprobar el resto del cuerpo, incluidos el rostro, el pelo y la expresividad. Cuando Ximena accedió a hacer una sesión de fotos y vídeos para preparar el dossier y se dieron los correspondientes permisos para hacerlos llegar a algunas agencias, la curiosidad se esfumó y dejó su espacio a las ofertas. Las fotos resultaron tremendamente convincentes y, en principio, nada de inversiones en aprendizajes. Aquella chica, tal como el publicista había supuesto desde el primer día, era una apuesta ganadora En consecuencia se desató una guerra por contratarla. No se te ocurra firmar exclusivas, ni aunque sea Miles Aros, les aconsejó otro de los amigos de la familia, un abogado con un bufete de quinientos metros en la plaza de las Monjas. El publicista, que de ello entendía no poco, se mostró de acuerdo y procedió a proponerla a través de su agencia como icono en exclusiva de una empresa de colonias y perfumes para jóvenes. Así, a los diecisiete años y diez meses la situaron en el vestíbulo de la fama, vestíbulo que cruzó radiante a lo largo de los siguientes años para ocupar el salón principal antes de cumplir los veintidós, que era su edad cuando realizó las

jornadas publicitarias en las Galerías Scheller. A lo largo del trayecto, entre desfile y desfile, entre sesión y sesión, entre viaje y viaje, acabó la secundaria y el bachillerato y conviviendo con la fama, que seguía encarando desde su lado festivo, cumplió con sus estudios universitarios. Fue la condición, por responsabilidad, no por autoritarismo, que le habían impuesto sus padres al inicio de su carrera de modelo. Una condición innecesaria porque ella ya lo tenía decidido. Hacer de modelo le resultaba fácil, atrayente y hasta lucrativo, pero su futuro pasaba por las aulas de la universidad. No se trataba de palabrería, de un sueño hueco, aquello de mamá, voy a ser actriz, papá, seré sabio, ¿me veis de danzarín?, ¿y de cantante?, porque inició y avanzó imparable en sus estudios, tanto que mientras aquella tarde la maquillaban y la peinaban en las Galerías Scheller se encontraba en la fase final de sus estudios.

Bajo los focos, aliviada por unos ventiladores simulados entre los carteles, cavilaba sobre el trabajo pendiente de una de sus asignaturas favoritas. En la universidad los compañeros, se habían habituado a su presencia y le reconocían el mérito. Evidentemente lo tenía peor para estudiar, lo mismo que si se tratara de una deportista de élite o de una actriz, y la ayudaban pasándole apuntes, notas o avisos, apuntes, notas o avisos que su ayudante, Ara, procesaba meticulosamente. Llevaban recorriendo el mundo juntas desde hacía dos años, y le suponía un gran apoyo en lo personal, pues para lo profesional disponía de un representante, Adán, que ejercía de tal y de paso de celoso protector de su seguridad. En ocasiones ella dudaba si no primaba la función de guardaespaldas sobre la de representante, aunque para lo primero, ciudad tras ciudad, dispusiera de gigantones que la seguían como sombras. Se trataba de hombres, y en ocasiones mujeres, que acabaron perdiendo su nombre y hasta su rostro pasada la novedad de sentirse escoltada en cuanto pisaba según qué lugares. ¿Es necesario que me acompañen?, le preguntaba en los primeros tiempos a quien por su aspecto hubiera pasado por colega de quienes vigilaban a prudente distancia. Respondía el representante con gravedad: Hay mucho loco suelto y tú llamas la atención hasta de quien no te conoce.

Decidió tomarse un respiro en lo relativo al trabajo pendiente cuando oyó decir hemos acabado, listo. Segunda parte, ahora le tocaba a ella. Se movió como quien se despierta lejos de cualquier intromisión, en plena y placentera soledad. ¿Fácil? En absoluto. Tras unas maniobras tan espontáneas en apariencia había largas horas de preparación, de aplicarse con los consejos y hasta las exigencias de un profesor de la Escuela de Teatro contratado por su representante. Sacudió la cabeza ligeramente, se irguió, estiró la pierna derecha y dobló la izquierda para liberar el tacón de uno de los soportes del taburete, dobló los brazos hasta llevar la mano izquierda al muslo del mismo lado y la derecha al cinturón de charol negro. Llegaba el momento de abrir los ojos. Sabía que las alas de la mariposa azul del maquillaje los resaltaría. Azul cobalto en contraste con el blanco y el gris verdoso. Las pestañas postizas también colaboraban lo suyo en el efecto final. La luz de los focos instalados en los laterales la deslumbró, y recordó que Adán, después de la penosa experiencia del primer día, había advertido al técnico que rebajara potencias. No es necesario que brille como una alienígena

recién llegada de las lejanas galaxias, le había llegado a decir. ¿Le habían hecho caso? Sí, pero no lo suficiente como para sentirse cómoda. Aguantó hasta que pudo distinguir los rostros que se agolpaban a su alrededor a prudente distancia. Vio a Adán y a Ara en primera fila. Él mostrando la tensión de quien permanece pendiente de los detalles, ella con el ceño arrugado, interrogándose sobre el titubeo que había creído advertir en su jefa, así la llamaba. El siguiente paso. Sonreír. Lo hizo y los labios, azules y brillantes, se alargaron separándose como el telón que nos anticipa nuevos asombros. Quienes asistían al espectáculo la siguieron y surgieron a su alrededor sonrisas de todos los estilos. Treinta segundos saludando desde la distancia exigía que el público percibiese la naturalidad y proximidad de quien lo hace, pero manteniendo las distancias. Piensa, la había ilustrado el profesor de Expresión Corporal. Es la sonrisa de las inauguraciones, la de las alfombras rojas y explota esa sencillez que marca las diferencias porque evidencia superioridades. Se te da bien. En los rostros que veía, al margen de las habituales excepciones para bien y para mal, a ambos tipos se había acostumbrado, encontraba cordialidad. En realidad la encontraba en la mayoría de las ocasiones y en casi todos los lugares, lo que para ella suponía un triunfo, lo que le proporcionaba mayor satisfacción. En ocasiones se había preguntado si conseguirlo podía tomarlo como un logro personal, como un mérito, o como el resultado del azar.

Adán se acercó con cuatro zancadas. La onda rubia se balanceaba sobre su frente. Llevaba un paquete de postales, cien. Su rostro en primer plano, con la mariposa azul posada sobre los ojos y los labios resplandecientes. En la parte inferior derecha, impreso en letras plateadas, X.R. Eso en el anverso. En el reverso, el logotipo de la marca, una línea de cosméticos llamada "Morpho azul" y un texto:

Morpho, la mariposa azul, está considerada como uno de los seres más hermosos de la naturaleza. No son pocas las culturas que la asocian con las raíces espirituales del pasado más profundas, y *que anuncia la prosperidad y la felicidad si se cruza en nuestro camino, pues simboliza el horizonte al que se dirigen los elegidos por la fortuna.*

—Equis, ¿vamos bien?

—Sí.

—¿Empezamos con los autógrafos?

—De acuerdo.

—¿Y los focos? ¿Mejor?

—Bien, no te preocupes.

Se dirigieron hacia una mesa de patas metálicas y tablero de cristal con una silla forrada de terciopelo azul. Dos ramos de rosas igualmente azules completaban el decorado.

—¿Cansada? —le preguntó Ara con su particular voz aguda, siempre desprovista del supuesto interés por la respuesta—. Yo cortaría en media hora.

—No viene de unos minutos. Cuando se acaben las postales.

Ximena sabía que la frialdad era un rasgo de la personalidad de su ayudante, lo mismo que levantar una ceja cuando conversaba o mantener la cara de palo incluso en los momentos

más emotivos. La última vez que lloré, le había comentado en una ocasión con orgullo o con tristeza, ella no consiguió distinguirlo, me han dicho que tenía diez meses.

—Este chico —apareció Adán inclinándose para que su voz le llegara por encima del vocerío que se iba organizando alrededor de la mesa— es de las Galerías y se encarga de la organización del cóctel. Cuando acabes con esto, vas al hotel con Ara, descansas y te arreglas. Luego nos encontramos en la zona privada.

—Ahí estaremos.

—No lo dudo. Lo que te decía, el representante de las Galerías...

X.R. asintió a modo de saludo. Se corrigió de inmediato, y alzó el rostro hacia quien hasta entonces no pasaba de ser una sombra. Se encontró con un chico muy alto, que apenas se apercibió que le prestaba atención inclinó la cabeza en señal de saludo, sin sonrisas ni palabras. ¿Carácter reservado, demasiado impresionado ante la fama o exceso de control?

—Espero no darle demasiado trabajo —le dijo ella, cordial.

—Seguro que no —respondió él.

X.R. cogió el rotulador que le tendía su ayudante y tomó la primera postal. Una mujer de mediana edad, moño irregular y blusa floreada, que se presentaba como la madre de alguien al que llamaba mi Zacarías, gritaba, ¡no sabe la de pósteres que tiene de usted en su cuarto! X.R. asintió y firmó.

El paquete de postales se fue reduciendo, no así la cola de los aspirantes a conseguir una. Mientras, no lejos de la mesa, dos empleadas de las Schiller, cesta en mano, repartía pines que reproducían una mariposa azul, pines que todos, ilusionados, se colocaban de inmediato con una alegría un punto inexplicable.

34

En lo que hoy es Barrio Antiguo lo pintoresco abundó, sí. Claro que sucedió antes de lo de los jornaleros, porque después los personajes que le daban tono y color se marcharon en busca de mejores soles. Si se le hubiese preguntado a Sena por los motivos de su desaparición, hubiera apuntado al corazón del propio barrio, al aire que respiraron y respiran quienes allí han vivido y viven. Un aire que se vuelve del color gris ceniza al atardecer y acaba transformando edificios y calzadas en dibujos de perfiles sombríos. Con estas ideas o con otras similares se venía desahogando desde hacía años. Sin embargo, su animosidad hacia el barrio le impedía recordar un caso singular, tal vez no pintoresco en un sentido estricto, tal vez demasiado turbio, pero que bien podía situarse a la altura de aquellos personajes de otros tiempos, se trataba de la loca de la zapatería.

Obesa hasta la morbidez, de mediana estatura, cojeaba con la pierna derecha y respiraba resoplando. El rostro hinchado, la melena aleonada teñida de un rubio dudoso, los labios pintados de rojo y los ojos bordeados de negro. Esta mujer llegó de improviso un día indefinido de invierno en medio de una nevisca que se confundía con lluvia de fango, un fenómeno frecuente en Barrio Antiguo debido a la descomposición de las fachadas. Lo hizo arrastrando una cesta de paja con ruedas, una de las que se usan para guardar la ropa sucia. Se plantó ante las mohosas puertas de una vieja zapatería reconvertida en local abandonado, sacó una llave, abrió tras un forcejeo con la cerradura, entró y cerró a sus espaldas. La zapatería llevaba desmantelada desde los tiempos de la sublevación de los jornaleros porque su propietario, un hombre apreciado en el barrio, tuvo la desdicha de ser en su momento uno de los damnificados por el furor popular. Empezar por los palacios, seguir por los pisos de la gran burguesía, después de la mediana y continuar por los de la pequeña para acabar arrasando lo que fuese, tiendas y talleres incluidos. Es decir, primero los tiranos, después sus lacayos y si se hace necesario, emprenderla hasta con sometidos si se los consideraba demasiado dóciles. Llegado el momento, el zapatero, huesudo, tristón y meticuloso en las reparaciones y las limpiezas, ante las pedradas y los sucesivos garrotazos a los cristales del escaparate, al banco de trabajo, a las estanterías y a cuanto género quedase a mano y fuera potencialmente rompible o no, a ti te dejamos en paz por viejo y da las gracias, se tuvo que oír, adoptó una actitud física e intelectual digna de los estoicos. Se fue a un rincón del taller y cruzó los brazos dejando hacer o deshacer como si aquello no fuera con él. Al tiempo pensaba en qué maleta guardar sus pertenencias para marcharse de aquel lugar, el suyo, el de toda la vida. Lo hizo al día siguiente.

Pasó por encima de los escombros de su pasado con la maleta en la izquierda y la mano de su esposa en la derecha. Ella se resistía, se mostraba serena, nada de histerismos, pero le dolía la idea de abandonar lo que no cesaba de llamar nuestro hogar. Desde aquel momento, lo que fuese zapatería había permanecido cerrada. Así se explica el del complemento del nombre, la loca, de la mujer que ahora la ocupaba, de la zapatería. Sobre los motivos de su aparición hubo quien creyó que se trataba de una hija tardía del propio zapatero y su mujer, es decir, de una toma de posesión de la herencia, todo legal, lo que resultaba complicado de creer dada la edad de los hipotéticos padres en el momento de desaparecer. También corrió la voz, con su barniz de lógica, de una venta al uso. Incluso no faltaron habladurías más o menos extravagantes. Es decir, un vacío absoluto. Lo que sí se comprobó fue que la desconocida vivía en un casi rotundo aislamiento. Casi porque a lo largo de algunas horas la loca de la zapatería permanecía al amparo de la oscuridad del portalón de un edificio abandonado, al final de la calle de la Indulgencia, apenas a treinta metros de la zona comercial. ¿Se escondía? ¿De quién? ¿Aguardaba? ¿A quién? A saber. El caso era que se mantenía agazapada, ignorando a quienes entraban en el barrio. Por el contrario, a quienes salían los llamaba, la voz evidenciando un esfuerzo importante dados los jadeos que intercalaba, y si se detenían, marchaba a su encuentro con paso torpe para susurrarles: Si no vuelve solo quedarán los escombros y se los llevarán los ladrones. Dicho lo cual, regresaba al portalón. Con los años, perdido el atractivo de la novedad, los locos no agresivos divierten durante un tiempo limitado, sus apariciones pasaron a ser incómodas, de manera que llegó el momento en que por mucho que llamara nadie se paraba para atender a su presentimiento.

Aunque empezaba a ser tarde, y tratando de despejarse antes de volver al piso, Horo decidió entrar en el barrio precisamente por la calle de la Indulgencia. ¿Motivos? Tal vez la curiosidad ante un recuerdo que le había asaltado a la vista del esplendor de la fiesta, o la búsqueda inconsciente del contraste de lo que había dejado atrás. A saber con que finalidad. Qué finalidad. Cuando dejó atrás el portalón, ni rastro de la loca de la zapatería, pensó en un mensaje de Sena de última hora pidiéndole que, no te preocupes, vuelve en cuanto puedas recibido. Sí se preocupó, por lo que llamó al instante aislándose de músicas, charlas, canapés y copas durante unos instantes. ¿Qué ha pasado? Un silencio prolongado, excesivo. Nada importante, fue la respuesta de Sena con voz firme, artificiosamente firme, pero vamos a tener que hablarlo. ¿Carlos? Nueva pausa, también excesiva. Te lo cuento después. Un anticipo. Cuando vengas, cuando vengas. No hubo modo de sacarle de ahí. Quizá fue entonces, al volver junto a las músicas, charlas, canapés y copas, y fijar su atención en una X.R. con el rostro limpio de maquillajes, la mariposa azul había volado, vestida con unos tejanos y una camiseta blanca, rodeada de ejecutivos de diferentes escalas, cuando recordó a la loca de la zapatería. Y es que los recuerdos vienen y van a su albedrío, y nuestra capacidad para avivarlos o sofocarlos es relativa. En los últimos tiempos, admitió, actuaba de una forma poco habitual, actuaba y en ocasiones razonaba con excesiva emotividad. En cierto momento vio avanzar a Jana Juez hacia dos de los representantes de las Galerías, que reían copa en mano. Lo hacía

apretando los labios, con parpadeos de conejo marcando el ritmo de unos pasitos cortos, aceptando con humildad el desinterés de los presentes hacia su persona. Se detuvo a un metro y encogió los hombros, haciéndose más y más pequeña, disculpándose de antemano por una intromisión que no acababa, que no acabaría, de producirse. Por fortuna.

Avanzando por la calle de la Indulgencia, atrás quedaban Jana Juez y X.R. atrapadas en libros de memorias recién publicados y de éxito tan desigual. De una y otra se había despedido dándoles las gracias. A la primera rozando unos protocolos que ella misma desarmó manejando tal espontaneidad que le desconcertó. A la segunda dentro del grupo de colaboradores que incluía a los dos chicos del máster y al jefe de seguridad. A punto de marcharse Jana Juez se le había acercado para insinuar su confianza en que su trabajo a lo largo de la tarde llegara a los oídos de quien debía llegar. Se limitó a desearle la mejor fortuna en su nuevo destino, el país de las cortinas y los manteles, así definía ella a la torre en donde se sentía desterrada tal cual las antiguas princesas. Punto final.

Súbitamente le invadió un profundo cansancio y giró hacia el pasaje de la Hornacina. Se justificó diciéndose que serían apenas unos minutos de retraso, lo justo para intercambiar unas frases con la dama. Por el motivo que fuese hacerlo siempre le animaba. Eso si la encontraba, pues llegaba con la noche dominando en lo alto. No tardó demasiado en despejar dudas porque, lo mismo que cada día, allí estaba. La dama, ajena a horarios, lo recibió con la habitual inclinación de cabeza.

—Es tarde, Horo. Hoy he sido yo la que empezaba a preocuparse.

Su voz no sonaba a reproche, sino a disculpa.

—El trabajo. La verdad es que no pensaba encontrarla tan tarde. Disculpe por el retraso y disculpe también por la pregunta que le hice ayer.

Tarde para arrepentirse, ya lo había dicho.

—¿Lo de la placa de la puerta?

— Exacto, sobre la placa.

—Creo que las cosas son simples y las hacen complicadas la curiosidad y la fantasía si se descontrolan. ¿Sabes, Horo? Mi piso tiene su historia y yo formo parte de ella, pero no solo yo. La comparto con otros, los conozca o no. La placa a la que te refieres me la regalaron mis padres, mi marido se empeñó en ponerla en la puerta y, una vez él murió, yo no quise quitarla. Hoy no pasa de ser lo que nada explica, y es que hay que sumar vidas para que todo tome sentido. Lo otro, lo de la portería, viene a ser lo mismo. La diferencia está en que ignoro quiénes fueron los personajes de esa obra.

La respuesta nada aclaraba sobre lo de doctora, pero decidió no insistir. Se hacía tarde. Los barrotes habían enrojecido debido al óxido y los laterales del balcón mostraban unos desconchones que por el momento no anunciaban peligros para la mujer que cejas en alto, qué le vamos a hacer, lo miraba. Nos obcecamos en las tonterías para evitar lo esencial, tiene lógica porque así todo parece más fácil, le había dicho ella en una ocasión. Eso también lo pensaba él, y lo pensaba porque al hacerlo tomaban sentido muchas opiniones y conductas

difíciles de admitir. Sena le esperaba.

—Mañana le explicaré el motivo de mi tardanza, ha sido algo muy curioso — dijo alzando una mano en señal de despedida.

—Mañana empieza el fin de semana.

Horo abrió los brazos disculpándose por el error y repitió el saludo.

—Hasta el lunes, pues.

35

Una vez se despidió de la dama, quiso convencerse de que lo de Sena se quedaría en un incidente menor. Tendía a dramatizar cuando de Carlos, del piso o del barrio se trataba. Eran temas que lo superaban. Aun así admitía que debía haber vuelto directamente, motivos sobraban. Sin embargo, a pesar de la conciencia de actuar incorrectamente y de que el tiempo continuaba avanzando, algo le empujaba en sentido contrario. Por ello, al llegar al cruce de la calle del Milagro con la del Santo Palio siguió directo hacia la plaza de los Mártires. Iba de disparate en disparate, sin duda, y no se lo tomaba a mal, incluso encontraba cierta satisfacción rompiendo reglas. No tenía sentido, pero tampoco deseaba encontrarlo y aún menos buscarlo. A diario se dan infinitas situaciones, emociones y actos que tampoco lo tienen y el mundo sigue girando, ¿no? Él, tan formal, eterno aspirante a la estabilidad que da ser y sentirse responsable, tan firme en el autocontrol y ante las circunstancias que se pudiera encontrar, se concedía unas horas de asueto. No pretendía ser condescendiente consigo mismo, y al tiempo pensaba que lo estaba siendo porque por una vez se lo había ganado. Y Sena se lo perdonaría.

Alargó el paso tras consultar el reloj, volverse a cuestionar su forma de actuar esa tarde y sentir una nueva punzada de remordimiento. ¿Adónde iba? A la bodega. ¿El motivo? No tenía la menor idea, únicamente que algo le impulsaba a sumergirse de nuevo en aquel ambiente. Nueva improvisación. Todavía recordaba la resignación con que aquel hombre describía el funesto fin de la dama al tiempo que sus parroquianos, dispuestos por orden de edad, asentían pesarosos. Aguas profundas que se mantenían estancadas sobre un fondo de lodo que la higiene mental aconsejaba no remover. Sena esperando para explicarle lo sucedido y él actuando sin control. Bien, tampoco se trataba de amargarse lo que no dejaba de suponer unos minutos de desahogo, minutos que creía necesitar. En realidad, el retraso sería mínimo.

En la plaza de los Mártires los bancos seguían a la espera de quien nunca llegará para acompañarle y las fachadas, cerradas las ventanas, corridas las cortinas, bajadas las persianas, guardaban un silencio triste. Sobre las puertas de la bodega, borrosas por el cruce de dos luces demasiado apagadas, la interior y la exterior, se dibujaban las siluetas de los tres clientes. Horo conocía sus rostros, su vestimenta, sus voces y hasta sus expresiones, unas expresiones resignadas, cansinas, revelando ese hastío que llega a marcar personalidades y estilos de vida. Se dirigió hacia la puerta, la empujó y entró.

Nueva representación. Los mismos personajes, el mismo escenario, la misma luz y los

mismos olores. Los tres hombres acodados en la barra, enfundados en una indumentaria que se repetía sin faltar un detalle, se giraron al tiempo. A la derecha, si bien en una mesa distinta, esta vez más alejados de la barra, junto a los primeros toneles, la mujer madura y el hombre joven prolongaban su peculiar relación. Él descansaba la cabeza en los brazos, cruzados sobre la mesa. Horo hubiera creído que dormitaba si no le hubiera llegado un zumbido a través de un aire pesado por la acumulación de vapores. La mujer, esperanzada de amor, o movida por un deseo en el fondo amargo, le acariciaba el pelo y movía la cabeza siguiendo el ritmo que le marcaba la voz de su enamorado. Horo levantó una mano en señal de saludo y buscó al dueño del local. No advirtió si los hombres respondían, supuso que sí, porque se mantenía pendiente de las sombras que ocultaban el fondo del local, al final del pasadizo de toneles y cajas, creyendo que allí aparecería nuevamente aquel hombre de formas exageradas y hablar sentencioso. Sin embargo, precedido por un gruñido y el repiqueteo de cristales, la gruesa cabeza sostenida por unos hombros fuertes y declinantes emergió tras la barra.

—El maldito gato no deja de arañar la tarima —gruñó al tiempo que lanzaba una furiosa patada contra un objetivo invisible. De inmediato tomó la bayeta y buscó qué limpiar. No lo encontró y la colgó de mala gana en uno de los grifos—. Hombre, joven, hoy no viene disfrazado de atleta nocturno, ¿eh? O de vengador encapuchado.

Los tres hombres de la barra asintieron, cada cual a su estilo. No había ironía en el gesto de ninguno de ellos ni tampoco en el tono del dueño. Al revés, mostraban una simpatía sincera, casi fraternal.

—No —dijo—, hoy vengo de paisano.

—¿Y qué querrá el joven paisano? —preguntó el dueño sin perder su aire de afabilidad—. ¿Algo fuerte? Hoy no anda de ejercicio y se lo puede permitir. Además, a sus años el cuerpo aguanta lo que le echen.

Horo negó con un gesto.

—Nada, gracias. Será un momento. Pasaba por aquí y he pensado en entrar, por saber. Claro que con tantas preguntas al final me tomará por un entrometido.

El dueño dio un manotazo al aire ahuyentando suposiciones absurdas y dejó caer con fuerza las palmas sobre el mostrador, una cuarteada imitación en plástico de mármol rosáceo. Así quedó, a la espera, pendiente de lo que aquel chico tan alto quisiera preguntarle. Su actitud, tan circunspecta, desorientó a Horo porque había decidido empezar de una forma desenfadada, simulando esa charla que surge espontánea a partir de un recuerdo recogido al azar. Se encontraba ante cuatro rostros expectantes, cuatro porque la pareja de la mesa seguía con el ronroneo de uno y las caricias de otra, y olvidando propósitos, optó por zambullirse en aguas más difíciles, y hacerlo de un salto. Se encontraba en una pausa plena de transgresiones y una curiosidad un punto resentida le empujaba. ¿Cómo reaccionaría aquel hombre que lo observaba con su gruesa cabeza inclinada hacia un lado? ¿Y los tres parroquianos?

—Lo primero decirles que por fortuna la señora Laval sigue sana y salva.

El dueño de la bodega abrió los ojos hasta forzar los párpados e intercambió una mirada

de asombro con sus parroquianos.

—¿La Laval se ha salvado? ¿De veras?

Se le veía sinceramente sorprendido, atónito ante lo que acababa de escuchar. Horo pensó en reproducir fragmentos que recordaba del primer encuentro en desagravio de la dama o suyo. Lo descartó. Hubiera supuesto desatar un conflicto, pues lo dijera de una forma o de la contraria, sonaría a acusación o cuanto menos a reproche.

—Sí, por fortuna se encuentra perfectamente. Hace unos minutos he estado hablando con ella.

Vio que el dueño de la bodega vacilaba hurgando en sus pensamientos, serio, tanto como el infractor que recibe avisos y advertencias sin que acabe de clarificarse si llegará la sanción que cuantifique sus culpas.

—Es sorprendente, increíble. —Titubeó—. Bien, mucho mejor así. Créame que no lo entiendo y también que me alegro de corazón. Mis saludo a la señora, y añada mis disculpas.

Punto final. Cogió la bayeta del grifo, la extendió, la enrolló, la retorció y empezó a pasarla sobre la barra, la pica, la cafetera e incluso por una botella de coñac casi vacía. Aquel hombre, tan parlanchín en principio, había enmudecido admitiendo ¿su error?, ¿su mentira?, y escudaba su mal humor tras una bayeta más sucia que limpia. ¿Debía alargar la reunión? Los tres hombres de la barra seguían igual de taciturnos, igual de pasivos.

—Y hablando de sorpresas... —empezó Horo acercándose a la barra.

Fue empezar a hablar y asaltarle como un dardo una duda que inconscientemente consideró extravagante. ¿Se verían cuatro sombras desde el exterior ahora que también él permanecía junto a la barra? Y de inmediato se encadenaron otras. ¿Vivían aquellos individuos realmente en el barrio? ¿Tendría el bodeguero otros clientes al margen de ellos? Y por fin, situado en lo absurdo, ¿aquellas personas existían de veras o se las imaginaba? ¿Y si todo se limitaba a un espejismo, a un delirio? Mientras buscaba centrarse y alejar tanto disparate, la interrupción de lo que había empezado a decir, había aumentado el interés de los presentes. Ahí estaba de nuevo el rubicundo rostro del dueño de la bodega dispuesto a resolver problemas ajenos con la determinación de quien se sabe nacido o condenado a hacerlo.

—Hablando de sorpresas, decía —le animó, afinando tanto la voz que acabó en un silbido—. Adelante, joven, siga, le escucho.

Horo movió la cabeza, disculpándose antes por sus pensamientos que por sus silencios.

—Quisiera preguntarle por otra mujer que vive, o vivía, en el barrio. Creo que ya le dije que no ando muy al tanto de lo que sucede por aquí. Ya sabe, casa y trabajo, trabajo y casa. —De nuevo se interrumpió, en esta ocasión por el ruido de una silla a su espalda al desplazarse. Se giró. El hombre había alejado somnolencias y permanecía erguido, la espalda pegada al respaldo observándole fijamente, con una severidad que en otro ambiente le hubiera resultado incómoda por desafiante.

—Una mujer que... —repitió el parroquiano de mayor edad levantando el vaso,

brindando en dirección a las vigas y volviéndolo a dejar de inmediato sobre la barra.

La voz devolvió a Horo a su discurso. Se volvió hacia el dueño de la bodega, quien continuaba en idéntica posición. Aguardaba.

—Se trata de alguien muy popular en el barrio, al menos lo era hace años.

—¿Joven o vieja? —preguntó el parroquiano de menor edad con voz de fastidio. Aquello no le interesaba y quería que los demás lo advirtieran para castigarlos.

La representación entraba en la escena de los desencantos. Horo prosiguió.

—Se pasaba el día en un portalón de la calle de la Indulgencia...

—¡Ah! ¿Una gorda teñida de rubia sucio? —le interrumpió el dueño de la bodega inclinándose hacia adelante hasta topar su barriga con la barra. No esperó la confirmación. Tosió y volvió a toser—. ¡Claro que la conozco! ¿Quién no la conoce? Algún crío que no sabe ni hablar o algún viejo que ha perdido la memoria.

Horo se mostró conforme sin saber a ciencia cierta con qué parte de aquellas palabras. En el fondo le aliviaba el desenfado con que aquel hombre se tomaba el asunto.

—La llamaban la loca... —empezó.

—No, la loca no, la amante... —corrigió el bodeguero.

—...de la zapatería —concluyó Horo—. ¿La amante de la zapatería?

—No, hombre, no. La amante del zapatero.

—¿La amante del zapatero?

El bodeguero asintió con firmeza, incluso dio un ligero golpe al tablero sellando lo que presentaba como una sentencia. La bayeta, extendida, amortiguó sonidos y escupió gotas de agua.

—Sí, señor. La amante del zapatero. Antes de lo de los jornaleros esa mujer ya tenía fama de ser lo que era, un pendón. Ya me entiende. Y eso que por entonces no dejaba de ser una cría, eso sí, una cría igual de gorda que lo ha sido de vieja viejísima, pero supongo que con menos años resultaba menos repulsiva.

La melodía le sonaba a la que aquel hombre había compuesto para la dama del balcón, variaba la letra. Aun así, Horo quiso concluir la versión de la historia que el bodeguero quisiera brindarle.

—Según tengo entendido llegó al barrio mucho después de que el zapatero se fuera, y en realidad nadie sabía quién era. Ni siquiera se conocía su nombre.

Sonó una feroz carcajada que los tres hombres de la barra, solidarios, acompañaron con desigual entusiasmo. Horo oyó otra a su espalda porque la aspirante a amores había dejado de lado su melancolía y se unía al coro con una excitación sorprendente.

—Pues anda usted equivocado, joven. Es lo de siempre, la gente habla de lo que ignora. O peor, lo que no sabe se lo inventa. Yo no digo que la pobre haya acabado tan ida que merezca lo de la loca, pero de entrada amante. Mire, es lo que tienen los viciosos. El cerebro se les va pudriendo y acaban como acaban. Hoy que va sin capucha, y teniendo en cuenta que ya nos conocemos, le haré un resumen. Y esta vez —afirmó tajante ante potenciales dudas—,

veracidad garantizada porque lo sé de primera mano. Lo otro, lo de la Laval, me ha pasado por fiarme de quien no debía.

Ya estaba hecho. Él mismo había decidido subirse a un escenario dedicado al cultivo del absurdo, los motivos ya los analizaría, si existían o los encontraba, en su momento,

—Pues sí, quisiera saber quién fue y qué ha sido de esa señora.

El bodeguero caviló durante unos segundos, sin que ello le provocara satisfacción alguna, todo lo contrario.

—Pues ahí va —empezó acodándose en la barra—. Mire, cuando el zapatero aún no había salido por pies del barrio, esa mujer, entonces una cría, se dedicaba a repartir favores a diestro y siniestro, usted me entiende. —Rio y el sonido no se alejó demasiado de las toses anteriores—. Con quien fuese, tanto daba. Una enferma con el sexo tan desbocado como un caballo en celo. Se conoce por ninfomanía. Hay películas que se entretienen con ese asunto. Ah, y para que nos aclaremos, eso de la corrupción de menores y tal es un invento reciente, no sé si lo sabe. En fin, por lo que se ve, el viejo, quiero decir el zapatero, que tendría sus cincuenta y tantos, se encaprichó de ella y empezó a hacerle regalos. Su pobre esposa iba de rezo en rezo rogando a los del cielo que la ayudaran y que Dios le quitara la venda de los ojos a su marido. ¡El cielo! ¡La venda! ¡Dios! ¿Por qué no Satanás? —Volvieron las risas, unas risas difíciles de localizar, desperdigadas por los rincones de la bodega—. ¿Y qué pasó? Pues pasó que la cría, con mal alma, corría de aquí para allá presumiendo de tener a un hombre respetado comiendo en la palma de su mano por su gracia y salero, y la buena de la zapatera rezando a todas las estatuas y dibujos de la iglesia de Santa Bárbara. Qué menos.

Guardó silencio, meditando sobre el calado de lo dicho o valorando el de lo que quedaba por decir. Los parroquianos, siempre solidarios con el estado de ánimo del bodeguero, se mostraban cabizbajos, afligidos por el recuerdo de quien debió ser un buen hombre, el zapatero. De pronto sonó una risa seca y breve, a destiempo, la de la mujer.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Horo.

El bodeguero frunció el ceño, concentrado en los recuerdos.

—Al poco tiempo, cosa de meses, llegaron los jornaleros empujados por una locura que, siendo transitoria, duró demasiado para no dejar huella. Quiero decir, el suficiente para echar a perder el barrio, y al tiempo inútil para cambiarles la vida. Bien, la vida sí les cambió porque lo que consiguieron fue bajar unos cuantos escalones en su miseria. Una lástima gastar tanta energía y tanta rabia para nada. Con el zapatero tendrían sus cuentas pendientes, para mí que lo de la chica tuvo mucho que ver. Nunca se ven bien los líos de viejos con jóvenes, ¿eh, señora? —preguntó con malicia a la mujer, que simuló no haberle oído—, de manera que arrasaron el taller. A él le faltó tiempo para salir zumbando.

—¿Con su mujer? —aventuró Horo.

—A ver, qué remedio. Se dice que era una buenaza, pero que olía a vinagre y a bicarbonato, y cada cual huele a lo que es. ¿Me va entendiendo? Solo le faltó dedicarse a la beatería con un celo que llegaba a poner nervioso. Eso se dice. Forzada por las circunstancias,

de acuerdo. Seamos justos.

Horo, instalado en la simulación, asintió. El bodeguero lo observaba como si compartieran algún tipo de secreto o sentimiento.

—Rectifico. Para ser exactos él no se la llevó, ella salió corriendo detrás. También se debió llevar a la otra. Eso se supone porque nadie la volvió a ver en años. Una menor. Es incomprensible que aquel hombre no acabara en la cárcel. Claro que por aquellos tiempos se hacía ver que no se veía lo que sí se veía. Ahora a la gente le falta tiempo para protestar, poner denuncias y meterse en lo que no les incumbe por lo que ve y hasta por lo que no ve. ¿Será mejor? ¿Será peor? Me callo la opinión.

Horo se movió hacia la puerta, apenas unos centímetros. En su cabeza alguien susurraba ya vale, pero la voz del bodeguero le retuvo. De acuerdo, sería cosa de aguantar unos minutos, y por unos minutos mejor irse bien que mal. En realidad, él se lo había buscado, empezaba a comprender los motivos de lo que estaba haciendo y no le gustó. Sena esperaba.

—El zapatero, su mujer y la amante se borraron del mapa hasta que un día esta reapareció igual de gorda y fea y de paso con muchísimos años más encima, y con derecho o sin él ocupó la zapatería, y así desde entonces.

—¿Y lo que decía a quienes salían del barrio? —preguntó intentando abreviar la farsa.

—Hombre de Dios, qué pregunta. Una mujer teñida de rubio y pintarrajeada que sale de entre las sombras de un portal solitario al encuentro de los que pasan por allí, y hablamos de hombres, al tanto, solamente de hombres.

—Comprendo —dijo Horo, esbozó un qué le vamos a hacer y se dirigió hacia la puerta murmurando unas despedidas que volvieron como ecos.

Al salir supo que dejaba un tiempo por definir a su espalda. Sin embargo, para él esa falta de definición no lo hacía irreconocible, muy al contrario, lo reflejaba fielmente. Esa fue la primera impresión, la que acabó afinándose a medida que se alejaba de la plaza. Para cuando llegó a la calle del Santo Palio el portal se mostraba en un perfil amarillento bajo las luces de las farolas salpicadas por las polillas. Para entonces estaba convencido de que la bodega respondía a una realidad profunda, antigua, genuina, de lo que había sido, era y sería Barrio Antiguo. Suponía la metáfora que hace comprensivas determinadas conductas, pensamientos, ideologías y hasta creencias. Solo había que entender su significado. Lo que no acababa de comprender, se quedaba a medio camino, era su conducta desde que había salido de las Galerías.

36

Sena tenía un carácter muy inclinado a las dramatizaciones y poco a las quejas. Esta convicción, entre otras causas, había sido lo que había empujado a Horo a emprender un recorrido que incluía el portalón de la loca de la zapatería, el encuentro de la dama y la bodega de la plaza de los Mártires. Sin embargo, a medida que subía por las escaleras empezaron a sonar en su cabeza avisos menos condescendientes con su conducta. Y al llegar frente a la puerta reconoció haber actuado mal y le asaltó la convicción de que algo se había torcido. Surgió entonces, como si hubiera permanecido al acecho esperando su oportunidad, una preocupación que le hizo apresurarse a abrir.

El piso lo recibió en silencio. El final del pasillo lo llenaba una suave penumbra subrayada por la luz de la lámpara de la galería. En principio le tranquilizó oír la voz de Carlos enfrascado en otro de sus soliloquios. Se dirigió a su cuarto para dejar la mochila, y al instante le llegaron unos pasos a su espalda anunciando que Sena llegaba a su encuentro. Debía haber olvidado lo de despejarse, dejarse de tonterías y volver directamente. Lo comprendía ahora, tarde. En un instante la silueta de Sena quedó enmarcada en el dintel. Lo miraba serio, brazos cruzados, con ese gesto que busca transmitir irritación y al tiempo simula una calma absoluta. Lo conocía y tocaba poner paz.

—Lo siento. Me notaba agarrotado y me he dedicado a pasear y de paso a hacer sandeces. Supongo que necesitaba las dos cosas y tampoco creía que hubiera pasado algo grave. En ese caso no te hubieras limitado a dejarme un mensaje, ¿verdad?

Sena seguía serio, pero pareció admitir la disculpa e incluso concederle parte de la razón.

—Tenemos que hablar —dijo en voz baja.

—De acuerdo, ¿ahora o después de cenar?

—Ahora y después de cenar.

Incluso a través de un hilo de voz las palabras sonaban con una severidad inusual, tal vez por el eco de impaciencia que las acompañaba. Horo se sentó en la cama y le invitó a que hiciera lo mismo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y entonces advirtió que el rostro de su hermano mostraba en el pómulo izquierdo un rasguño aureolado en rojo—. ¿Y eso?

Sena se acarició el pómulo.

—Esto es lo de menos, un accidente.

Del fondo del pasillo les llegó la voz de Carlos. Ahora hablaba en voz alta, demasiado alta.

Se miraron, uno más molesto que el otro, el otro más interrogante que el uno.

Había aguantado por los chicos igual cambia igual me engaño igual son imaginaciones mías igual no hay maldad ¡y también aguanté por mi falta de carácter para qué lo voy a negar!

La voz se apagó súbitamente y al hacerlo el piso volvió a sumirse en el silencio. Ellos habían interrumpido la conversación para escuchar, lo que no resultaba habitual. Estaban acostumbrados a aquellos soliloquios y por lo común no les prestaban atención. Sin embargo, en esta ocasión los dos abrieron un paréntesis de mutuo y mudo acuerdo. Las últimas exclamaciones habían alcanzado la categoría grito. Entonces todo concluyó.

—Está fatal, compañero —dijo Sena con el ánimo de quien certifica que a un desastre mil veces presagiado le ha llegado el momento de presentar sus credenciales, arrastre a quien arrastre y hunda a quien hunda—. Agitado, raro, mal.

—¿Y ha estado así toda la tarde? —preguntó Horo cogiéndole de un brazo.

—Repito que está fatal. Hemos pasado de muy mal a fatal.

—Vayamos al principio, ¿de acuerdo?

Sena palmoteó con cariño la mano que descansaba en su brazo.

—Voy y derecho. Antes una confesión. Había pensado en no decirte nada.

—Ni se te ocurra.

Sena cerró los ojos y tomó aire.

—Hoy, cuando he llegado a casa, se había marchado.

—¿Qué quieres decir con que se había marchado?

—Quiero decir que no había ni rastro de él.

—Menudo patio.

—Un susto de muerte. Hasta ahora sospechábamos, a partir de ahora sabemos. Se acabó el consuelo, el engaño, del quizá. He salido a buscarle. Callejas y callejas idénticas y desiertas, qué te voy a contar. Ha habido un momento en que yo mismo me he sentido desorientado. De locos, ¿no? Pues es verdad. Me parecía que el barrio se burlaba de mí, o que se vengaba por la aversión que le tengo. Por suerte he acabado en el colmado de la calle del Párroco, y allí una mujer me dijo dónde creía que estaba.

—¿Y dónde se había metido?

—En la plaza de los Mártires.

—¿En la plaza de los Mártires?

—Sentado en un banco compartiendo sus miserias con el árbol.

Un hombre que no razona, en un momento dado sigue un impulso, salir, entrar, sentarse, levantarse o tirarse por la ventana, y ese impulso conduce a lo que puede resultarnos previsible hasta el aburrimiento o imprevisible hasta el espanto. Eso es nuestro problema, no el suyo. Doctor anunciaba complicaciones si no había un control. Paciente, puntualizaba, viene de padecer, de sufrir, no lo olviden.

Sena suspiró y se inclinó hacia atrás.

—Otra cuestión es saber el tiempo que llevaba fuera. Eso es importante.

La luz que se filtraba a través de la ventana, una luz con vocación de oscuridad, distorsionaba el perfil y los rizos de un pelo con reflejos rubios.

—Repito —insistió Horo—, ¿y eso?

—¿Esto?, un accidente.

La voz resultaba tan poco convincente como el deseo de no explicarse. El día continuaba coronado por los encuentros y los desencuentros, igual que un libro que ha perdido varias de sus hojas insinúa lo que deberemos deducir.

—Vale, ¿qué ha pasado? Y no me digas que nada. No es nuestro estilo.

Nuevos balanceos hacia delante y hacia atrás. Balanceos que bien pudieran tener como objetivo tomar impulso ante un salto difícil.

—Ha sido en la escalera.

—¿Te has puesto nervioso, has bajado corriendo y te has caído?

—No exactamente.

—Oye, esto se está alargando y quiero saber qué ha pasado.

Sena se puso en pie, caminó hasta la puerta y se asomó al pasillo. La casa continuaba en silencio, ausente. Se frotó las manos y volvió junto a la cama.

—Cuando subimos por la escalera con papá siempre vamos detrás de él, por si acaso, ¿verdad?

—Verdad.

—Y cuando bajamos, al revés, aunque sea de medio lado. Desde lo de don Leandro vamos con más cuidado.

Sonaba una apagada resignación en su voz. Se acarició la raspadura, tanteando escozores o buscando alivios, y continuó.

—Entre el primero y el segundo se paró. Así, de pronto. Se giró y se quedó con la vista clavada en un punto por encima de mi cabeza. Daba la sensación de ver algo o a alguien que le asustaba. ¿Recuerdas lo que nos dijo Doctor sobre las alucinaciones?

—Recuerdo, son parte de lo que llama el proceso de la enfermedad.

— Claro, para Doctor todo se debe al dichoso proceso. Bueno, tuve la reacción de comprobar que no pasaba nada a mis espaldas. Fue instintivo.

—¿Y?

—Entonces me empujó. No llegué a caerme porque pegué un bote hasta el rellano. Lo que no pude evitar al aterrizar fue recordar lo áspera y dura que es esa pared.

Ahora fue Horo quien se puso en pie. Se acercó a su hermano y le miró, un equivalente a qué dices. Sena se encogió de hombros, otro equivalente, pues eso es lo que hay.

— A lo mejor perdió el equilibrio y se me cayó encima —dijo sin convicción—. Es una posibilidad, ¿no?

Horo se tapó la boca con los puños.

—No. Doctor habló de distintos escenarios posibles, y el de los brotes violentos es uno.

—Doctor habla de muchas cosas y nos enseña demasiados futuros. Me imagino que con

alguno acertará.

Horo abrazó por el hombro a Sena y lo condujo hacia el pasillo. Caminaron juntos hasta la galería. Carlos dormitaba. Las manos sobre los brazos del sillón, el rostro aflojándose sobre unos huesos afilados por la edad, el pelo gris encrespado, sin fuerzas, las orejas exageradas, transparentes.

—Mañana llamaré a Doctor —dijo Horo en voz baja—. Quiero confirmar el calendario, y de paso saber si es posible recortar los plazos. —Se acercó a Carlos y se inclinó sobre él para observarle de cerca, buscando en esa cercanía las respuestas a preguntas que hubiera preferido evitar. Después se irguió, las manos en las caderas—. Nadie gana nada alargando esto. Cuanto antes lo solucionemos, mejor para todos, ¿no crees?

—¿Me lo preguntas a mí?

—¿Ya ha cenado?

—Claro.

Horo se pasó las manos por el pelo, despeinándolo. Se sentía mejor, aunque fuese por obligación. Tocaba dar ánimos.

—Pues le acostamos, nos preparamos cualquier cosa, nos sentamos en la galería y te cuento lo de la fiesta con la famosa modelo.

—¿Y la modelo era de verdad X.R.?

—Tal cual. Y tenemos un ingreso extra, no poco según me han prometido.

Dormido o despierto, Carlos se mantenía con los ojos cerrados y los labios apretados, inmóvil hasta la rigidez. Si dormía, lo que soñara debía resultarle desagradable, y si estaba despierto, lo que oía le provocaba un evidente rechazo.

—Ah —dijo Sena, ya más tranquilo—, cuando lo he encontrado tenía lo que parecía sangre en el puño de la camisa.

37

Brazos cruzados, cabeza ladeada, acomodándose en una apatía que le diera una tregua. Con tal ánimo Sena observaba a Carlos desde el otro lado de la mesa. Veía cómo su padre había convertido la cena en un excéntrico ceremonial balanceando los cubiertos, moviendo el plato, desmenuzando el pan, agitando los hombros, carraspeando, parpadeando. De tanto en tanto parecía fijarse en el pómulo herido del chico cuya presencia advertía frente a él, y al hacerlo mostraba una mirada tan alejada del cariño como próxima al rencor. Para Sena lo de aquellas miradas se había convertido en algo habitual y también sumamente desagradable, en especial durante los últimos días. Pedir aclaraciones carecía de sentido, por supuesto, pero la sensación seguía siendo la misma. Igual que si apartaba la mirada o se apoyaba en razonamientos cargados de comprensión. Por ello aguantó hasta que el cobijo de la apatía resultó insuficiente. Entonces inició otra vía, asimismo carente de sentido, la de iniciar una supuesta conversación.

—Estás muy nervioso, papá, y eso no te conviene. Por cierto, ¿qué buscabas ayer en esa plaza?

La mirada se mantuvo, pero los cubiertos quedaron suspendidos sobre el plato y los gestos se contuvieron. De acuerdo, se dijo Sena ante la reacción, si es que aquella súbita pasividad de una reacción se trataba. Probemos de nuevo, vamos allá.

—Y otra cosa, ¿en la escalera me empujaste a propósito? —No hubo reacción, lo previsible—. ¿Querías hacerme daño? ¿Es eso? ¿Sí? ¿Por qué? No lo entiendo.

Dos hombres, dos cuerpos, permanecen junto a una mesa y uno hace una pregunta. El otro la ignora, piensa la respuesta, busca las palabras precisas o considera que con la espontaneidad, y hasta con el silencio o la mentira, basta y sobra. Así valorada, la situación que se daba en aquel momento tampoco difería demasiado de tantas otras similares. ¿Me conoces?, insisten afables hasta el empalagamiento, resignados o impasibles, quienes visitan, indumentaria convencional, sonrisa convencional, seriedad convencional, a quien vaga por la demencia senil o agonía similar. Soy yo, ¿no te acuerdas? Lo saben o lo deberían saber y sin embargo insisten. ¿Me conoces? Soy yo, ¿me recuerdas? Por fin se apartarán de él o de ella y dirán a quien asista al ceremonial que pobrecito o pobrecita. Qué pena, qué drama, con lo inteligente, conversador, alegre, bueno, cariñoso, etcétera, que era. Penetrar en la burbuja de los desatinos supone compartir en parte el mundo por el que deambulamos, integrarse y ser bendecido por la cúpula de la fe al ser humano. Es decir, no deja de ser un acto de

socialización. Sena tenía plena conciencia de ello. Así, el silencio, las ausencias o estados de ánimo que delataban aquellos ojos, no le sorprendieron, suponían uno de los signos de identidad de su padre desde que había caído enfermo, pero quiso insistir. El motivo, castigar, castigarse o exteriorizar la tristeza que sentía.

—¿De veras querías hacerme daño? —Se inclinó hasta rozar con el pecho el borde de la mesa—. Supongamos que me empujaste a propósito. La pregunta es por qué.

Carlos entornó los párpados, dejó los cubiertos en el plato y se reclinó contra el respaldo de la silla. Las manos en los muslos, el cuerpo encorvado, como si alguien se hubiese apoyado sobre sus hombros y él se abandonara a la presión por ligera que le resultara. Había en el ambiente un aroma de confianza, asimismo artificioso, que facilitaba liberar inquietudes demasiado tiempo contenidas. Sena notaba en su tristeza una dulzura que se confundía con la sensación de estar a punto de entrar o de salir de un sueño. La siguiente pregunta, tras unos segundos de arrepentimiento previo, al aire.

—¿También empujaste a don Leandro? Yo creo que sí. El motivo tampoco lo sé, pero yo creo que sí. Lo pienso, te veo haciéndolo, y no me lo puedo creer. ¿Ves?, un lío.

El cuerpo de Carlos acentuó curvaturas. Mantenía la vista en el plato porque había encontrado en él una ventana a la que asomarse para disipar dudas ante una llamada a una hora intempestiva.

—A lo mejor te lo encontraste en la escalera y lo confundiste con el tío Quino, o ni eso, no lo reconociste, te asustó y lo empujaste. ¿O se te puso delante y descargaste tu rabia en alguien más débil que tú? Eso sería lo peor.

Carlos frunció el ceño, como si por fin hubiera descubierto un paisaje familiar tras la ventana a la que se asomaba.

Al final queda barro y solo barro en un barrizal.

Con la última palabra entre los labios, cerró los ojos. Aunque lo comprobara a diario, hacía tiempo que Sena no tomaba tanta conciencia de la dimensión de la locura de su padre. Al principio fueron rarezas y luego pasaron a sinsentidos que acabaron en unos soliloquios obsesivos, perturbadores. Ahora se había convertido en un demente confundido y estremecido por sus pesares. ¿Por qué aquella decadencia en un hombre otrora tan amable, tan juicioso? Digamos que fue juicioso, puntualizaba Doctor, pero nada se quiebra sin que antes aparezcan las grietas, y esas grietas llegan si hay zonas débiles. No me lo creo, se rebelaba él. Papá está carcomido por la obsesión, eso es lo que no le deja pensar. Horo callaba y él se acogía a ese silencio con alivio. Otros tiempos.

Volvió a cruzar los brazos y a inclinar la cabeza, aunque ahora lejos de la acogedora apatía de hacía un instante.

—Mamá se fue con el tío Quino y eso no cambiará por mucho que te lo repitas—se oyó diciendo, y al instante se dijo basta. Sin éxito porque continuó—. Y eso fue lo mejor que hizo mientras vivió con nosotros, lo demás no pasó de desastre. Visto así, ¿te merecías, nos merecíamos, tanto sufrimiento?

Mientras hablaba, Carlos acariciaba el mantel con cuidado. Arrepentido o no, consciente o no de ello, al citar a Nico Sena pretendía recuperar la rutina que salvaba el día tras día. Y pareció funcionar. Al oír mencionar a quien fue su mujer y a quien fue su hermano, Carlos salió de su letargo, cambió de posición y empezó a hablar.

Las gotas caen sobre cada niño al nacer en ellas va impreso el carácter sería terrible tener conciencia del valor de cada una una gran responsabilidad pero nos quedamos indefensos.

Sena se inquietó. Mil veces mejor las arengas contra la esposa infiel y el hermano tarambana que oírle hablar de aquel modo. Le asaltó una irritación que le costó varias palabras controlar.

—¿Te haces el loco o lo estás? ¿Tanto?

Nunca se había dirigido a su padre en un tono tan abrupto, ni siquiera se le había pasado por la cabeza la posibilidad. Hasta ese momento. Y lo peor es que no se sentía mal, si por mal se entendía culpable. Ni mal ni bien. Al menos de momento, porque nada como descargar irritaciones acumuladas para sentirse mejor de inicio y peor después. El hombre que tenía delante merecía un respeto.

—Papá, ¿tan loco estás? —repitió, buscando paliar los previsibles remordimientos a través del tono—. ¿No nos habrás estado engañando, verdad? Sería una monstruosidad. —Se frotó el rostro—. Pero qué estoy diciendo, por Dios.

Dejarlo estar, callar de una vez. Lo veía envejecido, demacrado, desamparado, y no sentía pena, sino malestar. ¿Y qué iba a hacer? Allí seguía con los ojos entornados, inexpresivo, alumbrado por la lámpara de araña que ella, mamá, Nico o Nicol, se había empeñado en comprar poco antes de salir de estampida. Aseguraba que daba al comedor un toque de elegancia cuando en realidad no hacía más que acentuar su vulgaridad. Era la misma que ahora extendía pinceladas blancas y negras sobre el rostro de Carlos. Lo hacía sin convicción y por fortuna sin recrearse en acentuar los rasgos. Volvió el silencio y como si Carlos exigiera que tal situación se diese para aparecer, volvió su voz.

Nadie evitará que llegue el momento en que la conciencia se convierta en un estorbo es una de las leyes que nos gobiernan para llegar al futuro.

A Sena le costaba mantener aquella situación, le costaba, le incomodaba y le asustaba. Sin embargo, al tiempo una voz en su interior le incitaba a persistir en un empeño que él mismo condenaba, por inútil y hasta por poco humano.

—¿Nos muestras una locura que no existe y así escondes la otra, la de verdad, la que te llevó a intentar hacerme daño? —continuó.

No comprendía el motivo de lo que estaba haciendo, pero con cada palabra buscaba liberarse de una carga. Lo lamentaría, sí, pero eso llegaría luego, cuando se sintiera más ligero y mejor dispuesto a afrontarlo.

—Si no estás loco o lo estás de otra manera, ¿por qué te has condenado a vivir así? Y a nosotros, ¿por qué nos has metido en este tipo de vida? ¿Por vengarte? ¿De mamá? ¿Del tío? ¿De nosotros? No, de nosotros no lo creo. ¿De ti? Sí, eso es posible. Te vengas de ti por no

haber sido como hubieses querido ser. Te castigas. Estás convencido de que fue tu debilidad lo que convirtió esta casa en un infierno. Si es así, te equivocas. Créeme.

Se conducía como quien hurga en el dolor ajeno llevado por tan nobles como falsas intenciones, es decir, sin sentimientos, por no decir malos, o con escasa inteligencia, por no decir nula. Apariencias. Cualquier razonamiento con su padre concluía en la desolación, eso lo sabía. Horo le hablaba simulando que le entendía, que seguían en los viejos tiempos, pero lo hacía dándole una orientación diferente, una orientación susceptible de ser explicada y comprendida. Lo que él estaba haciendo resultaba enfermizo.

—Lo siento —se disculpó ante sí mismo—. Estoy nervioso por lo de la caída y digo tonterías.

Se puso de pie, rodeó la mesa y recogió el plato y los cubiertos. Caminó hacia la cocina y sonó a su espalda la voz de costumbre con el mensaje de costumbre. Le tranquilizó porque devolvía rutinas, aunque fuesen penosas. Era lo mismo que había sucedido al encontrarlo en la plaza el día anterior.

Quino has sido toda tu vida un sinvergüenza ¿coqueteos? soy una mujer sociable ¿sociable? primero las carcajadas pero la cosa iba en serio y vete a saber si entonces nació la idea de marcharte ¿recuerdas cuando te dio por llamarme bicho inofensivo?

Suficiente. Sena prefirió ignorar el único capítulo, primero y último, de unas memorias que se reproducían incansables hasta ocupar interminables estanterías. Volvió al comedor y se apoyó en la mesa, medio de pie, medio sentado, mezclando las palabras que oía con las que él había dicho hacía unos minutos. Habían sido desagradables para alguien con su forma de ser, ofensivas. Desconocía el motivo de haber actuado así, pero ya estaba hecho. Por unos instantes Sena ha dejado de ser Sena y se ha convertido en un desconocido. O al contrario, me ha salido lo que soy en realidad, y eso sería una mala noticia. Papá, pensó volviendo a la cocina y cerrando la puerta, tienes que irte al centro ese antes de que pierdas lo poco que te hace reconocible, antes de que hasta yo acabe sin reconocerme.

38

Mientras se duchaba, Horo pensaba en el segundo encuentro con Nico, esta vez por un motivo aún más sorprendente que la primera vez. ¿Sería cierto? Se secó, se vistió y se dirigió al comedor dudando si comentárselo a Sena o no. Quizá debería. Algo en su interior se inclinaba a favor, y en contra solamente un afán protector poco defendible. A pesar de su carácter aparente, sabía que a su hermano le sobraba personalidad. Al llegar al comedor se lo encontró moviendo muebles.

—¿Y Carlos? —le preguntó.

Sena se encogió de hombros y levantó la lámpara del rincón. Durante unos instantes la sostuvo, como si no supiera qué hacer con ella. Luego la volvió a dejar en el mismo lugar con un gesto de impaciencia.

—Parecía cansado, nervioso —respondió, resoplando—, así que lo he acostado. Por cierto, has estado corriendo un buen rato, ¿verdad?

—Pues sí. ¿Y no ha protestado por irse a la cama tan pronto?

—¿Protestado?

—Ya me entiendes.

—¿Y por qué? Nosotros somos el reloj y el calendario, me refiero al suyo. Estaba cansado y ha cerrado los ojos en cuanto ha puesto la cabeza sobre la almohada. ¿Dormido? A saber. —Volvió a coger la lámpara y la colocó junto a la butaca de pana—. ¿Te gusta la nueva decoración? Le faltan detalles, lo sé, pero es lo que hay.

Sorprendido por aquel arranque de laboriosidad, Horo asintió y dibujó una sonrisa de las que deberían evitarse. ¿A qué viene esto?

—Se me ha ocurrido que a partir de hoy, por cambiar, las cenas las podríamos hacer en la galería —continuó Sena—. Si estás de acuerdo, claro.

Hablaba rápido, sin dejar de moverse. Quitó el mantel de la mesa del comedor lo dobló y lo extendió sobre la que había soportado durante años el peso de un panzudo televisor. A continuación trasladó el conjunto al hueco que quedaba entre el sofá doble y la butaca de pana.

—La tele hay que tirarla, entre lo que hacen y lo mal que se ve se ha convertido en un trasto inútil. Ya lo decidiremos, de momento voy por la cena. Tú siéntate.

Algo aturdido Horo se dejó caer en el sofá doble y desplazó la mesa hacia el centro de la galería con el fin de ganar espacio para las piernas. Seguidamente las estiró.

—Eso de estar preocupado te sienta la mar de bien —bromeó cuando Sena reapareció—. Deberías caerte cada día por las escaleras, te da cuerda.

—No me parece una buena idea.

Horo repitió la sonrisa que debería evitarse y lo vio alejarse de nuevo con una determinación por lo menos curiosa, dado el destino, a la cocina. Una vez volvió, siguió observando con interés sus movimientos. Colocaba platos y vasos, distribuía servilletas de papel, abría latas de cerveza y centraba cuencos. Nueva ida y nueva vuelta, esta vez con dos bocadillos cuya estabilidad amenazaba su grosor.

—Listos, con esto será suficiente —anunció serio, demasiado serio—. Hay que cuidar la línea y yo no he ido a correr. Eso sí, también he tenido lo mío.

Horo aplaudió y sus aplausos fueron correspondidos con una inclinación, mano derecha sobre el corazón al modo de los artistas deseosos de mostrar su gratitud al público. Tras los cristales de la galería el mundo se había transformado en un sombrío muro con reflejos violáceos.

—Cuéntame lo que sea sobre la modelo —pidió Sena, voluntarioso en su dinamismo, esgrimiendo un pepinillo—. Lo que sea seguro que tiene gracia, y si no ya se la encontraré. Todo es cuestión de echarle voluntad.

Horo vaciló. Veía a su hermano inquieto.

—No se me ocurre qué añadir a lo que te dije ayer. Para el resto, chismes y demás, tienes la televisión, las revistas y un montón de páginas en internet.

—Te lo advierto, yo tengo anécdotas menos divertidas para comentar, y de paso dudas, muchas dudas. Así que nos damos un rato de recreo y empezamos por la modelo. Vamos a poner purpurina a la nueva decoración.

—De acuerdo.

Horo bebió un largo trago de cerveza para centrarse, clarificar las ideas y de paso relegar unas imágenes que seguían ahí aunque no se dejaran ver. Colocó la lata frente a sus ojos, como si de una copa de vino se tratara y él quisiera valorar su tonalidad.

—Adelante —le apremió Sena— Me vale todo mientras no te salgas del tema.

—Pues hablamos un minuto o dos. A la fiesta llegó, obviamente, desmaquillada, así que en principio la mariposa azul, la que otorga deseos y eleva llamémoslos espíritus, había volado. Sin embargo, y es curioso, tuve la sensación de que seguía en su lugar, como si ella la llevara estampada de nacimiento.

—A lo mejor es como aquello de nacer con estrella o estrellado, y me imagino que ella es de la primera clase.

—Supongo que será algo así. En fin, al natural es atractiva, tanto que acaba haciendo que no te sientas cómodo con ella. Otra sensación rara, difícil de explicar. La cuestión es que me pareció una de esas personas que caricaturizan a quien esté a su lado, sea por el físico, por la educación, por el aura o porque se ha quedado con todas las mariposas azules del mundo. En su caso llegas a preguntarte si puede ir por la calle con lo que anda por ahí suelto.

—A lo mejor no puede.

—Seguramente tendrá problemas de vez en cuando, en sus diferentes subespecies hay mucho imbécil suelto.

—Lo confirmo y lo firmo. ¿Y de qué hablasteis?

—No te lo creerás, pero en general hablamos de mí. Aparte de que no me parecía correcto preguntarle nada, debe estar harta.

—Eres un chico muy considerado.

Horo se encogió de hombros.

—Quiso saber qué me habían parecido las sesiones de promoción, si la gente había quedado contenta, si la fiesta me había dado mucho trabajo y también a qué me dedicaba en las Galerías. Lo que te decía, al principio te sientes incómodo porque, aunque sea absurdo, no sabes cómo comportarte, pero solo al principio.

—Al principio...

—Pues sí, al principio. La verdad es que esperaba encontrarme alguien un poco estúpido, endiosado. El dedo divino repartiendo y negando dádivas como quien no quiere la cosa. Tú sí, tú no, tú a lo mejor si lo sudas, tú ni sudándolo. Los elegidos, los que comparten la divinidad deben ir creando su propio mundo, y los demás, también.

—Volvamos a los chismes, que de filosofías voy servido por hoy. Luego te hago un resumen de los comentarios de papá esta noche.

La mención de Carlos descentró a Horo. Intentó salvar la situación mostrándose de acuerdo con unos rápidos gestos afirmativos.

—¿Hoy no trataba de Nico o de Quino?

—Al principio, no, pura reflexión surrealista. Luego los artistas invitados no podían faltar, evidente.

Horo se quedó en suspenso, dudando.

—¿Reflexiones surrealistas?

—Llamémoslo así.

—Es raro.

—Últimamente todo lo que pasa es raro, sí señor. Venga, explícame cuatro cosas más y lo dejamos.

—Pues lo dicho —continuó Horo, paciente—. Se suponía que se trataría del brevísimo encuentro de una top montada en una carroza de oro y un economista en el último peldaño de su sección. Suena sorprendente, sí, pero será que está harta de hablar de sí misma, de explicar qué hace, qué come, qué piensa, y prefiere hacerlo de los demás. Y los demás, en este caso, era yo.

— ¿Y de verdad no le has preguntado nada?

—Pues no se me ha ocurrido el qué. Eso sí, al despedirme le he dicho que vivía en Barrio Antiguo. Sin venir a cuento. Me ha salido, seguramente para ver su reacción.

A Sena le abrió la boca el impulso de protestar y se la cerró el semblante apacible y hasta

satisfecho que tenía ante él.

—Mal hecho, las vergüenzas se tapan. Es de manual. ¿Y qué ha opinado? —preguntó afilando los párpados–. ¿Sabe que esto existe?

—Me dijo que anduvo por aquí hace años, cuando estudiaba secundaria y, agárrate, que el barrio le fascinó. Lo llama la ciudad olvidada. Poético, ¿eh? Para que veas, vivimos en medio del título de una película o de una novela, y tú quejándote. Ni antiguo ni viejo ni extraño planeta, la ciudad olvidada.

Sena asintió, pensativo.

—Le fascinó, pero no ha vuelto, ¿me equivoco? —No esperó la respuesta, la suponía—. Pues ese minuto ha dado para mucho.

—Me ha parecido un minuto, segundo más o menos. Igual han sido cinco o diez.

—¿Y habéis quedado en volver a veros?

La inocencia tiene grados. En general el arco abarca desde la simpleza, que suele acabar considerándose irritante, hasta el candor, que en según quien despierta ternuras. En este caso la aguja sentimental de Horo se detuvo en el final de la escala, y se reveló a través de una carcajada apenas ahogada.

—¿Es una tontería? —protestó Sena—. Tú siempre has tenido éxito con las chicas, en eso no somos hermanos, y ella, famosa o no, es una chica.

Tienes un éxito con las chicas que yo ni huelo. No lo añadió. Prefirió guardarlo entre los trapos sucios de un resentimiento que llevaba horas fastidiándole. Pensó en lo sucedido aquella mañana con Olga y tuvo la tentación de contárselo para soltar lastre. Pero no, en aquel momento no.

—¿Sena?

La voz le sonó lejana. De la carcajada apenas quedaba un reflejo en los ojos. Sabía que al día le faltaban piezas por añadir y que no resultarían fáciles de encajar. La expresión de su hermano se lo anunciaba y a él la perspectiva no le seducía en absoluto.

—Perdona, estaba pensando en algo.

—¿Acabo o cambiamos ya de tema? —preguntó Horo.

—Acaba.

—La verdad es que la cosa resultaba agradable, no lo niego, incluso me preguntó cómo me llamaba y, bromeando, me aseguro que cuando montara alguna fiesta me llamaría para que la organizara...

—¿En serio?

—Sena, bromeaba. Y entonces apareció un hombretón con sonrisa de mármol y mandíbulas de titanio y se la llevó hacia el grupo de los jefazos. Te reclaman, le dijo, sin mirarme, como si yo no existiera o no fuera digno de tal honor. Por lo menos ella al irse me dedicó una despedida muy considerada. —Alzó la mano, la abrió y cerró con lentitud varias veces y después la agitó—. Lo dicho, un encanto.

Sena se arrellanó en la butaca, cerveza en mano y parpadeó. Fin de la primera parte.

—Qué pena no poder seguir fantaseando, lo de siempre. Venga, a por la realidad. ¿Quién empieza?

—Si me concedes el honor, yo.

— Tira.

—Nico ha vuelto a aparecer, y agresiva.

Lo soltó de golpe, sin tanteos previos. Mejor me voy, me aburres. La niña está embarazada. El abuelo ha muerto. Ya no te quiero. He perdido el trabajo. Ojalá no hubiéramos tenido hijos. Hay otro y es mejor que tú. Hay otra y me he vuelto a enamorar. Lo suyo es preocupante, eso sí, no se alarme.

—Tira.

—Pues prepárate. Al parecer, con lo del piso, Quino se presentó aquí para hablar con Carlos. —Horo alzó una mano para evitar una interrupción que se adivinaba inminente—. Ella ya me lo había advertido, pero no me lo creí. Pues sí, vino aquí para hablar con su hermano civilizadamente, esa fue la palabra. Según dice, llamó y Carlos hizo ver que no estaba. ¿Y qué hizo? Pues lo que hubiera hecho cualquier persona normal, esa fue la frase: entrar.

—¿Y cómo?

—Adivina, ¿quién tiene llave de este piso aparte de nosotros?

Hubo un asentimiento formal.

—Y ahora la historia se acelera. Me quedaré en una especie de tráiler. Él entra, Carlos lo ve y sin mediar palabra se va a la cocina para reaparecer con un cuchillo...

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Quino, hombre de paz, le grita aquello de si se había vuelto loco y tras varias vueltas a la mesa esquivando las acometidas de Carlos decide salir por patas. Lo consigue, sí, pero herido por el animal o subnormal, ahora no recuerdo la palabra que soltó, de nuestro padre. Dale gracias a Dios que Quino es una buena persona, si no ya habría una denuncia, aunque ya veremos.

—¿Qué más dijo?

La pregunta llegaba cargada de estupor y de temor. Horo intentó calmar ambas emociones con un encogimiento de hombros.

—Que por Quino y por ella no quedarían las cosas así, que la agresión les daba aún más derecho a lo del alquiler.

Sena empezó a balancearse.

—Si no fuese tan bestia, te juro que me reiría.

—Pues ríete, eso que ganas. A mí lo que me preocupa no son sus delirios ni su paranoia, sino su avaricia.

El cielo, hacía unos minutos violáceo, tomaba ahora un tono carmesí que engalanaba la noche. Tanto da, pensó Horo al advertirlo, tenemos mejores ocupaciones que distraernos con el color de un pedazo de cielo.

—¿Y tú?

—Nada, le pregunté si había acabado y me marché.

Horo juntó las manos y apoyó la barbilla sobre las puntas de los dedos, daba la impresión de haberse quedado suspendido en una reflexión poco reconfortante. Luego pareció que iba a continuar, pero en lugar de hacerlo se frotó las sienes con fuerza y acto seguido se cubrió la cara con las manos. Cuando el rostro reapareció, lo hizo sonriente.

—Pues ya pensaremos qué hacer en su momento, ahora pasemos a Olga o a las reflexiones surrealistas de Carlos. Lo que prefieras.

Sena seguía preocupado, muy preocupado. Y lo estuvo más cuando recordó.

—Oye, ¿cuándo fue eso?

—¿Lo de Quino? El mismo día que Carlos desapareció de casa, claro.

—Entonces las manchas...

Horo se inclinó hacia su hermano y le palmeó con fuerza en las manos.

—No nos anticipemos, de momento no pasa de ser una situación desagradable y ya hemos pasado unas cuantas. Venga, cambiemos de tema. ¿Qué tal Olga?

—Mejor dejamos lo de Olga para otro día. Ya ando bastante tocado como para tumbarme encima de las ortigas.

La voz de Sena sonaba apagada, pero en su mirada había una tristeza más llevadera. Vamos mejor, pensó Horo.

—Pues vamos a eso que ha dicho Carlos, lo que sonaba raro. Y de paso, ¿qué tal el arañazo?

Sena se pasó los dedos por las costras.

—Me afea.

—Te hace interesante, no creas. Venga, empieza.

—De acuerdo.

39

Horo lo había llamado a la hora de comer. En aquel momento Ginko conducía de vuelta de una entrevista a un tal Borges Tercero. ¿Te suena? Ni idea, ¿quién es? Un político, hijo de político y nieto de político. ¿Bueno? En absoluto, un imbécil, pero un imbécil con amigos que desaguan dinero. Espero que se note en la entrevista el nivel que gasta, al menos yo he preguntado con esa intención. He intentado que hablase, que hablase mucho, de lo humano y de lo divino, y a su aire, sin trabas. Contra más, peor, ¿comprendes? Ya lo leerás, da opiniones a brochazos y las consignas que le han transmitido en el partido se le lían en la lengua. Es de esos que van colocando aquí y allí para que hagan carrera, por llamarlo de alguna forma, y así los de primera línea mantienen un coro de fieles. Se juegan el sueldo y las prebendas. Ya me lo imagino. ¿Hay novedades?, preguntó Ginko, suenas raro. Digamos que sí, y que me gustaría acabar de explicarte lo de Carlos para tener una opinión objetiva. Pues nos vemos esta tarde si va bien. Va bien.

Horas después caminaba por unas aceras que reflejaban fachadas, farolas, árboles y gentes y al hacerlo de alguna forma desdoblaban la ciudad. Aquel paisaje colocado sobre un espejo y el aroma transparente y húmedo flotando a su alrededor se combinaban creando un ambiente a su manera poético. Consultó el reloj para comprobar que no llegaría tarde. La Gran Avenida exhibía la desgastada dentadura de los viejos edificios oficiales, sedes de esto y de aquello, adornados con banderas y banderines oscurecidos y lacios por el peso del agua y la ausencia de viento. Trapos oscuros, vencidos. Pequeñas multitudes se agrupaban en los semáforos a la espera del cambio de color con gesto ausente, decidido, preocupado, inquieto o apático. Pensando en la utilidad de las banderas, llegó a la Plaza de las Monjas.

Ginko lo vio llegar desde una de las mesas de la terraza del Café Año 2001, uno de los más antiguos de la ciudad y el de mayor fama. Levantó una mano en señal de saludo, y Horo correspondió haciendo lo propio. Allí estaba el buen amigo con el pelo recogido en una cola y la expresión de quien pisa fuerte en la vida y lo hace simplemente porque no sabe andar de otra manera, sin ningún afán de demostrar ni de demostrarse nada. Uno de los camareros que correteaban entre las mesas se acercó con prontitud, tomó nota incluso antes de que Horo se sentara y partió veloz hacia el interior del local. Los rastros del chaparrón resistían a través de un ligero sarpullido de humedad en el mantel azul claro. En una mesa cercana tres chicas seguían de reojo el encuentro a través de un intercambio de risas demasiado dentales. Recordaban una reunión de monos compartiendo un gran cuenco de cacahuetes. La misma

excitación, el mismo brillo en los ojos, el mismo nerviosismo. Un hombre maduro, de cráneo irregular, las observaba desde otra mesa a través de unas gafas redondas con los cristales ahumados. Su seriedad podía interpretarse como una censura ante una conducta poco elegante o como celos ante los hervores de una juventud para él perdida. A su alrededor las populares baldosas hexagonales que revestían las aceras empezaban a mostrar zonas pálidas.

—¿Qué tal va lo de Carlos? —empezó Ginko. Una de sus virtudes radicaba en evitar rodeos inútiles.

—Normal. No vamos a pretender que sea fácil, aunque quizá adelantemos fechas.

—¿No hablabas de un par de semanas, tres como mucho?

—Hablaba.

Las risas de las tres chicas empezaban a resultar molestas.

—Porque... —invitó Ginko recostándose en la silla.

—Porque pasan cosas.

—¿Por ejemplo?

Horo se acodó sobre la mesa en el momento en que el camarero llegaba para depositar sobre la mesa tazas, cucharillas y azucarero. Esperó a que concluyera con su trabajo y continuó.

—Hace unos días se presentó su hermano, hubo lío y luego él se fue de casa. Sena vivió el correspondiente mal trago hasta encontrarlo desvariando en una plaza.

—¿Y qué pintaba Quino en vuestra casa?

—Lo que no te creerás.

Ginko movió la cabeza, pensativo.

—Haré un esfuerzo.

—Sacar dinero con la excusa de la copropiedad de la casa.

—Mal asunto, el dinero siempre complica las cosas.

—Según Nico tienen derecho a que les paguemos un alquiler.

La sonrisa de Ginko se dibujó irónica.

—Peor, cuando en lo del dinero entran los liantes, las cosas no sé si se complican más, pero seguro que serán más desagradables.

—Pues falta algo. Cuando Sena lo encontró y subían al piso, Carlos lo empujó.

—¿Lo empujó?

—Eso es. Hemos decidido que fue un accidente, en mi caso por tranquilizarle, en el suyo porque no se lo acaba de creer, pero sé que no es verdad y me imagino que él también. El motivo, un misterio. Acaso lo confundió con Quino, con el que hacía un rato se había peleado, y reaccionó con violencia, y a eso se llama alucinación. Por cierto, según parece Carlos lo atacó con un cuchillo y lo hirió.

—¿Algo serio?

—Ni idea.

Ginko torció la boca en un gesto tan expresivo que Horo lo tomó por un comentario y

prosiguió.

—En consecuencia quiero adelantar el ingreso. Hemos tocado fondo y ya vale. No tengo ni idea de si es justo o no con él o con nosotros, al final acabas hecho un lío, pero ahí estamos. Y por si faltaban invitados a la fiesta, el fantasma de mi madre me ha visitado dos veces.

—¿Nico?

—A ella se debía la aparición de Quino en el escenario.

—Vivir para ver.

—A mí todo junto me parece una estupidez, pero habíamos hecho planes y en estos momentos no quiero líos. Por el momento lo de la pelea prefiero aparcarlo, ya veremos qué hacen, pero si conoces alguien que entienda de temas de pisos, te agradeceré que me pongas en contacto con él.

—Para mi padre, fácil.

—Por eso te lo digo.

— Hecho. Y sobre lo de Carlos, hacéis bien. Aumentando riesgos nadie gana nada, ni vosotros ni él.

Sobre la plaza, recuperado por completo el tono de las nuevas y modernas baldosas, la multitud se desperezaba con movimientos apáticos o nerviosos, no había término medio. En lo alto las farolas ponían un toque de elegancia encendiendo los globos de color marfil distribuidos en racimos de tres piezas más una central. Horo se cruzó de brazos y suspiró.

—Por cierto, ayer conocí a una famosa, ¿quieres creerlo? —se oyó diciendo con el ánimo de quien quiere liberarse de una carga, aunque sea de forma transitoria–. ¿Te suena una modelo que se llama X.R.?

Ginko pestañeó. Había en sus ojos una burla amable, tolerante, que invitaba a entrar en anécdotas siempre que fuesen auténticas. El tono, lo de menos.

—Hombre, aún vivo en este mundo.

—Pues esa. Ha estado haciendo, no sé de qué modo llamarlo, ¿promoción?, en las Galerías y montaron una fiesta de despedida. Y aquí tienes al presunto coordinador del acto y digo presunto porque creo que me mandaron de supervisor y de paso de cabeza de turco por si algo se torcía.

—Ya, lo de presentamos disculpas por el desastre y al responsable se le ha abierto un expediente. ¿Y qué tal?

—¿El acto o la chica?

—La chica, por supuesto.

—Atractiva, simpática y profesional. Hasta diría que culta e inteligente. Es de esas personas que no han caído de pie en la vida, sino de puntillas, o mejor, que levitan.

—¿Hablasteis?—susurró Ginko serio de pronto, como si buscase una fórmula y sus potenciales efectos sobre la salud.

—Hablamos, de ahí lo de simpática y etcétera.

Ginko se rascó la barbilla, pensativo.

—Igual puedo hacerle una entrevista.

—Prueba, dile que vas de mi parte —rio—. Por cierto, me alegro de que Mara y su madre se hayan reencontrado.

—Nosotros también y no sabes lo que ha costado. Para empezar y ahí donde la ves mi suegra tiene una personalidad que no es fácil, te lo garantizo. Interesante, sí, fácil, no.

—Tiene un punto no sé si enigmático, o simplemente poco habitual, es verdad —. La atención de Horo había quedado prendida en los gritos y movimientos de un grupo de turistas adoptando posturas singulares para retratarse mutuamente—. No sé. Los ojos, esa manera de mirarte tan transparente, es lo único que me desconcierta. No expresan...

—La personalidad que se le supone, ¿verdad? Hay un poema precioso que habla de indómita pureza, un retruécano muy logrado. En su caso yo lo haría de severa cordialidad o de amarga dulzura.

—Es una forma de verlo —admitió Horo–, pero lo importante es que es diferente.

—Sin duda, y mucho.

Ginko brazos cruzados y recostado con una dejadez que su altura acentuaba, asintió. Para entonces el cielo había olvidado blancuras y mezclado colores hasta oscurecerse tanto que había desaparecido, o por lo menos ocultado tras la neblina producida por las luces artificiales. Mientras, Horo pensó en Sena. Llegando tarde dos días rozaba el abuso. La voz de Ginko le devolvió a la plaza.

—Sé que la aprecias, y ella a ti, también. Tanto que valora vuestros encuentros como algo importante. Para ella tus visitas le dan un nuevo sentido al día a día.

—Para mí también lo son, me sirven para tomar aire antes de volver a casa.

Tocaba irse, la idea de llegar demasiado tarde le incomodaba. Se levantó, se despidió con el habitual nos llamamos y empezó a caminar. Qué sencillo, se decía, qué tremendamente sencillo es mover sentimientos en una relación. Qué sencillo, qué difícil es que las plantas crezcan hermosas y qué fácil pisarlas. Menuda tontería, sonrió.

40

Esperaba a que se acabara de una vez la cena, lo que exigía un tiempo que en ocasiones le resultaba eterno. En general, mientras Horo corría y se duchaba, apenas dejaba Carlos el plato vacío, o daba señales de no querer comer más, se apresuraba a recoger la mesa y acompañarlo al sillón. Quedarse solo en el comedor y ponerse a estudiar tenia mucho de liberación, incluso con los soliloquios de fondo. En esta ocasión, Carlos, que parecía más inquieto que de costumbre, en lugar de comer andaba enredado con palabras sueltas, dando la impresión de no encajarlas a propósito.

—Según por donde vayas —le advirtió—, te acompaño a la butaca, desconecto y empiezo a repasar los apuntes. Me vas a perdonar, pero hoy me fallan las fuerzas, o la moral, lo que es lo mismo para según quién.

Ajeno a lo que se le decía, Carlos alzó los ojos hacia la lámpara, como si en ella buscara la estructura de lo que pretendía decir. A continuación los bajó para fijarlos en los de Sena. Aquellos ojos amarillentos por los años y la medicación, las venas hinchadas recorriendo unas sienes cinceladas por una delgadez extrema, la dureza de los rasgos consecuencia de su fragilidad, le daban un aire de acritud que a Sena le hizo sentirse incómodo. En esa mirada seguía intuyendo un odio, o algo similar, que no comprendía, pero que le incomodaba. A pesar del accidente, título oficial, nada de accidente, sabía que su recelo no nacía de lo que pudiese hacer, sino decir. Carlos hasta hacía poco nunca había empleado lenguajes simbólicos, ni siquiera fantaseando. Dentro de su caos mental, siempre había tendido a la claridad. Echó de menos a Horo, como cada tarde, tal vez un poco más. Si por lo menos dijera algo con sentido, podría desconectar. Pero aquel galimatías le confundía. Y como si quisiera aceptar su deseo, la voz de Carlos empezó a enhebrar su discurso.

Se parece al desvergonzado de mi hermano eso no me gusta y me preocupé por si el niño me había oído pues sí y mucho te reías no debí estando ellos cerca pensar así y mucho menos decirlo ¿qué habéis hecho animales? ¿qué insinúas? y te reías porque lo sabía igual que algunos niños se niegan a desprenderse de la infancia y llega quien la destroza a martillazos exigí juramentos perjuros en los que refugiarme de mi vergüenza ¿y por qué quise asustarte o soltar la rabia poniéndome de pie dando un puñetazo sobre la mesa? ¡Horo ayúdame! ¡papá se ha vuelto loco! te burlabas con tu falso miedo y del crío con tu falso amor Horo es tu vivo retrato me dijiste cuando el niño aún estaba rojo e hinchado con Sena te limitaste a decirme que tu especialidad era hacer copias de los padres.

¿Qué habéis hecho animales?, ¿hacer copias de los padres? Al fondo del pasillo la puerta se mantenía inmóvil, indiferente. Sena combatió el ahogo conteniendo cualquier emoción que hiciese amago de descontrolarse. Aquel hombre estaba loco, esa era la única verdad. La única. Y los locos desvarían. Tú has salido a papá y yo al tío, también es mala suerte, le había dicho a Horo cien veces y él me soltaba anda ya, venga, hombre, o movía la cabeza, no seas tonto o no me hacía caso. Aparentemente. Cien veces. Carlos palmeó sobre la mesa y substituyó las palabras por una respiración pesada y lenta. Súbitamente, su rostro recobró los rasgos habituales y la aspereza que había en su expresión se diluyó en un desconsuelo absoluto. Viéndole, Sena recuperó a su vez su propia tristeza, la que, con arrebatos para él vergonzantes, sostenía su relación con su padre. Por ello no le dio importancia al hecho de que una de aquellas manos cubiertas de manchas blancas y negras cogiese el cuchillo utilizado en la cena. Tampoco a verlo ensimismado ante los reflejos que él mismo provocaba girándolo. Y así, hasta que los movimientos de una mano que parecía gobernarse sola se hicieron insoportables. Entonces, lo mismo que el día anterior, e igualmente seguro de equivocarse, le oyó decir contra su ánimo:

—Adelante, papá, sigue con la historia.

Si le llegó la invitación, o la compendió, Carlos no hizo caso. Continuaba observando con curiosidad el movimiento del cuchillo hasta que por algún motivo se sobresaltó y dejó caer la mano en el mantel, sin soltarlo, inclusive aumentando la presión sobre la empuñadura.

Me faltaba formación y personalidad y ese sinvergüenza andaba escondido desde la última pelotera me rebelaba ante una idea que se reforzaba que arraigaba cada vez que miraba al pobre crío ¿de qué dudas? te estuviste burlando hasta la noche de fin de año la de su triunfal reaparición vamos a olvidar rencillas hermano ¿qué haces aquí? y tú diciéndome ¿después de tanto tiempo y lo único que sabes es ser un grosero?

Sena volvió a mirar hacia el fondo del pasillo, en donde la puerta seguía implacable arrinconando esperanzas. Se puso de pie y empezó a recoger la mesa. Ocuparse en lo que fuera hasta que volviera Horo. Lo primero llevarse el cuchillo dentado con el rizo en el extremo y el mango azul. ¿Por qué? Evidente después de lo sucedido días atrás. ¿Días o día? Además, no necesitaba pensar en lo que hacía, ¿para qué?, pero lo primero el cuchillo. Al intentar quitárselo, percibió una firme resistencia, la del niño consentido que, llegada la hora de marchar, se niega a devolver el muñeco ajeno con el que ha estado jugando.

—Vamos, papá, será mejor que descanses un rato.

Carlos alzó el rostro. Los ojos muy abiertos, los labios húmedos, finos. Si alguien buscaba la imagen perfecta del enajenado, allí estaba. Eso pensó Sena. El que está hablando es un loco, se dijo, y lo que cuenta son locuras. Olvida, no hay más.

Quino no te quiero volver a ver en mi vida.

—Soy yo, Sena. Dame el cuchillo, vas a acabar cortándote.

De nuevo, lo mismo, lo repetido mil veces, él y Horo insistiendo en el error aunque fuese por motivos diferentes. Hablar por hablar. La voluntad que no razona, la voluntad

equivocada al decidir el momento en que mostrarse, la voluntad que no es voluntad. Le cogió de la mano y le quitó el cuchillo. ¿Por qué se sentía mal al hacerlo? ¿Estaba abusando de un hombre viejo y enfermo en vez de cuidarlo como cualquier buen hijo haría? Horo le habría acariciado la mano y luego le hubiese quitado el cuchillo con suavidad. Lo dejó encima del plato, junto al tenedor. Tras un momento de duda, sin alejarse de Carlos, se sentó en la mesa y apoyó una mano en un hombro con tacto de tela y huesos. Le respondió al instante un movimiento de rechazo, que fuera un movimiento reflejo o no poco importaba. Sena lo consideró la penitencia por su brusquedad.

—He sido un bruto, ¿vale? Te podías hacer daño.

O hacérmelo a mí, pensó. ¿Por qué disculparse si bien o mal había hecho lo que debía? Los remordimientos se tomaron una pausa. La necesitaba, Horo la necesitaba, la casa la necesitaba, el barrio la necesitaba. El barrio pedía una locura menos extendiendo agotamientos por sus calles. En la Edad Media para combatir la peste se quemaban casas y pueblos enteros, el mito purificador del fuego. Ignoraban que la peste la transportaban las pulgas a lomos de las ratas, debían quemar las ratas, pero quemaban las casas, los pueblos y hasta a las personas por brujería. No sabían y en su simpleza quemaban todo menos las ratas. Ahora la historia de aquellos fuegos y de aquellas ratas le devolvía la misma sensación amarga de cuando la oyó por primera vez. Cogió el vaso y enfiló hacia la cocina para llenarlo de agua, por moverse. Al volver Carlos había devuelto el plato al lugar original y sostenía los cubiertos sin fuerza. Tenía el rostro orientado hacia la galería, hacia la ventana del vecino adolescente. Una cortina anaranjada proyectaba sombras sin sentido.

La noche de Año Viejo fue el momento que llevabas esperando.

Sena se alejó de la mesa y caminó hacia el arco que daba acceso a la galería. Al margen de la luz naranja, oscuridad absoluta. Pensó en que aquellas dos luces enfrentadas, la que quedaba a su espalda y la que tenía frente a él, bien podrían ser las únicas distinguibles desde la calle. Lo mismo que dos tuertos estudiándose recelosos sin advertir la finalidad ni la necesidad de tanto retarse a través de un único ojo. Carlos repitió varias veces la palabra esperando. Sonaba al estribillo de un antiguo cantar con ritmos decrecientes. Después se dejó caer contra el respaldo de la silla y cerró los ojos.

Año Viejo sois mayorcitos y hay que celebrarlo estabas furiosa porque lo había echado una cena horrible con el mantra si estuviera Quino habría otra alegría y los chicos ¿qué pensarían? ¿qué sentirían? querías hacérmelo pagar y buscabas el momento perfecto para hundirme esta noche será única decías no la olvidarás y me temí lo peor se veía venir.

Calló y abrió los ojos. La foto de la boda. Allí seguiría la muchacha radiante y el hombre cohibido. Con el paso de los años la foto mostraba con mayor claridad lo sucedido. Los ojos de Carlos empezaron a humedecerse dando la sensación de que su irritación necesitaba consuelo. Sena se olvidó de la cortina naranja y de las sombras, se acercó y le puso de nuevo una mano en el hombro. Esta vez no hubo rechazo. Hacía meses que no le veía llorar. En los primeros tiempos lo hacía con frecuencia, después el desconsuelo y la rabia encontraron otros

caminos y cuajaron en los soliloquios.

—Vamos a dejarlo, papá.

Palabras desperdiciadas. No cabía otra posibilidad que dejarle hablar y aislarse de lo que dijera, de las mentiras y de las verdades, tanto daba. Sena se dijo que una mentira, aunque se repitiera una o mil veces, no cambiaría nada. Con lo que había escuchado tenía suficiente y, por defenderse, se repitió está loco, desvaría. Carlos se contrajo.

—¿Recuerdas cuando corrimos hacia el bosque y viniste con nosotros?

Hubo un gesto de sorpresa, de una sorpresa en realidad inexpresiva, carente de sentido. Aquel hombre no alcanzaba a entender la presencia de quien se encontraba a su lado, o simplemente no quería que se mantuviera tan cerca, y en un acto reflejo dobló el cuerpo sobre sí mismo, la espalda arqueada y las manos apretadas entre las rodillas.

—Sí, piensa —insistió Sena intentando tranquilizarle con la voz—. Estaba nublado y acabamos revolcándonos los tres en un campo recién segado. Horo, tú y yo. ¿Recuerdas? Habías venido dando brincos hasta nosotros.

Tras unos segundos, Carlos alzó la barbilla. Se encogió un poco más. Sena, que seguía dispuesto a deslizarse por la pendiente sin calcular la inclinación hasta el regreso de su hermano, fue hacia la cocina para llenarse de nuevo el vaso de agua. Empezaba a ser tarde y Horo no daba señales de vida. Había quedado con Ginko, pero que se entretuviera tanto no era normal. Volvió al comedor y se encontró con Carlos señalando al frente con el cuchillo.

Aquí yo enfrente tú a la derecha Horo a la izquierda Sena.

—De acuerdo —dijo Sena volviendo a sentarse y sin darle ningún objetivo real a sus palabras preguntó–: ¿Y qué pasó?

El gran momento había llegado niños bonitos marchaos porque tengo que darle a papá el regalo de Año Nuevo y es muy personal y de pronto te quedaste atrapada por una idea que te entusiasmó y Sena espera antes de irte papá ha de verte bien eres parte del regalo ya verás qué contento se pondrá.

Sena lo recordaba con el mismo cariño que una enfermedad que tarda tanto en curarse que consigue destruir una etapa de tu vida. Aquella noche obedeció y aguantó junto a la mesa de pie, inmóvil, como si le fuesen a hacer una fotografía. Incluso es posible que sonriera. Tan estúpido había sido toda su vida. Y allí hubiera seguido si Horo no le hubiese cogido del brazo arrastrándolo hacia el pasillo. Vamos a jugar, Sena. Lo dijo muchas veces, como si intentara alejar una pesadilla. Una vez en el cuarto, les llegó una voz entrecortada por una risa hiposa. ¡Pobrecito Carlos!, gritó la misma voz medio atragantándose con cada sílaba. Horo cerró de un portazo y le propuso, él en aquel momento no acababa de comprender qué sucedía, jugar una partida de damas. Olvídala, ha bebido demasiado. Allí estaba el Horo adolescente, con la edad que él tenía ahora, alzando las manos, ayudándole a recuperarse de la ansiedad, protegiéndole. Es una tontería, le decían aquellas manos, no hagas caso.

Hay sensaciones que van y vienen y tratar de interpretar los motivos por los que lo hacen resulta muy difícil. Estaba dispuesto a ser comprensivo, pero hasta cierto punto. Sí, haría

frente a los remordimientos, que llegarían puntuales a la cita cuando se sintiera con fuerzas suficientes, lo que en aquel momento no sucedía. Poco importaban los propósitos, lo sabía. Determinados impulsos son más fáciles de controlar y determinados actos resultan menos difíciles de ejecutar. Eso también lo sabía. Carlos buscaba el reflejo de su propio rostro en la hoja del cuchillo que hacía girar ante sus ojos.

¿Lo has visto *bien durante estos años? cállate quería ser una orden y se convirtió en un ruego si hubiera sido un buen padre te habría echado de casa por la misma puerta por la que salió Quino ¿lo has visto bien durante estos años? canturreabas lamiendo una copa vacía ¡ay las sospechas! ¡ay los genes! ¡ay esos genes revoltosos! pero antes Horo había cogido del brazo a su hermano y se lo había llevado ¡ahí va el príncipe valiente de la casa de los Gris! le gritaste entre hipos pero para él tú nunca has sido nadie esa ha sido su fortaleza tú nunca le has importado.*

—Vale, papá, déjalo —pidió Sena con un desánimo que se encaminaba hacia zonas inciertas. La ventana del vecino adolescente se había apagado, la cortina naranja se había transformado en un velo negro, y en aquellos momentos en la calle probablemente brillaría solitaria la luz de la galería. Carlos no le escuchaba. Sena no estaba allí, si acaso lo hacía una Nicolasa reconvertida en Nico acompañada por un Quino de pesadilla.

¿Te has fijado bien? piensa en tu hermano ¿a que son dos gotas de agua? la pena es que el niño no haya salido tan divertido como él eso fue lo penúltimo que dijiste te faltaba el final pero tuviste tiempo para prepararlo porque yo estaba más que paralizado muerto.

Basta. Debía moverse y Carlos callarse. Sena recogió el plato y buscó hacer lo mismo con el cuchillo que continuaba en la posición de cetro en una mano pálida de tanto apretar el mango.

—Dame eso, papá —dijo Sena intentando alcanzar el cuchillo.

La mano empalideció aún más y se alejó de la de Sena. No, ni hablar. Si a Carlos le quedaban fuerzas, allí estaban.

*A*ún *tenías diez palabras las he estado contando desde entonces una dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve y diez todo queda en la familia ¿y qué más te da? todo queda en la familia ¿y qué más te da? todo queda en la familia ¿y qué más te da? todo queda en la familia ¿y qué más te da? todo queda en la familia ¿y qué más te da? todo queda en la familia ¿y qué más te da?*

La voz se afinó hasta convertirse en un siseo que acabó en silbido. La imagen de un ser humano a medio transformar en una serpiente provocó en Sena una repugnancia de la que se desprendió con esfuerzo. Está loco, es un pobre loco, se repitió.

—Dame el cuchillo, papá, y cállate,

Carlos, de nuevo los ojos irritados, el rostro crispado, el cuerpo forzado en la búsqueda de una rigidez extravagante, ignoró la mano y el rostro de su hijo y tras un vuelo nervioso su vista acabó posándose en la vieja foto de la boda.

¿*Y qué más te da?*

— No soy Quino, ¿me oyes?, y dame el maldito cuchillo.

¿Y qué más te da?

41

Cruzando la avenida del Comercio, con las fachadas de acero y cristal a la derecha y los parterres arbolados a la izquierda, se prometió que ese atardecer no habría carrera, sería de un egoísmo difícil de explicar. Llegó a la zona comercial en el momento en que tiendas y almacenes cerraban y las multitudes se evaporaban respondiendo a los efectos de lo que había sido una ruidosa ebullición. Consultó el reloj y se detuvo frente al escaparate de una juguetería buscando ordenar ideas. Una muñeca con rasgos orientales le contemplaba apoyada en una escalera rosa de plástico. ¿Cómo serían las muñecas que hacía la dama? Mara las recordaba bonitas, muy diferentes a las actuales, más niñas. Una vez más decidió volver al piso por el pasaje de la Hornacina, hacerlo apenas le retrasaría unos minutos A Sena le explicaría la conversación telefónica con Doctor y la oferta de ayuda de Ginko con relación al piso. Eso lo tranquilizaría. Dejarse llevar por las rutinas en ocasiones comporta un efecto sedante si no se le priva del imprescindible punto de imaginación, lo que no deja de ser curioso según se considere. Recordó al dueño de la bodega, él encontraría una interpretación para la caída de Sena y los cambios en la conducta de Carlos, y también explicaría el regreso de Nico y los empalagos de Jana Juez, o la fortuna de X.R. Aquel hombre podía con todo porque con todo se atrevía y no buscaba la verdad, ni le interesaba. Excusas hay muchas, de todos los tamaños y colores. El dueño de la bodega acomodaba una arruga en la frente, chasqueaba la lengua, bizqueaba para aquí y para allá, se apuntalaba en la barra con sus manazas y arrancaba con un tono agrio y chillón cuyas modulaciones controlaba con magisterio. Otro artista. Debe reconocerse que en el mundo abundan los artistas, en especial los artistas de la miseria,

Barrio Antiguo se estiraba como un animal viejo y perezoso entibiado por un alumbrado que tendía a resaltar la raleza de su pelaje. No se veía un alma, pero se oían los pasos de siempre siguiendo direcciones definidas. Horo trató de distinguir en lo alto los tonos de un cielo que se apretaba hasta alcanzar la anchura de los dedos de una mano unidos, con el pulgar escondido. Tan sencillo método de tomar medidas, útil para calcular la altura de los edificios, se lo había enseñado Carlos en un día tal cual el que estaba viviendo, porque Carlos y su mundo habrían cambiado, pero el barrio y los días no, el barrio y los días continuaban ofreciendo lo mismo.

A la dama la vio apenas empezó a caminar por el pasaje. Le acogió con la inclinación de cabeza acostumbrada, un suspiro y una rápida ojeada a la franja oscura ribeteada de azul que

fluía en lo alto, entre las cornisas de los tejados. Dos estrellas, encajonadas entre las dos fachadas, acaso desconcertadas al encontrarse en un espacio tan singular, tintineaban con timidez.

—No te esperaba, Horo —le dijo apenas se detuvo frente al balcón.

—Algunos días se hacen demasiado largos.

—¿Disgustado?

Negó sin convicción, y ella asintió. Lo comprendo y lo acepto, pareció decirle.

—¿Sabes qué me decía mi marido si un día acababa con lo que se suele llamar desánimo? ¿Si había sido un mal día? Pues que no hay días malos, solo días raros. Puro sentido práctico, nada de sofisticadas especulaciones. Por suerte nuestra vida, la de verdad, fue de una enorme normalidad. Las rarezas nos llegaban del exterior, y así las tomábamos. No son nuestras, me decía él, no les hagas caso, olvídalas. Mi marido me conocía y me cuidaba, me ayudaba. Hoy no sé qué opinaría ni qué haría, lo reconozco.

Horo asintió y puso la mano en uno de los barrotes de la barandilla. En ocasiones se había preguntado en qué basaba su ¿encanto? aquella mujer. Durante mucho tiempo, hasta hacía unos días, ni siquiera sabía su nombre porque prefería llamarla la dama del balcón. Una simpleza sin consecuencias.

—No me tome por curioso —empezó bajando la voz, variando los tonos—, ¿pero es usted la doctora V. Laval según pone en la placa de la puerta? Disculpe, la pregunta.

—No, por favor —se apresuró ella a responder—. Nada de disculpas. Demasiado discreto eres, demasiado discreto. ¿Sabes que me dijo Ginko de ti un día?

Horo negó con la cabeza y ella abrió los brazos, como si acabara de finalizar una larga exposición y se preparara para concluir con una afirmación que provocaría entre los oyentes reacciones demasiado previsibles.

—No es que sea discreto, es que respeta a los demás. Por eso parece seco, cuando en realidad es respetuoso. Respeta a la gente más de lo que en general se merece. ¿Qué opinas?

—Que es muy suyo, aunque debería haber incluido matizaciones.

La dama se encogió de hombros como si se le hubiese posado en ellos un pájaro sumamente ligero y tratara de alejarlo sin asustarlo.

—Así pues, llegó el día de las explicaciones y eso está bien, aunque cuando se hacen necesarias da la sensación de que algo se pierde al pedirlas y también al darlas, ¿no es cierto? Hay quien lo llama aclarar las cosas, y también quien se refiere a descifrar el enigma. O el encanto. Claro que en este caso poco enigma y menos encanto hay. Los soñadores, los melancólicos, suelen referirse a ello, a romper el encanto. No es este caso, insisto.

Llegó un ruido cercano, el roce de unos zapatos sobre los adoquines. Pasos de anciano arrastrando unos pies angustiados con provocar tropiezos o caídas que bien pudieran resultarle fatales para quien confía en ellos para avanzar. El sonido flotó en la calleja unos segundos y a continuación enmudeció. La dama se mantenía en silencio, seria. Horo la invitó a seguir con un gesto y ella asintió.

—Pues bien, esa uve debió ser una be si mi padre no hubiera aspirado a un espíritu revolucionario al que le resultaba imposible acceder por formación y hasta por carácter. Se consideraba un anarquista, eso sí, un anarquista sensato. Incluso participó a su manera en la sublevación de los jornaleros. ¡Él! La pura moderación con camisa, corbata y chaleco. Dirigía una sucursal bancaria, aquí, en el barrio, y sus utopías le llevaban a lanzar apasionadas arengas si se encontraba entre gente de confianza. Mi nombre supuso para él un acto reivindicativo algo infantil y un drama familiar porque mi madre, sensata, trató de disuadirle. La pondrás en evidencia de por vida. En eso, siendo justos, se equivocó. ¿A quién le importan los nombres? En conclusión, me pusieron Veatriz, con uve.

—¿Y no pensó en cambiarlo?

—¿Y me lo dices tú, Horo?

—Tiene razón. Hay cargas innecesarias y los padres deberían considerarlo.

—Así es, hay cargas prescindibles.

—¿Y lo de unirse a los jornaleros?

—Fue un arranque novelesco que no acabó bien porque volvió a casa espantado, enfermo. Suele suceder cuando se cruza la puerta de lo utópico y te encuentras con unas realidades que no son tuyas, que nada tienen que ver contigo. Le recuerdo sentado en un sofá, abatido, con la vista baja. Él tendía a lo teórico, con pasión, pero a lo teórico. Cualquier cambio se inicia con las ideas y las ideas necesitan de las palabras, decía a menudo, incluso una revolución necesita las palabras, si no es pura barbarie. Acabó reconociendo que, al encontrarse en medio de la violencia, sintió un mareo, esa fue la palabra, mareo. Fue una buena persona, ¿sabes?

—Estoy seguro —dijo Horo—. Hay quien deja huella porque se gana el derecho.

—Sí, él se lo ganó con su bondad.

Siendo niños, Nico solía traerles libros, cualquiera que tuviera dibujos en la portada. Tanto daba *Moby Dick*, *La metamorfosis*, *El gato con botas*, *Mi familia y otros animales* o las aventuras de cualquier ave, mamífero, pez, insecto o reptil. Son aventuras con bichos, declaraba ufana. Por eso, valorados desde la distancia, los esfuerzos de Carlos para educarles resultaban enternecedores. Él les contaba historias que en su opinión contenían modelos para comprender dónde vivían y quiénes podían llegar a ser o no ser dependiendo de su formación y de su conducta.

—Puestos a indiscreciones, ¿y lo de doctora? —aventuró en una noche que, por desgracia o por fortuna, se alejaba de lo previsible.

—Sí, doctora. Cierto. Me gustaba pintar, dibujar y llegado el momento mis padres me animaron a matricularme en Artes Plásticas, unos estudios poco comunes por entonces, se decía que nada prácticos porque para saber dibujar o pintar no hacía falta ir a la universidad. No sé qué se opinará ahora, espero que haya cambiado.

—Depende. Si he de ser sincero, no me atrevo a opinar.

—Claro, depende. —Apoyó los codos en la barandilla y agradeció el interés de Horo

asintiendo—. Acabé la carrera e incluso hice el doctorado, otra rareza por entonces, sobre todo en una mujer. La placa me la regaló mi padre. Luego, cuando vinimos a este piso, mi marido insistió en que la colocáramos en la puerta. ¿Para eso te la regaló, no? Insistió sin éxito hasta que muerto mi padre encontró esa fórmula mágica que en ocasiones existe siempre que se busque bien. Si él viviera, se sentiría feliz de verla en tu puerta. Fíjate qué simple y qué concluyente.

Nuevos pasos, esta vez pesados, llegando desde la calle del Milagro. Pasos que recordaban un desfile militar o procesión religiosa. Esperaron a que el sonido desapareciera. Horo vaciló, dudaba si provocar un giro, el lógico, en la conversación. No lo hizo.

—¿Y lo de hacer muñecas?

Aquello empezaba a aproximarse a un interrogatorio, el encuentro se alargaba y Sena estaría inquieto. De nuevo actuaba de forma irresponsable, o aun peor, egoísta.

—Aunque suene extraño, yo estudié por las muñecas. Quería diseñarlas, hacer las piezas, montarlas, confeccionar los vestidos, tejer el pelo, y que nunca hubiera dos iguales. Y llegaron a ser cientos las que hice, ¿te imaginas? Muchas veces te sorprenden los motivos que te han llevado a vivir de una u otra manera, a hacer o a dejar de hacer. Al final son muchos los que claman por lo conseguido o por lo perdido, pero pocos los que reflexionan sobre aquello que te empuja en un sentido o en el contrario, o que te hace permanecer inmóvil.

—En especial si se acumulan los fracasos, supongo.

—Sí, no es fácil reconocerse en el error. Pero luego te dices que no es ni fácil ni difícil, depende de cómo te hayas tratado a lo largo de la vida, de cuál haya sido tu relación contigo mismo.

—Pensaré en ello —dijo Horo.

La dama del balcón se incorporó. La oscuridad del cielo le dio un mensaje que ella recibió con resignación. Por primera vez la frialdad de sus ojos se había teñido de desánimo perdiendo al tiempo parte de su trasparencia azulada. Se la veía cansada, incluso envejecida

—Hazme un favor y no dejes que en el futuro te decepcionen demasiado, contrólalo, son experiencias que en determinadas sensibilidades se acumulan. En ocasiones las cosas suceden sin un motivo aparente, perceptible, y es natural que no seamos capaces de comprenderlas y aún menos de explicarlas. ¿Sabes?, mi padre te hubiera aconsejado que no te engañaras demasiado, solamente lo justo para no ser infeliz. Estoy segura que con mi marido hubierais compartido una gran amistad. Buenas noches, Horo.

—Buenas noches, señora

Empezó a caminar a grandes zancadas. Se le había hecho tarde, tanto que prefirió no consultar el reloj. Y mientras se acercaba al portal pensaba en Carlos, en el infierno de Carlos. Mantente entero, no renuncies a tu personalidad, le alentaba desde su adolescencia cuando su relación con Nico le obligaba a vivir humillado día y noche. Aquella fue su lucha, la de un hombre cobarde al que nunca se le reconoció el valor de lo que hacía.

42

Mármol blanco en suelo y peldaños, estucado pajizo en paredes, perfumado el ambiente por un potente ambientador de vainilla, Doctor se detuvo frente a la escalera para comprobar un retraso que juzgaba excesivo. Era el colofón del día. Aquella misma tarde el último paciente, un adolescente empeñado en desgranar con minuciosidad enfermiza sus afanes suicidas ante su horrorizada madre, meros reflejos de crío teleadicto fantasioso y tiernamente sádico, le había sucedido la despedida de Dora, con su corta melena negra balanceándose. Hasta el lunes, Doctor. Hasta el lunes, Dora. Por fin llegaba el momento de repasar con tranquilidad el trabajo de la siguiente semana. Sin embargo, ni siquiera tuvo tiempo de abrir el primer expediente, el de una mujer adicta a los somníferos y a los analgésicos, porque se lo impidió el sonido del teléfono. Si suena, que suene, no es horario de visitas. Sin embargo, el aparato no cedía en su canto, un fragmento de *La flauta mágica de Mozart*. Tanta insistencia no resultaba lógica en un paciente, por mucho que tuviera un ataque de ansiedad. Pues a urgencias. ¿No disponía el sistema sanitario de la ciudad de un servicio para esos casos? Tras el desahogo, suspiró y respondió. Una voz familiar se presentó con aquí Marcial Dusco, de la Brigada, buenas tardes y disculpas por molestarle. No importa, inspector. Lo siento. De veras, no importa. Créame que lo lamento, Doctor. Aquello empezaba a ser cargante por reiterativo. Le aseguro que no importa, dígame qué ocurre. Doctor conocía bien a Dusco, un hombre serio, inspector de la B.C.C.M. Había colaborado con él como especialista en psiquiatría para algún juicio. Los jueces y los abogados llegaban después. ¿Qué ocurre?, insistió. Se trata del señor Carlos Gris, domiciliado en Barrio Antiguo. Para Doctor, dado el inminente ingreso de aquel paciente, a él se debía su presencia en la Pliffeer, y las llamadas de uno de sus hijos, el nombre le resultaba más que conocido. En el hospital me han informado, continuó el comisario tras dejar pasar unos segundos, que le trata usted. ¿Hospital? Así es, nos avisaron del de Puerto Viejo, el telefonista pasó la información a una patrulla y los de la patrulla, una vez comprobada la veracidad del incidente, me lo han notificado hará cosa de unos minutos. En fin, se ha seguido el protocolo. Al encontrarme con su nombre en el informe decidí tomar cartas en el asunto. Al margen de otros temas que tengo pendientes con ese señor, estando usted por medio, lo prefiero. Gracias, inspector, se lo agradezco, es usted muy atento. Los patrulleros son buena gente, pero a menudo se encuentran en situaciones complicadas y les pesa la responsabilidad, ya sabe. No, no sabía, lo que no supuso un obstáculo para mostrarse de acuerdo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha sufrido algún incidente el señor

Gris?

Doctor se detuvo frente a las escaleras. Silencio absoluto. El hijo mayor de Carlos Gris, un médico de urgencias del Hospital del Puerto Viejo, el director de servicios de la Fundación, doctor Evra, el encargado de mantenimiento y hasta Melisa, su esposa que le respondió no estás y te recuerdo que hoy salimos a cenar, no me fastidies. Lo siento, una urgencia. Intentaré llegar pronto. Lo dudo, fue la respuesta antes de colgar. Una hora pendiente del teléfono enviando y recibiendo mensajes, decidiendo los pasos a seguir y organizando el ingreso con carácter urgente. Visto así, tenía lógica el estado en que ahora se encontraba, preocupado. Para reflexionar con mayor tranquilidad había decidido subir a la primera planta, quería aislarse hasta que llegara Carlos Gris. Por el momento, lo básico estaba bajo control.

Sonidos de pasos. Los suelos pulidos hasta espejear rescataban el sonido de las cavernas, al menos en lo relativo al eco. Falsa alarma. Aparecieron dos enfermeros y las puertas de las habitaciones empezaron a abrirse y cerrarse. Entraban en una risueños para reaparecer en unos segundos serios, dispuestos a calcarse en la siguiente. Treinta y ocho habitaciones en la primera planta y otras tantas en la segunda. Es decir, setenta y seis pacientes si se ocupaban todas, y cada interno con su historia y su historial, con su triste historia y su mejor o peor historial. Le llegó el lejano crujir de una carraca manejada con torpeza. Los tableteos se espaciaban, como tomando impulso, para volverse a acelerar de inmediato, y vuelta a empezar. Sonidos arrítmicos. Quien fuese, y a deshoras, trabajaba en la sala de rehabilitación haciendo ejercicios de motricidad y coordinación. Una voz, un grito surgido como el aleteo de un ave enjaulada liberada, sonó de improviso. Tenía mucho de rabia, de frustración.

Dusco es un buen hombre, se decía Doctor. Castigado por su trabajo, tan duro, pero con un sentido de la dignidad y de la profesionalidad estimable. Se detuvo, y ya iban demasiadas paradas, recapitulando sobre el estado de la cuestión. Ante lo sucedido, la reacción de los hermanos Gris, sensata. Había sido no solo la previsible dadas las circunstancias, sino la adecuada. Dio la vuelta en el momento en que, como un canto a la paz y la concordia, le llegaron las campanadas de la cercana cartuja, un edificio de considerable valor histórico que en tiempos quedaba en las afueras de la ciudad, al alcance de las romerías, para acabar siendo engullida por la expansión urbanística de las últimas décadas. En su ala norte habían abierto uno de los mejores hoteles de la zona, y en el antiguo refectorio se servían platos de cocina internacional. En el resto del edificio las monjas continuaban ganándose el cielo. Las campanas siguieron repicando y él, sin ser necesario pues el reloj que brillaba en su muñeca garantizaba la exactitud horaria, las iba contando. Carlos Gris. Lo llevaba avisando desde hacía tiempo. Aquellos chicos corrían un riesgo manteniendo una situación que se preveía inaguantable. La gente no entiende que las alteraciones de la mente acaban deshumanizando al enfermo y destruyendo su entorno. Pero no interesa, mejor vivir en una perpetua ceguera. Le vinieron a la memoria padres desconsolados ante las reacciones de sus hasta entonces cariñosos y dóciles hijos, hijos desesperados ante las groserías de sus hasta entonces elegantes padres. Mi madre, mi padre, siempre tan señora, siempre tan señor, y hete aquí que ahora

avergonzaría con su lenguaje a un golfo o a una golfa de la calle. Mi hijo, mi hija, tan juicioso, tan juiciosa, tan sensible, tan entrañable, tiró el plato de la cena contra la pared, me gritó, me insultó, me levantó la mano. Se droga, Doctor, se droga. Pobres, con un presente tan agobiante, con un futuro tan incierto. No se pueden cerrar todas las puertas por mucho que la mayoría de estas no accedan a ninguna parte.

Consultó nuevamente el reloj y confirmó el número de las campanadas de la cartuja. Las horas coincidían y ellos no llegaban. Estaba cansado, con ganas de volver a casa y tumbarse en el sofá antes de salir a cenar. Cualquiera anulaba la cena de los viernes con lo susceptible que andaba su mujer. Imposible. Reconocía que determinados asuntos exigen tiempo, papeleo, permisos, y con la policía por en medio los casos, aunque se presenten perentorios para las víctimas, se resuelven o con espíritu artesanal o de cualquier manera. No hay término medio, esa es la verdad y mejor que sea lo primero. El comisionado del juzgado solía aconsejarle que se tomara el tiempo justo en la redacción de los informes. Paso a paso, Doctor, moverse entre las corbatas de los abogados es lo mismo que liarse con las faldas de las vecinas, debe uno andarse con tiento. Una comparación carente de poesía, con un deje de ordinariez, aunque tomada sin prejuicios o traducida a un lenguaje formal, no dejaba de tener un fondo de realismo y otro de utilidad. Con denuncia o sin denuncia se necesitaba llenar unos formularios, lo de aquí no ha pasado nada no sirve cuando hay lesiones por en medio. Al menos en principio. Por esta vez, y por fortuna, la maquinaria legal le había permitido organizarlo todo en pocas horas. Por otra parte, desde un punto de vista práctico, el adelanto se quedaba en ¿una semana?

Los hijos de Carlos Gris pasaban por momentos delicados y encima aquello. Lamentable. Debido a su profesión, Doctor estaba habituado a situaciones que un profano viviría con angustia, no él, si bien percibía en lo sucedido un cariz especial. En principio, en aquel paciente las piezas se habían ido ajustando a los patrones habituales. Una personalidad frágil, quebradiza a priori, que sufre un terrible shock tras años de presión emocional, lo había inferido de las explicaciones de sus hijos, de humillaciones, de ansiedad y de sufrimiento. Un shock traumático de manual. La mente se parece al cuerpo, se rompe por el eslabón más débil. El hijo menor insinuaba que el barrio en donde vivían le había envenenado. Una opinión original y cabía suponer que cargada de ironía, lo contrario resultaría preocupante. Ese chico, ojalá se equivocase, acabaría con problemas porque también él manifestaba una personalidad frágil. Barrio Antiguo. De joven había paseado un par de veces por allí con el espíritu de un excursionista henchido de fervor aventurero. Al recordarlo se sintió conmovido, no por el recuerdo del barrio en sí, sino por el de aquel muchacho. Aquel muchacho. No hacía demasiado el mismo lugar volvió a cruzarse en su camino, esta vez no en funciones de excursionista, sino de asesor de la Brigada Criminal. Una vieja prostituta sospechosa de haber matado a un infeliz, el hijo de una influyente familia de Ciudad del Mar. Por lo que dedujo de informes y declaraciones el chico presentaba evidentes brotes psicóticos y, lo peor, sin diagnosticar y en consecuencia sin tratar. Se vio obligado a entrevistarse con la presunta

asesina para emitir una evaluación sobre su estado mental. Resultado: no llegaba a demente, pero su coeficiente intelectual tampoco alcanzaba los mínimos. Una vieja repulsiva, lindando la obesidad mórbida, el pelo teñido de rubio pajizo y un aliento que llegaba desde las cloacas. Recomendó que la internaran en un psiquiátrico, nada de cárceles. El mismo inspector admitía no tener otra prueba contra ella que la de haberse autoinculpado con una declaración surrealista. Yo lo maté, repetía. Me pegaba, me explotaba. La declaración rozaba el esperpento. Seguiremos buscando porque esa mujer no ha sido, le confió Dusco, al que habían encargado el caso. ¿Y cómo supo de ella?, había preguntado Doctor. Tratando de encontrar pistas por la vecindad conocí al dueño de una taberna de los alrededores. Él sabía de una perturbada conocida como la amante del zapatero, menudo apodo, que pasaba el día no lejos del antiguo palacete en donde encontraron el cadáver del chico. Existe un submundo que la gente de bien no ve más que en las películas y con sus actores favoritos, y a nosotros nos toca hacer el trabajo sucio. La busqué, la encontré y le hice unas cuantas preguntas. Al principio se mostró aterrada, y luego se echó a llorar y empezó con lo de he sido yo. Él dormía y yo le golpeé en la cabeza cincuenta veces. Contadas. Cincuenta. ¿Por qué lo hiciste? Me explotaba sexualmente y me harté. El posterior informe médico descartó que hubiera recibido maltratos. Pobre mujer. Doctor giró sobre sus talones y reemprendió la marcha. La locura engaña y engaña bien, lo sabía desde antes de estudiar medicina. En las enajenaciones, incluso en las que se llaman así sin serlo, anida el engaño. Hasta Caín mintió a Dios para ocultar su culpa, y de paso su enajenación.

Se detuvo al darse cuenta de que no recordaba el nombre de los hijos de Carlos Gris, aunque sí que eran nombres poco comunes. Les había costado tomar la decisión. Cuando al final se inclinaron por lo razonable, se les vio aliviados, aliviados y afligidos. Lo usual. Cada persona, un mundo. Fuese como fuese, ahora su obligación de psiquiatra y de ser humano, pasaba por facilitarles el camino. Cumplimentar la documentación, dar los avisos protocolarios, ligar detalles y enviar una ambulancia para recogerlos. Ingreso inmediato, urgente. La orden, la orden, que no se olvidaran de la orden. Empezó a caminar de nuevo. Si en diez minutos seguía sin noticias, llamaría al inspector o al mayor de los hermanos. Por fortuna no fueron necesarios los diez minutos programados, bastó con la mitad para que le llegara el eco de unos rápidos pasos transformados en un repiqueteo o tictac acelerado por el tipo de calzado empleado por los trabajadores del centro, zuecos sanitarios blancos. Al eco le siguió la aparición de uno de los celadores, el cual escudriñó a derecha e izquierda con esa discreta celeridad que tan bien manejan los buenos figurantes en las películas. Al verlo, Doctor se acercó moviendo la cabeza como quien de pronto recuerda qué es lo que ha ido a buscar a la cocina.

—Han llamado los de la ambulancia. Llegarán en unos diez minutos.

Respondió con un gracias que resultó suficiente para que el celador se alejara dejando tras de sí una nueva estela de taconeos. Doctor se dirigió con paso firme hacia la escalera para bajar al vestíbulo. En aquel momento reinaba en el edificio un silencio interrumpido por voces

lejanas, apagadas, voces que no hilvanaban conversación alguna, sino que parecían huir las unas de las otras. Estaba acostumbrado a convivir con esas voces, tan ligadas a los centros de salud como las batas blancas y verdes o el olor a laboratorio, y las ignoraba. Por ello, mientras bajaba por las escaleras seguía seleccionando y ordenando las palabras.

En la recepción dos auxiliares comentaban en voz baja un espinoso episodio en el que se habían visto implicados. A un enfermo le había dado un síncope y su vida peligraba. Al ver llegar a Doctor hicieron un gesto con la mano, interpretable por un saludo, pero también como si le alejaran de su lado, es decir, nada de permitirle compartir lo sucedido. En una de las zonas próximas a la puerta de entrada, sentada en una de las butacas dispuestas para las visitas, seguía la hermana de un paciente internado un par de meses atrás. Otro caso delicado, aunque menos singular de lo que pudiera creerse. Aquella mujer, si se le daba la oportunidad, aseguraba entre pucheros que se había visto obligada a internarlo. Deploraba verla tan afligida, pero en aquel momento él no disponía de tiempo para consuelos, de manera que dio un rodeo para esquivarla. El hermano en cuestión sufría Alzheimer y ella se veía impotente para cuidarlo. Todos le insistían en lo razonable de la medida y algunos incluso apelaban a su sensatez. Inútil, inútil. Tanta comprensión, que ella consideraba consecuencia de una piedad postiza, no la consolaba, y tampoco aliviaba la penitencia que se había impuesto, una penitencia que consistía en permanecer encogida tarde sí y tarde también en la misma butaca del vestíbulo, reavivando remordimientos, incapaz de visitar a su hermano, de encontrarse cara a cara con él. No me conocerá, gemía, o no querrá que le visite, o se le pondrá cara de odio al verme, o es capaz de pegarme. Está enfermo, le respondían, y por eso no la reconoce, y si no la reconoce, ¿cómo va a odiarla?

Doctor se dirigió hacia las acristaladas puertas de entrada tras enviarle un gesto de complicidad a la recepcionista. Ella lo agradeció con una sonrisa. A lo lejos, tras la verja, las luces de los vehículos circulando por la avenida transmitían la sensación de una actividad decreciente, como si el cansancio acumulado a lo largo del día les pasara factura. Coches, autobuses, furgonetas y motos recortando con sus luces las siluetas de quienes caminaban hacia quién sabía dónde. A Doctor le gustaban aquellas farolas, aquellos ángeles regordetes y dorados, algunos portando instrumentos musicales, otros volando libres, a lomos de animales o sobre nubes. Los días en que acudía a la Fundación, en especial si había caído la noche, le transmitían una reparadora sensación de armonía. Encaramados en lo alto, pilluelos sonrientes, soñadores, le despedían con su alegría infantil iluminados por grandes lámparas en forma de globos. Las luces cálidas tranquilizan, rebajan tensiones. La blanca, excita. Él estaba en contra de los nuevos tipos de bombillas, ahorraban energía, de acuerdo, pero nadie pensaba en la salud. Vio avanzar una ambulancia por el camino que conducía a la puerta principal con las luces estroboscópicas de corona. Saldría a su encuentro, son detalles que se agradecen y a los que se sentía obligado.

43

—Marcial Dusco, de la Brigada. ¿Me recuerda?

—Naturalmente —Imposible olvidar aquel físico y el interrogatorio frente al portal tras lo de don Leandro.

El inspector asintió con una resignación obviamente impostada,

—Y de nuevo nos encontramos en un mal momento, lógico. Si no hay familia o amistad por medio, con determinados profesionales los encuentros no suelen deberse a motivos agradables, y eso sirve en especial para los médicos y la policía.

Un comentario brusco, o así podía interpretarse, teniendo en cuenta que aquel chico pasaba por una situación difícil. Lanzó un resoplido al tiempo que seguía con aire distraído el ágil caminar de una enfermera hacia las puertas basculantes y opacas que interrumpían un pasillo. Una vez desapareció tras ellas, cruzó los brazos sobre el abultado abdomen y repitió el resoplido.

—En ciertos casos se envía de inmediato una patrulla para hacer las primeras diligencias. Hay un protocolo en ocasiones poco agradable, pero, créame, funciona.

Horo repartía su atención entre Carlos, sentado en un banco del distribuidor con las manos temblorosas y el ánimo extraviado, y las puertas tras las que Sena había desaparecido en una camilla forzando el cuello para no perder de vista a su hermano. Iba preocupado, no asustado. Puedo andar perfectamente y llevándome en una camilla conseguirán que me maree, protestaba al auxiliar, que únicamente le faltaba bostezar. Desde entonces había pasado una hora larga. En cuanto a la presencia del policía, de este o cualquier otro, no dejaba de ser un trastorno que hubiera querido evitar, pero que cabía considerar previsible. Desde el primer momento los médicos lo habían dejado claro. En estos casos tenemos la obligación de informar a la policía. Hagan lo que crean oportuno, había respondido consciente de la inutilidad de entrar en una discusión estéril.

—¿Entiende lo que quiero decirle? ¿O no me está escuchando? –inquirió el policía percibiendo la falta de atención del chico que le observaba como si formara parte de un paisaje poco atractivo.

—Sí, disculpe –reaccionó Horo—. Solo que estoy preocupado por mi hermano.

La respuesta, razonable.

—¿Es su padre? —preguntó señalando a Carlos.

Horo asintió.

—Da la impresión de estar nervioso.

—Está enfermo, ¿recuerda que se lo dije? Ha sido todo tan inesperado que... —¿qué podía decir?—, que he preferido que viniera con nosotros. Tampoco tenía con quién dejarlo y es tarde.

Dusco observó el temblor de las manos de Carlos con detenimiento.

—Una situación complicada que habrá que ir esclareciendo, por supuesto. El Hospital, es su obligación, ha dado parte a la policía del...

—Accidente –se anticipó Horo.

Dusco torció la boca, condescendiente.

—Llamémosle incidente mejor que accidente –corrigió. Puestos en un terreno en que dominaba terminología, condiciones y estrategias le correspondía tomar el mando. Los detalles secundarios los dejaba para los demás. Se los regalaba, sin problemas—. Un incidente con la pinta de ser una agresión en toda regla, y si he venido yo, en persona, es porque aún colea el asunto de aquel hombre que cayó o tiraron por las escaleras, asunto que sigo sin resolver. Por otra parte, se lo anticipo, también por mi relación con Doctor. Según tengo entendido se han puesto en contacto con él, ¿cierto?

—Pues sí —respondió Horo, confuso. No conseguía relacionar aquel hombre con Doctor—. Y si hablo de accidente es porque mi hermano me ha explicado lo sucedido.

—Nadie se corta en dos o tres lugares con un cuchillo y luego se lo clava en un brazo por accidente, ¿no cree?

Tenía una sonrisa más irónica que tolerante en los labios. Horo prefirió no responder.

—Y siguiendo con lo que tengo entendido, también han solicitado el ingreso inmediato en el Centro Pliffeer —prosiguió el inspector—. ¿Voy bien?

—Sí, así es. Perdone, no me sitúo —acertó a responder Horo tratando de centrarse—. Me refiero a que no entiendo que relación tiene esto con lo de don Leandro.

El inspector le miró, tranquilo, como si hablara del ambiente.

—Todo se andará, pero vayamos por partes, soy policía y me gustaría saber qué ha sucedido en realidad. ¿No le parece normal dado que ha habido un, sigámoslo llamando así, incidente?

Si hubiese tenido el poder de borrar aquel individuo de la sala de espera, Horo lo hubiera hecho de inmediato. Por mucho que hubiese unas formalidades administrativas que cumplimentar, nadie había interpuesto una denuncia, lo que había declarado y firmado Sena al llegar al Hospital se reducía a un accidente doméstico. Bajo muy diferente perspectiva se movía el inspector, decidido a continuar con su trabajo, tal como él lo entendía.

—En su momento, cuando los médicos lo autoricen, se interrogará a su hermano, y a usted también, se lo anticipo. Como le he dicho, nadie se corta en una mano y luego se clava un cuchillo en el brazo accidentalmente.

—Es una herida poco profunda –corrigió Horo en voz baja.

El inspector negó, sonriendo.

—Si se refiere a que no le ha atravesado el brazo y por lo que sé, pues de acuerdo. —Quedó en suspenso, cavilando. Una vez alcanzada la conclusión, continuó—. Creo que hacen mal echando pelotas fuera, pero hacen mal. ¿Por qué? Fácil. Lo de la violencia doméstica, de género o del tipo que sea, es mucho más que un espectáculo truculento para llenar los periódicos y las noticias.

Horo iba a replicar, pero la mano de Dusco le cortó el camino y optó por centrar los esfuerzos en templar los nervios.

—En conclusión, y repito, hemos recibido un aviso sobre lo que usted llama accidente, yo agresión y dejaremos por el momento en incidente. También he solicitado un informe sobre el estado mental de su padre.

—Mi padre estaba a punto de ser ingresado y hemos preferido adelantar la fecha.

—Claro, para evitar nuevos accidentes...

La voz de Dusco sonaba irónica, pero Horo prefirió obviar sus palabras y aún más el tono. Tenía las de perder.

—Doctor ha estado tan de acuerdo que lo haremos esta noche.

Dusco acompañó las palabras de Horo marcando el ritmo con la cabeza. Cerca de ambos, Carlos murmuraba frases que resultaban inconexas y que concluían invariablemente con un nombre, Quino, instante en que subía el tono de voz.

—Anda en sus fantasías —le disculpó Horo—. Sufre crisis de angustia.

—Ya veo.

El ronroneo de Carlos continuaba. Para Horo no suponía la mejor ayuda para recobrar un equilibrio por el que llevaba esforzándose desde que había vuelto al piso. Necesitaba mantener la cabeza fría. Después del encuentro esa misma tarde con la dama, sentía que la vida se había descontrolado y se preguntaba hasta cuándo aguantaría. En aquel momento únicamente deseaba tener a Sena a su lado y ver a Carlos ingresado.

—Me han informado de que en principio sus heridas no son graves —interrumpió pensamientos Dusco señalando con la barbilla las puertas basculantes—. La del brazo necesitará puntos, eso sí.

— Hasta ahora a mí no me han dicho nada.

—Entiendo, no hay problema.

De pronto reinaba entre ambos un aire solidario ante la adversidad, lo que concedía al encuentro un aspecto engañosamente amigable. Los cercanos al paciente se reúnen tras una intervención para compartir inquietudes y consuelos o alivios, dependerá del resultado. Así lo percibió Horo, no el policía, que instalado en su papel gestionaba con prudencia las distancias frente a un veinteañero que, imaginaba, se esforzaba en disimular la cara de susto. Bien, no de susto, sino de algo difícil de concretar. Reconocía que lo conseguía porque su apariencia, la perceptible, no iba más allá de una razonable preocupación llevada con entereza. Dio un paso hacia un lado, otro hacia adelante.

—Doctor ya lo tiene todo dispuesto. En su opinión no parece buena idea llevar a este

hombre a comisaría, ni siquiera con carácter preventivo. En la Fundación estará controlado y no hay denuncia, porque ¿van a presentarla? Presumo que no. Otra cosa es que actuando de oficio lo hagamos nosotros.

—Desconozco la mecánica a seguir.

Dusco agradeció la elegancia de aquel joven evitando mostrar su rechazo a los manejos de la policía. Él llevaba muchos años conviviendo con miserias de todos los colores y lo valoraba. También sabía que agresor y agredido, si hay vínculos afectivos, se protegen mutuamente para evitarse lo que creen les traerá mayores problemas a ambos, por solidaridad o por miedo, y después pasa lo que pasa. La de mujeres que se arrepentían de su compasión cuando ya tenían el cuerpo molido o algo peor, pero la noria de la simpleza continuaba girando y nunca lo dejaría de hacer. El ser humano se mueve por instintos primarios por mucho que los disfrace.

—Mire, le seré sincero —empezó—. Aunque sé que están pasando por un mal trago, con denuncia o sin denuncia, al final vamos a intervenir. Habrá un atestado a partir del informe médico. Sin embargo, en principio es aceptable posponer la declaración por motivos de salud e internarlo porque la Fundación tiene competencias y recursos para hacerlo.

—A mi padre es imposible someterlo a un interrogatorio. Doctor lo sabe perfectamente.

—Por el momento ha enviado una ambulancia para proceder al traslado. Mejor que un furgón de los nuestros, ¿verdad? Lo llevan directo, se le ingresa, ustedes se van a casa y mejor no vuelvan a verlo hasta mañana. Para entonces sabrán con mayor exactitud el estado de la cuestión y habrán tenido noticias nuestras.

Horo se mostró conforme, sin ánimos para pedir aclaraciones. Ante él se abría una pendiente, una nueva pendiente, que le causaba vértigo. Se sentía agotado, desbordado y al tiempo tenía plena conciencia de que no podía permitírselo.

—Hizo bien en traerlo aquí para que lo curasen, era lo sensato —musitó Dusco—. Hay quien pretende resolverlo por sus medios y no se imagina la que llegan a organizar. Para que me entienda, más de uno y más de dos lo han pagado con una larga hospitalización o con la vida.

A Horo le costaba seguir en la conversación. Había llamado a Doctor apenas llegaron al hospital y cuanto dijera aquel hombre, que había fijado de imprevisto su interés de nuevo en las manos de Carlos, llegaba con retraso. Doctor les había ofrecido un ingreso inmediato y se había puesto a trabajar en ello. Lo habían aceptado, incluso aliviados en plena confusión, porque la perspectiva de volver a casa con Carlos resultaba absurda, y que se lo llevaran detenido ni se lo habían planteado hasta la aparición del inspector.

El reloj colocado sobre las puertas oscilantes insistía en que la espera se alargaba en exceso. Claro que poco sabía él de lo que era normal o no en un caso como aquel. Hubiese querido preguntar si todo marchaba bien, de hecho lo había intentado sin éxito en dos ocasiones con quienes entraban y salían por la frontera que marcaban las puertas oscilantes. Le avisaremos cuando sea el momento. O tenga paciencia. O el doctor saldrá en cuanto acabe. O aguántese y

siga esperando hasta que los nervios se le inflamen porque nosotros tenemos trabajo. O no es el único paciente que tiene un problema. Bien hubieran podido añadir algo similar a comprenda, lo siento, estamos desbordados, fuese o no cierto, o hacemos lo que podemos, también fuese o no cierto. Al llegar se habían encontrado en la recepción con una enfermera y un enfermero enfrascados en una agria controversia sobre horarios, los suyos o de los pacientes, tan enfrascados que necesitaron mostrarles la venda ensangrentada en el brazo de Sena para que reaccionaran con relativa diligencia. Las cosas son así, ¿qué hacer? Al fin y al cabo no se trataba de sangre propia, sino ajena, como ajeno era el dolor que pudiera sentir un chico al que no conocían. Tales pensamientos parecieron invocar la aparición de un médico que surgió de la nada, saludó a Horo y Dusco con un cabeceo y se dirigió directamente a Carlos.

—Por fortuna no ha sido importante y no tendrá otras molestias que las lógicas en este tipo de heridas. Lo hemos curado y se encuentra bien, estable. Eso sí, necesita tomar antibióticos unos días para prevenir infecciones.

Horo no reaccionó al instante, pero Dusco, más fresco de ideas y de ánimos, se acercó al médico y le advirtió de la situación. Tras un gesto de disculpa, el médico se giró hacia aquel chico tan alto que permanecía a su derecha.

—Lo lamento, no sabía.

Las heridas no suponían ningún peligro. Limpieza en la mano y tres puntos en el brazo. Sí debía cuidarse, aconsejó, no tanto el estado físico como el psíquico. Por no hablar del moral.

—Ha sufrido una considerable alteración emocional. Nos ha explicado lo ocurrido mientras lo curábamos y, qué menos, lo sucedido resulta duro de asimilar. Sea por accidente, según él asegura, o no. Se hace el fuerte, pero habrá que tener mucho tacto con él durante un tiempo.

—Le habrá dicho que mi padre...

—Cierto, le ruego que me disculpe. No sé en qué pensaba. Me habían informado que su padre está en tratamiento. —Miró a Carlos. ¿Cómo no se había dado cuenta de que aquel hombre estaba ido? Culpabilizó al endiablado ritmo con el que se veía obligado a trabajar.

—A su hermano le hemos dado un ansiolítico –enlazó el médico dirigiendo su atención hacia quien continuaba sentado en el banco con la coronilla apoyada en la pared de baldosas, las manos inquietas y los ojos entornados–. En unos minutos saldrá y podrán irse. Si es necesario, en unas horas que tome otra pastilla contra el dolor, no antes de seis horas. Mejor que siga tranquilo

Suficiente, no tenía más que añadir. Tosió sin convicción. Si aquel hombre era el agresor, convenía recordar que se trataba de un demente. Empezaba a estar harto de tantas experiencias desagradables, harto del eslogan he perdido los nervios soltado por un salvaje después de hacer cualquier barbaridad. Cuando le dijeron que aquel muchacho había sido agredido por su padre, él se había imaginado al característico tipo mal encarado custodiado por un par de guardias, esposado, sin afeitar, apestando a vino y el rostro congestionado. Sin

embargo, ¿tenía sentido que el agresor aguardara tranquilamente sentado en la sala de espera? En su opinión, aquel individuo allí no pintaba nada.

—Quizá lo que digo le sonará a un formulismo —dijo a modo de despedida—. Aun así, y hasta donde sea posible, insisto en que traten a ese chico con cuidado.

Viendo que el joven se mantenía en silencio, apretando los labios con un significado enigmático, Dusco decidió intervenir de nuevo y lo hizo anunciándolo con un paso al frente y unos descoordinados movimientos del tronco, como si precalentara para acoplarse a una melé de rugby.

—Al chico le queda otro mal rato por pasar, doctor. De aquí iremos directos a ingresar a su padre en la Fundación Pliffeer —y al decirlo señaló sin disimulo a Carlos, quien alzó por un instante los ojos para contemplar con abatimiento aquella mano, palma abierta, dedos estirados, que bien hubiese pasado por un saludo—. Respecto al chico herido, ¿está en condiciones de responder a unas preguntas?

El médico negó, sin vacilaciones.

—¿Y de acompañarnos?

—Les he explicado que el problema principal, salvo sorpresas, queda en el plano emocional. Ustedes decidirán. Eso sí, mejor no dejarlo solo.

—Me tiene a mí —dijo Horo rompiendo abstracciones.

El médico asintió y consultó su reloj. Boqueaba pendiente de unas palabras que no acababan de materializarse y su cuerpo se inclinaba hacia las puertas basculantes, como si le atrajeran con la fuerza de un imán. Desapareció en tres segundos, la bata ondeando lo mismo que la capa de un héroe consagrado a batallar por la salud. Horo se acercó al banco y se sentó junto a su padre y los tres quedaron en compás de espera, cada cual a su manera. El inspector, manos en los bolsillos, paseando a cierta distancia. Horo agradecía su capacidad para dejar que los acontecimientos discurrieran sin violentarlos. Desde algún lugar indeterminado, a través de cualquiera de las puertas entornadas, llegaban los ecos de una conversación de dos mujeres sobre embarazos y niños. Apoyó los codos en las rodillas, enlazó los dedos y dejó descansar la barbilla en el doble puño que formaban.

—¿Sabes, Carlos?, hoy no volverás a casa.

Carlos alzó las cejas. Se le veía con la irritación que le asaltaba en determinadas ocasiones, una irritación profunda, como si se riñera a sí mismo y tuviera interés en que no pasara desapercibido.

Me estaba ahogando.

Horo le palmeó en la rodilla.

—Lo que sea, olvídalo. Ya pasó.

¿Cómo he podido romper el espejo? ¿qué culpa tiene el espejo?

La voz se le quebró y volvió a refugiarse en el mutismo que había mostrado hasta la llegada al hospital. Sin la galería, sin su sillón, sin el fondo oscuro del callejón, sin la luz de la ventana del vecino adolescente, sin un cielo tan mínimo, estaba aún más desorientado.

También sin el pasillo, sin la foto de la boda, sin la lámpara de araña del comedor y sin su luz blanca. Horo había intentado mantenerse firme desde que se había encontrado a Sena con un trapo atado al brazo y una mano vendada. No tenía otra opción que tomar decisiones, como no la había tenido cinco años atrás cuando Nico se marchó y Carlos empezó a dejar de ser Carlos. Me he lavado las heridas a conciencia, le había saludado Sena, sudoroso, pálido. Lo primero, reaccionar. Llamo un taxi y nos vamos al Hospital. Oye, creo que no me apetece. No cabían objeciones. No importa que te apetezca, derechos al Hospital. ¿Y papá? Pues con él, esté como esté, derechos al Hospital. Después llegaría el momento de preguntar y de reflexionar. No, después no, mientras bajaban por la escalera. Y tras las primeras aclaraciones, desordenadas y al tiempo suficientes, había llegado a una conclusión tan obvia que deseaba equivocarse. Carlos había confundido a Sena con Quino, y quizá con don Leandro hubiera sucedido lo mismo. Para Carlos el mundo se había poblado de Nicos y de Quinos que se mofaban de él como lo habían hecho años atrás los Nico y Quino auténticos, y los fogonazos de odio que sentía por ambos unidos a su vergüenza lo habían convertido primero en un loco y después en un fantasma rencoroso. ¿Romper el espejo?, se preguntaba ahora. ¿Qué espejo? ¿Era Sena el espejo de Quino? Posiblemente, todo resultaba posible y nada seguro. No debemos descartar que tenga momentos de lucidez, les había advertido Doctor. No, Doctor se equivocaba. Carlos estaba loco las veinticuatro horas del día. Se pasó los dedos por el pelo. A saber si también él empezaba a desvariar. Se temió que no, que empezaba a ver claro lo que había estado sucediendo, entretejiéndose con sus vacilaciones, con sus escrúpulos o con su sentido de la fidelidad. Todo discutible.

No, no...

—Olvídalo, Carlos —insistió a la vista del rostro desolado de su padre—. No te amargues.

Déjalo, no molestes al pasado. Para bien o para mal en el fondo nada cambiaría, la huella que permanece o se borra un rastro de lo que fue o significó, y en general no necesita ser estudiada. Recordar u olvidar, si es posible elegir. Es lo que tiene el pasado cuando se toma en serio, en el mejor de los casos tiende a la melancolía, y ese es un buen rincón para esconderse, en el peor mejor borrarlo hasta donde sea posible.

Faltaba la cena de Año Viejo ¿verdad?

Horo siguió comprendiendo y se sintió peor. Le cogió una mano con las suyas, evitando que siguiera temblando. Dusco seguía paseando, lejos de lo que en aquel banco se hablara, en consecuencia nada que descubrir.

Lo que nos engaña es la esperanza o el cariño o la ilusión son nuestra perdición.

—Si el mundo se te llenó de Nicos y de Quinos no es por tu culpa —dijo bajando la voz.

Los ojos de Carlos se humedecieron y el temblor de las manos se acentuó. Horo le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo hacia él.

—Tranquilo, tranquilo —le o se susurró—. Todo irá bien.

Hubo una reacción mínima, apenas un estremecimiento. Carlos dejó caer la cabeza, sobre el pecho. Dusco, que había seguido la escena, trató de armonizar su instinto profesional con

la humanidad que nunca había perdido y se acercó para interesarse en el momento en que apareció Sena. Llevaba vendadas la parte superior del brazo y una mano. Su habitual aspecto sonrosado había desaparecido, incluso sus labios, gruesos y oscuros, se veían pálidos. Sin embargo, sonreía.

—Listos —saludó aún sentado en la silla de ruedas, mirando al auxiliar que le observaba benevolente–. Un accidente sin consecuencias.

—Nos vamos —exclamó Horo, con tal determinación que Dusco, por primera vez, lo miró con recelo.

44

Las franjas de los chalecos de los dos hombres platearon en la penumbra apenas abandonaron la ambulancia. Tras ella se detuvo un automóvil gris oscuro de mediano tamaño. De inmediato se abrió la portezuela y apareció un hombre bajo, corpulento, vestido con descuido a pesar de la chaqueta y la corbata. Una vez fuera echó una ojeada al edificio, se ajustó el cinturón y alzó de un latigazo una mano en dirección a Doctor, quien correspondió con la misma señal aunque con menor brío. Coincidiendo con el intercambio de saludos apareció Horo, los brazos orientados al interior de la ambulancia para tomar de los brazos a Carlos y ayudarle a bajar. A continuación apareció Sena y la comitiva se puso en marcha hacia la Fundación. Doctor se dirigió a los hermanos Gris interesándose por las heridas de Sena y las últimas reacciones de Carlos. A continuación se situó a la altura del inspector y señaló hacia el edificio a modo de presentación. Le debió agradar a este la fachada pues mostró su aprobación acompañándola con un par de preguntas que fueron cumplimentadas al instante. También en este caso estuvo de acuerdo.

—Le agradezco su colaboración, inspector —dijo Doctor una vez ambos reemprendieron la marcha—. Sé que con denuncia o sin ella este hombre no estaría aquí sin su colaboración.

Marcial Dusco mantuvo el semblante neutro, demasiado neutro para no dar la impresión de estar poco conforme con lo que acababa de escuchar.

—Apenas he hecho unos ligeros cambios en el protocolo, cuestión de prioridades —replicó con sencillez—. Si tenemos en cuenta las circunstancias, me he limitado a aplicar el sentido común. El internamiento es una solución apropiada al caso, lo de dejarlos irse a casa tan tranquilos no hubiera sido posible, y retenerlo como presunto agresor, o sin presunto, exagerado antes de realizar las primeras diligencias. Además, dado su estado mental, el juez me ha dado su conformidad al instante, y punto.

Se detuvieron frente a las puertas de cristal.

—Por lo que sabe, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Doctor.

—¿Que qué ha ocurrido? —repitió el inspector poniendo los ojos en blanco y ajustándose el cinturón—. Hay una agresión con arma blanca, y lo de presunto ahora lo dejamos para la galería y lo emplearemos por imperativo legal en su momento. Agresión con arma blanca, casera, sí, lo que no elimina peligros ni supone un atenuante de peso. ¿O es que no cortan esos cuchillos? Si el cuchillo hubiera sido de otro tipo, también es verdad, por ejemplo de carne, o una navaja, hubiera sido peor, pero lo mismo en intencionalidad. Hasta

aquí tan claro como la luz que nos ilumina. —Señaló hacia el radiante vestíbulo—. Ahora bien, si me pregunta por los motivos y las responsabilidades penales, de momento no opino. Eso sí, dado que se trata de uno de sus pacientes, sería conveniente que elaborara un informe respecto hasta qué punto puede haber sido consciente ese hombre de lo que ha hecho. En especial si con anterioridad había presentado síntomas de agresividad, si se le podía considerar peligroso. Y aún más, si había denuncias previas, aunque esto ya lo comprobaremos nosotros.

—En principio la respuesta es no a todo, incluyendo las denuncias. Sus hijos me lo hubiesen comentado. Sin embargo, con este tipo de enfermos las afirmaciones y las negaciones exigen matices. Examinaré al señor Gris, revisaré mis notas y tendrá el informe el lunes.

Entraron y se sumaron al grupo que aguardaba en el vestíbulo. Doctor hizo una señal a la recepcionista, que manipuló lo que desde donde se encontraban ocultaba el tablero y, en respuesta, una de las puertas que quedaban a su espalda se abrió para dejar paso a un hombre de unos cincuenta años, alto y delgado, que se acercó con andares resueltos.

—Evaristo Evra, bienvenidos a la Fundación —se presentó.

Vestía de negro con elegancia y sus movimientos evidenciaban una larga experiencia en aquellas relaciones que exigen desenvoltura y al tiempo una extrema corrección. Pausado y dinámico, cordial y distante, mezclaba estilos con la escrupulosidad de quien ha triunfado en la vida. No lejos una enfermera permanecía, manos a la espalda, atenta al momento en que se reclamara su presencia. Esperaba con gesto amable, se diría que dulce.

—Las últimas formalidades no son urgentes —dijo Doctor señalando una puerta lacada en blanco con una placa en donde se leía Secretaría—. Primero acomodaremos al señor Gris.

—Lo acompañará Doctor y sería conveniente que también lo hiciera un familiar. —intervino el director médico dirigiendo un arqueo de cejas a la enfermera—. Mejor suavizar lo que llamaríamos el primer contacto con su nueva realidad.

La enfermera se acercó con sigilo profesional. Doctor y el director médico le hicieron una indicación a los dos hermanos, cuando gusten, y Horo tomó del codo a su padre. Sena se le acercó.

—Si no te importa, prefiero esperar aquí. Me hago el valiente, pero no me fío de lo que pasaría si voy. Solo falta que me coja la veta sentimental y os monte un número.

Horo se esforzó por sonreír.

—Tú ya has tenido suficiente guerra por hoy, no te preocupes.

Asintió y seguía haciéndolo cuando vio desaparecer al pequeño grupo por las escaleras, luego repasó el vestíbulo y acabó dirigiéndose hacia una zona en la que permanecía sentada una mujer de edad mediana. Exhibía una imagen de pesar que rozaba el desconsuelo. La saludó de una forma tan discreta que necesitó añadir un fugaz buenas tardes para aclarar intenciones, y ocupó la esquina del sofá que quedaba al otro lado de una mesa baja de cristal con varias revistas expuestas en abanico.

—Buenas tardes —respondió ella con una voz entre el ahogo y el gemido—. ¿Traéis al

abuelo?

—Padre —respondió Sena.

—Mucho peor —concluyó ella antes de volver a encerrarse en sus angustias.

Poco elegante, pensó él, o demasiado deprimida para calcular el alcance de lo que decía. Se recostó y cerró los ojos. Me ha pasado lo que me ha pasado porque me ha tomado por mi padre, es decir, porque mi padrastro me ha tomado por mi padre. Intentó darle a lo dicho un tono gracioso. Error. Un chiste desafortunado, sin gracia. Quería quitarle el cuchillo de la mano porque no me gustaba cómo se estaba poniendo ni lo que decía, esa es la verdad, y también lo es que me he cortado yo mismo por hacerlo de cualquier manera. Lo que vino después se explica fácil. Un ataque de pánico. Me ha tomado por su hermano y se ha asustado porque le tiene miedo, siempre le ha tenido miedo. Lo sabemos desde niños. Mi padrastro tiene miedo a mi padre. Volvió a intentar aligerar la situación buscando de nuevo darle al pensamiento un barniz festivo, pero no lo consiguió. El nudo del estómago ocupaba demasiado espacio. O solo quería apartarme, alejarme, sin darse cuenta que tenía el cuchillo en la mano. Tal vez. Vive entre fantasmas y eso debe ser un horror. Se lo he dicho y repetido al médico, y lo repetiré bajo todos los juramentos que quieran a la policía, al juez o a quien me pongan por delante. Él no tiene ninguna responsabilidad con lo que ha pasado porque no sabe lo que hace. Lo explicaré y asunto acabado. Que no nos mareen con sus formalismos.

— Una pena, Dios —oyó decir a la mujer angustiada—. ¿Y qué iba a hacer, Luis?

Sena abrió los ojos y vio que maniobrando incluso sin apenas separar la espalda del respaldo, la mujer se estaba poniendo una rebeca gris de lana fina. Se la abotonó y a continuación se acomodó el bolso sobre las rodillas con esfuerzo, como si tuviera un considerable peso. No daba la impresión de estar a punto de marcharse, sino de intentar mejorar su aspecto. Decidió volver a cerrar los ojos. Necesitaba recobrar el ánimo. Lo primero, aceptar lo sucedido sin dramatismos. Aunque solo fuese por ayudar a Horo. Hay que empezar a buscar un piso, le diré, y si toca en la Zona Zero, pues en la Zona Zero, que como algo transitorio vale. Y compartir piso les abría muchas posibilidades. Igual Ginko les echaba una mano. Él se movía entre gente de dinero y su padre tenía que ver de cerca o de lejos con el mundo de las inmobiliarias. Sin abrir los ojos cruzó los brazos con fuerza y estiró las piernas. Y Olga se ha liado con el Candongo, con el mismísimo Candongo. Desde críos conociéndole por el Candongo porque se lo llamó un profesor que iba de listo, y ahora se lía con ella. El Candongo y Olga retozando entre clase y clase, el Candongo y Olga paseando por el parque agarrados. Pues que paseen. Si ha elegido al Candongo es que yo la tenía idealizada. Pero en aquellos momentos, ¿importaba una historia que nunca existió como la de esa chica? La que sí lo hizo fue la otra, lo de Año Viejo, la que Carlos había revivido entre nieblas hacía unas horas.

Sintió vértigo y quiso dejar la mente en blanco, sin éxito. ¿Olvidar aquella noche? Ella estaba borracha y se burlaba de nosotros. Pidió que me quedara para que papá me viera despacio, bien despacio, y obedecí porque estaba asustado, o nervioso. Horo se levantó de la

mesa y tiró de mí. Vámonos, no vale la pena seguir oyendo tonterías. Lo dijo delante de ella y en voz alta. Era el único de los tres que le plantaba cara. Cuando ella empezó a gritar entre carcajadas lo de ahí va el príncipe valiente, él contestó vete a la mierda, imbécil, también en voz alta. Me sorprendió porque nunca utilizaba ni utiliza esas expresiones. No es su forma de ser. Al llegar al cuarto cerró la puerta y me propuso jugar a las damas. Así era y así es, y al decírselo sintió una añoranza difusa. ¿De veras debía creer a quien había perdido el juicio? ¿A quien no razonaba? ¿Quino y yo dos gotas de agua? Mientras se limpiaba las heridas en el lavabo delante del espejo, se olvidó de Carlos, que se había quedado en la silla del comedor hablando precisamente de eso, de espejos. Al verse reflejado comprendió que podía ser cierto, que tenía muchos números de ser cierto. Y conociendo a la madre, todos. ¿Se lo comentaba a Horo? Mira, en vez de hermanos nos vamos a tener que conformar con ser hermanastros. La escena le hizo sonreír, ahora sí, pero con una desolación que no había sentido en muchos años, quizá nunca. Abrió los ojos para asegurarse de que la mujer angustiada no le prestaba atención, y comprobó que había desaparecido. Tan silenciosa como una nube. Se puso en pie y se dirigió a la puerta corrediza de cristal. Una recepcionista y un guarda jurado uniformado de verde militar conversaban en voz baja. En aquel lugar hasta los sonidos se disfrazaban con incertidumbres. Lo mismo que en el barrio, se dijo, aunque sea de una forma distinta. Al salir al jardín lo encontró desierto. Mejor así.

Mientras Sena intentaba calmarse respirando el aire de la noche, Carlos ya había dejado atrás una mano en su espalda y distinguía los sonidos de varios, muchos, pies con ritmos cambiantes, unos crujiendo y otros taconeando, todos sigilosos. Ante sus ojos se habían abierto espacios opresivos en su amplitud y luminosidad. Demasiado espacio alrededor ahoga, desorienta. Obliga a no levantar la vista, o a hacerlo lo justo para no desviarse del camino, cualquiera que este fuese. Le contrariaba que le empujasen, aunque fuera con suavidad. ¿No estoy andando? Mejor el ascensor, había dicho de pronto una voz desconocida, todas las voces le resultaban desconocidas. ¿Dónde estaban las otras? En el barrio no hay ascensores dijo una voz que le resultó familiar, y vivimos en un cuarto piso. Creo que le pondría nervioso, no sé cómo reaccionaría. Alguien dijo algo. Hablaban sin orden, confundiendo las palabras. Parecía que nadie quería escuchar y no callaban. No, no escuchaban y él no conseguía entenderles. Nunca entendía las voces y las voces nunca le escuchaban. Por eso pensó y no habló.

45

El inspector se ofreció a llevarlos al barrio a pesar de haber recibido una llamada que le había puesto de visible malhumor. ¡Ahora me necesitan en la comisaría de la Zona Zero!, exclamó con brusquedad, enfatizando necesitan. Horo y Sena declinaron la oferta. Gracias, pero necesitamos despejarnos, se justificó Horo. Comprensible, la presión que soportaban aquellos chicos era considerable. Cuando reciban la citación, que no les impresione el lenguaje ni la cantidad de sellos y firmas que lleve, les advirtió, y dirigiéndose a Sena, añadió: Llegado el momento no se líe con maniobras raras porque al final se complicaría la vida. Créame. Los policías seremos lo que quiera, pero tontos, no, aunque solo sea por desconfiados. Luego se rascó la barbilla y concluyó con desánimo: Al menos la mayoría. Si le parece bien, dijo Sena, llevaré mi declaración por escrito para evitar despistes, me refiero a despistes involuntarios. Dusco le observó por tiempos, frunciendo el ceño, resituando a cada cual en el lugar que él consideraba debía mantenerlo. Al fin y al cabo, agregó Sena con una sonrisa a interpretar, soy el único testigo. La mirada del inspector se afiló y Sena se la aguantó. Lo de llevar una declaración por escrito, dijo Dusco finalmente, no le ahorrará preguntas, pero le podría ser de utilidad. Iba a alzar la mano para despedirse cuando Horo se acercó a la ventanilla para preguntarle, de una forma tan directa que le sorprendió, si creía que su padre había empujado al llamado don Leandro por las escaleras. Dudó, lo reconocía, pero se impuso su profesionalidad y respondió que poco importaba lo que él creyera. No hay pruebas. ¿Pero usted qué cree?, insistió esta vez el hermano menor y sin titubeos añadió: nosotros creemos que sí. ¿Creen que sí?, sonrió Dusco mostrando una expresión hasta ese momento desconocida para ellos, casi amable, ¿y se lo dicen a un policía? Nuestro padre no es responsable de sus actos, dijo Horo, haga lo que haga. Dusco cambió la sonrisa por una mueca de conformidad, exagerada. En eso tienen razón, al menos en parte y en principio. Si eso los tranquiliza, bien está. Alzó por fin una mano en señal de despedida, entró en el coche, cerró la portezuela de un brusco tirón y bajó el cristal. El coche arrancó y tras rebasar la puerta de la verja desapareció.

Ellos permanecieron inmóviles, como si un súbito cansancio les impidiera realizar cualquier movimiento.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Horo frotándose el cuello con ambas manos.

—Raro —respondió Sena, y añadió como si no se dirigiera a nadie en especial—: Tengo el estómago tan lleno de vértigo que lo veo capaz de marearse él y dejarme a mí en paz.

Horo le palmeó en el hombro. En lo alto se hacía notar el brillo de un puñado de estrellas, no muchas, que se mantenían agrupadas alrededor de una luna baja. Corría un viento agradable, cálido, lo que aumentaba el letargo del que no mostraban tener prisa en desprenderse. Tiempo de paréntesis, tiempo de vacío, tiempo de sentirse fracasado tras una victoria costosa en exceso, pírrica. Creían encontrarse en un espacio distinto, agotado y agotador, y se dejaban acompañar por él, sin centrarse ni concentrarse, cada cual recapitulando a su manera lo sucedido aquel día, y tal vez muchos de los anteriores, hasta que uno de ellos, no importa cual, dio un paso, el otro le siguió y empezaron a caminar sobre el sendero.

—¿Te molestan las heridas? —se interesó Horo.

—Escuecen. Tengo unas pastillas por si la cosa va peor. ¿Te apetece una?

Horo sonrió. Salieron a la avenida. La circulación, siendo densa, mostraba los buenos modales propios de las gentes del distrito de Trazo. Giraron hacia la izquierda, bordeando la verja de la Fundación. Antes de cambiar de acera se giraron para contemplar la fachada, iluminada en medio de la penumbra como un buque alejado de las luces del puerto. Sena se acercó a la verja.

—¿Cuál es?

Horo apuntó hacia el centro, sin precisar.

—Una de las que quedan encima del vestíbulo.

—¿Tiene buena pinta?

—La tiene, sí.

—¿Cómoda?

—Por ese lado, tranquilo.

Horo empezó a caminar de nuevo y Sena, sin nuevas preguntas, lo siguió.

—Propongo que demos una vuelta por el puerto —dijo—Nos irá bien,

—El médico hablaba de descansar.

—Me ha recomendado tranquilidad, eso me ha dicho. El hombre insistía mucho con lo del estrés, y el estrés con lo que me han dado se lleva de narices, palabra. ¿De veras no quieres una de las que calman? Te veo bajo.

Horo asintió y luego señaló hacia la izquierda.

—Pues al puerto.

¿Y ahora qué?, se preguntaba Sena pugnando por superar el vértigo. Decidió darse tiempo. No mucho, solamente el imprescindible. Y medio escondiéndose entre las decisiones aplazadas intuyó a su alrededor el vuelo de otra pregunta, de otro demonio o de otro ángel, ya no los distinguía, pero en todo caso más complaciente. ¿Realmente importaba que tuvieran un padre diferente? ¿Cambiaría en algo que lo hubiese confundido con Quino o no?

El cielo se aclaraba por momentos, un fenómeno propio de Ciudad del Mar al que casi nadie prestaba atención. Consistía en una especie de anochecer invertido, en un resplandor en medio de la noche, resplandor que se iba apagando lentamente, como si reconociera su

inoportunidad. Un fenómeno atmosférico inquietante y al tiempo hermoso.

La voz de Horo sonó a su lado y oírla lo animó.

—Quizá no sea el momento de referirse al asunto, pero hablé con Ginko de la posibilidad de cambiar de aires.

—¿Por qué no va a ser el momento? Él estará mejor y nosotros... —Calló, le faltó el ánimo para concluir la frase—. Ginko es un tío estupendo, pero ¿qué con lo de mamá?

—Sí, es un tío estupendo y tiene un padre con uno de los mejores bufetes de la ciudad. Le comentó el asunto y su opinión coincide con la del abogado de las Galerías. Nico tiene las de perder. Abandono de hogar, incluyendo dos hijos, uno menor, sumado a un historial poco ejemplarizante, por ejemplo, adulterio y apropiación indebida de bienes, es decir, llevarse el dinero de la cuenta familiar. Eso por un lado. Por el otro, dos hijos cuidando a su padre enfermo, enfermo por culpa de la mujer libertina, de ella. Certificados médicos por delante. En resumen, no le conviene pleitear. Como mucho, si conseguimos vender la casa, habrá que darle una parte para que se calle, y estoy convencido que lo hará. Te lo quería explicar esta noche después de cenar.

—¿Antes de que el guión se nos fuera de las manos?

—Sí, ha sido un inolvidable día para olvidar.

El parque Verde, por la puerta norte, se extiende a lo largo y ancho de una docena de hectáreas, escalonando jardines, estanques y campos de deporte. Grupos de jóvenes jaleaban bajo la luz de los focos disputando balones y compartiendo correrías. Viéndoles, los dos pensaron lo mismo y los dos decidieron que no tocaba hacer ningún comentario. Fueron dejando atrás los senderos que se repartían a derecha e izquierda del que habían tomado, cruzándose con un pequeño enjambre de gentes para las que el día, para bien o para mal, habría sido como tantos otros.

—Oye, por cambiar de tema, ¿no preferirías correr por aquí ahora que tendrás más tiempo?

—En absoluto, demasiada gente, demasiada luz y demasiado ruido.

—Eres un tío muy raro.

Horo sonrió.

—Tengo la sospecha de que a lo mejor tienes razón, solo la sospecha.

Sena se miró la mano vendada y acto seguido se acarició el brazo, la zona en que le habían puesto las grapas.

—En este momento me da la impresión de que soy un desconocido para mí mismo —dijo—. Voy a tener que presentarme.

—Después de cuatro años y la traca final, ¿quién va a estar como si nada hubiera pasado?

—Pena que tengamos que volver al extraño planeta barrio. Temo enfrentarme al piso.

—Sena, si quieres un consejo, deja de obsesionarte con el barrio. Solo son viejos edificios que nadie cuida. Y en cuanto a lo del piso habrá que reorganizarse.

—Vale, pero nos vamos de allí antes que después.

Habían llegado al puerto y se sentaron en una de las gradas. Sena se detuvo y buscó con la mirada a su hermano en busca de apoyo moral, sentimental, intelectual, el que fuera. A simple vista Horo no aparentaba estar ni alegre ni triste, sí con aspecto cansado y mayor de lo que era la noche anterior. Y tras aquel rostro a su manera impertérrito intuyó una profunda amargura. Se equivocara o no, se apresuró a rebuscar en su memoria lo que pudiera ayudar a alejarla. Horo llevaba años haciéndolo con él.

—Oye, nuevo cambio de tema, ¿te acuerdas de un compañero mío al que llamamos el Candongo? —preguntó buscando darle a su voz un tono animoso.

—Es un compañero tuyo de clase.

—Pues Olga se ha liado con él.

—¿Y te lo tenías guardado?

—Yo también esperaba el momento para contarte mis noticias.

—Se acabó tu sueño pelirrojo, una liberación.

—Exacto, otra liberación de las que dejan heridas. ¿Te explico cómo fue?

—Adelante, pero sin dramas,

—Lo dejaremos en tragicomedia. La cosa fue así. Yo, después de darle vueltas y buscando algo de alegría para un chico sentimentalmente tan castigado como yo, voy y le digo: Oye, ¿te apetece que quedemos para estudiar matemáticas? Una vulgaridad, de acuerdo, pero no se me ocurrió otra cosa dado mi aspecto tan poco seductor.

—Deja de castigarte, por lo menos hoy.

—De acuerdo, por hoy. Sigo. Y me contesta que lo siente, pero que sale con él. ¿Con el Candongo?, se me escapa. Bueno, lo reconozco, lo dije con mala intención, estaba resentido. Y se enfada tanto que me suelta que no va a ser conmigo.

Reír de una forma moderada, tomarlo como una anécdota sin importancia, podía ser una buena idea según funcionara, y Horo lo intentó.

— Pues la vamos a meter en la carpeta de olvidados. La verdad es que esa chica da la sensación de andar en tiempos revueltos encantada de haberse conocido por las gracias adquiridas. Nada original, conozco casos peores, y tampoco nada que reprocharle.

Por el silencio que siguió quiso creer que el efecto del consejo quedaba dentro de lo aceptable, puesto que Sena, que tendía a la lucha dialéctica, permaneció en silencio contemplando el puerto como si se encontrara en una playa solitaria con el mar rielando en su honor. Hasta que con el brazo herido señaló hacia el reflejo de la luna ondulándose entre barcas y veleros fragmentado en pequeños trazos blancos.

—Siento tantas cosas dentro, tan fuertes, que viendo esto tan tranquilo, tan bonito, tengo ganas de llorar.

—La vida sigue.

— Pues seguirá, pero yo tengo ganas de llorar y eso me preocupa.

Una pareja se cruzó con ellos. Iban de la mano. Horo y Sena no lo sabían, pero el hombre se llamaba Guillermo y la mujer, Victoria. Él, ingeniero, pasaba por momentos complicados

en la empresa y se temía que no tardarían en darle la mala noticia, el despido. Por fortuna, a ella las cosas le iban mejor. Trabajaba en un bufete de abogados especializado en demandas.

—Problemas económicos no pasaremos —le decía Victoria a su marido mientras paseaban, la vista puesta en las luces de los bares y restaurantes a aquellas horas abarrotados.

—Lo sé —respondió él—, aunque ya me conoces.

—Si pasa algo, con tu experiencia encontrarás otro empleo en poco tiempo.

Hubo un asentimiento triste, resignado, desconfiado, de hombre bueno. ¿Con cincuenta y pico años? Decidieron sentarse en las gradas, frente al mar. Lo hicieron lo suficientemente lejos de dos chicos que conversaban en voz baja. Al verlos ambos recordaron a sus hijos, se llamaban Esteban y Manuel.

Para quien visite Ciudad del Mar, la avenida de los Muelles resulta visita obligada. Dos kilómetros y medio de tamarindos bordeando un paseo pavimentado con baldosas hexagonales. En cada una de ellas está grabado el nombre de quien la costeó. Fue la iniciativa de un arquitecto municipal viajado y emprendedor y alcanzó un éxito de participación sin precedentes. Nada menos que poner el nombre o los nombres en uno de los lugares emblemáticos de la ciudad. Los hay masculinos, femeninos, apellidos de familias, de enamorados que fueron y que no se sabe si son, y en recuerdo de quien nunca podrá leer el suyo. También títulos de obras conocidas o desconocidas, y símbolos y dibujos de artistas muy, poco o nada populares. En consecuencia, si alguien tiene la intención de distraerse leyendo lo que poco le explicará, debe limitarse a prestar atención y rastrear un terreno sobre el que él, entre otros cientos de miles de personas, dejará sus pisadas.

46

El inspector de primera clase Marcial Dusco, categoría alcanzada no por estudios, sino por antigüedad, no por brillantez, sino por eficiencia, había cruzado la frontera de los cincuenta y ocho años y avanzaba, según él irremediablemente, hacia los sesenta. Cincuenta y muchos, pues, y mal llevados. Al menos eso le decían su mujer y sus dos hijos, la primera siempre con buenas intenciones y hasta con ternura, los segundos con afanes críticos y tonos de reproche. Les daba él la razón a una y otros y hasta ahí llegaba el espíritu de enmienda. Con exceso de peso, fumador, bebedor anárquico, enemigo de dietas, médicos y medicamentos, caminaba, también según él, hacia su destrucción con paso alegre y decidido. Lo de la alegría resultaba discutible, pues nunca había destacado en tal sentido, antes bien tendía a lo taciturno, incluso a lo huraño. Con todo, Marcial Dusco poseía cualidades, y no pocas. Entre ellas destacaba una profesionalidad que aumentaba en valoración al reconocer sin tapujos su falta de vocación policial. Un contrasentido que contenía una verdad, su verdad. Tiene mérito, argumentaba si había confianza, ¿o no? No disfruto con lo que hago, pero cumplo a conciencia. Y, sin opinar sobre lo primero, lo del gusto, le daban la razón en lo segundo, lo del cumplimiento. Había ingresado en el Cuerpo de Policía hacía treinta y dos años porque necesitaba un trabajo después de ser despedido de una fábrica de motores para motocicletas, y fue destinado a las oficinas, es decir, sus tareas consistían en mecanografiar, archivar, responder al teléfono, atender burocracias varias y demás. Y así continuó hasta que, unos quince años después, se detectaron en Ciudad del Mar unos grupúsculos cuyas actividades recordaron, gracias a los medios de comunicación que se empeñaron en darle ruido, al ronroneo previo a la sublevación de los jornaleros, la nunca olvidada algarada que formaba parte de la historia de la ciudad. En prevención de altercados se decidió poner todos los uniformes disponibles en la calle en una operación bautizada, en un exceso poético evidente, *Aguafuerte luminario*. Al final el asunto quedó en puro alarmismo, en burdas estrategias de los diarios para aumentar las ventas. El runrún pasó sin pena ni gloria y las presunciones de peligro se apagaron tras la detención de un puñado de jóvenes más cargantes que agresivos. No obstante, y al margen de lo ocurrido, Marcial Dusco, asimismo movilizado, encontró lo de patrullar menos tedioso que estar sentado en una oficina todo el día. La consecuencia fue solicitar el cambio, lo que se le concedió meses después tras el concurso de traslados.

En su nuevo papel sobresalió una vez más en el cumplimiento de las instrucciones y en evitarse y evitar, a sus compañeros y a dichos superiores, problemas. Cumplía a rajatabla, ni

un centímetro arriba ni uno abajo, y esa relativa falta de iniciativa fue valorada como un ejemplo de constancia, una muestra de profesionalidad intachable y de disciplina ejemplar. Empezó a ascender según las leyes vigentes hasta que un día, estabilizado en el escalafón de suboficial, supo que se convocaría un curso de inspector de segunda, un tentador destino para quienes no habían pasado por la Academia de Policía. Ya en sus cuarenta largos, hizo el curso y, una vez superado este y sumados a los resultados de las pruebas los méritos o la falta de deméritos de su historial, accedió al máximo nivel al que podía aspirar dados sus estudios. Lo destinaron a una de las tres comisarías de la Zona Zero, la del norte, un auténtico banco de pruebas dadas las características del barrio. Clase social baja o menos que baja con altos índices de marginación, aunque tampoco se trataba de exagerar los riesgos, decía, y el uniforme frena muchos impulsos malintencionados. Población de pocos posibles, sí, pero lejos de los focos de delincuencia ni organizada ni desorganizada de otras partes del país. De violencia, la justa. Borracheras, bofetadas, puñetazos, coches rayados, motos rajadas, paredes pintarrajeadas y no precisamente por artistas, algún contenedor ardiendo si había celebraciones, pisos sobrepoblados, hurtos diversos, atentados a la higiene pública, infracciones morales, trapicheos con drogas, prostitución de baja estofa, etcétera. Lo previsible. Son cuatro sinvergüenzas que mejor o peor vestidos te los encuentras en cualquier parte, incluso en Trazo, y sobre todo en la zona comercial.

Pocos años después y viendo que a pesar de su voluntad y profesionalidad por quitarle hierro al asunto, los problemas de la Zona Zero empezaban a pesarle, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para solicitar el traslado, en su caso al sector que integraban Barrio Antiguo, donde la antigua comisaría llevaba dos décadas clausurada, y la franja de la avenida del Puerto Viejo, nueva, luminosa, plagada de bares y restaurantes y con una población de clase acomodada. Otra vez la falta de manchas en su historial, ni manchas ni brillos, le abrieron las puertas al destino deseado y él empezó a entrever el sendero hacia la jubilación, prevista a los sesenta y dos años, sombreado y cuesta abajo. Continuó, pues, ejerciendo su profesión con relativa calma hasta que llegó la sorpresa.

Una mañana de principios del otoño recibió una llamada con carácter urgente desde la sede de Gobernación. Acudió esa misma tarde, y allí fue informado, no por el gobernador ni por el subgobernador, sino por un técnico de mirada estrábica del Departamento de Administración y Personal, que dada la falta de aspirantes para cubrir determinadas vacantes, y con carácter excepcional e interino, había sido nombrado inspector de primera del sector Puerto Viejo/Barrio Antiguo. Dusco sabía que alcanzar tal nivel en el escalafón correspondía únicamente a quienes se habían titulado en la Academia de Policía. La noticia fue festejada en familia con la misma mesura, en el fondo sentido común, con que él se había tomado cada ascenso en su carrera. En realidad, bien lo sabía, no le cambiaría demasiado la vida puesto que seguiría ocupando el mismo despacho y tendría idénticas responsabilidades, aunque, para qué negarlo, comportaba una mejora en el complemento, mejora que se mantendría tras la jubilación. Y se disponía a retomar el sendero que tan plácido preveía, cuando se encontró en

poco tiempo con dos problemas, y en donde menos se lo esperaba, en el olvidado Barrio Antiguo.

Tras un incidente, grave, pero poco vistoso, en el que perdió la vida un anciano tras caer sin duda involuntariamente en un lugar llamado la Cuesta del Monaguillo, llegó el primer asesinato según los cánones, y lo hizo con fórmulas de thriller. Se trataba del hijo de un abogado cabeza de cartel del Partido Moderado en las últimas elecciones y vigente congresista. Al parecer, el joven, harto de ser el delfín de una saga que abarcaba desde notarios hasta jueces, optó por el giro a lo antisistema. Rompió con la familia, se peinó y vistió según los cánones al uso, cogió la mochila más destrozada de su colección y decidió que el dinero no dejaba de ser prescindible, sino repulsivo, y que las comodidades de las que había disfrutado no pasaban de vergonzantes. Con cuatro o cinco ideas similares asumidas con el fervor del novicio se lanzó a recorrer lo que, según quienes le trataron por aquellos días, llamaba el retorcido mundo. Cuando se cansó de recorrer parte de ese retorcido mundo, o mejor, cuando, tras pasar varios meses en un calabozo en un pequeño país del sudeste, lo deportaron por atentados a la moral, regresó a Ciudad del Mar con un informe de la policía grapado en el pasaporte. Llevarlo en el pasaporte me honra, aseguraba. Robar y emborracharse en según que culturas no está bien considerado, ni agredir a quien te lo recrimina y escupir a quien te detiene, tampoco. Tras el aterrizaje en Ciudad del Mar tuvo lugar un rocambolesco acercamiento a la casa familiar. Reproches al pasado, presente y futuro y desprecios en las cuatro direcciones que concluyeron en una difusa petición de ayuda económica. Se aceptó la petición, y es que la esperanza es un estado de ánimo tenaz, y la prevención, sobre todo al qué dirán los que lo vean con esa pinta y sepan que es nuestro hijo, dispone de armas cargadas. Lamentablemente, la forma y condiciones con que se aceptaron sus demandas, el tono empleado y la petición de alejamiento del hogar familiar que siguieron, debió suponerle una ofensa ya que, tras nuevos cruces de acusaciones y hasta de insultos, amenazó con negarse a aceptar cualquier nuevo favor que le llegase de ellos. ¡Una y no más, carcamales!, aseguraba el conserje que vociferaba atravesando el vestíbulo. Pura descarga de adrenalina, había concluido Marcial Dusco tras leerlo. ¿Y por qué se había ido a Barrio Antiguo?, se preguntaba. No tenía ni idea.

Sobre sus peripecias a lo largo del tiempo en que por allí anduvo, los vecinos habían sido parcos en explicaciones, extraña y sospechosamente parcos, y poco se sabía. Sí, amenazaba de tanto en tanto, reconocían sin concretar. Sí, hurtaba de tanto en tanto, y al principio pedía con mejores o peores modos, eso también es verdad. Sí, al final entraba en las tiendas, cogía lo que le apetecía, soltaba una grosería y se marchaba. Sí, molestaba a la gente, en especial a las mujeres y a los viejos. En suma, el proyecto de burgués de clase alta reciclado en antisistema y por fin trasformado en agresivo sin techo, se acabó instalando en el patio de un palacio. Allí se lo encontró quien llamaban el marquesito, presunto nieto del antiguo marqués, al acudir a su estudio para ensayar con su grupo musical. Y le correspondía a él, Marcial Dusco, encontrar al autor del crimen. La investigación, aún sin cerrar, venía siendo muy incómoda debido a las

presiones de la familia y a la nula colaboración de la gente de Barrio Antiguo. Por fin, una tarde, harto de rondar por unas calles que agobiaban por lo estrechas, entró en una bodega extraída de una película clásica en amarillo y negro, o de un dramón costumbrista. Allí el dueño del local le habló de quien llamaba la amante del zapatero. Quizá ella supiera algo. Y el asunto se lio más. Una vez localizada, la mujer se declaró culpable esgrimiendo una serie de memeces que la llevaron de cabeza a un manicomio. Mientras, siendo sincero consigo mismo, se preguntaba si resolvería el caso, y como respuesta, recordaba con alivio la proximidad de la jubilación.

Con lo de aquel chico en carne viva, él hubiera preferido congelarlo o dejar que se consumiera, le llegó el segundo caso, y en el mismo lugar, en Barrio Antiguo. Un abogado de la vieja nobleza, comprobado, travestido a alcohólico pordiosero, asimismo comprobado, aparentemente se cae por las escaleras y se rompe la cabeza contra el rellano. Un fastidio, sí, pero dar la espalda a la realidad no entraba ni en su nómina ni en su carácter, en consecuencia tocaba analizar lo ocurrido con cuidado, intercambiar opiniones con los colegas y estudiar el informe del forense. ¿Había sido empujado aquel desgraciado aprovechando su indefensión? Él hubiese querido pensar que no para quitarse el caso de encima, pero los informes apuntaban a lo contrario. O casi. Hasta ahí, incluido el salvador casi porque tampoco disponía de pruebas para tener garantías en un sentido o en el otro. ¿Inconvenientes? Si la balanza se inclinaba hacia el sí, lo que venía ocurriendo durante los últimos días, el problema sería el mismo que con el hijo del abogado, ¿quién y por qué? No, peor, porque con el joven se intuían los motivos, a saber, robaba, insultaba, incordiaba, agredía, se drogaba, etcétera, y con el viejo, no.

De remate, sin ser grave, ahora se sumaba lo de aquel hombre, este sí loco diagnosticado, agrediendo a su hijo con un cuchillo. Y encima a pocos metros de donde encontraron al abogado. He ahí el problema, la proximidad. Por ello pensó que debía comprobar qué tipo de relación había entre el antiguo abogado muerto y el loco al margen de ser vecinos. ¿Una relación amistosa u hostil? Aquella misma tarde, mientras conducía hacia el hospital, empezó a creer que había encontrado al sospechoso número uno del presunto asesinato, ¿por qué llamarlo presunto si todos estaban de acuerdo en que de eso se trataba? Si el loco era capaz de atacar a su hijo con un cuchillo, ¿no lo sería para empujar a un anciano indefenso con más alcohol que sangre? ¿Mala vecindad? ¿Es eso un motivo suficiente para matar? A saber. En el caso de un demente, tal vez. Su hijo, el día en que lo interrogó a pie de escalera, daba la impresión de que la relación con su vecino resultaba mejor que correcta. Lo ayudaban, lo apreciaban. Con los motivos a medio intuir se encontró en la sala de espera del hospital con el presunto criminal y entonces en parte se fundieron las especulaciones. Aquel hombre apenas se mantenía en pie y se mostraba incapaz de ligar dos ideas. Un barullo, una broma de mal gusto. Marcial, no te engañes y acepta el fin de tu vida profesional dejando atrás un montón de casos sin aclarar. Entretanto cumple el expediente.

En todo ello había pensado de camino a un despacho de la comisaría de la Zona Zero, en

el que le recibió su colega sentado con una mano apoyada sobre una carpeta de plástico transparente. En el cenicero las colillas se retorcían a la espera de la nueva compañera que ya asomaba el filtro en un paquete con la leyenda *El tabaco mata*. Tras los cristales del despacho, en un lateral de la sala central de la comisaria, una mujer de mediana edad mantenía con terquedad sus argumentos y sus acusaciones. Hablaba o gritaba señalando con obstinación hacia su izquierda, el pulgar de punzón, a saber el motivo, pues a la izquierda no había más que carteles de delincuentes en busca y captura. Al otro lado de la mesa, un subinspector reservado y anguloso llamado Daniel manejaba su larga experiencia en distinguir el blanco del negro e intentaba contenerla. En un segundo plano el sargento de guardia, un veterano curtido en explosiones de impotencia, asentía entre tolerante y harto y tomaba nota en un ejercicio estéril, de cara a la galería, pues la declaración se estaba grabando.

La Zona Zero no es mi responsabilidad, había protestado Marcial Dusco, todavía en la Fundación, cuando conectó la radio del coche y le avisaron que le reclamaban. Fue un acto reflejo. He acabado un servicio, estoy cansado y lo que pase allí que lo arregle quien tenga la responsabilidad, y ese no soy yo. Me temo que no es tan fácil, le había respondido el inspector de la Zona Zero, Bus, un apodo que se debía a su considerable corpulencia, porque el asunto nos toca a los dos. Dusco sabía que Bus era un buen policía y un hombre serio, es decir, tocaba ir y eso hizo. Una vez en el despacho lo pusieron al corriente con una capacidad de síntesis encomiable. Vaya, hombre, pues a ver qué hacemos, alcanzó a decir él. Luego se sentó con un bufido. Un lío. Mientras tanto la mujer, con un corte de pelo de revista barata y ataviada con ese estilo que trata de exprimir posibles y acaba evidenciando los pocos fondos de armario, se había concedido un descanso en cuanto a gritos y aspavientos. Observándola, Dusco se resistía a aceptar una nueva complicación en su vida, luego volvió a bufar y al fin asintió mascullando una frase que acababa en mierda, e hizo una señal al sargento indicándole que la trajera.

De la señal se apropió ella con avidez, y antes de que le transmitieran la petición se levantó y caminó decidida hacia el despacho. Entró y también antes de que la invitaran a sentarse, se sentó. Conozco mis derechos y los denunciaré por negación de auxilio a la víctima, fue lo que dejó que se entendiera. Hasta aquí y se acabó. Dusco, con una agresividad en él inusual, le ordenó que se callara y, alcanzado el objetivo, añadió un desganado por favor. Hable cuando se le pregunte, amenazó sin la menor delicadeza. ¿A quién vas a denunciar, mema?, pensó. Aquella mujer no le caía bien, mejor dicho, le caía mal, muy mal. Y aún le cayó peor al saber de quién se trataba. Así que estaba ante la madre de los chicos de los que acababa de despedirse. Tomó aire. Tras un intervalo, que Bus aprovechó para acercarse a la ventana y ver qué sucedía en la calle, lo que equivalía a ponerse de espaldas al caso y cederle terreno y responsabilidad a su colega, Dusco echó una rápida ojeada al texto que el sargento le había dejado sobre la mesa, y de inmediato empezó con las preguntas. Al interrogarla sobre la causa de la presunta agresión, ella se resistió a responder y se mantuvo en silencio mirando suplicante hacia las anchas espaldas de Bus. Su actitud molestó a Dusco. En su opinión, ¿qué

ha llevado a un hombre débil y enfermo física y mentalmente a agredir a su hermano?, insistió. ¿Tiene alguna idea? ¿Un hombre débil y enfermo?, gimió la mujer antes de cerrar los ojos taparse la boca, escandalizada. Dusco no estaba de humor y todavía menos sabiendo que por lo que Doctor le había revelado, poco pues los límites del secreto profesional mandaban, menuda pájara. De acuerdo, señora, claudicó al impulso de ordenar que se la quitaran de delante, ¿y si hablamos de lo sucedido y empezamos a aclarar las cosas?

Diez minutos después el sargento se llevaba a la denunciante a la enfermería presa de un ataque de ansiedad que le impedía seguir declarando. Me ahogo, me ahogo, balbuceaba, no puedo respirar, podía haber matado a mi pareja. Se quedaron en el despacho los dos inspectores y el subinspector Daniel tratando de llegar a las primeras conclusiones. Dusco, consciente de que el problema, técnicamente llamado caso, se instalaría de pleno derecho en su despacho del paseo del Puerto Viejo por culpa de los vínculos con lo del chico llamado Sena y la muerte del anciano en la escalera, se sintió vencido por el abatimiento. Maldito Barrio Antiguo, ¿no podía haber esperado un par de años para abrir las cloacas y dejar que vomitara la porquería acumulada? De nuevo, cada vez con mayores esfuerzos, se obligó a apelar a su profesionalidad. Comprendió que Bus y Daniel esperaban que dijera algo.

—¿Y su testimonio es creíble? —le preguntó a Bus—. No me cuadra con lo que he vivido esta tarde. Ese hombre es un vegetal, apenas camina con normalidad y no articula tres palabras seguidas con sentido.

Bus asintió con resignada firmeza.

—Al hombre yo no le conozco, pero dudas de que pasó algo, pocas. Hay un informe médico. Otra cuestión son los adornos que añada y los trapos que oculte. Quiero decir que el motivo por el que tardó días en presentar la denuncia no queda claro.

—Algo buscará.

—Dice que habló un par de veces con uno de sus hijos.

—¿Con cuál?

—Con el mayor. Se llama —consultó la libreta que llevaba en la mano— Horo Gris.

—¿Y?

—No le hizo caso. Según ella, nunca la ha aceptado como madre, la odia.

—Y aparte de ser un hijo ingrato, ¿qué le dijo?

—Nada, se burló.

—Yo tampoco le hubiera hecho caso y, puestos en faena, también me habría burlado.

El subinspector Daniel se acercó a la mesa, pidió permiso con un gesto y empezó a leer con modos de aplicado conferenciante.

—Según la declaración de la denunciante, su compañero, Joaquín Gris, fue a visitar a su hermano para resolver unos asuntos familiares. Viendo que no le abría, y en conocimiento de que sí se encontraba en la vivienda, empleó la llave de su compañera y ex del llamado Carlos Gris. —Tomó uno de los sobres de plástico y leyó—: *Tenía todo el derecho porque la mitad de ese piso es mío*, textual. *Apenas tuvo tiempo de saludarlo porque, apenas verlo, el llamado Carlos*

Gris corrió a la cocina y volvió con un cuchillo de enormes dimensiones. A continuación manifiesta que el llamado Joaquín Gris, conocido como Quino, intentó tranquilizarlo, y viendo que su vida peligraba, trató de huir. *Le recordó que eran hermanos*, textual, *pero él estaba como loco*, textual. *C*onsiguió escapar, pero no sin llevarse dos cortes, uno de ellos algo profundo. Ha traído el parte del hospital. *Al principio no quisimos denunciar por mis hijos, pero después de discutir con el mayor y viendo su actitud de desprecio, decidimos hacerlo*, textual.

—¿Y cómo se encuentra ahora el tal Joaquín?

—Con algún punto y sin problemas, aunque según ella tan traumatizado que necesitará tratamiento.

—¿Algo más?

—Bueno, según ella, antes de separarse *le tenía mucho miedo*, textual. *No saben cómo es ese hombre*, textual. *Yo le temía desde antes de casarnos*, textual. *Ha estado loco desde que nació*, textual. *Por eso tuve que salir de una casa,* textual, y vuelta a lo de que la mitad del piso es mía.

—De violencia de género y malos tratos, cero —intervino Bus—. Que no nos maree. Por lo que sabemos ese hombre era de lo más pacífico y caballeroso del barrio, al menos antes de perder el juicio.

—Sí —dijo Dusco—, creo que más bien pasaba al revés. Los malos tratos se los tragaba él.

—De eso también sabemos algo. En fin, una vez localizado el domicilio del agresor...

—¿Cómo?

—Fácil, nos lo ha dado ella, y a gritos. Vamos, que por zona te tocaba, y te hemos llamado —prosiguió Bus—. Y fíjate por dónde, tu ayudante nos ha informado que estabas fuera ocupándote del caso de un tal Carlos Gris. Qué casualidad, ¿no?

—Pues sí, una gran casualidad —admitió Dusco, apesadumbrado.

—Para estar débil a ese hombre le cunde, la que ha montado.

—Ni te lo imaginas.

—Desde entonces hemos estado intentado localizarte.

Dusco levantó una mano, aceptando culpas o rechazando pedir disculpas.

—He estado primero en el Hospital, en urgencias, y luego en la Pliffeer. Es lo de desconecten sus móviles, por favor. En estos sitios hay que mimar el silencio. Y la radio del coche se me olvidó encenderla. Bien, no se me olvidó. La apagué para estar tranquilo un rato.

—Comprendo. Hasta hemos enviado una patrulla a Barrio Antiguo para ver si localizábamos a ese individuo. Me he aprendido de memoria la dirección. Santo Palio, setenta y nueve. Ni te cuento la de veces que nos la ha soltado. Está obsesionada con que metamos a su marido en la cárcel de por vida.

—Pues con eso se quedará contenta en parte porque, se mire como se mire, ese hombre estará encerrado hasta Dios sabe cuándo. —Volvió a pensar en el abogado estrellado en el descansillo, y sintió el impulso de hacer algún comentario sobre hipotéticos vínculos entre ambos casos. Pero no se decidía.—. Y os habéis encontrado con que se lo habían llevado sus hijos al hospital, ¿no?

—Eso lo hemos sabido después, al poner en marcha el protocolo de localización. En tu comisaría nos informaron sobre dónde estabas, con quién y por qué. Al principio nos limitamos a comprobar que no había nadie en el piso, o que no querían abrir. Llamamos en todas la puertas de la escalera por si sabían algo.

—Y ni un alma, ¿verdad? —sonrió Dusco.

—Exacto, ni un alma.

El subinspector Daniel cogió el informe y empezó a hojearlo.

—¿Crees que cuando acaben con ella en la enfermería, los hijos querrán venir a buscarla? —preguntó—. Ella asegura que es su obligación.

—Pues que espere sentada y al fresco —respondió Dusco—, y mientras tanto que se busque a alguien con ganas de hacerlo. Me consta que sus hijos no le tienen demasiado cariño y con lo que han pasado y lo que les queda no andan para gentilezas. Si no encuentra a nadie, los de Asistencia Social darán ideas. Que trabajen de vez en cuando. —Miró a Bus—. A esos muchachos se lo explicaré yo si no te importa, son buena gente. Lo haré mañana. Por hoy ya vale, no son de goma y, al fin, a ellos poco les afecta. Al menos directamente.

—Ese Carlos Gris está en...—Bus consultó la libreta.

—...la Fundación para el Tratamiento de Disfunciones Mentales Doctor Zeus Pliffeer. Fíjate, me sé el nombre entero.

Dusco hinchó el voluminoso abdomen y luego expulsó el aire lentamente, casi soplando. ¿Y ahora qué? ¿Tocaba situar a aquel hombre en el centro de la diana del caso del abogado, y hasta del chico de buena familia? ¿Le apetecía tirar del hilo? ¿Y serviría de algo al margen del papeleo? ¿Necesitaba resolver un caso como aquel y ponerse una medalla que no le apetecía?

—He estado hablando con Doctor y lo de la locura queda fuera de duda —dijo—. En que haya acabado siendo peligroso o no, no me meto. Si lo trasladan a un lugar menos accesible, lo sentiré por los hijos. Han trabajado duro para que su padre estuviera bien atendido.

—Eso ya no depende de nosotros.

—Lo sé.

— La verdad es que —ironizó Bus— este caso suena a culebrón.

—La vida es un culebrón —dijo Dusco encogiéndose de hombros—, mal escrito y con unos actores pésimos.

Tras tantos años buscando la separación entre lo lógico y lo estúpido, entre lo noble y lo despreciable, entre lo obligado y lo opcional, ahora, cerca de la jubilación, el inspector Marcial Dusco sintió un desapego por su trabajo mayor del habitual. ¿Y si aquel hombre no estaba tan loco como aparentaba? ¿Y si tenía algo que ver con el crimen del palacio del marqués? Fuese como fuese, responsable o no de sus actos, viviría encerrado el resto de sus días. Visto así, ¿valía la pena insistir en el caso? ¿Por qué necesitaba hacerlo? ¿Por la justicia? ¿Qué justicia? ¿Por combatir el mal? ¿Qué mal? ¿Por no dejar casos pendientes a sus espaldas y algún borrón en su historial? ¿Qué historial? Historieta. Eso, se dijo, dolido, a estas alturas no debería tener

para mí la menor importancia. Al advertir el gesto de contrariedad de su superior, el subinspector Daniel le lanzó un guiño. Estoy contigo, compañero. También él se notaba agotado, aunque fuese por motivos bien diferentes.

47

Desde lo alto de las farolas aniñados ángeles sostenían esferas de luz repartiendo lunas por el jardín de la Fundación Pliffeer. La noche había llegado limpia, clara, y el aire mostraba su talante más transparente. Tiempo de darse un respiro. El vestíbulo resplandecía. En el resto del edificio, oscuridad. Respetuoso con el escenario, el rumor de la ciudad se alejaba. En lo alto del centro comercial de la avenida, en una monumental pantalla, brillaba el rostro de una modelo, los ojos fantasiosamente maquillados reproduciendo una gran mariposa azul. La imagen, tan atractiva, invitaba a levantar la vista.

Las dos figuras que permanecían junto a la puerta, en el exterior, medio ocultos los rostros por el resplandor de un vestíbulo al que daban la espalda, correspondían a las de un guardia de seguridad y una enfermera. Fumaban y hablaban, hablaban y fumaban. El humo marcaba las sílabas flotando desde ambas bocas. A una decena de metros, ya en el interior del edificio, otras dos figuras, esta vez dos mujeres, parecían acompañarse con el empeño de cumplir el propósito conocido por matar el tiempo. Cada una de ellas tenía su motivo para encontrarse allí. La de la izquierda, laboral, puesto que trabajaba de recepcionista de noche, y la de la derecha, anímico, ya que había recibido el alta hacía unas horas y se resistía a abandonar el centro. Me cuesta volver, ¿para qué si mi marido y mis hijos viven mejor sin mí? No diga eso, mujer, se hace daño. ¿Y qué quiere que piense? Seguro que no es así. Sonrisa de tristeza. La recepcionista, una chica solidaria, la había invitado a ocupar la silla que tenía libre a su izquierda. ¿Quiere que hablemos?, le propuso, por ayudar. Todavía con el alta en la mano, la mujer se mostró agradecida. Si no le importa, me quedaré unos minutos para coger fuerzas. ¿No han venido a buscarla? La respuesta se quedó prendida en otra amarga sonrisa. ¿Quiere que los avise? ¿Le llamo un taxi? De nuevo la amarga sonrisa ¿Temía esta mujer marchar de donde se sentía protegida, o no deseaba volver junto a quienes la consideraban, sí, estaba segura, una penitencia? No se sabe, no lo sabremos. Tampoco de qué hablaban el guardia de seguridad y la enfermera. ¿De temas laborales, de los horarios o del sueldo? ¿De sus parejas a la búsqueda de una grieta por la que olvidarlas temporalmente? Y es que la noche se hace larga y en ocasiones revela inclinaciones que son difíciles de distinguir a la luz del día. No es necesario saberlo. Ni el motivo del súbito ruido de platos que llegó desde el fondo del pasillo, o el de las toses que interrumpían el silencio sin alterarlo.

Ajeno a la noche, a la ciudad, a las conversaciones, a los sonidos dispersos y también al rostro de la modelo y su mariposa azul, Carlos Gris permanecía sentado junto a la ventana. La

espalda tensa, recelosa de aquel respaldo que nada tenía que ver con el de su sillón en la galería del barrio. Hacía tiempo, no demasiado, un joven vestido de verde le había dado dos pastillas. Era el mismo que una hora antes le invitaba a que acabara una mezcla de vegetales y carne. Apenas ha comido, le había reñido se diría que incluso con afecto. Hoy se lo permito, pero hay que alimentarse para estar fuerte, ¿de acuerdo?

En la solapa del pijama de Carlos Gris quien trabajase años atrás en una ferretería, vecino de Barrio Antiguo, sesenta y seis años, separado de hecho, dos hijos, aficionado a las enciclopedias, los suplementos de los diarios y los libros sobre Ciudad del Mar, lucía el anagrama de la Fundación Pliffeer, un árbol de frondosa copa. El mismo que asomaba sobre el embozo de la sábana, y también el que mostraba el vaso de plástico que permanecía sobre la mesilla. Cuando el joven salió de la habitación dejándole acostado, se levantó de la cama, acercó la silla a la ventana y se sentó dispuesto a aguardar y a seguir aguardando. Si al hacerlo añoraba su sillón, las luces del vecino, las del comedor, las voces familiares, la puerta al final del pasillo o lo que sucediera tras ella, imposible deducirlo. Eso sí, el paisaje, porque a pesar de no reflejar su rostro ilusión o felicidad, ni siquiera complacencia ante ello, las vistas mejoraban notablemente. Nada que ver con la angosta franja de cielo de cada día y de cada noche. Nada.

Carlos Gris, con su pijama azul, se inclinó hacia la ventana. Apoyaba las manos en el alféizar más allá de la reja. Las mantenía unidas por las palmas, aparentando entregarse a una oración que se encontraba lejos de articular. La vista fija en el sendero que se curvaba hasta penetrar en el rectángulo blanquecino que se estiraba bajo su ventana. Cuando aparecieron unos faros iluminando las zonas oscuras el jardín, lleno de curiosidad inclinó la cabeza hasta topar con la reja, con lo que siendo falso la postura de un devoto en oración adquirió mayor verosimilitud. A medida que la luz se acercaba la curiosidad fue transformándose en una máscara de temor o de tristeza, tan cercanos parientes. Respiró una, dos, tres veces. Abanicos azules se desplegaban revoloteando sobre el coche, extendiendo sus reflejos como alas transparentes, y continuaron haciéndolo hasta ocupar parte del rectángulo luminoso, frente a la entrada. A partir de ese instante escalaron la fachada para asomarse, no se sabe si impertinentes o curiosos, a todas y cada una de las ventanas. En algunas penetraron sin dificultad, en otras las cortinas les cerraron el paso.

Del coche descendió un policía que, tras remeterse la camisa y ajustar cuantos accesorios colgaban del cinturón, penetró en el edificio. Caminaba sin premuras, casi indolente. Antes de que desapareciera bajo el alféizar, Carlos Gris se puso de pie y apretó la frente contra la reja tratando de seguirle con la vista. No había alegría alguna en ello, pero sonrió como no lo había hecho en años y su rostro se contrajo en un sinfín de arrugas que nada razonable transmitían porque nada significaban. Acaso por ello el reflejo de los abanicos azules acabó concentrándose en sus labios. Al fin y al cabo, azul, roja o blanca, ¿a quién le importaba aquella sonrisa? Al llegarle el sonido de unos pasos tras la puerta, se levantó con dificultad, le costaba moverse, giró la silla y se sentó de nuevo, enderezándose cuanto pudo, las manos juntas, apretadas entre los muslos. Confiaba en que se abriese la puerta. Los pasos se apagaron

cuando más cerca estaban y sonaban con mayor claridad.

¿Horo?

Una pregunta sin intención de serlo que no obtuvo respuesta. A su espalda, golpeando insistentes contra los cristales, dos polillas revoloteaban cegadas por la luz azulada, con el rumbo olvidado. Los reflejos del coche patrulla iluminaban unas alas que no cesaban de vibrar en lo que se tomaría como su impotencia. Persistieron en su esfuerzo por entrar en la habitación. Por unos instantes aparentaron lo que nunca llegarían a ser y se transformaron en dos mariposas azules. Y siguieron siéndolo hasta que el policía que aguardaba el retorno de su compañero apagó las luces. Entonces, agotadas por tanto esfuerzo inútil, asustadas por el espejismo vivido, recuperaron su apariencia real y ya con ella volaron hacia los globos del jardín, o se perdieron en la noche. Carlos Gris había ignorado aquel repiqueteo contra los cristales, e hizo lo mismo con el silencio que le sucedió. Se mantenía pendiente de otro silencio, el que le esperaba tras la puerta y más aún, del suyo.

y 48

Mientras Carlos Gris esperaba, Horo, a quién había llamado Carlos, tal vez confundiéndole con un niño de gesto serio y distante del pasado, o por casualidad, caminaba con su hermano por la avenida de los Muelles contemplando en silencio el mar, conscientes ambos de que a las palabras en unas ocasiones es necesario darles tiempo y en otras ignorarlas. De improviso Sena se detuvo y cogió del brazo a su hermano.

—Oye, me gustaría decirte algo.

Horo le observó. Habían conseguido una relativa estabilidad emocional y prefería no perderla tan rápidamente.

—¿Es necesario hacerlo ahora?

Sena se frotó la nariz, la atención puesta en la oscuridad brillante del mar.

—No lo sé, pero quiero quitármelo de encima.

Hubo una señal de asentimiento.

La calima empujaba la oscuridad del mar hacia tonalidades menos profundas y las ondulaciones empezaron a tomar reflejos plateados. Ambos, lo agradecieron, o al menos lo agradeció su ánimo.

—¿Te ha pasado alguna vez que debes hablar de algo, que necesitas hacerlo, pero que quisieras evitarlo? —preguntó Sena señalando hacia un punto indeterminado del mar.

—¿A quién no? —respondió Horo.

—Hay quien dice que nunca le pasa, que si hay que hablar se hace y punto.

—Miente.

Sena frunció las cejas, dudando.

—No lo sé, si quieres que te diga la verdad, yo apenas alcanzo a entenderme a mí mismo, así que imagínate haciendo de juez de los demás.

Horo se detuvo, dando la espalda a las palmeras, a los bancos, a las farolas amarillentas y a las pocas figuras que iban y venían con unos pasos que al menos aspiraban al descanso.

—Vamos, pues —invitó—, ¿que es lo que debes, necesitas y no quieres decir?

—Bueno —protestó Sena con desánimo—, dicho así suena raro.

—No te preocupes, hoy todo suena raro y todo es raro, es decir, estamos en el momento ideal.

Sena bajó la mirada y se dispuso a llevar su tono de voz en sentido contrario, a subirlo.

—¿Directo?

—Se agradecería.

Tomó aire, buscó apoyo en la ondulaciones plateadas y lo dijo, o buscó liberarse de la angustia a través de las palabras. No, no, intuyó, no a través de las palabras, sino a través de su hermano.

—Pues ahí va. Según quien he tenido hasta hoy como padre, no somos hermanos, sino hermanastros. Y me temo que es verdad.

No hubo respuesta, tampoco la esperaba inmediata, quedaba claro que su hermano sabía que aún quedaba poco o mucho por decir, y esperaría.

—Por decirlo más claro, mi padre real es el que tenía por tío.

—Ya... —le sorprendió Horo, la voz había sonado serena, ni resignada ni asombrada.

—¿Ya? ¿Quieres decir que no lo crees? ¿Que todo lo que me ha soltado esta noche es un desvarío?

—No, no quiero decir eso.

Sena movió el cuerpo, nervioso, desconcertado.

—Mírame bien, y perdona, pero no... —empezó.

—Quiere decir que lo sé desde niño. —La voz de Horo sonaba como un rumor, alejándose con cada palabra de su significado, dándole una fluidez calmosa, dulce—. Quiere decir que lo sabía desde antes de que ella quisiera hundir a Carlos la penosa noche de Año Viejo. —Respiró hondo sin perder la sombra de sonrisa que Sena no sabía cómo interpretar, pero que le ayudaba—. Me lo soltó una tarde en la que, para variar, la tenía harta con lo que ella llamaba mi mal carácter. Quería herirme, solo eso, y no daba para más.

—¿Que no daba para más?

—Exacto.

—¿Y la creíste?

—¿A Nico? Pues claro, de ella me hubiera creído cualquier cosa, y su relación con Quino la veían hasta las bombillas de la galería. Ahí empezó a romperse el cerebro de Carlos, luego solo hizo falta tiempo y el empujón final.

Sena sintió desconcierto, alivio, tal vez tristeza. Las sensaciones se agolparon en sus ojos. Hubiese querido decir algo coherente, serio, a la altura del momento, también hubiese querido enfurecerse, incluso llorar, pero se limitó a moverse a derecha e izquierda, pasos cortos y solo supo decir:

—¿Y por qué no me lo has dicho nunca?

La sonrisa de Horo se aclaró, aunque fuese en un sentido indefinido.

—¿Para qué? Ya por entonces no me importaba, tenía las suficientes luces para entender que aquello no cambiaba ni cambiaría nada, absolutamente nada entre nosotros. Eso sí, lo sentí por Carlos y me hacía sufrir viéndole aferrado a una mentira tan evidente.

De nuevo Sena buscó las palabras y de nuevo se le escaparon entre lo que ya no distinguía si eran sentimientos profundos o emociones pasajeras. Iba a rendirse cuando el sonido del móvil de Horo sonó en su ayuda. ¿Ayuda? Pensó en Carlos, también lo hizo Horo, cuyo

rostro se tensionó mientras se lo acercaba al oído. Fue un instante porque la tensión mudó a sorpresa apenas desde el otro lado de línea una voz femenina empezó a hablar, lo que en Sena tranquilizó ánimos y despertó unas curiosidades que se tradujeron en interrogaciones faciales. Concluyó por fin la conversación y el móvil volvió al bolsillo del pantalón.

Horo dio dos pasos hacia un mar cada vez más plateado en su oscuridad. Lo hizo en silencio, pensativo.

—¡Eh, oye!, ¿de qué vas? ¿Quien te ha llamado?

—No te lo creerás.

—Eso es mi problema y yo siempre te creo. ¿Quieres decirme de una vez con quién has hablado.

—No es lo que parece, te lo anticipo. No te montes historias raras, ya tenemos bastantes encima.

—Sigue siendo mi problema. Suelta.

—Es más un tema de trabajo que otra cosa.

—Ya vale, ¿quieres decirme quién era?

Sin girarse, señalando hacia la ciudad que quedaba a su espalda, como si musitara una contraseña que nos permitiera acceder a lo que ignoramos, Horo dio las dos letras.

—X.R.

Vilassar de Mar, agosto de 2021

Índice

1 9
2 17
3 27
4 33
5 43
6 51
7 63
8 73
9 77
10 85
11 95
12 103
13 105
14 111
15 119
16 127
17 131
18 139
19 147
20 149
21 159
22 171
23 181
24 185
25 189
26 195
27 201
28 211

29 217
30 223
31 233
32 241
33 251
34 261
35 267
36 277
37 283
38 289
39 299
40 305
41 313
42 319
43 327
44 339
45 345
46 353
47 367
y 48 371